INDICE

1 *El bicentenario de Alexander von Humboldt*

2 Georg Petersen G. / *La presencia de Alexander von en el litoral del Perú*

11 Adolf Portmann / *Experiencia de naturalista*

17 Raúl Vargas / *Paulo Freire: Una pedagogía para la libertad*

22 Carlos Delgado / *Subdesarrollo urbano y marginación social en América Latina*

32 Eduardo Galeano / *Los dioses y los diablos en las favelas de Río*

39 Uwe Johnson / *Barrio neoyorquino*

46 Mario Vargas Llosa / *Conversación en 'La Catedral'*

54 Carlos Martínez Moreno / *Vladimir*

58 Raúl Deustua / *La partida* / *Poema* / *Otoño* / *Illescas* / *Toledo* / *Casi nada*

60 Rodolfo Hinostroza / *Celebración de Lysistrata*

67 Nicolás Suescún / *Dar uno por uno* / *Será para más tarde*

68 Arturo Corcuera / *Fábulas*

69 Julio Ramón Ribeyro / *Del espejo de Stendhal al espejo de Proust*

72 Ernesto Mejía Sánchez / *Camino de paciencia*

75 José Bianco / *Piñera narrador*

NOTAS COMENTARIOS APUNTES

80 Atahualpa del Cioppo / *Reflexiones elementales acerca del 'Cruce sobre el Niágara'*

83 Jaime Valdivieso / *La visión del hombre en dos escritores latinoamericanos: Alejo Carpentier y Julio Cortázar*

86 Nilita Vientós Gastón / *A propósito del libro de Germán de Granda sobre Puerto Rico*

89 Edmundo Guillén Guillén / *El cronista don Felipe Guaman Poma y los manuscritos hallados en el pueblo de Chiara*

CRÍTICA

93 Blanca Varela / *La aparición de lo invisible*

94 NOTICIAS SOBRE LOS AUTORES

ILUSTRACIONES

63-66 Litografías de SEGUÍ

En el texto *Mapa del viaje de Alexander von Humboldt en el Perú - 1802 por Georg Petersen* (p. 4); *Dibujos de De Stael* (p. 16), *Jacques Villon* (p. 22), *Luna Ercilla* (p. 45), *Wifredo Lam* (pp. 53, 61, 71, 92), *Marc Chagall* (p. 79); *grabado del siglo* XV (col. Albertina, Viena; p. 72), *grabado alemán de 1414* (p. 73), *grabado de José Guadalupe Posada* ('Los siete vicios'; p. 74).

Para la carátula y contracarátula se han utilizado litografías en colores de Seguí: *A distancia* (1966), *Oval flecha roja* (1965) y *Oval* (1965).

amaru revista de artes y ciencias

Casilla 1301 — LIMA

Director — Emilio Adolfo Westphalen / *Redacción* — Abelardo Oquendo / Blanca Varela

Corresponsales — Antonio Cisneros / André Coyné / Alvaro Mutis / José Emilio Pacheco / Carlos Martínez Moreno / Mario Vargas Llosa

Asesores — Jorge Bravo Bresani / Luis Miró Quesada G. / Georg Petersen / Gerardo Ramos / Augusto Salazar Bondy / Javier Sologuren / Fernando de Szyszlo / José Tola Pasquel

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE INGENIERIA
Subdivisión de Extensión Universitaria

PATROCINADORES

BANCO CENTRAL HIPOTECARIO DEL PERÚ

CORPORACIÓN DE INGENIERÍA CIVIL

FÁBRICA PERUANA ETERNIT S. A.

TECNOQUÍMICA, S. A.

amaru
revista de artes y ciencias
junio 1969
10

El bicentenario de Alexander von Humboldt

No sólo por su viaje al Perú, del cual da cuenta, en todo lo relacionado con sus aspectos científicos, el Dr. G. Petersen en el artículo que abre este número; por su aporte al conocimiento físico y social de una región de América; y por las repercusiones culturales de su presencia en los países visitados, hemos creído oportuno que AMARU se una a las celebraciones del sabio Alexander von Humboldt. Motivo adicional es la posición particularísima de éste dentro del contexto de su época y de la evolución posterior de las ciencias naturales. Es opinión unánime que 'lo que actualmente se entiende como ciencia geográfica fue en verdad creado originalmente por H.' (Adolf Meyer Abich). El mismo H. expuso inconfundiblemente los propósitos que lo animaban cuando escribió en el prólogo de sus IDEEN ZU EINER GEOGRAPHIE DER PFLANZEN que pretendía que su descripción física de las zonas tropicales 'comprendiera sólo consideraciones generales, sólo hechos seguros y traducibles en cifras'. Este es uno de los aspectos de H.: conforme con el espíritu del siglo de las luces que le vio nacer, H. sacó todas las conclusiones exigidas por la física y la fisiología de tipo newtoniano entonces predominantes y en las que se había empapado durante los años de su formación en París con los más altos exponentes de la ciencia de su tiempo. Un otro aspecto también merece señalarse: H. no estimaba que se agotara el conocimiento y la curiosidad con la simple enunciación de tales datos; persistieron en él puntos de vista más amplios y no es por azar que su nombre haya quedado para siempre unido al de su coetáneo Goethe y que se encuentre que su ensayo sobre la geografía de las plantas hace juego con la *morfología de las plantas* del poeta. Recordemos al propósito unas palabras de H.: 'el empírico y el filósofo de la naturaleza no tendrían porqué enfrentarse siempre como polos opuestos'. Esta actitud de H. de no considerar agotable nuestro conocimiento de la naturaleza con los resultados de la investigación empírica parece que resurgiera en algunas naturalistas contemporáneos. Al menos cuando Adolf Portmann, a quien presentamos en este número, exclama 'por mucha estima que tenga por la investigación, empero veo que la oscuridad que nos rodea sólo retrocede ante una zona de luz creciente', tenemos la impresión que Humboldt se habría manifestado de acuerdo.

Georg Petersen G.

La presencia de Alexander von Humboldt en el litoral del Perú

El ilustre científico Alexander von Humboldt [1] dedicó cinco años a su memorable viaje de exploración de las Américas, desde el 5 de junio de 1799, día de su partida de La Coruña, hasta el 3 de agosto de 1804, fecha del retorno a Burdeos. Esa empresa de exploración la cubrió íntegramente con su propio peculio; no contó con las facilidades que por entonces se brindaban a los miembros de otras famosas expediciones financiadas por varios estados europeos, ni dispuso, por tanto, de movilidad marítima propia, dependiendo siempre de la navegación comercial, de itinerario irregular, o de enlaces eventuales con otras expediciones. Ello explica la "estrechez del tiempo" y las demoras inesperadas, para compensar las cuales más de una vez tuvo que cambiar su ruta de viaje. A uno de esos inconvenientes se debe la forma en que hizo el viaje al Perú, según él mismo lo explica en la parte final de su amena memoria sobre la Meseta de Cajamarca [2].

[1] Nacido en Berlín el 14 de setiembre de 1769; murió en la misma ciudad el 6 de mayo de 1859.

[2] "Compréndase que, en efecto, la vista del Mar del Sur haya tenido algo de solemne para un hombre que debe a su trato con un compañero del capitán Cook parte de su saber y la dirección dada luego a su curiosidad. Jorge Forster había conocido oportunamente mis planes de viaje [...] Por mi parte alimentaba la esperanza de recorrer rápidamente [las islas del Mar del Sur] pues mi viaje a Lima tenía el doble fin de observar el paso de Mercurio ante el disco solar y de cumplir la promesa hecha por mí al capitán Baudin (Nicolás), al dejar París, de agregarme al viaje de circunnavegación que él emprendería tan pronto como la República francesa suministrara los fondos necesarios.
Los diarios de la América septentrional habían anunciado que dos corbetas, *El Geógrafo* y *El Naturalista*, debían doblar el Cabo de Hornos y arribar al Callao. Llegóme este rumor en La Habana, a donde había ido acabada la exploración de las riberas del Orinoco, y me hizo abandonar inmediatamente mi primer proyecto de dirigirme a Lima por México y las Filipinas. Fleté prontamente un barco que me llevó a Cartagena de Indias, pero la expedición del capitán Baudin tomó una dirección diversa de la anunciada: en lugar de doblar el Cabo de Hornos, según el itinerario proyectado cuando Bonplan y yo decidimos unirnos a él, dio vuelta al de Buena Esperanza. Quedó así sin realizarse uno de los objetivos que me proponía con mi viaje al Perú y mi último paso por la cadena de los Andes. En cambio, tuve la rara dicha de que me tocara un día sereno en la región nebulosa del bajo Perú, en medio de una estación nada favorable, y lo aproveché para observar en el Callao el paso de Mercurio ante el sol, observación que adquirió cierta importancia para la determinación exacta de la longitud de Lima y la parte sudoeste del nuevo continente. Así, en las complicaciones mismas que nos presentan las graves circunstancias de la vida se halla oculto muchas veces el germen de una preciosa indemnización." (LA MESETA DE CAJAMARCA; Humboldt, 1810, 1827/1876).

Frisaba los 33 años de edad el esforzado viajero cuando pisó por primera vez, el 1º de agosto de 1802, suelo peruano permaneciendo en él hasta la tarde del 24 de diciembre del mismo año. De los 146 días que duró su estada en el Perú corresponden 52 al trayecto entre Lucarque (frontera con el Ecuador) y Lima; los 94 restantes a residencias en Tomependa (15), Cajamarca (4), Trujillo (13) y Lima (62). La ruta seguida mide, en números redondos, 1.200 *kms* [3]; o sea, un avance promedio diario de 23 *kms*, lo equivalente a una jornada usual de viaje con acémilas de carga. En la práctica esta norma variaría mucho de acuerdo con las circunstancias del camino, los intervalos entre lugares de pernoctación y el tiempo empleado en hacer observaciones en el camino y coleccionar rocas y plantas.

Fueron compañeros de viaje de H. el médico y botánico francés Aimé Bonpland [4], Carlos Aguirre y Montúfar, quiteño [5], y Carlos Cortés, igualmente quiteño y experto en pintura botánica [6]. Completaban el personal de la expedición los arrieros necesarios para el cuidado de la caballería y de las 18 ó 20 bestias de carga requeridas para el transporte del voluminoso equipaje y las colecciones de rocas y plantas.

Durante 70 años de actividad científica, H. escribió cientos de trabajos y cartas; las contribuciones de otros autores sobre él son igualmente numerosas. En las bibliografías de J. Loewenberg y de la *Deutsche Bücherei*, los tí-

[3] G. Petersen G. (1960). A esta cantidad deben agregarse por lo menos 200 kms más por recorridos locales en Tomependa, Cajamarca y el mar, los cinco viajes entre Lima y el Callao y otros en los alrededores de Lima.

[4] 1773 - 1858.

[5] 1778 - 1816.

[6] Una vez partido H., el pintor Cortés se radicó en Lima, en donde murió en 1842 siendo Director de la Academia de Dibujo y Pintura (según E. Núñez, 1966).

tulos catalogados hasta 1959 ascienden a 966. H. dedicó al Perú su conceptuoso estudio sobre la *Meseta de Cajamarca* que constituye uno de los capítulos finales de su obra CUADROS DE LA NATURALEZA. Relata en él las incidencias del viaje por el 'lomo' de la Cordillera andina con sus páramos fríos, ríos torrentosos y caminos accidentados; la hermosura de los valles de Chamaya y del Marañón (llamado entonces Alto Amazonas), con su exuberante vegetación y preciosas flores; completa la relación con apreciaciones acerca de las antigüedades y la población de aquellos parajes. También en su obra monumental EL COSMOS y en el ENSAYO POLÍTICO SOBRE LA NUEVA ESPAÑA, recogió abundantes datos y observaciones sobre la minería peruana [7]. Muchos resúmenes de sus apuntes de viaje fueron proporcionados por H. a H. Berghaus, L. von Buch, Klaproth y otros, quienes los insertaron en sus publicaciones sobre cuestiones geográficas y geológicas.

En nuestro medio, uno de los reconocimientos más antiguos de los méritos de H. se debe al esclarecido investigador Antonio Raimondi (1874 y 1879) quien destacó los conceptos amplios con que caracterizó la hermosa Cordillera de los Andes. (Al tratar Raimondi de la ruta seguida por H. considera que llegó a lo largo de la Costa hasta Ica, dato que han recogido autores posteriores. Se trata empero de una interpretación errónea de algunas palabras de H. sobre el desierto entre Huacho e Ica, escritas en forma que se prestan a suponer un conocimiento personal del paisaje al Sur de Lima. En el DIARIO de viaje de H., del cual se hablará más adelante, no se encuentra sin embargo referencia alguna a tal hecho; tampoco deja un claro de tiempo suficiente para que se hubiera efectuado el recorrido adicional, el que aun en sólo ir y volver a paso de carrera hubiera exigido una cabalgata de 8 a 10 días.)

El sabio botánico Augusto Weberbauer, autor de una magnífica obra sobre la geografía de los Andes peruanos (1911 y 1945), indica que el valioso material botánico colectado por H. y Bonpland fue depositado en el Museo de París; los duplicados en el Museo Botánico de Berlín. Su clasificación estuvo a cargo de notables especialistas; además del mismo Bonpland, entre otros, Kunth, Willdenow y Hooker. Las plantas recogidas en el Perú están descritas en los capítulos *Flora quitense* y *Flora andium peruvianorum ab oppide Caxamarcae usque ad littora oceani pacifici.*

La colección geológica de minerales, rocas y fósiles, donada al Gabinete de Mineralogía de Berlín, fue descrita años más tarde por Leopold von Buch en un volumen lujosamente editado (1839). Sobre la base de las referencias dispersas en varias publicaciones, algunas poco accesibles, hemos hecho una interpretación en lenguaje moderno de los datos geológicos obtenidos por H. en su recorrido peruano [8].

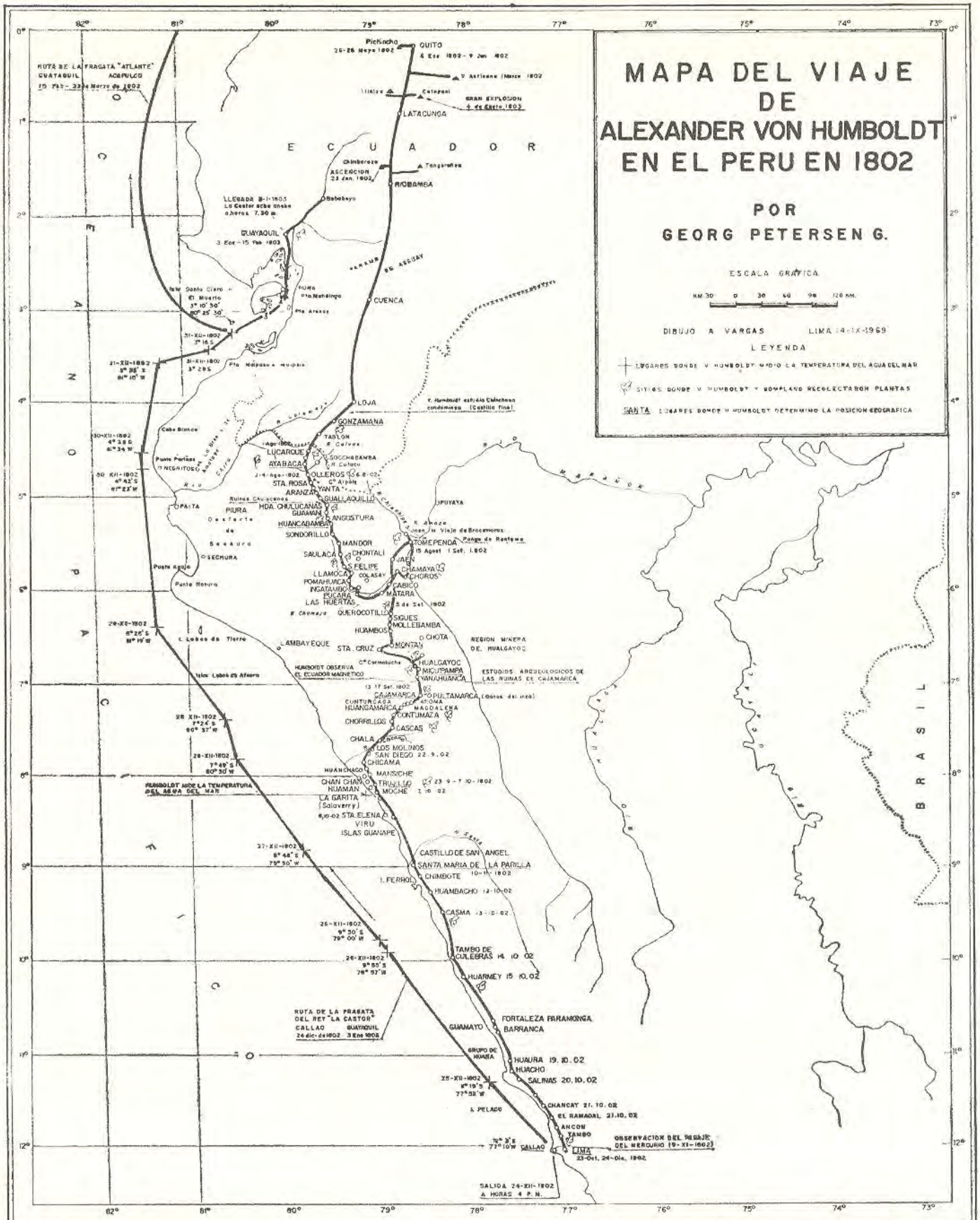
Desde muy joven H. llevó un diario cuyo contenido es de gran importancia para el conocimiento de las distintas etapas de su vida y de aquellas fases de sus viajes sobre las que se carece de otro relato por el propio H. El valioso documento se halla depositado en la *Deutsche Staatsbibliothek* de Berlín. Según N. Zúñiga (1959), quien dramatiza un poco sus esfuerzos por conocer el precioso diario, son 13 los volúmenes manuscritos de 400 a 500 páginas cada uno. Sirvieron a H. para redactar sus obras y también para las notas, antes mencionadas, que H. proporcionaba generosamente a otros escritores. H. D. Schumacher, cónsul general de Alemania en Bogotá, al referirse a la ascensión del Chimborazo, sobre la que trata H. en sus KLEINE SCHRIFTEN (1853), transcribe algunos pasajes del *Diario*, y agrega que por ese entonces H. tuvo a la vista el *Diario* de 1801 todavía íntegro; en cambio el de 1802 había sido dividido en varias partes a fin de facilitar a J. Oltmann el cálculo de los datos de índole astronómica.

Según nos comunicó gentilmente (11 de noviembre de 1960) el Dr. Hans Lülfing, Director entonces de la División de Manuscritos e Incunables de la *Deutsche Staatsbibliothek*, las anotaciones pertinentes a la estada de H. en el Perú están contenidas en los volúmenes VII bb y VII c; poseemos copias fotográficas de 57 páginas que abarcan, aunque con pequeñas lagunas, el viaje por la meseta de Cajamarca, el descenso a la Costa y la marcha a lo largo de ésta hasta Lima, e incluyen los detalles de las observaciones astronómicas efectuadas en el Callao en ocasión del paso de Mercurio ante el disco solar. Las páginas están escritas en letra menuda y las líneas ascendentes tan características de H. [9]; se emplea casi exclusi-

[7] Ver información detallada en G. Petersen G. (1959).

[8] G. Petersen G., 1960.

[9] Respecto al *Diario*, E. Núñez (1966) hace el siguiente comentario: "Encontrándonos en Alemania, a fines de noviembre de 1964, tuvimos oportunidad de pasar a Berlín oriental en pos del MS del *Tagebuch* de Alejandro de Humboldt, que se guarda en la Deutsche Staatsbibliothek. Pudimos tomar los apuntes a que se refiere esta nota y las que vendrán sucesivamente. El MS es voluminoso, se guarda en varias carpetas con gran celo y presenta notable interés la parte peruana del viaje que registra; pues H. no llegó a escribir ninguna relación específica de su viaje por el Perú. Parece haber sido utilizado para algunos escritos de H. en que usó noticias consignadas en el *Diario*, lleno de escuetos datos científicos y expresiones numéricas, notas al margen, llama-


MAPA DEL VIAJE DE ALEXANDER VON HUMBOLDT EN EL PERU EN 1802
POR
GEORG PETERSEN G.
ESCALA GRAFICA
KM 30 0 30 60 90 120 KM.
DIBUJO A VARGAS LIMA 24-IX-1969
LEYENDA
LUGARES DONDE V. HUMBOLDT MIDIO LA TEMPERATURA DEL AGUA DEL MAR
SITIOS DONDE V. HUMBOLDT Y BOMPLAND RECOLECTARON PLANTAS
SANTA LUGARES DONDE V. HUMBOLDT DETERMINO LA POSICION GEOGRAFICA
ECUADOR
PERU
BRASIL
PACIFICO
OCEANO
PICHINCHA
QUITO
LATACUNGA
CHIMBORAZO
RIOBAMBA
GUAYAQUIL
CUENCA
LOJA
GONZANAMA
PIURA
PAITA
SECHURA
LAMBAYEQUE
CHICLAYO
HUAMBOS
CHOTA
CAJAMARCA
HUALGAYOC
HUANCHACO
TRUJILLO
LA GARITA
VIRU
CASTILLO DE SAN ANGEL
SANTA MARIA DE LA PARRILA
CHIMBOTE
HUAMBACHO
CASMA
TAMBO DE COLLERAS
HUARMEY
FORTALEZA PARAMONGA
BARRANCA
GUAMATO
HUAURA
HUACHO
SALINAS
CHANCAY
EL RAMADAL
ANCON
TAMBO
LIMA
CALLAO
RUTA DE LA FRAGATA "ATLANTE" GUAYAQUIL ACAPULCO
RUTA DE LA FRAGATA DEL REY "LA CASTOR" CALLAO GUAYAQUIL
HUMBOLDT MIDE LA TEMPERATURA DEL AGUA DEL MAR
HUMBOLDT OBSERVA EL ECUADOR MAGNETICO
ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS DE LAS RUINAS DE CAJAMARCA
REGION MINERA DE HUALGAYOC
OBSERVACION DEL PASAJE DEL MERCURIO 19-XI-1802
SALIDA 24-XII-1802 A HORAS 4 P. M.

vamente el francés, raras veces el alemán y sólo para unas cuantas palabras el español [10]. El original del *Diario* mide 29,5 por 20,5 *cms.* según se desprende de las copias Xerox de las páginas 481 y 482, cuyo gentil envío agradecemos al Dr. Hans Erich Teitge, Director de la División de Manuscritos de la citada Biblioteca.

Humboldt en el litoral peruano

Como se puede ver en el *Mapa* del viaje de H. por el Perú que se acompaña, los viajeros dejaron Cajamarca el 19 de setiembre de 1802, tramontaron la divisoria continental de los Andes y descendieron por su vertiente occidental al villorrio de La Magdalena en el profundo valle del río del mismo nombre, el cual aguas abajo, ya como río Jequetepeque, desemboca en el Océano Pacífico. El paisaje accidentado está constituido por rocas porfídicas de edad cretácea. Desde que alcanzaron el lomo de los Andes, los expedicionarios estaban ansiosos por avistar el 'Mar del Sur', como aún se llamaba al Pacífico, pero sin éxito ya que, admite H., más bien lo adivinaron que no lo vieron efectivamente. Sólo al escalar los cerros de Huangamarca, en el trayecto entre La Magdalena y Contumazá, la suerte favoreció a los impacientes exploradores: el cielo se despejó de pronto y se pudo distinguir a casi 100 *kms* de distancia el resplandor de las aguas oceánicas. Cuenta H. que todos experimentaron tal alegría ante el espectáculo inusitado que olvidaron de practicar la medición barométrica para establecer la altura del Alto de Huangamarca.

Desde Contumazá, rodeado de campos de alfalfa, siguieron en general rumbo al Sur para llegar al valle del Chicama pasando por la casa solitaria de Chorrillos, el pueblecito de Cascas a la entrada de las llanuras costeñas [11], y Chala, al norte del río nombrado. En cada una de esas localidades, a horas 20, 23 y 5, respectivamente, establecieron la altura sobre el nivel del mar. H. anota en el *Diario*, para Contumazá caliza fosilífera, para Chorrillos pórfido verdoso y caliza, y para Chala granito, todas rocas de edad cretácea.

La diferencia marcada entre la flora de la Cordillera alta y los parajes costeños la ponen en evidencia las plantas recolectadas en el valle del Chicama y, más adelante, en las cercanías de la playa, sobre todo en los bosques ribereños de los ríos que atraviesan de trecho en trecho los vastos arenales de la franja desértica del litoral [12].

A través del ubérrimo valle del río Chicama, la ruta continúa por San Diego, Los Molinos y Chicama, a los que H. califica de oasis encantadores. Los extensos cañaverales le hacen recordar que el conquistador Diego de Mora trajo las primeras estacas de caña de azúcar (*Saccharum officinarum*) de México y las plantó en su hacienda San Diego. Dejando atrás el caserío de Chicama la expedición penetra por vez primera en el desierto costeño. H. anota 'arena granítica', que no es otra cosa que granito descompuesto mecánicamente, al pie del Cerro Campana, el que bordean para llegar a Trujillo el 23 de setiembre después de una marcha de 30 *kms.*

Nada menos que ocho páginas del *Diario* están dedicadas a las múltiples actividades desempeñadas durante las dos semanas de la estada en Trujillo. En el valle de Chicama admira H. los restos de los acueductos construidos por los laboriosos súbditos del reino Chimorr y acierta cuando supone que su destrucción fue consecuencia de la conquista incaica. H. considera que el Estado debería hacer que sus ingenieros restauraran esas acequias, algunas de más de seis leguas de extensión.

H. queda fascinado por las sorprendentes ruinas de la antigua capital del reino Chimorr. Compara las construcciones piramidales con las de Egipto. La enorme extensión de Chan-Chan, sus muros altísimos, el alineamiento recto de las calles, despiertan su admiración. Visita detenidamente el Palacio del Gran Chimbo, la *huaca* del cacique Chayhuac y la huaca 'Llomayocguan', en la actualidad más conocida con el nombre de 'Toledo', en recuerdo de Garcí-Gutiérrez de Toledo, 'rey de los huaqueros' que en 1566 y 1577-78 extrajo de ella ingente cantidad

das y agregados, un tanto abigarradamente, con una letra muy pequeña 'pata de mosca'. Está escrito generalmente en un francés matizado de expresiones en castellano y con algunos párrafos en alemán, escritos estos últimos en letra gótica lo que dificulta aún más su descifrado. El MS no obstante su desorden es un documento de gran valor para juzgar el paso de H. por Lima. También hemos tenido una copia fotostática que conserva en Lima el Dr. Georg Petersen, lamentablemente incompleta, a quien agradecemos su fineza de haberla puesto a nuestra disposición."

[10] Según H. Schneider (1963), H. no había estudiado español antes de ir a España; conforme manifestara alguna vez el mismo H., lo aprendió durante su viaje a la América del Sur; por ejemplo, en febrero de 1800 dice en una de sus cartas: "ya hablamos el español con bastante facilidad para seguir una conversación"; y en otra de febrero de 1802: "quisiera poseer más la lenga *(sic)* castellana para exponer a Vmd. los sentimientos de mi afecto y de mi buena vuludad *(sic)*".

[11] Cascas: "conocido por las ruinas de fortificaciones construidas no por el Inca sino por el Gran Chimbo (rey) de Mansiche". (H. en Nivellement barométrique).

[12] Consúltese la lista de plantas recogidas por H. en este trayecto, según la relación dada por G. Petersen G., 1960, p. 118.

de oro y adornos, según los libros de las Cajas Reales en que constan los pagos por concepto del quinto del Rey. En Mansiche, hoy suburbio de Trujillo, H. conoció al cacique Antonio Chahuac, descendiente legítimo de Chasmuncanchac, último rey Chimú. Este cacique era otro experto en la búsqueda de tesoros, pues vendía todos los años oro en láminas, según comprobó personalmente H., quien agrega que en San Yago, en el valle de Chicama, vivía la familia de Oxahuaman y Morachimo, descendiente igualmente del rey Chimú.

Día tras día H. asienta en su *Diario* los resultados de sus observaciones astronómicas y las correcciones de sus barómetros y cronómetros, apuntando al mismo tiempo el estado del cielo y otros pormenores importantes. Por lo anotado el 26 de setiembre, parece que su observatorio estable se encontraba al lado del Convento del Carmen, no muy lejos de la plaza central de Trujillo. El mismo 26 pasó toda la tarde en el agradable pueblo de Huamán, a 3 *km* al suroeste de Trujillo y unos dos *kms* de la playa, para sus investigaciones sobre la temperatura del mar, encontrando que era unos 5° R más baja que la que correspondía a esa latitud; relacionó tal hecho con la presencia de una corriente marítima que discurre de sur a norte a lo largo de la Costa. H. no dispuso, desde luego, de información suficiente para desentrañar el complejo régimen oceanográfico en el que, conforme se sabe ahora, predomina el surgir de aguas profundas [13]. Años más tarde, cuando Berghaus le propuso denominar ese fenómeno 'Corriente de Humboldt', H. declinó el honor alegando que era conocido, en forma cualitativa, desde hacía siglos por los navegantes de la costa occidental de Sudamérica. Sin embargo, ha subsistido esa denominación como equivalente de 'Corriente del Perú'.

Por los mismos días visitó H. el pueblecito de Huanchaco (11 *kms* al oeste-noroeste de Trujillo), del que dice ser puerto de mal fondo que obliga a los barcos a anclar a unos 1.600 *m* de la playa pedregosa; servía para la exportación de algodón y azúcar con destino a Chile. Delante de sus costas, naves inglesas practicaban la pesca de la ballena; en cambio, los oriundos se dedicaban, entonces como hoy, a la pesca menor cerca de la ribera utilizando sus pintorescos botes de totora o 'caballitos de mar'.

Dos días antes de partir de Trujillo, los viajeros experimentaron, el 5 de octubre a las 6.15 a.m., un fuerte temblor de tierra que duró dos minutos. Dice el *Diario* (p. 448) que la sacudida estuvo precedida de un gran ruido; los perros ladraron consternados y toda la gente buscó protección en los umbrales de las puertas. H. aprovecha la ocasión para referirse a numerosos temblores ocurridos en el Perú y otras partes, y repite además el dato que le proporcionó M. Martel, obispo de Trujillo, acerca de temblores de 10 a 20 minutos de duración.

Por falta de mulas H. permaneció en Trujillo unos quince días. Cuando finalmente reanudaron el viaje (7 de octubre), lo hicieron utilizando las literas que eran de uso entonces en la costa peruana. En cuanto al aspecto de éstas, H. remite expresamente a la que reproducen J. Juan y A. de Ulloa (1748) en la primera página de la segunda parte de su obra sobre el Viaje a la América meridional. Cada litera costaba 40 pesos en Trujillo, pero de su reventa a la llegada a Lima sólo se obtenían 20 pesos. Por la conducción hasta la capital abonó 40 pesos por cada litera, comprendidas dos mulas y el literero a caballo. El viaje resultó incómodo por los mareos que sufrieron los viajeros (*Diario*, p. 146). H. bajaba frecuentemente de la litera para montar a bestia o ir a pie. La vegetación era pobre y consistía de algunas gramíneas y mimosas (algarrobos). Después de recorrer 7 *kms* llegaron a la margen meridional del valle de Santa Catalina, pernoctando en la población de Moche.

Al día siguiente hicieron más de 35 *kms* a lo largo de la costa, pasando por el puerto de La Garita [14] y llegando por la tarde a la hacienda Santa Elena en el valle del río Virú, donde pernoctaron dada la imposibilidad de arribar al pueblo del mismo nombre 10 *kms* río arriba [15]. El 9 continuaron la marcha; en el *Diario* se nombran las pintorescas islas de Gañape a 10 *kms* de la costa, y los cerros de granito que se prolongan hasta Chimbote. Un paisaje sin vegetación de rocas desnudas y 'descarnadas'. El trecho entre Moche y Santa es de 70 *kms* por lo menos; en el *Diario* no se indica el tiempo empleado para cubrirlo.

Los expedicionarios llegaron al río Santa, torrente poderoso que a menudo demora ocho a diez días el correo entre Lima y Quito, aun recurriendo a los chimbadores [16]

[13] El problema ha sido tratado más extensamente por H. Berghaus (1831), C.A. García Méndez (1960), y E. Schweigger (1958 y 1960).

[14] La Garita de Moche consistía, en la época de H., del pequeño edificio de la Capitanía adosado al cerro que forma la bahía; la Garita y las chozas de entonces han desaparecido. La historia moderna del puerto data de mediados del siglo pasado, cuando cambiaron su nombre por el de Salaverry.

[15] En la Hacienda Santa Elena no quedan edificaciones del tiempo de H.; la casa de administración, la iglesia y la ranchería son de estilo moderno.

[16] De *chimbar*, derivado del quechua *Chimpay*, pasar de una margen a otra del río; también la margen opuesta

que auxilian a los viajeros. Otra forma de cruzar antiguamente el río era mediante balsas hechas de calabazas, transporte peligroso con las aguas crecidas [17]. Los días 10 y 11, H. se detuvo en el modesto pueblo de Santa, cuyo verdadero nombre es Santa María de la Parrilla [18]. Aprovechó el descanso para realizar sus observaciones astronómicas, de cierta importancia pues el lugar había cambiado dos veces de posición. Santa tenía entonces una población de 40 españoles y la fama de producir buen vino. Se encontraron allí cementerios prehispánicos así como campos de osamentas con cadáveres perfectamente momificados. Para H. se trataría de un campo de batalla entre súbditos del Rey Chimú y las huestes del Inca, opinión confirmada por el hecho de que los cráneos mostraban lesiones producidas por golpes de porras o macanas. Durante la estada en Santa visitaron, a siete *kms* al noreste de este lugar, las ruinas denominadas Castillo de San Angel con muros altos de considerable extensión, plazas y edificios de los que hace una descripción sumaria.

Prosiguiendo su ruta el 12 de octubre, el grupo explorador llegó primero a Chimbote, que Malaspina habría denominado Puerto de Ferrol. En el *Diario* figura un bosquejo de la bahía que H. considera la mejor entre el Cabo de Hornos y Guayaquil y compara con la de Tolón, en Francia.

En la página 149 del *Diario*, H. consigna con fecha 12 de octubre la palabra 'Guano', inspirado quizás por la vista de los mantos blancos que cubren la superficie de la península y de las islas Ferrol e Isla Blanca que separan la bahía del mar abierto, o bien por el uso que se da a este producto en el fértil valle del Santa. Este dato es significativo pues existe diversidad de opiniones sobre el lugar en donde conoció por primera vez el guano, aplicado en el Perú como fertilizante ya en tiempos prehispánicos y desde los primeros años de la Conquista. Es un hecho que en el breve lapso de sólo 10 días H. tuvo oportunidad de ver guano en Chimbote, Huaura, Huacho y el Callao; de este último lugar envió a Europa muestras para su análisis [19] y ensayo práctico como fertilizante.

E. F. Podach investigó en 1959 fondos bibliográficos de difícil acceso en las bibliotecas de la Academia de Ciencias y del Instituto Nacional de París y encontró la primera noticia manuscrita de H. sobre el guano, en forma de una breve memoria sin fecha, entre los papeles correspondientes a la sesión del 15 Frimaire XIII (6 de diciembre de 1804) [20]. Evidentemente a base de información de gente poco experta en la materia, H., que nunca visitó una isla guanera discute, tanto en esta memoria como en una extensa carta dirigida a M. H. Klaproth, datos poco conformes con la realidad geológica, sobre todo en lo que se refiere al espesor de las capas. E. Schweigger, al tratar del guano en su obra sobre la costa occidental de la América del Sur vuelve a publicar dicha carta para rectificar varios datos e igualmente la opinión sobre la génesis del guano (1959. pp. 429-432).

Después de una larga caminata de 37 *kms* a través de los interminables arenales entre Chimbote y Vesique, H. llegó en la noche del 12 al caserío de Huambacho sobre la margen izquierda del río Samanco, formado entonces como hoy por unas cuantas casas y chozas de poca prestancia. Los viajeros pasaron mala noche, según lo anotado en el *Diario*, a causa del campaneo y el redoble de tambores incesantes como parte de los festejos a San Francisco. H. no dejó por eso de cumplir con sus observaciones.

del río; se dice igualmente de un caballo de gran estatura y del indio que tantea un vado.

17 En la p. 146 del *Diario*, H. manifiesta que en 1800 el ingeniero Coquet, profesor de mineralogía en Lima, había instalado una barca de pasaje pendiente de un cable; tenía privilegio por 30 años y derecho a cobrar dos pesos por pasaje. No se explica H. por qué los españoles no construyeron un puente estable en los 300 años transcurridos desde la Conquista.

18 En la actualidad el nombre completo está en desuso.

19 Los primeros análisis del guano se deben a los químicos franceses Vauquelin y Fourcroy y al alemán M. H. Klaproth.

20 *"El Guano de las pequeñas islas del Mar del Sur, cerca de las costas del Perú.—* El guano se halla en varias islas pequeñas, de granito, al suroeste de la costa de Lima; forma capas de 50 a 60 líneas de espesor (10 á 12 cms), que se explotan como canteras de ocre de hierro. Estas pequeñas islas están habitadas por gran cantidad de aves, sobre todo *Ardea Phoenicopterus*... que duermen allí por las noches, pero sus excrementos han formado desde hace tres siglos capas de sólo 4 á 5 líneas. ¿Será el guano producto de un mundo caótico como el carbón de piedra y las maderas fósiles? La fertilidad de las costas estériles del Perú descansa en el guano que es un importante objeto de comercio. Cien y más buques pequeños lo transportan. Se llaman gueneros. Se les huele a un cuarto de milla de distancia. Los marineros acostumbrados al amoníaco no sufren. Nosotros estornudamos sin pausa cuando nos acercamos. El guano es excelente abono para el maíz. Los indígenas enseñaron a los españoles este procedimiento. Si se echa mucho sobre el maíz, se quema y destruye." (Traducción de G. Petersen G.).

El 13, vencidos otros 28 *kms*, llegaron a Casma realizando siempre H. sus tareas científicas; lo mismo el 16 en el Tambo de Culebras, 53 *kms* al sur de Casma; el 17 observa la inclinación magnética en Huarmey. Tres días son empleados en cubrir el trayecto de 128 *kms* entre Huarmey y Huaura, a donde arriba el 19; atravesada la boca del río Barranca, H. continúa sus observaciones de la inclinación magnética en Guamayo y luego en Huaura, a fin de conocer la tendencia de su variación con el cambio de latitud de los lugares nombrados.

Al acercarse a Lima, H. apresura su marcha[21]. El 20 llega a Huacho y hace un reconocimiento del yacimiento de *Las Salinas* ubicado 20 *kms* al sur de este Puerto, en compañía de un español allí residente a quien cuatro decenios más tarde J. J. von Tschudi recuerda como don Simón. (Al hablar una vez de los depósitos de sal gema en las cordilleras de Nueva Granada, situadas a 2,800 m. de altura, H. se refiere a la Mina de Huaura en la costa del Perú, que le ha parecido aún más rica que las mencionadas, añadiendo que vio la explotación de la sal en forma de planchas como en una cantera de mármol.) Al día siguiente, H. arribó al río Chancay, donde en El Ramadal a un *km* de la costa determinó por última vez en el camino la declinación magnética. Los dos días siguientes se ocuparon en recorrer los 60 *kms* que separan El Ramadal de Lima, entrando a la ciudad por la Portada de Guía en la noche del 23 de octubre de 1802.

Humboldt en Lima y el Callao

El distinguido investigador Dr. Estuardo Núñez en su conceptuosa biografía de H. (1966) trata exhaustivamente de las actividades culturales y sociales desplegadas por éste durante su estada en Lima[22]. Tanto ese escritor como el autor de este ensayo nos hemos inspirado en las mismas fuentes y en el *Diario*. Para evitar por ello posibles repeticiones nos concretaremos en lo que sigue a algunos aspectos técnico-científicos y estadísticos.

H. pasó en total 61 días en Lima; en su *Diario* se han consignado 45 con sus fechas respectivas, quedando 16 días en blanco, lo que no llama la atención ya que durante el trayecto H. olvidó más de una vez de indicar las fechas. Durante la estada en Lima los días en blanco se hallan en grupo o aislados: una vez 5 días consecutivos, otra 4, dos veces 2 y tres veces 1 día, lo cual demuestra que no hubo tiempo para que H. realizara excursiones a gran distancia de la capital, amén de que su labor científica no se lo habría permitido.

Los observatorios fijos de H. estuvieron en la Catedral; en la casa en que se alojaba, situada al lado del entonces Convento San Juan de Dios, en lo que es hoy la Plaza San Martín; en la torre norte del Real Felipe en el Callao; y en la azotea de la casa del Capitán de Marina don Thomas Ugarte Liaño, jefe de escuadra de la Real Armada. En aquella época no faltaban cronómetros en Lima. Además del jefe nombrado, asistieron a H. en sus observaciones el Teniente de Navío don Mariano Isasbiríbil, comandante del buque de guerra *La Estremeña*, persona muy versada en cálculos analíticos; el Capitán de Navío don José Ignacio Colmenares, quien dirigiría la expedición para levantar las cartas de la costa entre Chiloé y las Islas Galápagos; así como el Sr. Quevedo, comandante de la fragata *La Rufina*. Al publicar los resultados con diferencias de longitud entre Lima y Callao, H. hace notar que los relojes estuvieron expuestos a las sacudidas de los coches empleados para su transporte entre dichos lugares. Cumpliendo con sus tareas de investigación, H. estuvo 9 veces en el Callao (7 al 10 de noviembre y 1, 11, 14, 15 y 23 de diciembre). Aun el mismo día de la salida hizo una última observación astronómica. Para sus trabajos contó también con un barómetro grande puesto a su disposición por don Luis Alva. H. era un observador infatigable como lo demuestran los apuntes y cálculos que aparecen en su *Diario;* citemos como ejemplo alguna de las anotaciones de noviembre: el día 9, 22 mediciones comenzando a las 3 a.m. y extendiéndose hasta las 11 p.m.; en los días 21 y 22, 13 observaciones cada uno entre las 8.45 a.m. y las 12 p.m.; el día 29, 18 mediciones. Punto culminante de sus empeños fue la observación, el día 9 de ese mes, del paso de Mercurio delante del disco solar, significativa para fijar nuevamente la longitud de Lima sobre la cual existían datos discrepantes.

Los días 1, 3 y 5 de noviembre se da cuenta en el *Diario* de temblores matutinos; en otras fechas se consigna, además de las medidas arriba mencionadas, series de mediciones sobre la marcha de la presión barométrica a fin de estudiar las mareas atmosféricas. Otros apuntes se refieren a fenómenos oceanográficos en el Callao, a las plantas alimenticias cultivadas, a la aplicación de las vacunas por el ilustre médico Dr. Hipólito Unánue; al precio y consumo de carbón de palo que, en tales condiciones, según opinión de H., no podía constituir base suficiente para el desarrollo de la industria; a descripciones geográficas de la bahía del Callao y sus islas de San Lorenzo, Frontón y Peña Horadada.

[21] Entre Trujillo y Lima. el avance mejoró a 34 kms diarios como promedio.

[22] Véase también la carta de Humboldt (1873), E. T. Hamy (1904) y R. Palma (1906).

En su ENSAYO GEOGNÓSTICO SOBRE LOS YACIMIENTOS DE ROCA DE LOS DOS HEMISFERIOS (1823), H. se refiere al "granito primario" de Casma, Santa y Huarmey en la costa del Perú. Todos estos afloramientos de "granito" pertenecen, o están en relación, con el Batolito de la Costa, de granodiorita, originado a fines del Cretáceo Superior; queda empero cierta duda respecto a cuáles sean los afloramientos de granito en los alrededores de Lima a que se refiere, pues allí afloran rocas sedimentarias y de las ígneas sólo diorita, pórfidos y otras rocas de la zona marginal del Batolito de la Costa, e intrusiones subvolcánicas. Granito y granodiorita se encuentran únicamente a partir del Cerro San Cristóbal, la Molina, Conchán y las islas Cabinzas y Palomino, pero no en la Isla San Lorenzo, como se ha venido afirmando, error que ha rectificado A. Rosenzweig (1953).

H. aprovechó también de su estada en Lima para documentarse ampliamente sobre la minería peruana, habiendo recibido abundante información al respecto del Barón de Nordenflycht y de Z. Helms, según se deduce de un capítulo especial del *Diario.*

Significativa es la observación que hace H. en su carta del 7 de noviembre de 1802 al Virrey don Pedro de Mendinuete, pues manifiesta haber encontrado un país en que los desiertos secos y los campos de nieve cubren dos terceras partes del suelo; un país que en toda su extensión comprende solo 1'200,000 habitantes; y un país donde se han construido ciudades demasiado pobladas. En una parte (p. 152) H. indica para Lima una población, en 1793, según el antiguo MERCURIO PERUANO, Vol. I, p. 397, de 52,627 habitantes.

Aun durante su viaje por mar, frente a la costa septentrional del Perú, H. recogió incansablemente datos oceanográficos y trató de descifrar el régimen de las corrientes aprovechando las experiencias que le comunicó el Capitán de Fragata don José de Moraleda, quien también le dio oportunidad para estudiar el extremo norte del litoral que no pudo recorrer personalmente por tierra. La memoria preparada por H. a base de esas observaciones fue publicada por H. Berghaus (1831); se refiere a la configuración de los cerros Illescas, la Bahía de Sechura, la Punta Pariñas y el Cabo Blanco, al cual los marinos españoles solían llamar burlonamente "Cabo de Hornos de los cholos", a causa de las fuertes marejadas que allí suelen presentarse. H. toma nota de la falta de lluvias y de tempestades eléctricas y observa que a pesar de las garúas estacionales, se justifica perfectamente la denominación de "serenidad perpetua del Perú". El Cabo Blanco y los cerros de Amotape, o *cerritos* de la Brea, constituyen el límite climatológico entre el norte cubierto de vegetación y el sur desierto y árido; H. se ocupa detenidamente en las causas de estos fenómenos climatológicos. Manifiesta que en muy raras ocasiones el régimen estático experimenta catástrofes bruscas debido a lluvias anormales y extraordinarias, como las que se presentaron en 1701, 1720, 1728 y 1790, causando grandes destrucciones en las propiedades. Menciona que así como en Caracas se recuerda la caída eventual de una granizada, o en otras partes la de un aerolito, en Lima se rememoran los raros truenos oídos a las 8 p.m. del 13 de junio de 1552, o en 1720, 1747 y el 19 de abril de 1803. Discurre ampliamente tratando de explicar las causas de tales sucesos, raros en Lima y otros lugares del litoral, y los compara con similares en el delta del Nilo y El Cairo. Con interés universal H. recoge estos y muchos otros datos, muy significativos para su época y que han constituido las bases que en la actualidad se tiene sobre diferentes aspectos del litoral peruano.

Hemos trazado un panorama sucinto de la presencia en el litoral peruano del ilustre Alexander von Humboldt, cuya fructífera estada hemos interpretado basándonos sobre todo en una fuente casi ignorada hasta ahora, su *Diario de viaje;* allí están grabadas algunas de las imperecederas impresiones que se llevó de esta tierra peruana cuando a bordo de *La Castor,* fragata del Rey, salió del Callao en la tarde de un viernes navideño el 24 de diciembre de 1802.

BECK, Hanno

Alexander von Humboldt. Bd. I, Von der Bildungsreise zur Forschungsreise, 1769-1804; Bd. II, Vom Reisewerk zum 'Kosmos', 1804-1859. Wiesbaden 1959 y 1961.

BERGHAUS, H.

Laender und Voelkerkunde. T. 1, cap. 15. Berlín 1831-36. (Trad. española de F. Schwab en 'Rev. del Instituto Geográfico de la UNMSM'. Nº 6, Lima 1959-60, pp. 1 - 28).

BUCH, Leopold V.

Pétrifications recueillies en Amérique par M. A. de Humboldt et par Charles Degenhardt. Berlín 1839.

Ueber den zoologischen Charakter der Sekundaerformationen in Süd-Amerika. 'Monatsberichte der königl. preus. Akademie der Wissenschaften zu Berlin'. 1838, pp. 54 - 67.

DEUTSCHE BUECHEREI

Alexander von Humboldt. Bibliographie seiner ab 1860 in deutscher Sprache herausgegebenen Werke und der zeit 1900 erschienen Veröffentlichungen über ihn. Leipzig 1959.

HAMY, E. T.

Lettres américains d'Alexander de Humboldt (1798-1807). París 1904.

HUMBOLDT, Alexander v.

Essai sur la géographie de plantes accompagné d'un tableau physique des régions équinoxiales. París 1805.

Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 par Alexandre de Humboldt et Aimé Bonpland. 30 vols. París 1807 y ss. Part. IV. Receuil d'observations astronomiques rédigiés et calculiés par Pablo Oltmanns. París 1910.

Pittoreske Ansichten der Cordilleren und Monumente Amerikanischer Vöelker. 2 vols. pp. 77 y 98. Tübingen 1810.

Essai géognostique sur le gisement de roches dans les deux hémisphères. (2ª ed.) París y Estrasburgo 1826.

Vues des Cordilleres. París 1816.

Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle-Espagne. 5 tomos. París 1811. (Trad. española, 4 tomos, París 1827).

Kosmos. Entwurf einer physischen Weltbeschreibung. 5 vols. Stuttgart y Tübingen, 1845-1862. (Trad. española, Buenos Aires, 1944).

Ansichten der Natur, mit wissenschaftlichen Erlaeuterungen. 2 vols. 3ª ed. Stuttgart y Tübingen, 1849. (Trad. española de B. Giner, Madrid 1876).

Carta dirigida al Virrey don Pedro Mendinuete, Lima 7 de nov. de 1802. Publicada en 'Weserzeitung', 7.V.1873.

Vom Orinoko zum Amazonas. Reise in die Aequinoktial-Gegenden des neuen Kontinents. Wiesbaden, 1958.

Sitios de las Cordilleras y Monumentos de los pueblos indígenas de América. Con estudios preliminares de F. Márquez Miranda. Buenos Aires, 1968.

JUAN Y SANTACILLA, J. y ULLOA, Antonio de

Relación histórica del viaje a la América meridional hecho de orden de Su Mag. para medir algunos grados del meridiano terrestre. 4 vols. Madrid 1748.

KLAPROTH, Martin Heinrich

Beiträge sur Kenntnis der Mineralköerper. (Chemische Untersuchungen des Guano aus den Inseln der peruanischen Küste). 1806, pp. 299 - 313.

LOEWENBERG, Julius

Alexander von Humboldt. Bibliograophische Uebersicht seiner Werke, Schriften und zerstreuten Abhandlungen. En 'Alexander von Humboldt, eine wissenschaftliche Biographie', ed. por Karl Bruhns y otros. 1872. Suttgart 1960.

NUÑEZ, Estuardo

Humboldt y Unanue. En 'Mercurio Peruano', Nº 274, 1950, pp. 10 - 16.
A. de Humboldt. Biblioteca Hombres del Perú. XXXIV, cuarta serie, pp. 1 - 74. Lima 1966.

Humboldt redescubre el Mar del Sur. En 'El Comercio', Lima 16, XI, 1967.

PALMA, Ricardo

Carta del Barón de Humboldt al Gobernador de Jaén D. Ignacio Checa, copiado del original que existe en poder de un caballero vecino de Piura. En 'El Ateneo', Nº 40, Lima 1906, pp. 116 - 120.

PETERSEN G., Georg

Ueber die geologischen Beobachtungen Alexander von Humboldt in Peru. En 'Festschrift der Deutschen Gemeinschaft in Lima zum Gedenktage des 100 jährigen Todestages von Alexander von Humboldt', pp. 16 - 30. Lima, 6.V.59.

Alexander von Humboldt y la minería peruana. En 'Minería', Nº 32. Lima, junio 1959.

Sobre la ruta de viaje de Alexander von Humboldt y sus observaciones geológicas y geofísicas en el Perú. Pub. Instituto de Geografía. Facultad de Letras. UNMSM. Serie I, Monografías y ensayos geográficos Nº 4, Lima 1960, pp. 101 - 124.

RAIMONDI, Antonio

El Perú, T. I. Parte Preliminar. Lima, 1874 o T. III. Historia de la geografía del Perú. Lima 1879.

ROSENZWEIG, A.

Geología de la Isla de San Lorenzo. Lima, 1953.

SCHNEIDER, Hans

Alexander von Humboldt y la lengua española. En 'Homenaje a Dámaso Alonso', T. III, Madrid 1963, pp. 397 - 409.

SCHUMACHER, H. A.

Südamerikanische Studien. Berlín, 1884.

SCHWEIGGER, E.

Upwelling along the Coast of Peru. En 'Journal of the Oceanographical Society of Japan', nov., 1958.
Peru-Guano. En 'Chemiker Zeitung', 10.IV.1958, pp. 213 - 246.
Die Westküste Südamerikas im Bereich des Peru-Stromes. Heidelberg-Muenchen, 1959.

TSCHUDI, J. J. v.

Peru. Reiseskizzen aus den Jahren, 1838 - 1842. 2 vols. St. Gallen.

WEBERBAUER, A.

Die Pflanzendecke der peruanischen Anden in ihren Grundzügen dargestellt. Leipzig, 1911.
El mundo vegetal de los Andes peruanos. Estudio fitogeográfico. Lima, 1945.

Adolf Portmann

Experiencia de naturalista

Al comenzar el verano, cuando viajo hacia el Mediterráneo para mis trabajos marinos, la amapola orla los campos, resaltando sobre el verde azulino de los avenales el rojo vivo de sus flores. Largos trechos recorre el expreso por esta salpicadura coloreada; a ratos el ribete rojo se destaca sobre el fondo gris plata de los olivos. Durante el viaje mis pensamientos vuelan de aquí a allá; el recuerdo trae a la mente cuadros de Claude Monet, luego otros de van Gogh, cuadros en que este rojo reluce sobre delicadas variantes de verde y el ánimo absorbe el canto de luz y sol. La ensoñación me devuelve a mi juventud; a mi experiencia de niño ante la seda ajada de las flores rojo escarlata de la amapola; huelo su acre aroma, me maravillo del brillo de los puntos negros en su borde interior, y dibujo, pinto, una y otra vez, el colgante capullo verde y peludo, de cuya envoltura sale ya la roja vestimenta.

Que esta impresión no se debilite nunca, aunque desde hace muchos años se repita igual, no es sólo obra del arte excelso de los pintores a quienes es dado convertir en inextinguibles imágenes experiencias decisivas de nuestra vida. Sé muy bien de dónde procede que tampoco haya menguado en nada el efecto que me producen las grandes obras de arte. La motivación es lejana, muy lejana. Todavía muy muchachos debíamos, precisamente en esta época del año, caminar con nuestro padre por el campo; al alba, a menudo incluso antes de que hubiera salido el sol, en el rocío de la mañana nos abríamos camino por la hierba húmeda. Regresábamos bajo el resplandor del mediodía, férvidos de contento, por los campos de cereales, el verde azulino de la avena, el verde tierno del trigo. Traíamos con nosotros flores de neguilla, violetas, pero sobre todo amapolas, radiantes flores de fuego, como las llamábamos nosotros de niños en nuestra tierra.

Mi padre era un hombre sencillo; tenía la virtud de convertir estas caminatas estivas, de cosa excepcional en algo realmente extraordinario, con lo que mucho de ello ha pasado a ser patrimonio imperecedero nuestro: las flexibles varillas de avellano con las que construíamos nuestros arcos; también el perfume acre de las ramas quebradas de saúco, cuyo interior tomábamos para nuestras puntas de flechas. En este pequeño mundo infantil relucía el ascua de la amapola, maravillosamente unida al verde del trigo joven. Y esta sinfonía de colores ha penetrado profundamente en el recuerdo, que durante toda nuestra vida pone a nuestra disposición las imágenes sombrías y gozosas, cuyo poder dura decenios y que combinándose misteriosamente entre sí, nos incitan a la acción.

Experiencias tempranas: una de las fuentes mejores en qué reanimar nuestro espíritu. Pero cuando recuerdo los ricos dones con que me han regalado, también me vienen al pensamiento las innumerables personas que no los han recibido en esa abundancia, que aunque se nutran de los poderes de la infancia, con frecuencia no sacan de ella sino un mezquino sustento; y los otros a quienes sólo ha brindado lo negativo, lo inhumano, lo extraño a la naturaleza.

En nuestra familia, desde luego, no fue una juventud despreocupada la nuestra: muy pronto tuvimos una buena dosis de aflicciones y desgracias. Pero poseíamos un bien invalorable, lo que Pestalozzi llamó una vez la 'fuerza hogareña', la bendición de unos padres que hicieron posible una existencia sencilla dentro de un altruismo sobreentendido. Mucho de lo que hoy en día coloco muy alto en la escala de valores lo he debido encontrar más tarde yo mismo en la vida, pero el tesoro de un vivir llano, el compartir una riqueza que está al alcance de todos, eso debo ponerlo encima de todo lo demás cuando trato de estimar las fuerzas que aun ahora, casi 60 años después, determinan mi vida diaria y, en especial, mi labor de creación. Y aunque parte de esas fuerzas pueden proceder de alguna desconocida aptitud heredada, es precisamente ese un motivo más para mirar con respeto la herencia de los antepasados. Cuánto de lo que es valioso para uno no ha sido obra propia, sino lo ha recibido de muy lejos, de un lontano pasado enigmático, invisible, —quién sabe de dónde—; quizás de formas de vida que no eran aún humanas. De esas fuentes escondidas originarias ha surgido paulatinamente la experiencia consciente a la que debo las alegrías que realzan el suceder diario y ayudan a soportar el lado tétrico de la existencia: el goce ante los fenómenos de la naturaleza como ante las obras de arte.

Pienso en los sucesos cotidianos más simples, en el cambio de luz durante el día, en el paso de las estaciones: en el amarillo luminoso de la primera mariposa color limón, ya transformada el otoño anterior, a la que el sol primaveril, sacudiéndola de su torpor invernal, induce a incierto

vuelo. Pienso en la pequeña maravilla que año tras año nos obsequian los olmos de la ciudad (cuando no han sido víctimas de la pérfida enfermedad que los amenaza); estos árboles que en la primavera echan flores marrón rojizo y de inmediato frutos verde claro aun antes de que haya brotado el follaje. Con cuánta indiferencia lo consideramos o apenas le prestamos atención cuando el viento nos arroja el polen. Sin embargo, cuántas meditaciones no han surgido, más tarde, por el asombro sentido ante tal suceso insignificante. Nos hace notar cómo hay una poderosa forma de vida que en perfecta calma prepara todo para la gran tarea por realizarse una vez terminado el invierno. ¡Qué ejemplo para nosotros! Pero, ¿hubiera experimentado plenamente tal hecho si en el momento decisivo un maestro no me hubiera, con unas alusiones, abierto el camino a esas riquezas? Todavía veo el momento en que nos lo hizo ver. Después de medio siglo está tan vivo en mí como entonces.

He resultado naturalista —nunca en verdad hubo en mí desde el comienzo duda alguna acerca de esta elección—; no es de sorprender, por tanto, que los veneros de alegría con que la riquísima naturaleza nos obsequia hayan sido tan generosos conmigo.

El camino del naturalista llevó en los años de la formación científica por las regiones espirituales en que el trabajo intelectual deja desteñirse la maravilla coloreada de la roja amapola y el trigo verdeazul y empieza a actuar otra visión del mundo que traduce las cualidades de la experiencia —sonido o color, olor, calor y frío— en el idioma de la medida y el número. Hubo grandes influencias de vigorosas personalidades científicas que trataron por un tiempo de imponer el mundo de las mediciones y los cálculos como la realidad más cierta, como la única verdadera, y a hacer de la experiencia de los sentidos nada más que una apariencia que permitía acceder a ella.

Una experiencia creciente ha superado esta discrepancia; el investigador tiene en cuenta ambas, tanto la vida en el mundo de las magnitudes mensurables, que traduce la realidad desconocida en cifras y signos, como la experiencia científica de la misma naturaleza, según nos la trasmiten los órganos de los sentidos. La ponderación del valor científico de las dos especies de experiencia de la naturaleza fue un acontecimiento central en mi carrera como naturalista.

Como fruto de las secretas comprobaciones de muchos años, una certeza adquirió particular importancia para mí y puede también serlo para otros investigadores. No la doy aquí como un gran descubrimiento: al reflexionar sobre los humanos algo simplemente ha sido esclarecido y yo lo comunico en esta manera perceptible.

Es cuestión de que nosotros, como individuos, tanto ahora como en lo porvenir, empezamos nuestra vida con una visión del mundo que confía absolutamente en la experiencia de los sentidos y que sobre ella establece su relación con la naturaleza. Es la actitud que domina en los largos años de la infancia y su mundo fabuloso. Lentamente sin embargo esa visión sensual e imaginativa es trastornada por un conocimiento de otra especie y se impone una visión secundaria de las cosas. El sol sale por oriente y cumple su recorrido celeste, pero ese fenómeno es traducido por un espíritu más maduro en una concepción compleja. El mundo encantado de los colores y sonidos es reemplazado por el lenguaje de los signos y los cálculos; el hombre de nuestro tiempo aprende que la visión secundaria del mundo trae poder y dominio, que cambia la vida sobre la tierra, y que debemos adaptarnos con toda energía a esta clase de relaciones con la naturaleza.

La certeza de la que hablaba es simplemente que nuestro desenvolvimiento carece de sentido y valor si erróneamente creemos que el mundo secundario anula e inutiliza el primigenio; una existencia humana auténtica más bien debe lograr la síntesis que dentro de una visión científica cada día más complicada permita la expresión plena de la experiencia sensual original, que deje desarrollarse plenamente todas nuestras facultades y recoja todas las formas de arte.

El conocimiento del papel vivificador de la relación con el mundo, originariamente sensual, se amplía: nos damos cuenta que nuestro mundo de los sentidos posee algo peculiar, propio a nosotros los humanos. La consideración de la peculiaridad de la experiencia humana plantea nuevos problemas que influyen profundamente en nuestras relaciones con la naturaleza.

La investigación nos enseña que el mundo empírico que erigimos mediante nuestros sentidos, no es el mismo para las distintas formas de vida. Mi encendida amapola roja no arde con la misma llama para el ojo del insecto; la puede confundir con otros colores muy oscuros: muchas flores las percibe el insecto con dibujos ultravioletas de cuyos tonos de color no puedo hacerme una idea exacta. Tampoco podemos penetrar en el extraño mundo en que los murciélagos escuchan sus propios ultrasonidos —como nosotros el eco de nuestra voz. ¿Pero cómo suena eso en el oído del murciélago? También nos hemos enterado del mundo especial en que algunos peces crean su propio campo eléctrico y perciben trastornos en ese campo.

Sólo menciono un par de descubrimientos que se lograron en el tiempo de mi formación como naturalista. ¡Pero cómo enriquecieron mi participación en la vida a mi alrededor! La investigación exacta nos ha devuelto a los hombres el mundo de la experiencia de los sentidos como mundo peculiar exclusivo del hombre: la ciencia no ha destruido el encanto del mundo infantil de colores y sonidos; por lo contrario, lo ha reconocido como un don especial recibido por el hombre. Los progresos de la investigación científica han establecido que la amapola rojo fuego es una experiencia de la especie humana que nos hace sentirnos como en casa propia dentro de una realidad en última instancia totalmente extraña: un suceso organizante que pertenece en verdad a los mayores misterios de nuestra existencia y nuestra vida.

Si la alondra lanza su canto al igual nuestro, si las abejas ven unas flores completamente diversas a las nuestras, sobre ello la investigación —que muchos quieren presentarnos como la gran desilusionadora— nos ofrece algo que yo considero como un gran regalo, como un regalo adicional de la ciencia. El mundo según lo conocemos con nuestros sentidos cándidos no es un mundo común a todos los seres vivientes: es nuestro mundo propio, para cuya experiencia hemos sido creados por aquellos poderes, ahora tan inasibles como antes, que dieron vida a lo aquí viviente. Nuestra vivencia extrae de una serie de vibraciones una banda coloreada y la encierra en un círculo cromático. Nuestra mente está destinada a vivir dentro de un orden claro y cerrado, en un reino de colores en que el rojo sobre el púrpura se une al violeta. Con cuánta vehemencia se enfrentaron a veces los espíritus a propósito de la banda de colores del físico y el círculo cromático del pintor, y con cuánta claridad tenemos ese mundo hoy en día ante nosotros: ha sido profundizado por el físico con norma y medida allí donde queremos dominar las apariencias, pero el goce de los sentidos perceptores nos es dado como una experiencia que nos ayuda a erigir, con impacto inmediato, ese mundo originario que constituye nuestra patria peculiarísima.

Los sucesos de la naturaleza muestran actualmente a los hombres en Occidente un aspecto tanto más positivo y claro cuanto más parece terminado entre nosotros, desde hace tiempo, la lucha por asegurarnos un lugar dentro de una naturaleza bravía, amenazante y llena de peligros. Los lados sombríos de la naturaleza se dejan notar, en cambio, cada vez más dentro de nosotros mismos, en el desconocido mundo interior nuestro. Ahora tenemos en nosotros la porción peligrosa de la naturaleza, en nosotros mismos prolifera la selva virgen amenazante y azarosa.

Se entiende, desde luego, que las relaciones con las cosas no tienen por qué ser en todas partes las que aquí presento. Otras variantes de la relación con la naturaleza se impondrán siempre que el hombre deba seguir luchando con un medio sin domar y se halle expuesto a riesgos tanto exteriores como interiores. Aquí hablo a los hombres que encuentro en mi quehacer diario.

Qué solaz y qué exaltación no despiertan en nuestras latitudes no sólo el ritmo del día sino también el del año, siempre que uno lo comparta realmente, es decir, comparta en primer lugar, la experiencia plena de los sentidos, la intensa profundización en la vida de los árboles, de los animales a nuestro alrededor, en los colores del cielo y las nubes; y consiga todo el vigor de la experiencia sensorial por el ejercicio de la observación, por la agudización de la vista y el oído. No habría por ello que escuchar el canto del mirlo por primera vez cuando los negros pájaros despliegan toda la composición, a plena luz, sobre los altos tejados o en la copa de los árboles; nos sobrecoge mucho más cuando en la penumbra matutina de enero, temprano, oímos los sonidos titubeantes, los primeros ensayos del mirlo que anuncia dulcemente en el matorral la venida de la primavera.

De esta evidencia surgió en muchos la instigación al saber: ¡qué amplio dominio nuevo de concentradas alegrías se abre entonces! Quien aquí penetra descubre pronto que no está solo sino en extensa compañía de otros muchos espíritus congeniales igualmente activos. Esto todavía no es la ciencia que como profesión ocupa al investigador en el laboratorio, aunque en muchas ocasiones parecerá al investigador precisamente esta pasión de diletante lo más alto, lo más humano, pues en las hermosas realizaciones de esta especie sentimos una aspiración despreocupada, libre de las exigencias de lo útil y de cualquier deseo de dominación.

¡La pasión del diletante!, expresión desvalorizada en la era de la especialización. Otrora significó algo muy elevado; el diletante era el que se deleitaba, el que se recreaba. DELEITE ENTOMÓFILO llamó a su revista uno de los más admirables naturalistas del siglo XVIII. Deberíamos reencontrar este «dilettare»: se nos abrirían entonces nuevas fuentes del goce de vivir.

A los naturalistas ha caído un gran privilegio: poseer las llaves de la cámara secreta de lo maravilloso. Con esas llaves han asumido un cometido; tienen obligaciones y grave responsabilidad. Una tarea especial nos ha sido confiada: mostrar a las innumerables personas que quieren participar de los sucesos de la naturaleza el camino a las riquezas que pertenecen a todos. Se trata no sólo de poner de relieve las realizaciones técnicas de las

ciencias naturales, sino también de sumergir en la experiencia, de hacer que se tenga parte en lo asombroso de los hechos de la naturaleza, sobre todo en la aventura de los seres vivientes con todo su demoníaco enigma.

La amapola roja sobre el verde tierno evoca también siempre en mí las imágenes de determinadas obras de arte de aquella época de la pintura en que con inaudita pasión se exploraron el color y la luz. Antes he mencionado a Claude Monet y Vincent van Gogh, ya que sus creaciones han conferido significación notable a muchos aspectos del verano. Puede ser que la representación de un acto consagratorio de la realidad del mundo pertenezca al campo religioso. Por mi parte creo que en sus momentos más felices el arte consigue santificar la realidad mediante la transformación que a las cosas hace sufrir en nosotros la vivencia de un artista.

Por mediación del artista se nos ofrecen nuevas experiencias que desde la primera impresión cambian nuestra existencia. Al meditar sobre esas fuertes influencias se me presentan de preferencia a la mente impresiones de las artes plásticas porque pertenecen al mundo de la visión. Otros obtendrán igual enriquecimiento mediante la música, o la poesía, en que la palabra creadora acrecienta la experiencia de la naturaleza y el alma, y en que nuestra experiencia del mundo es también transformada.

'Un resplandor blanco se posa sobre la tierra y el mar. . .', con cuánta frecuencia resurge en mí sin querer esta línea, evocada por alguna leve reminiscencia, y la visión interior del mar, para mí un lugar de trabajo, llena la mente de imágenes sobrenaturales. También se levanta en mí el sexto canto de la Odisea: '... El firmamento sin una nube palpitaba sosegadamente en torno y le cubría de rayos centelleantes...' Nausicaa aparece como imagen del deseo, y el sueño diurno me conduce a Goethe que meditó largamente un drama sobre Nausicaa a la vista del alto y resplandeciente cielo meridional. En esas imaginaciones le sobrecogió la maravilla interior de las plantas primitivas con vivacidad inaudita: 'el jardín de Alcinoo había desaparecido, un jardín terrenal lo había reemplazado'. Mis horas en los mares meridionales se han ligado tan íntimamente con las remembranzas de la obra del poeta como un día el campo de amapolas de Claude Monet se unió al poderío de la infancia —ambos imperecederos durante todo lo que me quede por recorrer de mi vida mortal.

No hay nada que no fuera conmovido por el poder de tales asociaciones; los compañeros de los días pretéritos están bañados en una luz que no palidece; las pequeñas cosas cotidianas adquieren aquella luz de lo peculiar que el pintor Jean-Baptiste Chardin sabía conferir en sus naturalezas muertas a los objetos más humildes. ¿Es acaso de sorprender que el encuentro con el embrujo de Chardin me produzca una sensación tan tremenda que su efecto sobre mí es casi doloroso, casi insoportable? La tormenta de los recuerdos e imágenes me traslada de pronto al camino de la escuela, con un tulipán rojo en la mano, al que quería pintar y cuyo brillo sedoso no me había seducido menos que su color, que la fluidez de sus líneas, la belleza del tallo ascendiente, el frío verde tranquilo de sus hojas. Y más aún al mirarlo por dentro. Entonces supe, y para todo el resto de mi vida, cuál forma puede asumir el 'santísimo'.

El tejido íntimo de todas las relaciones espirituales de la más diversa procedencia crea una nueva realidad, a la que no podría darse otro nombre que el de 'superrealidad'. No en balde por los años veinte me hizo tan fuerte impresión el surrealismo. Aunque no doy importancia a muchos de los extravagantes extremos de ese arte, sin embargo, en una época decisiva de mi desarrollo significó mucho para mí esa tentativa por recorrer el reino de lo 'maravilloso' en nosotros y en nuestro contorno. Debo por ello citar aquí el 'viaje a Oriente' de Hermann Hesse como una parábola de ese período de mi existencia.

Los vínculos secretos que unen nuestras experiencias del arte y la naturaleza constituyen una de las más puras y ricas fuentes de nuestra vida interior, una fuente sin embargo que necesita encontrar su alimento en muy dilatadas regiones y que nos obliga a estar dispuestos a recibir todo lo que el mundo quiera darnos. Cuanto más dejemos actuar en nosotros esas impresiones, con tanto mayor vigor las fuerzas desconocidas tejerán en nosotros la experiencia de la realidad que nos rodea. De que esto ocurra depende que las cosas del mundo nos hablen, que una escena realmente nos conmueva, que el claro y tranquilo azul del cielo visto entre el follaje otoñal, rojo y dorado, cálido y soleado, nos brinde el momento dichoso de puros goces para el que nos ha preparado la estructura enigmática de nuestros órganos.

La experiencia de la naturaleza así como las impresiones de las obras de arte no sólo son motivo de dicha por la armonía, el colorido y la hermosura de las formas naturales. Cuanto más rica es la experiencia más insistentemente se pone de relieve lo tenebroso y amenazante, tanto más ensombrecen nubarrones misteriosos el cielo claro. El trabajo de investigación de la vida está íntimamente ligado a esta toma de conciencia del lado oscuro de la experiencia del mundo, la cual como pesada carga en la

balanza de nuestra vida afectiva compensa el efecto de los aspectos luminosos y nos permite una visión más completa y valedera de la naturaleza y el hombre.

También esto es parte del mundo espiritual, de lo que íntimamente nos vivifica: esta visión de lo último inasible, del misterio del mundo en que vivimos. Por ello el dolor, sentido en el cuerpo y el alma, no es simplemente algo negativo que hay que eliminar en lo posible con los medios técnicos a nuestra disposición; el significado del dolor y la pena es múltiple y una de nuestras tareas es comprenderlo así. El conocimiento de que nuestro destino es también maraña inextricable, es paso necesario en nuestra experiencia del mundo: cuanta más profunda sea la oscuridad tanto más resaltará radiante el aspecto positivo de la naturaleza. Sólo mediante esta totalidad se dará a nuestra experiencia energía y plenitud.

Hablo del misterio del mundo. Hace poco un crítico de mis trabajos ha observado que en mis escritos se encuentra con demasiada frecuencia la palabra misterio; según él, sería más correcto hablar de problemas. Tomo en serio esa crítica pues se inspira en una posición intelectual muy difundida, en la idea de que todo lo que se nos aparece como desconocido tarde o temprano se convertirá en enigma resuelto. Según ella no hay duda alguna respecto a la posibilidad del completo esclarecimiento de la naturaleza.

Estamos aquí ante una bifurcación de los espíritus. Por mucha estima que tenga por la investigación, empero veo que la oscuridad que nos rodea sólo retrocede ante una zona de luz creciente. La oscuridad circundante no es menos profunda y vasta que antes. Por ello hablo de misterio y lo distingo de la zona de los problemas solubles.

Parecerá una receta, pero debo añadir algo. Una experiencia rica de la realidad no se obtiene sin que uno intervenga activamente, sin un participar y apropiarse conscientes. Esta participación debemos procurarla reteniendo las impresiones que cotidianamente recibimos, incorporándolas y tratando luego de convertir las mejores en bien propio nuestro. Pienso, por ejemplo, en los goces que obtuve mediante mis apuntes y esbozos: hoy una rara coloración del cielo, ayer el juego de colores de una hoja otoñal, o la forma de una semilla alada que en maravilloso orden geométrico abre su delicada sombrilla —muchas de estas sensaciones son tan bellas como las más magníficas piedras preciosas y pueden tenerse por doquiera a la orilla del camino.

A muchos parecerá hoy en día que las grandes posibilidades que ofrece la fotografía en colores eximen de tal actividad. Por mucho que aprecie y disfrute agradecido lo que me traen mis jóvenes colaboradores, que han vivido el desenvolvimiento de esas posibilidades, con todo aun la más refinada captación de la imagen en colores no nos dará nunca las fuerzas que nos brinda cualquier objeto natural al que analizamos minuciosa y tranquilamente mientras lo dibujamos y pintamos. La fotografía en colores debería seguir a una profundización de esa especie, a una amplificación de lo percibido: es eso lo que crea la verdadera riqueza interior, y no imponentes hileras de libros ilustrados. Pero esto es materia para otro capítulo.

Este estar abierto a la riqueza de los fenómenos al alcance de nuestros sentidos no se halla en oposición con los valores éticos; por lo contrario, conduce de inmediato, v. gr., al problema fundamental del derecho a existir de todos los innumerables seres a nuestro alrededor, de todas las plantas y animales que el hombre arroja fuera de su espacio vital y a muchos de los cuales amenaza con la extinción.

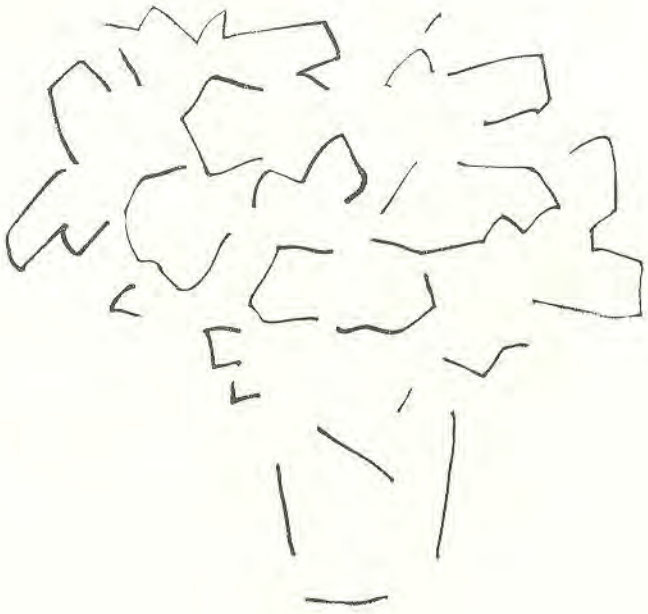
El goce de la naturaleza lleva también a la necesidad de hacer que los demás participen de él, necesidad a la cual en todos mis años de riguroso trabajo científico siempre he cedido, para mostrar mediante ese trabajo lo que a mí mismo, en el contacto con la naturaleza y el arte ha resultado un aumento del tono vital, una riqueza que es necesario distribuir entre los otros. Este elevarse sobre la esfera privada da la primera respuesta a la cuestión del significado. Una participación mayor en los sucesos naturales ya da sentido a nuestra actividad. Pero la ampliación del efecto síquico multiplica el sentimiento de la liberación que acompaña a todo trabajo lleno de sentido. Yo tengo precisamente la felicidad de hacer un trabajo que encierra esta posibilidad de una experiencia reforzada, la cual —si prescindo de las inevitables cargas burocráticas— no se oponen a mis tendencias íntimas y por tanto no conoce ni necesita hacer esa separación entre trabajo y ocio tan típica de hoy.

En demasiados casos actualmente el trabajo profesional no tiene casi otro sentido sino el de ganar medios para gozar de tiempo libre, a fin de luego encontrar con qué dar sentido a ese ocio. No me refiero a los hombres cuya inquebrantable fe es que todo está ordenado para que la existencia terrena no sea sino un tránsito a otra más elevada; más bien pienso en la inmensa muchedumbre de los que por diversos motivos no encuentran sentido a la vida, cuyo número crece con la difusión de la técnica occidental. A ellos doy cuenta de la gran alegría de un tiempo colmado que experimento como un regalo, como una felicidad disponible en todas partes cuando uno se

pertrecha para reconocerla allí donde nos espera. Porque sólo el preparado íntimamente la ve, sólo él la reconoce en los colores y las formas, en los sonidos y aromas y sólo él capta por intermedio de los sentidos todo el profundo significado del instante.

Las posibilidades de logro de la experiencia, de participar en la riqueza de contactos con el mundo que nos permite la naturaleza, es una primera satisfacción y una fuente de dicha. Compartir con los demás lo que la suerte nos ha hecho hallar en la naturaleza, acentúa esa alegría de vivir, ya que hemos sido creados para la vida en común y en la solidaridad con los demás se fortalece nuestro ser. Hay niveles del significado y nadie sabe hasta dónde podrá ser uno llevado por esta vía.

Una de las etapas nos conduce de la dicha y goce ingenuos ante los tesoros a nuestra disposición al profundo respeto por todo lo que en torno nuestro vive, por todo aquello que aun con la más refinada técnica somos incapaces de crear. Quizás despierten las perspectivas que entonces se vislumbren nuevas posibilidades de creación, quizás inciten a profundizar en el problema del devenir y las postrimerías, con el cual también tiene que enfrentarse el naturalista. El individuo aprende a este nivel de la experiencia del mundo a reconocer mejor las relaciones de las partes con el todo; no sólo se comprende como una partícula insignificante de una vida inmensa sino también percibe la grandeza del pensamiento, la maravilla de las relaciones cósmicas y el misterio del ser humano.



De Stael *Dibujo*

Raúl Vargas

Paulo Freire: Una pedagogía para la libertad

En el curso de los últimos años la preocupación en torno a la educación ha sido tan creciente en América Latina como la discusión sobre el desarrollo socioeconómico o una metodología política efectiva para lograrlo. Y es que, en rigor, la problemática educativa continental no sólo es producto de la insurgencia de una conciencia desarrollista o modernizadora, sino también de la búsqueda de una identidad nacional democrática y realmente liberadora. Semejante insistencia en cuestiones educativas, sin embargo, no siempre ha sido esclarecedora y menos aún ha estado acompañada de hechos prácticos promisorios.

En torno de la educación latinoamericana han primado dos tipos de argumentaciones: una de tipo economicista tendiente a demostrar la necesidad de aumentar y tecnificar la mano de obra para una sociedad cuyo desarrollo capitalista se previene, o tendiente a demostrar la rentabilidad de la inversión pública en la educación popular, expediente que entra en el juego de una disputa presupuestal para reorientar el gasto público. La otra, de tipo académico, "teórico", coincidente en la necesidad de un sostenido esfuerzo educacional que ataque el analfabetismo y los bajos niveles educativos para *civilizar* al país, colocarlo a la altura de los países desarrollados. Subyace en esta tesis una suerte de calco pasivo que aspira a la imagen de la cultura y la educación de los países desarrollados, y un paternalismo que recuerda al del Despotismo ilustrado. Allí caben los grandes verbalismos sobre la culturización masiva, la educación popular, la vinculación de educación y pueblo, la defensa de una educación "práctica" en vez de "teórica", "científica y tecnológica" en vez de "bachilleratista y humanista", etc.

Todo este cúmulo de exposiciones parte de una realidad innegable, la agudización del problema educativo continental; pero su enfoque carece de originalidad, es excesivamente genérico, las más de las veces ignora los problemas de fondo que laten en el atraso y carencias educacionales, o se resigna a ser una respuesta mecánica que copia soluciones extrañas al continente. En esencia, la realidad latinoamericana no ha sido el motor principal para la creación de una doctrina o un programa educacional, y al ocurrir esto, tantos buenos propósitos y planeamientos educativos han padecido de inoperancia, de una pertinaz frustración.

Quizá en parte la causa de esta inoperancia y falta de originalidad resida en el hecho de que para hablar de educación en nuestro continente se ha prescindido, en la mayoría de los casos, de una globalización del problema, o se haya sectorizado la realidad hasta vaciarla de sus contenidos más profundos. Era cuestión de "hacer pedagogía o educación" y nada más, recortando en esos análisis precisamente cualquier implicación ideológica, filosófica, política, sociológica o histórica que les diera contenido central. Concepción tan cerrada y errónea como la de un político que deseando modificar su país prescindiera en su análisis de todo aquello que no tuviera que ver con su partido o su programa. Ese recurso puede haber estado revestido de ingenuidad pero hay también en ese orgullo profesional exclusivista una buena dosis de reaccionarismo, reflejo de un pensamiento tradicional para una sociedad tradicional.

Y esto es tan válido que no hay otra razón quizá para explicar la debilidad congénita de los programas educacionales de la mayoría de nuestros países o de sus campañas nacionales de educación popular. Es asimismo en este marco donde se sitúa la más dramática tensión entre educación y sociedad. Hay quienes pretenden de buena o mala fe salvar al país o al continente por la educación, sin confesar que, a la postre, estos países padecen de una educación deficiente, anárquica, tradicional en la medida que son sociedades retardatarias, injustas, tradicionales. En el caso peruano aún resta mucho por decir con respecto a la secular violencia cultural con que se ha construido nuestra educación, la misma que no era susceptible de resanarse sin enmendar primero la causa de la que era efecto: la injusta conformación de nuestra sociedad.

En este contexto, puede tal vez comprenderse mejor la insólita fuerza del pensamiento educativo de Paulo Freire, educador brasileño de riquísima experiencia y quizá una de las figuras latinoamericanas más sobresalientes por cuanto ha logrado derribar las barreras del círculo vicioso en el que se movía el pensamiento pedagógico continental, enrumbándolo por una doctrina plena de identidad con los problemas y desafíos de nuestra realidad pero no por ello carente de universalidad y humanismo. Freire, formado en el existencialismo cristiano, al que no son ajenos los esfuerzos ideológicos de pensadores como Fanon ni los aportes fundamentales de las ciencias sociales, es asimismo un educador que con vocación inquebrantable ha conjugado la práctica con la teoría, entregándose de lleno a una tarea que en su país natal le valió persecución, prisión y hasta el exilio. Esta realidad es la más elocuente con respecto al vigor y vigencia de sus ideas. Estamos, pues, frente a una respuesta educativa que no oculta el meollo de los problemas y que más bien los sitúa en su exacta dimensión. Durante la gestión de Joao Goulart, Freire fue el responsable del ambicioso programa de educación popular tendiente a alfabetizar a las grandes mayorías. En esa experiencia germinaron al par que las grandes líneas de su pensamiento los pasos concretos que lo realizaban; unidad de teoría y práctica de un poder grandioso y liberador. Pero evidentemente una sociedad tan conservadora como la brasileña, que además no contó con toda la decisión en los pasos políticos como para que este programa de educación popular fuera su colaborador en la acción de movilizar y

concientizar a las mayorías, no podía reconocer sino peligros en la práctica pedagógica de Freire y el equipo de hombres que lo acompañaron. Al producirse la caída del régimen de Goulart, Freire debió abandonar su país y se asiló en Chile, donde inició desde 1966 la segunda etapa de su trabajo educativo, también aplicando el método psicosocial de alfabetización y concientización, con resultados óptimos. Desde Chile comienza a irradiarse a diversos países en América Latina la práctica de Paulo Freire y en todos los casos causando coincidentes puntos de vista admirativos por su método y por sus ideas. Para no caer en el error un tanto generalizado de creer que Freire se ha restringido únicamente a la elaboración de un método de alfabetización, es conveniente conocer algunos aspectos de su exposición doctrinal, que es el alma de un pensamiento pedagógico tan vasto como para implicar un sistema educativo a todos los niveles. Y esa fue, en buena cuenta, la perspectiva del propio Freire. Su meditación y práctica estaban orientadas a generar una nueva filosofía educacional en su país, partiendo de lo que podría considerarse la base de la pirámide, cual es la alfabetización de adultos. Las circunstancias ya señaladas que lo alejaron de su patria, y luego el trabajo intensivo en Chile, le impidieron continuar sistemáticamente sus investigaciones con respecto a otros niveles educacionales. Tras abandonar Chile, a principios de este año, ocupó una cátedra en Harvard precisamente con la esperanza de continuar sus trabajos y estudios. Finalmente se traslada a Ginebra a ocupar un cargo en la Unión Internacional de Iglesias. Muy posiblemente allí continuará sus investigaciones educativas.

Educación, Hombre, Mundo

Toda educación, nos dice Paulo Freire, tiene que ver con una idea del hombre y de la sociedad, o del mundo. De ese modo la educación no puede ser neutra, es decir supone una concepción determinada que la norma, que la orienta y define. Pues bien, frente a una concepción mecanicista del hombre como ser de acomodación, de adaptación, que provocará por lo tanto una educación destinada a adaptar o domesticar al hombre al mundo (físico-social-cultural), surge su análisis del hombre temporalizado y situado, aquí y ahora, o en otros términos, del hombre "en el mundo y con el mundo". La vocación ontológica del hombre —dice Freire— es la de objetivar el mundo y en consecuencia actuar, transformarlo, humanizarlo. Es un ser de la praxis, un ser sujeto que se impone al objeto mundo. Se quebranta el ser fundamental del hombre cuando se le niega su condición de sujeto, cuando se le convierte en objeto de otros hombres, cuando se le toma por "cosa". Extremando el análisis, quien niega ser a un hombre, también pierde su condición de sujeto, porque "nadie es si prohíbe que los otros sean", porque "nadie es si los otros no son". Esta condición de ser inconcluso y de ser que depende de que los otros sean para realmente ser, hace que sea un ser de la búsqueda permanente, búsqueda que no puede desligarse ni del mundo ni del quehacer de los otros.

El hombre, asimismo, es capaz de escapar, trascender su aquí y ahora, a condición de ser críticamente consciente de ellos, de conocer su realidad. El hombre es capaz de ser más en virtud de sus relaciones con el mundo y los otros, relaciones enriquecedoras y transformadoras. Puede humanizarse y deshumanizarse, ser más o menos. La educación, en este contexto, si es verdaderamente humanista, debe, "en lugar de dar fuerza a los mitos con los cuales se quiere mantener al hombre deshumanizado, esforzarse en el sentido del desvelamiento de la realidad" que otorgue al hombre las armas para transformar la realidad, pasando de una conciencia ingenua a una conciencia crítica, lúcida de los problemas de su circunstancia y de los medios para superarlos. Y esto sencillamente porque si el hombre fuera únicamente "un ser de acomodos o de ajustamiento, la historia y la cultura, sus dominios exclusivos, no tendrían sentido. Les faltaría la marca de la libertad." El hombre es, finalmente y por naturaleza, un creador de cultura, porque no se satisface con lo dado, porque va más allá de su situación, porque actúa para ser.

El elemento que distingue a la teoría pedagógica de Freire, como se apreciará por lo expuesto, es una educación que alimente una permanente actitud crítica, el único medio que lo hará consciente de su humanidad, de sus tareas como hombre de una época y una circunstancia. En vez de simple ser adaptado, en vez de ser simple espectador, en vez de simple objeto, trascenderá a su propia realidad de hombre, será liberado.

En estas ideas subyace ya la razón destructiva de toda educación que lleve a amoldar al hombre, a negarle su humanidad. Y aunque difícilmente una educación podría por sí definirse deshumanizadora, es en la práctica donde se aprecia que puede llevar a este final. El mundo contemporáneo es una palpable muestra de la deshumanización masiva, y de la labor masificadora de la educación, cuyas últimas consecuencias son las de hallar a la gran mayoría de los hombres desprovistos de sus decisiones, incapaces de integrarse a las tareas de su tiempo, coto exclusivo de *intérpretes* y *conductores*. Paulo Freire, para postular su pedagogía para la libertad tiene necesariamente que negar lo que llama la "concepción bancaria de la educación", es decir la que convierte al proceso educativo en un mero acto de *depositar* contenidos. Tal concepción no ha eliminado la contradicción educador-educando, más bien la ha reforzado. Hay alguien que todo lo sabe y otro que todo lo ignora, hay alguien que habla y otro que escucha, hay alguien que disciplina y otro que es disciplinado, alguien que prescribe y otro que acata, alguien que elige el contenido de los programas y otro que recibe mecánicamente ese contenido; alguien, en suma, que es sujeto y alguien que es objeto. La relación entre educador y educando es vertical, antidialógica y parcializada porque supone de antemano que la conciencia del ignorante es una conciencia vacía a la que debe llenársele de datos, informaciones, contenidos, un saber que privilegiadamente ostenta el educador. Reside en esta concepción un escepticismo acerca del ser del hombre, que de plano corrompe la relación pedagógica, pasiviza al educando, estanca y mata la cultura.

Un análisis de la conciencia, en cambio, permite discernir, primero, que no hay jamás una conciencia no refe-

rida a algo, sin *intencionalidad*, sin vocación de objetividad y con capacidad de criticidad y trascendentalidad. Cuando Freire indica que no hay aprendizaje sin "concientización" precisamente apunta a estas cuatro condiciones de una conciencia crítica que fundamentalmente debe perseguir consolidar una educación humanizadora. Motivar en el educando la aptitud de problematizar, de tomar conciencia de los problemas es el objetivo primero de esta educación que por ello también se denomina problematizadora. Para lograr estos fines se debe, en primer lugar, superar la oposición educador-educando, y restablecer la relación fundamentalmente dialógica de toda comunicación pedagógica. Lo que significa reconocer que existen en el proceso educativo un educador-educando y un educando-educador, es decir dos seres que pueden educarse entre sí, mediatizados por el mundo, sin que se produzca la manipulación del uno por el otro. Desde esa perspectiva es que "la educación se constituye como verdadero quehacer humano. Educadores-educandos y educandos-educadores, mediatizados por el mundo, ejercen sobre él una reflexión cada vez más crítica. Identificados en esta reflexión-acción y en esta acción-reflexión sobre el mundo mediatizador, se hacen ambos, auténticamente, seres de la praxis."

Alfabetización funcional

Con ser revolucionarias estas ideas para el entero campo de la educación, adquieren mayor vigencia si se las aplica en el plano de la alfabetización de adultos y, en líneas generales, a las masas marginalizadas de un país. En efecto, la pedagogía para la libertad ha desnudado en toda su falacia aquella idea "bacteriológica" del analfabetismo que lo presenta como una plaga, como una enfermedad que debe ser suprimida. El analfabetismo es identificado con suprema ignorancia, y ésta se vincula con la supuesta innatez de la flojera del pueblo. Como quiera que por el hecho de ser hombre, el analfabeto (que Freire preferirá llamar alfabetizando) no es de plano un hombre que lo ignore todo, y que en América Latina se da aún más fuertemente la polaridad cultura urbana-cultura campesina por la diversidad económico-social, cultural-racial, incidiendo el analfabetismo en el marco campesino, se comprenderá hasta qué punto se violenta con esa concepción un auténtico proceso de alfabetización y de qué modo se lo condena de antemano al fracaso. Se parte de una concepción de la cultura que divide el mundo en una *élite* que todo lo sabe y el pueblo que todo lo ignora. Salvar al ignorante es depositar en él palabras y signos, ajenos a su circunstancia, a sus problemas, y, llevando más allá las cosas, "domesticarlo", "adaptarlo" al mundo que la *"élite"* estima civilizado. El hombre que carece de instrumentos tan simples como la escritura y la lectura no deja por ello de ser un hombre con pensamientos, sentimientos, conciencia; no deja de tener por ello una cultura, una postura ante el mundo y una acción transformadora del mismo. Al "salvarlo" llenando su conciencia con las palabras que no son suyas, el hombre en definitiva está impedido de ser un hombre libre, con aptitud crítica, está impedido de "decir su palabra", como señaló José Luis Fiori, con las implicaciones que esto tiene, como se verá más adelante. Pero ocurre que no hay, en efecto, "analfabetos" de la palabra, y que los hombres tienen su palabra cotidiana con la que se expresan, relacionan, juzgan, crean y recrean. Hay "analfabetos" con cultura, hay hombres, en suma, en cuyo analfabetismo patentizan su condición marginal de la historia, de sus derechos, de su libertad. El analfabetismo, en consecuencia, no es sino "un epifenómeno. Sólo es un freno al ejercicio pleno de los derechos del hombre, en cuanto es ya una manifestación extensiva de derechos postergados." La tarea de una alfabetización profunda, como de toda educación, es la de empezar por una restitución de la humanidad negada a ese hombre: la capacidad de que su conciencia crítica se despierte, reclame por sus derechos y se inserte correctamente en la realidad para transformarla. El alfabetizando empieza por recuperar "su" palabra, la misma que en su situación concreta de oprimido, de marginalizado, le está siendo negada. Pero esa recuperación técnica está indisolublemente ligada a la concientización del individuo, y sólo así se puede entender que la alfabetización sea algo más que un simple adiestramiento en una técnica mecánica de lectura y escritura, para concebirse, más bien, como el primer paso "para la integración del individuo a su realidad nacional, como sujeto de la historia". De allí que toda alfabetización, a la postre, para ser efectiva está de hecho relacionada con una decisión política de llevar adelante una modificación de la sociedad tradicional y esté íntimamente asociada con otros esfuerzos de carácter económico y social.

Nadie, dice Freire, es analfabeto por elección, es simplemente como consecuencia de las condiciones objetivas en que se encuentra. En ciertas circunstancias el analfabeto es un hombre que necesita leer, en otras es un hombre a quien le fue negado ese derecho. En ambos casos, introducir la lectura y escritura significa iniciar una transformación capaz de cambiar cualitativamente la sociedad y la cultura de un país. Esto explica rotundamente cómo las campañas de alfabetización no pueden reducirse a un acto paternalista o mesiánico de "salvar" al ignorante, erradicando el mal, donando cultura al pueblo; cómo el primer actor del problema, el analfabeto, siendo consciente de su recorte humano, recibiendo las primeras armas para construir su visión crítica de la realidad, será el primer entusiasta por superar su situación disminuida. Pero llegar a esto significa haber volteado totalmente la perspectiva pedagógica de una alfabetización, aplicando aquellos postulados humanistas que reconocen en el hombre todas las condiciones para ser más en la medida en que se respete su propia personalidad, aceptando el diálogo como premisa de toda labor enseñanza-aprendizaje, reconociendo que allí donde se impone la palabra se debe levantar la propia palabra del pueblo, que allí donde se impone la problemática y dimensión de una cultura ajena se identifica y alienta la propia cultura, el propio universo del pueblo.

Veamos más concretamente estas proposiciones. ¿Qué significa, por ejemplo, decir *su* palabra? Freire destaca que "no hay palabra verdadera que no sea la unión inquebrantable de acción y reflexión". Como acción y reflexión unidas son praxis, la palabra es praxis. La pala-

bra adquiere una condición fundamental: transformar el mundo. Una palabra auténtica es praxis, una inauténtica que sacrifica la acción es verbalismo alienante y alienado. Débese con la palabra denunciar el mundo, puesto que no hay denuncia sin transformación, ni transformación sin acción. Si se exclusiviza la acción, la palabra deviene en activismo, es decir, en acción sin la vigilancia de la reflexión, dicotomía igualmente negadora del diálogo. De modo que nadie puede decir, mentar, sin tener una referencia existencial de su pensar y su actuar. "Existir humanamente es pronunciar el mundo, lo que vale decir, transformarlo." Pero algo más: mentar el mundo es problematizarlo, y exige un nuevo pronunciamiento. "No es en el silencio que el hombre se hace, sino en la palabra, en la acción-reflexión." Se entiende entonces que nadie puede negarle la palabra a nadie, ni regateársela, ni imponérsela si de veras busca un diálogo, forma de enriquecimiento mutuo entre iguales. Por eso es que no hay diálogo entre los robados de su palabra y los que la roban a otros. El diálogo no sólo exige equiparidad entre los interlocutores, sino además una auténtica comunicación en que cada quien dice su palabra. El verbalismo y el silencio, formas de rehuir la real mención del mundo, son por ello antidialógicos. Pedagógicamente, "¿cómo puedo dialogar si alieno la ignorancia; esto es, si la veo siempre en el otro, nunca en mí?... Si a priori admito y afirmo que los campesinos y los obreros son absolutamente ignorantes ¿cómo puedo dialogar con ellos?" Cada quien debe decir su palabra, y en ese momento es posible la conducción paralela de la enseñanza y la concientización.

En materia de alfabetización estas premisas tienen una inferencia natural: no pueden enseñarse palabras, cualquier palabra, es necesario reconocer, captar y seleccionar del universo vocabular del grupo humano que se piensa alfabetizar aquellas palabras que no sólo encierran las motivaciones de su existencia sino además su problematización del mundo y su actuar. Así como se buscan palabras se buscan igualmente los temas que reflejan la existencia de ese grupo, que revelan su "drama" y en virtud de ellos se inicia el diálogo propiamente alfabetizador y concientizador. Buscando otra óptica, ocurre en la práctica que por primera vez no se llevan contenidos y conocimientos a donar, sino más bien se entresaca de la propia realidad del alfabetizando aquello que es objeto de diálogo fecundo, susceptible de animar una conciencia crítica y una percepción auténtica de la lengua y la escritura.

El método psicosocial

El pensamiento pedagógico de Freire se vierte en este método, llamado "psicosocial" o "funcional" por el autor y algunos de los que lo han aplicado en Chile. Algunas de las ideas aquí expuestas se concretan en un medio eficaz y dinámico de enseñanza que innova la práctica usual. El método no es fácil de definir por cuanto es algo que se va haciendo en cada caso concreto, algo que se recrea permanentemente. Al desaparecer la dicotomía alumno-educador, al desaparecer el programa del curso, un grupo de "coordinadores" se interesa por el levantamiento de los llamados "temas generadores" y del "universo vocabular" del grupo humano que se piensa alfabetizar, y es a partir de este trabajo con los miembros de la comunidad que lo que es un "círculo de investigación" se convierte en un "círculo de cultura", es decir el medio donde se empezará a trabajar en la alfabetización propiamente dicha. Hasta ese momento se han seleccionado algunos temas que provocarán la discusión del grupo de alfabetizandos (generalmente no más de 30) y las palabras generadoras que además de ser generadoras en cuanto plantean una situación existencial deben permitir una gradual descomposición fonética que abarque las posibilidades silábicas combinatorias de la lengua. Los temas son trasladados sea a dibujos o a *slides* fotográficos o gráficos que se llaman "códigos" o "codificaciones", algunos de los cuales plantean esencialmente las relaciones del hombre con el mundo, y la realidad del hombre como creador de cultura. Estas "codificaciones" preliminares buscan la objetivación de algunas situaciones existenciales que pueden, por medio de la discusión en el "círculo de cultura", donde intervienen el coordinador y los alfabetizandos, llevar a develar los puntos arriba mencionados. Luego otras codificaciones se enriquecen con palabras, las que serán descompuestas silábicamente, reagrupadas por grupos de familias silábicas y combinadas luego en el "círculo de cultura".

El método conoce, pues, tres momentos precisos: el primero dominado por la investigación temática o del "tema generador", su reducción y su codificación. Este momento es denominado fase preparatoria, pero sobre él se concentra realmente la máxima importancia, porque de su elaboración depende propiamente el éxito de todo el método. Aquí confluyen tanto el interés antropológico, sociológico como lingüístico en la medida en que se recoge un vasto material que debe traducir los problemas, aspiraciones y características lingüísticas del grupo humano por alfabetizar. Sin embargo, con ser especializada, esta investigación es dialógica por cuanto se opera con la participación activa y simpática de los propios alfabetizandos.

El segundo momento es el denominado de motivación y se efectúa en el "centro de cultura". Allí se produce la "descodificación" de las "codificaciones" en una sesión donde participan los alfabetizandos bajo la discreta colaboración del coordinador. Las situaciones o códigos son simples pero no por ello desprovistas de matices y sugerencias tan medulares como se las haya definido en la investigación temática. Se trata en esta fase no sólo de situar en el mundo y la naturaleza al alfabetizando en tanto que hombre, sino además de reflexionar junto con él en la percepción de lo que sea su cosmovisión, su percepción histórica y estética, la realidad de la cultura popular, etc., sino también de reconocer su condición de creador de cultura, hasta identificar precisamente la traba que dentro de ese contexto representa el hecho de desconocer la escritura y la lectura. En esta fase, igualmente coordinador y alfabetizandos deben empezar a reconocer las posibilidades de un diálogo franco y humano y la utilidad de un aprendizaje colectivo.

El tercer momento es el aprendizaje de la lectura y la escritura, pero sin desligarlo siempre de temas de discusión.

Es interesante apreciar que no se utiliza silabario y que una vez descompuesta la palabra en sus grupos silábicos y escrita la familia silábica, (que se denomina "ficha de descubrimiento") los alfabetizandos deben empezar a componer palabras y luego escribirlas, formando de modo personal su propio silabario. El relato del propio Freire de esta experiencia es todo lo ilustrativo que se requiere.

"Después de un silencio que casi siempre inquieta al educador, en que queda el grupo "admirando" las familias silábicas alineadas frente a él, el primero se manifiesta creando con combinaciones una palabra. 'Re-mo', dice. 'Rima', añade otro... todos van creando, felices, sus palabras. Nunca olvidaremos la emoción con que un hombre, en la primera experiencia que hacíamos, dijo, frente a la ficha de descubrimiento: NINA, con una risa casi incontenible. ¿Qué pasa?, le dije.

—'Este es el nombre de mi mujer', contestó él con la misma emoción."

Si con la primera palabra generadora ya comienzan a verse claramente las posibilidades combinatorias, estas aumentan considerablemente con las otras palabras. Lo interesante es que no sólo se generan muchas palabras con referencia existencial directa (a diferencia del silabario, es el propio alfabetizando el que *crea* las palabras), sino es que además se debe buscar en cada caso, por obra del coordinador, su vinculación semántica y su posibilidad sintáctica. Se ha eliminado la memorización hueca, se ha comprometido al educando en una tarea que tiene que ver directamente con él, sus problemas, su grupo. Rápidamente no sólo aprecia las posibilidades de su creación dinámica, sino que además el campo de su humanidad se ha multiplicado, enriquecido.

Es obvio que en todo este camino seguido por el método el rol que le cabe al coordinador es de primerísima importancia. Freire con razón previene que una de las dificultades reside precisamente en la formación de los cuadros de coordinadores, no porque se precise una gran versación técnica o pedagógica, cuanto porque en él debe estar enraizada la nueva actitud de respeto hacia los alfabetizandos y de provocación permanente del diálogo.

En lo que Freire llama una "Pedagogía de la comunicación" se inserta tal vez este problema de la formación de coordinadores, porque para su preparación, supervisión y motivación de un trabajo como este, debe también desplegarse toda la capacidad dialógica y motivadora del mismo método. Al respecto, asimismo, conviene tener presente que los colaboradores principales en la ejecución del método, tanto en el Brasil como en Chile, han sido estudiantes universitarios, experiencia que reúne muy ricas perspectivas no sólo porque se ubica en un proceso nacional a la generosidad y entusiasmo juveniles, sino también porque con ellos se da con mayor eficacia el intercambio de enseñanzas y aprendizajes entre educador-educando y educando-educador. En Chile, una última experiencia en relación con los coordinadores también merece especial relieve. En los asentamientos campesinos del centro del país, en efecto, se ha logrado preparar coordinadores campesinos con resultados magníficos. Teniendo en cuenta que un proceso nacional de alfabetización requiere de la colaboración de cientos y miles de coordinadores, la posibilidad de contar con instructores campesinos o de la región de los grupos por alfabetizar es de gran significación.

CONSIDERACIONES FINALES

En esta exposición hemos preferido destacar algunos aspectos del pensamiento y práctica pedagógica de Paulo Freire, sin insistir en otros, como su análisis de la sociedad brasileña y de la educación en su país, rico en resonancias y proyecciones para el caso peruano. Pudiera parecer que la doctrina de Freire, tan variada y original, no ha tenido un soporte preponderante en el caso de su país, y esto es totalmente erróneo. El factor más estimulante para la elaboración de su doctrina ha sido sin duda la observación minuciosa y profunda de la realidad brasileña, y no podía ser de otra manera para un educador que postula la unión indestructible de teoría y práctica. En virtud de su acción pedagógica Freire ha postulado lo que es ambición y meta de toda pedagogía contemporánea: una educación para la decisión, para la responsabilidad social y política y ha reeditado asimismo la búsqueda de instrumentos educativos que otorguen al hombre de su país lo que social e históricamente le ha sido negado: la libertad. Una libertad que implica insertarse en su realidad, transformarla, asumir su época con sus desafíos, grandezas y miserias. Postular esto, como lo afirma Francisco Weffort, significa, honradamente, reconocer que ha existido (si no es que existe aún) una negación de la libertad, de las decisiones y de las responsabilidades sociales y políticas a la gran mayoría de los hombres, llámense brasileños o latinoamericanos. La urgencia de esta pedagogía, además, se presenta inequívoca, al reconocer que agregada al carácter colonial y tradicional de la sociedad latinoamericana se da el fenómeno de ser una sociedad sacudida por grandes convulsiones internas, o atacada en todos sus flancos por una transición dinámica y revolucionaria y que por lo mismo no podrá por mucho tiempo mantener su inmovilismo autoritario.

Freire no aporta, pues, un pensamiento pedagógico que se conforme con la realidad, y plantea más bien una apertura militante destinada a adecuar la educación con el proceso de cambio de la sociedad. La calidad innovadora de su doctrina estriba en eso: escapa de lo que tradicionalmente se entiende por educación, y que Tomás Vasconi ha definido brillantemente al decir que la educación es "un conjunto de acciones llevadas a cabo por el grupo dotado de poder, vinculadas a la socialización de los miembros de la sociedad, tendientes a lograr un incremento del área de consenso y, en consecuencia, a consolidar su posición de dominio. En este sentido genérico, toda acción educativa se presenta como un acto de defensa del sistema vigente de dominación." Esa doctrina, plantea así, un desafío: educar para la sociedad nueva o, cuando menos, educar para que el tránsito a esa sociedad nueva, que tendrá que venir, sea más próximo, más íntegro, más humanizador.

R E F E R E N C I A S

FREIRE, Paulo

La educación como práctica de la libertad. Santiago de Chile, 1969, pp. 136.

La alfabetización de adultos. Crítica de su visión ingenua: comprensión de su visión crítica. (Mimeografiado) 1968, pp. 16.

Investigación y metodología de la investigación del tema generador. Reducción y codificación temáticas. (Mimeografiado). Santiago de Chile 1968, pp. 30.

La alfabetización funcional en Chile. INFORME. Introducción de Paulo Freire. (Mimeografiado). Santiago de Chile 1968, pp. 54.

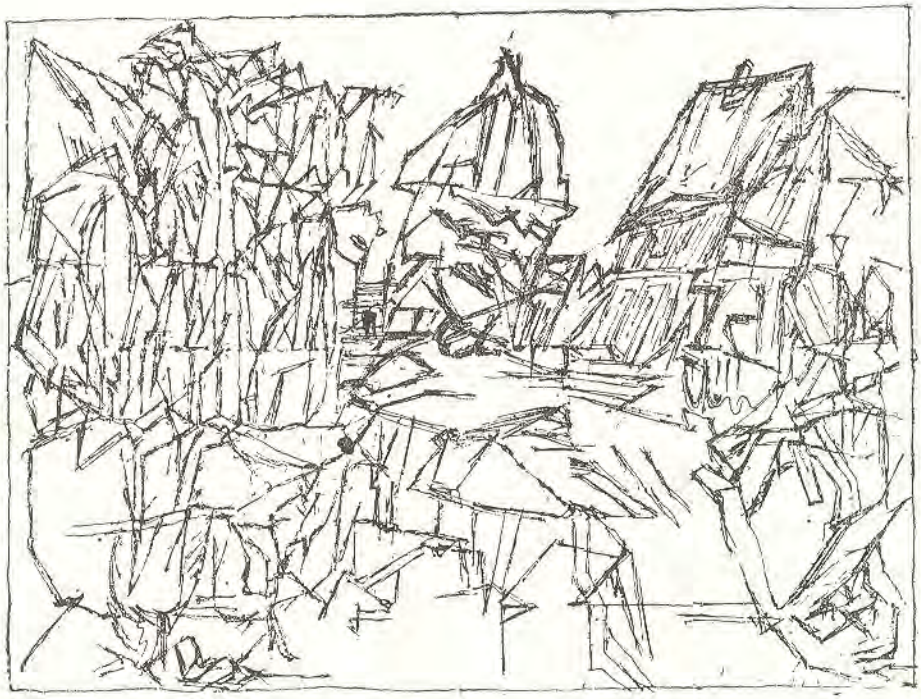
La concepción 'bancaria' de la educación y la deshumanización. La concepción problematizadora de la educación y la humanización. (Mimeografiado). Santiago de Chile, 1968, pp. 9.

FIORI, José Luis

Dialéctica y libertad. Dos dimensiones de la investigación temática (Mimeografiado). Santiago de Chile, 1968, pp. 14.

VASCONI, Tomás

Educación y cambio social. Cuaderno Nº 8. Centro de Estudios Socio-Económicos Facultad de Ciencias Económicas. Universidad de Chile. 1967, pp. 32.



JACQUES VILLON *Dibujo*

Carlos Delgado

Subdesarrollo urbano y marginación social en América Latina

En América Latina el rápido cambio cualitativo en la composición demográfica de lo predominantemente rural a lo predominantemente urbano —independientemente de cómo se defina el valor 'urbano'— se traduce en un proceso acelerado de urbanización. La alteración en la relación cuantitativa urbano-rural tiene inicialmente como fuente de origen la emigración de las áreas rurales, pero sobre la situación que resulta de este 'éxodo rural' operan posteriormente el crecimiento vegetativo de la población urbana propiamente dicha y el impacto de la migración interurbana [1].

Este proceso de urbanización acelerada afecta de manera desigual a los centros poblados que constituyen el universo urbano de cada país. Como tendencia, se advierte que las ciudades que más crecen son aquellas situadas por encima del límite de los veinte mil habitantes y las ciudades que justificadamente pueden ser consideradas como centros metropolitanos. De estos últimos son las metrópolis-capital las que acusan índices de crecimiento más acentuados. En ambos casos las corrientes migratorias juegan un papel de suma importancia.

Al cambio cualitativo en la composición demográfica de los países latinoamericanos —con su corolario de expansión de los centros urbanos y metropolitanos— se añade el crecimiento elevado de su población global como resultado del descenso en las tasas de mortalidad infantil y el aumento considerable del nivel de las expectativas de vida, ambos derivados, centralmente, del impacto de las nuevas tecnologías médico-sanitarias y su difusión en los países del área. De esta suerte, en la inusitada expansión de las ciudades, y en especial de los centros metropolitanos de América Latina, confluyen tres factores: aumento de la población global, crecimiento de la población urbana y gravitación de las corrientes migratorias interurbanas y campo-ciudad.[2]

Al determinar la creciente expansión de los centros urbanos ambos procesos centrales —aumento acentuado de la población global y alteración sustantiva en la distribución de los valores rural y urbano de la población— plantean, entre otros, agudos problemas de vivienda y de infraestructura urbana y de servicios, sobre todo en las áreas metropolitanas. La demanda habitacional así generada no puede ser satisfecha porque, de un lado, la inversión estatal en vivienda no es —y acaso es imposible que sea— prioritaria en ningún país de América Latina y, de otro, esa demanda la plantean principalmente, grupos migrantes en general caracterizados por bajos niveles de ingresos con todo el conjunto de atributos sociales que acompaña a la pobreza económica: bajos niveles educacionales, deficiencia nutricional, escaso entrenamiento tecnológico, incapacidad económica para procurar una vivienda familiar 'adecuada' y acentuada limitación en el acceso a vías de movilidad social. Esta situación se agrava en países como el Perú, por ejemplo, donde consideraciones de filiación étnica gravitan fuertemente sobre la ubicación social de individuos y grupos y limitan de manera significativa sus posibilidades reales de movilidad social. En tales casos, las líneas de la marginación social tienden a coincidir con las de filiación étnica: son los indios, los negros y, en general, los grupos 'no blancos' a quienes centralmente afecta el carácter excluyente del ordenamiento social. Ellos tienden a ser los marginados porque el 'sistema' los excluye, los pone de lado, les cierra virtualmente las posibilidades de superar la generalizada y permanente situación de desventaja en que operan dentro de la sociedad nacional. El carácter selectivo y excluyente de la estructura social peruana se refuerza por la gravitación de poderosos prejuicios 'raciales' generalmente inconfesos, pero evidentes, que tienden a hacer más difícil aún la situación de los grupos sociales marginados.[3]

A las razones señaladas en el párrafo anterior para explicar la imposibilidad de satisfacer la demanda habitacional planteada por el vigoroso crecimiento demográfico de los centros metropolitanos, hay que añadir otras directamente vinculadas a la naturaleza estructural del ordena-

1 Aquí se sugiere la importancia que reviste la migración interurbana. Por mucho tiempo la literatura sobre migraciones enfatizó el carácter campo-ciudad de los fenómenos migratorios. Un mejor conocimiento del problema tiende a resaltar la significación de los desplazamientos demográficos dentro del universo social-ecológico urbano cuya comprobada heterogeneidad permite distinguir diversos niveles dentro de él y, consiguientemente, reducir la importancia antes atribuida al paso de lo puramente rural a lo propiamente urbano. Hay se sabe que, a más de selectiva, la migración es predominantemente gradual, escalonada. Después de residir por periodos variables de tiempo en centros urbanos de distinto nivel, grupos originalmente rurales suelen desplazarse a los núcleos metropolitanos. El pase directo del campo a las áreas metropolitanas es menos frecuente que aquel que se da entre centros poblados que podrían clasificarse como suburbanos, semiurbanos y urbanos propiamente dichos. El universo social urbano estaría, de este modo, conformado por los tres niveles antes citados más el que representan las áreas metropolitanas como realidad ecológico-social cualitativamente distinta a los anteriores. Ver a este respecto, Carlos Delgado, "Tres Planteamientos en torno a Problemas de Urbanización Acelerada: el Caso de Lima", ensayo presentado a la Conferencia Internacional sobre Ciencias Sociales y Urbanización en América Latina, Jahuel, Chile, abril de 1967.

2 Ver Guillermo Rosembluth, "Problemas socio-económicos de la marginalidad y la integración urbana", CEPAL, versión mimeográfica, Santiago, 1966, pp. 4 - 12.

3 Ver a este respecto mi trabajo "Notas sobre Movilidad Social en el Perú", Instituto de Estudios Peruanos, Serie Documentos Teóricos, Lima, mayo de 1967.

miento socioeconómico de los países latinoamericanos, con la notable excepción de Cuba *. Los acusados desequilibrios en la distribución de la riqueza y, en general, la concentración del poder político, económico, cultural y social en reducidas manos son los factores que, en último análisis, hacen imposible resolver de manera efectiva los problemas de las mayorías sobre cuyo *des-poseer* se basa, precisamente, el excesivo *poseer* de los grupos privilegiados que operan como verdaderos usufructuarios del subdesarrollo latinoamericano. En estas circunstancias, la demanda de los pobres por vivienda, entre otras, no podrá ser satisfecha porque la sociedad está organizada y funciona en beneficio virtualmente exclusivo de la minoría.

Los desequilibrios estructurales aludidos en el párrafo anterior se traducen en la existencia de grandes sectores sociales sometidos a condiciones de extrema pobreza. Es a estos sectores a los que se refiere el concepto de 'marginalidad' o, mucho más propiamente, marginación social [4]. En efecto, tal concepto no es otra cosa que el conjunto de características sociales, económicas, políticas y culturales derivadas de la pobreza estructuralmente generada en las actuales sociedades latinoamericanas.

* Este ensayo fue preparado antes de que en el Perú empezaran a producirse los cambios fundamentales que el Gobierno actual está llevando a cabo.

4 En apretada síntesis de pie de página, algunas de las razones para preferir aquí el uso de la expresión marginación social son las siguientes: La literatura sociológica sobre 'marginalidad' en América Latina revela cada vez mejor la creciente dificultad de manejo de una noción que admite diversidad de significaciones dentro del mismo fenómeno con referencia al mismo grupo social y simultaneidad de situaciones de 'marginalidad' y 'no marginalidad' con respecto a los mismos actores sociales. Por ser 'marginalidad' una noción de referenciales de alta variabilidad, resulta inevitable calificar a cada paso a qué tipo de situación el término alude en determinado momento. De esta suerte, la relativa validez del concepto se torna exigua ya que en última instancia sólo podrían ser verdaderamente marginales aquellos grupos cuya no participación o participación 'defectuosa' —ingrediente semántico básico en los usos dados al concepto que aquí se comenta— en todos los órdenes de su vida social fuera uniforme y permanente. Por todo ello la noción misma de 'marginalidad' se hace confusa y equívoca. De otro lado, el concepto, difícilmente podría desprenderse de las connotaciones inherentes al campo mismo de la sicología de donde, como es sabido, surgió hacia fines de la década del veinte. Finalmente, la voz 'marginalidad' no parece connotar adecuadamente la noción de rechazar, de poner al margen de un 'sistema' social a determinados sectores que no tienen cabida en él por razón misma del modo de ser estructural de ese 'sistema'. Ver, entre otros, Gino Germani, "La Ciudad como Mecanismo Integrador", **Revista Mexicana de Sociología**, año XXIX, Vol. XXIX, Nº 3, julio-setiembre, 1967, pp. 387 - 406; Aníbal Quijano "Notas sobre el Concepto de Marginalidad Social", versión mimeográfica, CEPAL, División de Asuntos Sociales, Santiago, setiembre, 1968; José Nun, Juan Carlos Marín y Miguel Murmis, "La Marginalidad en América Latina", versión mimeográfica, Santiago, mayo, 1967, ensayo éste último donde se propone una reducción considerable del área de aplicación del concepto de marginalidad para aludir con él a la "cristalización de situaciones de no absorción de mano de obra en un mercado dependiente".

Como concepto sociológico aplicable a un *fenómeno social masivo*, marginación *alude* a la pobreza y a los pobres de una sociedad: es la constelación de condiciones y características que tipifican la vida de los pobres. En el sentido sociológico, los ricos nunca son 'marginales'. Sólo los pobres, los realmente pobres, pueden serlo. En suma, hablar de marginación social es hablar de pobreza y de lo que ella representa como realidad social en su más amplio sentido.

Aquí la voz 'pobreza' se usa en un sentido que trasvasa su simple connotación económica. Se le utiliza para designar una situación *permanente* de desventaja frente a la sociedad, a partir de una extrema insuficiencia de recursos económicos virtualmente imposible de superar por la ausencia total de oportunidades o su drástica limitación dentro de un ordenamiento social marcadamente selectivo y excluyente. Cuando, dentro de la actual situación latinoamericana, la permanente insuficiencia de recursos económicos genera un claro estancamiento en todos los órdenes de la vida social, se obtiene la condición de *desventaja generalizada* que aquí se designa con el vocablo 'pobreza'. De otro lado, aquí se está hablando de pobreza como un *fenómeno social masivo estructuralmente generado*. De este modo, los atributos denotativos del concepto pobreza tal como aquí se le emplea serían los siguientes: permanencia, multidimensionalidad, generación estructural y gravitación masiva de su impacto. Donde la situación de 'pobreza' evidencia estos cuatro atributos denotativos puede con propiedad, desde este punto de vista, hablarse de marginación social. Esto quiere decir que la tesis planteada se desentiende por completo de los casos individuales para hacer referencia únicamente a situaciones sociales de grupo; asimismo, se desentiende de las situaciones transitorias tanto como de aquellas sólo expresables en términos de bajos ingresos y también de las que no resultan de la naturaleza selectiva y excluyente del ordenamiento social imperante. El problema deja de ser individual, sicológico, transitorio, adaptativo y unidimensional para convertirse en permanente, social, plurivalente y estructural.

De esta manera, el concepto de marginación social puede ser aplicado a los medios rurales y a los medios urbanos. Cuando se habla de marginación urbana se habla de los fenómenos sociales derivados de la pobreza de determinados sectores de la sociedad urbana. Estos fenómenos sociales comprenden desde problemas de vivienda hasta problemas de participación cultural, cubriendo virtualmente toda la gama de la vida social de los grupos 'marginales' o, más propiamente, marginados. Así como la riqueza abre todo un conjunto de posibilidades y accesos al disfrute generalizado del bienestar material e inmaterial, así la pobreza cierra esos accesos y niega en conjunto esas posibilidades. Esto quiere decir que los efectos derivados de la pobreza tienden a constituir fenómenos configuracionales en el sentido de que sus manifestaciones no se presentan aisladamente o de modo insular: ser pobre significa en términos sociológicos generales carecer, a la vez, de vivienda adecuada, de alimentación suficiente, de educación necesaria, de servicios sociales, de posibilidades reales de movilidad social y de acceso efectivo a los mecanismos institucionalizados de

poder. Al margen de los casos individuales de excepción, el problema de la pobreza, vale decir el problema de la 'marginalidad', asume la imagen configuracional de una constelación de elementos parciales pero inextricablemente unidos que, en su conjunto, constituyen una realidad total inescindible.

El carácter configuracional de la marginación como realidad y como problema social masivo encuentra expresión espacial identificable allí donde ella se presente. En los medios rurales esa expresión espacial, es por la propia naturaleza del escenario donde se desenvuelve, difusa y, por diseminada, imprecisable. Pero en los escenarios urbanos, esa expresión espacial se da con toda claridad: son determinadas áreas de las ciudades aquellas donde se concentran los grupos humanos afectados por una pobreza pluridimensional que los hace 'marginales' con respecto a la llamada sociedad urbana global. Este mismo concepto de 'sociedad urbana global' es, sin embargo, cuestionable, sobre todo en los casos donde los desequilibrios en la disponibilidad de riqueza generalizada se traducen en la existencia de grandes masas humanas verdaderamente desposeídas, verdaderamente pobres, es decir, verdaderamente marginadas.

En tales casos, ¿cuál es la 'sociedad urbana global' con respecto a la cual los pobres son 'marginales' si su pobreza es la norma, si su pobreza es lo prevalente, si su pobreza es lo generalizado en la sociedad? En realidad, esos grupos sociales son mayorías numéricas que, sin embargo, constituyen minorías sociológicas. Tal es la situación existente en las sociedades 'subdesarrolladas' donde los desequilibrios estructurales antes aludidos adquieren expresiones extremas. Pero tanto en ellas como en otras donde la intensidad del desequilibrio estructural parece ser menor, la marginación social como fenómeno multidimensional tiene una expresión ecológica empíricamente identificable en los centros urbanos.

El subdesarrollo urbano puede ser definido como la expresión ecológica de la marginación social en las ciudades.[5] Es evidente que aquí se está restringiendo el alcance conceptual de una expresión pluridimensional, como la de 'subdesarrollo urbano', para designar específicamente a las manifestaciones ecológicas de un fenómeno que admite, como la marginación, diversas expresiones a distintos niveles de realidad social. Entendido de esta manera, el subdesarrollo urbano asume diversas modalidades que generan situaciones diferentes de donde surgen problemas distintos cuyos planteamientos no pueden ser homogéneos.

El subdesarrollo urbano tiene en las áreas metropolitanas tres grandes manifestaciones que acusan distinto grado de concentración ecológica. En efecto, este fenómeno admite formas que van desde la dispersión total hasta la concentración más densa de unidades habitacionales inseparables que conforman áreas ecológicas uniformes. Entre estos extremos de dispersión y concentración se da una modalidad de subdesarrollo urbano virtualmente equidistante de ambos. El extremo de concentración se traduce en formaciones urbanas que constituyen propiamente asentamientos; el extremo de dispersión se traduce en la diseminación de unidades unifamiliares 'subestándard' por todo el mosaico urbano; y la modalidad intermedia se traduce en unidades de habitación múltiple, conjuntos de viviendas relativamente pequeños, que no llegan a constituir verdaderos asentamientos pero que tampoco pueden ser considerados como unidades espaciales de habitación individual propiamente dichas. Las unidades de habitación múltiple tienden a concentrarse en áreas urbanas definidas y susceptibles, por tanto, de precisa determinación espacial.

Las tres modalidades aquí someramente descritas constituyen, en su conjunto, el universo total del subdesarrollo urbano como expresión ecológica de la marginación social. Ellas se vinculan entre sí, y en su conjunto, al fenómeno migracional y constituyen, además, un solo complejo social.[6] Pero, como se señaló anteriormente, plantean problemas distintos por constituir aspectos diferentes de una misma situación que afecta a la totalidad del universo social del cual lo urbano es sólo una parcela. La raíz común de las tres manifestaciones del subdesarrollo urbano arranca de la naturaleza de su matriz social, es decir, de la existencia de un vasto sector de pobreza cuyos miembros se distribuyen dentro de las ciudades en los tres tipos de ambientes ecológicos que aquellas modalidades del subdesarrollo representan. Las relaciones internas del mundo urbano subdesarrollado no han sido suficientemente investigadas como para saber con seguridad cuáles son sus características más importantes. Investigar este problema significaría desentrañar la mecánica misma del universo social de la pobreza en todas sus posibles dimensiones y, por tanto, implicaría descubrir en su totalidad la verdadera naturaleza estructural del ordenamiento social. Por esta razón, el estudio científico del subdesarrollo urbano sólo parece posible a partir de un análisis profundo de la estructura del universo social, porque sólo así podrían descubrirse los orígenes y la intensidad de los desequilibrios socioeconómicos que generan la marginación y determinan su correlato espacial en las ciudades.

En el tratamiento hasta hoy dado a los problemas del subdesarrollo urbano, los niveles diferenciales de sus tres manifestaciones no han sido reconocidos a plenitud. De hecho, el interés de planificadores urbanos, viviendistas y científicos sociales se ha concentrado en la primera de las modalidades del fenómeno, es decir, en los problemas derivados de la existencia de asentamientos urbanos subdesarrollados. Cuando esto ha ocurrido, sin embargo, la

5 Esto no implica, sin embargo, ignorar el fenómeno que se presenta cuando todo un centro urbano determinado acusa características de deficiencia generalizada que afectan el adecuado funcionamiento del mismo en su conjunto. En casos así, es toda la ciudad la que se encuentra en condiciones de subdesarrollo, aun cuando sea posible identificar dentro de ella diversos niveles de intensidad del problema. A situaciones de este tipo podría tal vez denominarse casos de subdesarrollo urbano total o universalizado.

6 Del contexto general del presente trabajo se desprende con claridad que las modalidades de subdesarrollo urbano que se discuten en el texto no se vinculan únicamente con el fenómeno de las corrientes migratorias sino a la textura total de la sociedad.

tendencia predominante ha sido concebir esta manifestación del subdesarrollo como fenómeno homogéneo susceptible de ser descrito en términos de un calificativo general igualmente aplicable a todas sus expresiones concretas. Esto se revela en la literatura cuando se habla de villas miseria, callampas, barriadas, colonias proletarias, favelas, barrios brujos. La calificación unívoca del fenómeno tiende a conllevar la noción de una problemática homogénea. Y esto está muy lejos de ser cierto; las formaciones urbanas a que se aplican los términos arriba citados no constituyen un fenómeno uniforme. En rigor, ellas únicamente tienen dos rasgos verdaderamente universales: su participación, en grado mayor o menor, en un cuadro general de subdesarrollo, y su efectiva heterogeneidad.

A la segunda de las modalidades del subdesarrollo urbano —aquella equidistante de los extremos de concentración y dispersión— se le ha prestado hasta el momento muy poca atención aunque ya empiezan a surgir estudios que la singularizan como la modalidad que más problemas sociales plantea en los medios urbanos. Sin embargo, en comparación al interés suscitado por el fenómeno en términos de asentamiento, esta segunda forma de subdesarrollo urbano ha sido prácticamente ignorada.

La modalidad dispersa del subdesarrollo urbano no ha sido hasta hoy realmente tomada en cuenta en ninguno de los estudios conocidos, pese a que en algunos de ellos se le menciona. Acaso porque la propia naturaleza de su diseminación la torna poco visible como problema social importante, esta forma de subdesarrollo urbano es casi desconocida, aunque se sabe que afecta a un número muy elevado de familias en casi todos los grandes centros metropolitanos de América Latina.

Considerar el subdesarrollo urbano como la expresión ecológica de la marginación social significa que las zonas donde el fenómeno prevalece constituyen, en cuanto realidad urbana total, el habitat de los sectores cuyo empobrecimiento generalizado está determinado por la estructura social de las ciudades. En otras palabras, la fisonomía global de los asentamientos subdesarrollados y la de las zonas deterioradas donde predomina la tugurización está determinada por la pertenencia de sus habitantes a un sector de la sociedad urbana sobre el cual gravitan los resultados adversos de aquellos desequilibrios estructurales que decretan el acceso diferencial de los individuos al disfrute de los beneficios y ventajas que la sociedad urbana como un todo produce. La apropiación discriminatoria de la producción social establece rangos de privilegio que excluye a quienes viven sujetos al régimen de pobreza dentro del mundo urbano.

El acceso diferencial a los beneficios y ventajas urbanos crea dentro de las ciudades áreas de acumulación y áreas de virtual inexistencia de facilidades urbanas. Son estas últimas las que conforman el mundo urbano subdesarrollado y es en ellas donde se *concentran* los sectores empobrecidos de la sociedad. Aquí la infraestructura urbana es deficiente, el equipamiento social deficitario, los servicios inadecuados, la vivienda insalubre, deteriorada, de alta densidad. Y esto, básicamente, por dos razones centrales: la primera, porque el ordenamiento social imperante establece una distribución preferencial de la inversión pública en las zonas donde residen los grupos privilegiados de la sociedad urbana; y la segunda, estrechamente vinculada a la anterior, porque son sectores sociales de bajos ingresos económicos los que habitan las zonas subdesarrolladas de la ciudad. Ambas razones operan como factores de refuerzo recíproco y su resultante combinada tiende necesariamente a perpetuar y a enfatizar los desequilibrios que se hallan en la base misma del fenómeno. Desde este punto de vista, la sociedad urbana no puede sino reflejar la naturaleza estructural de la sociedad global. Un mayor equilibrio sustancial de posibilidades reales en el mundo urbano no parece viable dentro de una sociedad organizada sobre el supuesto de que la totalidad del universo social debe funcionar para ventaja de los grupos que detentan el poder o son sus beneficiarios indirectos. El visible fenómeno de extremada concentración de las facilidades urbanas en determinadas áreas de la ciudad, en detrimento de otras, demuestra la corrección fundamental de este punto de vista. El ahondamiento de esta tendencia conduce a la virtual ghetización de las ciudades. La polarización de facilidades urbanas generalizadas torna inevitable, en efecto, la progresiva compartamentalización de los centros urbanos que, de este modo, devienen conjuntos ecológico-sociales de pronunciado desequilibrio estructural. Dentro de ellos, las áreas de concentración de equipamiento urbano diversificado contrastan agudamente con aquellas donde la ausencia de facilidades urbanas es la nota característica. El reconocimiento del intenso desequilibrio urbano que aquí se señala no implica en forma alguna admitir la existencia de una dicotomía destructora de la esencial unidad del mundo urbano. Ambos términos de la relación de desequilibrio ecológico-social forman parte de la misma realidad urbana. Por tanto, no hay 'dualismo' ni se trata de la yuxtaposición de dos realidades dicotómicas.

Ahora bien, resulta claro que el enfoque propuesto dimana de una perspectiva de la sociedad como totalidad inescindible. Dentro de una perspectiva así, lo urbano y lo rural no pueden ser completamente separados, aunque puedan ser concebidos para fines de análisis como submundos sociales de autonomía relativa. Empero, esta separación analítica tiene que ser abandonada cuando surge la necesidad de enfocar el conjunto global del universo del cual ambos submundos forman parte. El supuesto esencial es aquí que la más profunda naturaleza de la parte no puede ser aprehendida sin el conocimiento cabal del todo. Los detalles de la totalidad pueden ser prescindibles, pero el contorno de su estructura, la esencia misma de sus características centrales, esto debe ser conocido y comprendido porque allí radica la razón de ser de la naturaleza estructural de las partes. Los submundos sociales de lo urbano y de lo rural no pueden ser, por tanto, extraños en su definición a la definición misma de la totalidad que los envuelve. Si el análisis final de la realidad que ambos submundos representan es impracticable postulando la insularidad de cada uno de ellos, es decir, la autonomía total del uno con respecto al otro, así también ese análisis final es imposible si no está referido a la matriz global que los comprende y determina. Esto implica reconocer que la naturaleza estruc-

tural de la sociedad total define la naturaleza estructural de las subsociedades rural y urbana.[7]

Este planteamiento teórico tiene consecuencias de alguna importancia. Porque quiere decir que los mismos desequilibrios estructurales de la sociedad global se replicarán, con mayor o menor intensidad, en la realidad concreta de las esferas sociales de lo rural y de lo urbano. Por tanto, y enfocando únicamente la segunda de las esferas sociales aludidas, lo urbano dentro de un ordenamiento social de acentuados desequilibrios estructurales replicará inevitablemente esos desequilibrios en diversas dimensiones de realidad.

Nada de lo aquí señalado tiene un valor abstracto. Todo hace referencia directa a elementos concretos de la realidad social tal como ella es vivida por seres humanos de carne y hueso, por individuos reales que operan en el mundo de la sociedad actual como integrantes de grupos, sectores y clases que poseen intereses dispares y en conflicto. No hay, por tanto, en puridad, una 'visión' de la sociedad que sea universalmente compartida, ni puede haber un 'proyecto de nación' concebido por 'la sociedad' y hecho suyo. Son los grupos e individuos integrantes de los sectores difusos o de clases sociales definidas quienes, generalmente 'interpretando' los intereses de sus respectivas matrices parciales, construyen esa 'visión' y elaboran ese 'proyecto'. Pero de hecho, por ser toda sociedad clasista una verdadera y compleja constelación de formaciones sociales en conflicto, esas 'visiones' y 'proyectos' necesariamente reflejan la disparidad conflictiva que surge de intereses sociales contrapuestos que hacen de cada formación parcial —grupo, sector o clase— una realidad colectiva cuyos miembros perciben de modo peculiar y distintivo la 'verdadera' imagen de la sociedad.[8]

Nada de esto niega, desde luego, la existencia de nexos de solidaridad que atan, por decirlo así, a los integrantes de una sociedad independientemente de la posición específica que ocupen dentro de ella. Estos nexos posibilitan la filiación sentimental en que se afinca el sentido de pertenencia a la matriz global, y del que parten lealtades individuales y colectivas cuya extraordinaria significación sería ingenuo ignorar dentro de una perspectiva sociológica de conjunto. Los conceptos racionalmente difusos de patria o de nación, por ejemplo, poseen un contenido emocional no por primario menos poderoso como *hecho sociológico*. Son estas valoraciones de reconocida imprecisión intelectual pero de profundo enraizamiento emocional, las que contribuyen a tornar imposible para los miembros de una sociedad determinada traducir en formas de comportamiento sistemáticamente crítico las inferencias que se desprenden de percibir con mayor o menor nitidez la disparidad y contraposición de los intereses de grupos, sectores o clases que conflictivamente conviven dentro de la misma matriz global y cuya posibilidad de acceso al disfrute efectivo de los bienes de la producción social total es inequiparable. Es la naturaleza diferencial del acceso a la disponibilidad de la creación social generalizada lo que se quiere significar cuando se habla de las consecuencias de los desequilibrios estructurales de una sociedad. Estos parten, primariamente, de intensas disparidades en el reparto social de la propiedad en su más amplio sentido. Pero las consecuencias reales que de aquí se derivan cubren una vasta gama de la realidad existencial de quienes integran la totalidad del universo social. En otras palabras, la riqueza total de la sociedad es 'apropiada' muy desigualmente por los integrantes de los grupos, sectores y clases que la forman. Y aquí está la raíz del problema.

En términos muy generales, éste podría ser considerado como un fenómeno universal de las sociedades clasistas, pero en algunas de ellas esa apropiación diferencial produce desequilibrios abismales entre pequeñas áreas sociales de inmensa concentración de riqueza generalizada y grandes áreas sociales de muy reducida o nula concentración.[9] Cuando la riqueza —en su sentido más amplio— se distribuye de un modo tan discriminatorio y socialmente injusto, el resultado tiene que ser una sociedad donde la mayoría de sus miembros tiene muy poco o virtualmente nada y donde una reducida minoría de ellos tiene mucho o virtualmente todo. En casos así, la gran riqueza y la gran pobreza viven lado a lado, tanto en el campo como en la ciudad. De este modo, los submundos sociales de lo rural y de lo urbano no son ajenos a la naturaleza misma de la sociedad global. Y como la riqueza y la pobreza por su propio carácter configuracional tienen un

7 A la inseparabilidad final de lo urbano y lo rural alude también la supuestamente original temática de la 'Urbanización del campo' y su correlato de la 'ruralización de la ciudad' que, para muchos, constituye un aporte de las ciencias sociales latinoamericanas contemporáneas. Este fenómeno fue en realidad tratado por Marx quien utilizó en su enfoque precisamente los mismos términos arriba entrecomillados que hoy suelen emplearse para describir un fenómeno, como se ve, ya puesto en evidencia hace más de cien años. Ver, Marx, **Formaciones Económicas Precapitalistas**, Ed. Platina, Buenos Aires, 1966, pp. 70 - 71. La consideración de los problemas derivados de la urbanización acelerada a partir de la estimativa global de la sociedad es un punto de vista compartido por científicos sociales de diversos países. Ver por ejemplo, Aníbal Quijano, "Urbanización de la Sociedad en Latinoamérica", **Revista Mexicana de Sociología**, año XXIX, Vol. XXIX, Nº 4, octubre-diciembre, 1967, pp. 669-703, donde se desarrolla un punto de vista similar al avanzado por Janusz Ziolkowski dos años antes en un iluminante trabajo, "Sociological Problems of Regional Development". Ver **Proceedings on the First Scandinavian-Polish Regional Science Seminar**, Varsovia, 1977, pp. 19 - 32, particularmente p. 27.

8 La línea de razonamiento que se desarrolla en este párrafo es particularmente aplicable al caso latinoamericano.

9 La intensidad de los desequilibrios y las abismales distancias sociales que generan parecen estar en relación con la reducida magnitud de la riqueza disponible. Mientras menor es la riqueza, más intensos tienden a ser los desequilibrios y las distancias sociales que ellos producen. Cuando, por el contrario, la riqueza se expande suele ser más difícil su extremada concentración. Aquí podría hablarse de sociedades de 'bien limitado'. Ver a este respecto, George M. Foster, "Peasant Society and the Image of Limited Good", **American Anthropologist**, Volumen 67, Nº 2, abril, 1965, 293 - 315, y también mi trabajo "Para una Sociología del Arribismo en el Perú", **Amaru**, Nº 4, octubre-diciembre, Lima 1967, traducido al inglés en **Human Organization**, Summer, 1969.

sentido acumulativo, la *tendencia* en sociedades así constituidas es hacia el afianzamiento de esa polarización de los extremos que las caracteriza y define. En consecuencia, el desequilibrio estructural no puede ser eliminado operando en la periferia. Por definición, tal desequilibrio sólo puede ser corregido atacándolo allí donde él se produce: en la base misma del ordenamiento social. Lo anterior significa que la eliminación definitiva de los desequilibrios estructurales de donde surgen las formas extremas de pobreza que afectan a grandes sectores de la población, sólo puede resultar de una alteración cualitativa del 'sistema' a través de un proceso de efectiva transformación revolucionaria de la sociedad.

Si esto es así, sería ilusorio pensar en la superación final del subdesarrollo urbano dentro de los límites fijados por la naturaleza estructural del actual ordenamiento de la sociedad. Lo único posible dentro de ellos sería la aplicación de soluciones parciales o de medidas paliativas que tiendan a modificar en mayor o menor grado los aspectos paramentales de la situación, pero que dejarían intocada la médula misma del problema. Naturalmente, las mejoras superficiales tienen algún efecto acumulativo y es posible pensar en que a través del tiempo se afirmaría la relativa bondad de medidas que, sin atacar la esencia radical de la cuestión, contribuyeran en forma perceptible a lograr un mejoramiento general y paulatino en las condiciones reales de vida de quienes hoy sufren las consecuencias de un ordenamiento social objetivamente injusto. Por tanto, es posible efectuar reajustes de cierta monta sin alterar fundamentalmente las bases mismas sobre las que la sociedad está organizada. Pero es preciso tener conciencia lúcida de que tales reajustes reconocen y plantean un límite real a las posibilidades efectivas de resolver problemas vinculados al subdesarrollo urbano. Ello no obstante, resulta claro que las posibilidades de actuar dentro de los límites decretados por el mantenimiento mismo del 'sistema' pueden ser muy amplias.

Es más, mediante esta vía de acción es posible activar procesos y mecanismos sociales que, una vez en marcha, difícilmente pueden ser detenidos o permanentemente frenados y que, además, tienden a crear una dinámica propia que los compele a expandir constantemente su radio de acción y, por tanto, a incrementar significativamente su gravitación real sobre grandes sectores de la sociedad y hasta sobre todo el conjunto de la misma. La satisfacción parcial de necesidades puede y suele operar, así, como incentivo de nuevas y más conscientes demandas colectivas que lleven a la emergencia de verdaderos procesos de movilización social.[10]

Por ser expresión ecológica de un problema estructural plurivalente, el subdesarrollo urbano, es, como ya se anotó en otro lugar, un fenómeno multidimensional. No constituye únicamente un problema de vivienda. Este punto es de capital importancia porque detrás de virtualmente todos los enfoques de erradicación a través de los cuales se busca solucionar el problema de los llamados 'barrios marginales' —que es en los términos en que suele plantearse la cuestión en América Latina— está el supuesto implícito de que el subdesarrollo urbano es un problema de vivienda referido a una dimensión individual o familiar. Forzadamente reducido a esta unidimensionalidad que desfigura por completo su verdadera naturaleza, el problema se presenta como de relativamente fácil solución, sobre todo en aquellas ciudades donde las manifestaciones masivas del fenómeno en términos de asentamientos no afectan a volúmenes muy considerables de la población. En estos casos puede, y suele 'decretarse' la desaparición de los 'barrios marginales' mediante su literal destrucción y el traslado obligatorio, aunque generalmente no programado, de su población a conjuntos residenciales y aun a espacios abiertos dotados de servicios mínimos cuya ubicación se decide sin la participación de los pobladores. Tales proyectos tienen generalmente dos principales características comunes: en primer lugar, son definidos como soluciones 'provisorias', aun cuando su transitoriedad termine por convertirse en permanente; y, en segundo lugar, aunque en estrictos términos de vivienda pueden formal y aparentemente representar un adelanto con respecto a las zonas residenciales que substituyen, dentro del cuadro global del ambiente urbano siguen constituyendo expresiones de subdesarrollo por cuanto significan, en el mejor de los casos, un paso de progreso en sólo una de las dimensiones del problema —la vivienda.

Estos programas de erradicación por decreto no han sido, que se sepa, motivo de evaluación rigurosa. Pero algunos de sus perfiles distintivos son muy claros: en primer lugar, parecen haberse ensayado sólo en capitales metropolitanas donde la expresión del subdesarrollo urbano a nivel de asentamiento no asume proporciones dramáticamente significativas. El año pasado se inició un programa de esta naturaleza en Buenos Aires donde el número de villas miseria es ciertamente reducido y el problema afecta a un volumen porcentualmente muy pequeño de la población y recientemente el gobierno chileno ha anunciado un proyecto para erradicar todas las callampas de Santiago en un plazo de seis meses, operación que debe afectar a un total de cien mil personas que representan aproximadamente el siete por ciento de la población metropolitana. Los detalles de estos programas, que por cierto no podrían ensayarse en ciudades como Lima donde más del cincuenta por ciento de la población habita en 'barrios marginales' y en áreas tugurizadas, no son conocidos y por tanto su evaluación es imposible.

En segundo lugar, tanto en Buenos Aires como en Santiago se trata de proyectos compulsivos de sustitución de vivienda con variable grado de respaldo promocional por parte del Estado y con escasa o nula participación de los grupos sociales a quienes van dirigidos en las decisiones que los afectan. En enfoques de este tipo, además, se ignora cómo se encararán los múltiples problemas derivados del cambio forzado de ubicación residencial.

En tercer lugar, se trata de programas de inconfesa pero clara motivación política y de 'prestigio nacional'. Suelen ponerse en marcha en circunstancias que abren paso

10 Sobre el concepto de movilización como distinto al de integración, ver Fernando H. Cardoso, **Cuestiones de Sociología del Desarrollo en América Latina**, Editorial Universal, Santiago 1968, p. 116.

a su interpretación como recurso de legitimación de poder o como instrumento de propaganda en períodos de proximidad electoral. Su objetivo es borrar del mapa urbano la 'vergüenza' que significan villas miseria y callampas dentro de ciudades que con orgullo presumen ser centros de 'modernidad' y de progreso.

En cuarto lugar, son programas con muy alto contenido impresionista en el sentido de que tienden a ser presentados como mucho más de lo que verdaderamente son. Después de haberse hablado y escrito tanto del oprobio de los 'barrios marginales', resulta ciertamente atractivo poder decir que ellos ya no existen, por lo menos durante un tiempo imprecisable. Porque hay una posibilidad real que no ha sido ponderada: la de que los nuevos asentamientos 'provisorios', reconocidamente subestándard, decaigan con el tiempo y reviertan al ostensible nivel de subdesarrollo pleno cuyo paso inicial de superación pretendieron significar en un comienzo.

La perspectiva estrechamente 'viviendista' de los programas de erradicación masiva, unida a la virtual perpetuación de su declarada transitoriedad, hace de la reversión al subdesarrollo pleno un peligro inminente y verdadero, aparte de no ofrecer seguridad alguna de que el fenómeno, cuyas raíces no han sido tocadas, continúe surgiendo en nuevas áreas urbanas. Porque por decreto puede lograrse la momentánea desaparición de las manifestaciones extremas de un fenómeno de la naturaleza del aquí analizado; pero por decreto no parece posible lograr la cancelación definitiva de su fuente de origen. De cualquier modo, es comprensiblemente grato pensar en que la 'lacra' visible, dolorosa y vergonzante del subdesarrollo en su forma extrema de asentamiento, de villa miseria o de callampa, ha sido suprimida, en que el 'cáncer' ha sido finalmente extirpado. De lograrse éxito pleno, la ciudad —y los políticos— podrían proclamar, orgullosos, que ya no existen 'barrios marginales'.

Pero en realidad ¿querría ello decir que el subdesarrollo urbano ha sido superado? No, si se recuerda la multidimensionalidad del problema. Sin duda dentro de la restringida perspectiva de un enfoque de erradicación y de una deformante definición viviendista del problema, pueden tenerse éxitos considerables. Pero esto no significa de ninguna manera superar el subdesarrollo urbano que tiene otras dimensiones tan importantes como la de la vivienda misma. En este sentido, deben considerarse factores indesdeñables como los de infraestructura urbana, equipamiento social, localización de fuentes de trabajo, facilidades recreacionales, transporte y servicios en general. Ellos no forman parte de los enfoques de erradicación por decreto y, sin embargo, constituyen también médula del subdesarrollo urbano en tanto expresión ecológica de la marginación entendida como constelación de características sociales derivadas de la pobreza que determinan los agudos desequilibrios estructurales de la sociedad. En consecuencia, la solución viviendista sólo puede representar, en el mejor de los casos, avance relativo en una de las dimensiones del problema. Pero nada más.

Un enfoque como el sugerido establece una vinculación conceptual muy clara entre la problemática de la marginación social y la problemática del subdesarrollo urbano, las define como esencialmente inseparables y fundamenta una perspectiva de mucho mayor amplitud que la de continuar considerándolas como situaciones autónomas y desligadas entre sí. La conexión conceptual aquí propuesta hace posible, además, el entronque lógico más directo de los problemas del subdesarrollo urbano con los más vastos problemas de la sociedad total. Y esto permite vincular la problemática de la urbanización acelerada al conjunto de los problemas derivados de la conexión entre la sociedad nacional y el 'sistema' al que ella se relaciona en condiciones de subordinación. De este modo, surge la clara posibilidad de establecer un enlace significativo entre la problemática del subdesarrollo urbano y todo el conjunto de cruciales interrogantes que plantea la dependencia como característica estructural de las sociedades latinoamericanas.[11] Tales posibilidades analíticas son particularmente importantes en el caso de esas sociedades porque en ellas el proceso de urbanización acelerada se cumple dentro de un marco de creciente dependencia multidimensional.

Al considerar en su conjunto todos los fenómenos y procesos antes aludidos, surge la necesidad de repensar y replantear muchos de los problemas teóricos y prácticos de la urbanización acelerada en los países latinoamericanos. Porque si los problemas que de ella se derivan son concebidos como parte de un conjunto más vasto que los vincula directamente a la estructura misma de una sociedad nacional, al doble nivel de sus realidades internas y de sus relaciones de dependencia internacional, entonces es posible abarcarlos más certeramente a partir de una visión de totalidad que no permita eludir la conclusión teórica de que las manifestaciones concretas de esos problemas simplemente revelan la existencia de interrelaciones profundas que, por detrás del acontecer fenomenológico, arquitecturan y definen el verdadero modo de ser de esa sociedad. De aquí se desprende que es preciso transponer el umbral de lo aparente y externo para investigar la esencia estructural que lo externo y aparente reflejan y trasuntan. De este modo, los problemas del subdesarrollo urbano serían simplemente epifenómenos surgidos de una estructura interna y subyacente, no inmediatamente percibible, que los determina y los reproduce.

11 Como en el caso de los fenómenos de la urbanización del campo y la ruralización de la ciudad, la temática de la dependencia, recientemente tan en boga en la literatura de las ciencias sociales latinoamericanas, tampoco es una invención ni un aporte original de los científicos sociales de esta parte del mundo. Ellos sólo han reactualizado, y llevado a un plano de mayor afinamiento analítico, un problema capital ya certeramente definido y enfocado en la literatura antimperialista latinoamericana posterior a 1920. Con frecuencia acuñada en los mismos términos que hoy suelen presentarse como nuevos, la problemática antimperialista de los años veinte y treinta era sustancialmente la misma a que hoy se refiere la llamada 'sociología de la dependencia', entre cuyos méritos no puede ciertamente considerarse la originalidad que algunos reclaman pero que, a la luz de la evidencia histórica, pertenece no a los científicos sociales de hoy sino a los revolucionarios antimperialistas de ayer, independientemente de que muchos de ellos hayan dejado de serlo.

Tal punto de vista implica una nueva y radical perspectiva de apreciación y de análisis mucho más riguroso que la generalmente empleada en el estudio de los problemas del subdesarrollo metropolitano. En primer lugar, entraña el abandono definitivo de un enfoque espacial y casi siempre estático de la cuestión. En segundo lugar, proyecta al primer plano del interés analítico los elementos sociales del problema en su más amplio sentido. En tercer lugar, incorpora al análisis una dimensión dinámica básicamente proveniente de la inclusión de factores históricos y económicos. Y, en cuarto lugar, asegura una visión de conjunto al postular que la comprensión final de los problemas del subdesarrollo urbano sólo puede afincarse en el reconocimiento de que tales problemas tienen sentido verdadero y concreto únicamente cuando se les considera insertos en la matriz global de la sociedad cuyo modo de ser estructural los origina.

La primera consecuencia de este modo de plantear la cuestión, es recusar el enfoque de los problemas del subdesarrollo urbano como campo temático autocontenido e insular. De aquí se desprende, como se vio en páginas anteriores, la insuficiencia de planteamientos formulados en términos estrictamente 'viviendistas' y también la de aquellos que visualizan la superación del subdesarrollo metropolitano a través de políticas de renovación urbana siempre concebidas sobre el supuesto implícito de que la intangibilidad del ordenamiento social debe ser respetada. En efecto, ninguno de estos planteamientos encara la fuente de origen de los problemas que pretendidamente trata de resolver: todos se limitan a 'operar' sobre los resultados y consecuencias de un fenómeno cuya raíz permanece intocada.

La segunda consecuencia del enfoque que aquí se formula, es recusar la consideración puramente técnica de los problemas del subdesarrollo urbano. Esto de ninguna manera implica sugerir prescindencia de la técnica, pero sí reconocer su insuficiencia como vía de solución. Independientemente de cuán depuradas sean las técnicas que se utilicen para encarar los problemas del subdesarrollo urbano, mientras su planteamiento se confine al campo de lo técnico y eluda los interrogantes directamente provenientes de áreas no técnicas de la cuestión, ellos permanecerán irresueltos.

Desde este punto de vista, el aporte de la técnica debe ser entendido como complementario. Su virtualidad real sólo puede ser significativa cuando se le concibe como medio y no como fin, como complemento pero no como ingrediente medular de ninguna solución. La técnica no define objetivos ni precisa metas más allá de su restringido campo operacional: metas y objetivos reales sólo pueden surgir de planos de actividad y de niveles de decisión donde aquella suele tener un valor predominantemente secundario y, acaso, paramental. Así como, por ejemplo, la solución de los problemas educacionales más profundos de un país no surge de los pedagogos, así la solución de los problemas sociales más profundos de la urbanización acelerada no surge de los 'viviendistas' ni de los programadores del desarrollo urbano: esa solución se origina en los centros de poder de la sociedad.

La tercera consecuencia, directamente derivada de todo lo anterior, es reivindicar explícitamente la significación crucial de los factores políticos en el planteamiento y en la solución de los problemas del subdesarrollo urbano. En efecto, si esta problemática se formula a partir de situaciones estructurales que engloban la totalidad del universo social, su solución final necesariamente tiene que comprometer la trama de relaciones más profundas que orientan de una manera y no de otra el desenvolvimiento total de la sociedad. Y esto es situarse por entero en el campo de la política, es decir, en el terreno donde operan los intereses contrapuestos de grupos, sectores y clases sociales en conflicto. Toda alteración estructural implica un reordenamiento de los modos de relación que caracterizan el constante interactuar de las formaciones parciales que en conjunto constituyen la sociedad misma.

Esas formas de relación reflejan intereses y por tanto expresan consideraciones de poder. La manera como el poder se manipula en defensa de los intereses concretos de los integrantes de grupos, sectores y clases sociales decide en última instancia la orientación central de la sociedad y en consecuencia, define y tipifica su naturaleza total. Obviamente, tal orientación es resultado del poder decisorio de quienes integran las formaciones sociales dominantes en cuyo beneficio final se estructura todo el ordenamiento de la sociedad. Por esta razón, cambios profundos en la sociedad, como los que tendrían que producirse para eliminar los desequilibrios de donde dimana el subdesarrollo urbano, sólo pueden ocurrir como resultado de alteraciones significativas en las relaciones estructurales de poder.

Como por estructura se entiende la trabazón interna de relaciones que definen el acceso real al poder en todas las dimensiones de la sociedad, los cambios estructurales son alteraciones de relación que afectan directamente la distribución del poder en todos los planos de la vida social. Poder significa siempre capacidad de hacer primar intereses, puntos de vista, formas de comportamiento y orientaciones valorativas prevalentes dentro de determinados grupos, sectores o clases sociales. En un plano puramente externo o superficial tal capacidad aparece como atributo o designio de las personas individualmente consideradas, pero en un plano distinto y profundo que trasvase los linderos de la 'externidad', tal capacidad desde el punto de vista sociológico aparece nítidamente determinada por el condicionamiento social que dimana de la existencia de grupos, sectores y clases dentro de la sociedad actual.

Es una vieja verdad que el comportamiento de los individuos está mucho más condicionado y determinado de lo que a primera vista podría creerse no sólo por la 'cultura' de su sociedad total, sino también, y fundamentalmente, por lo de su matriz parcial, es decir por la naturaleza de su restringido universo social de pertenencia. Este tipo de condicionamiento hace de los individuos, en general, portavoces o representantes de puntos de vista, intereses y formas de comportamiento que por ser virtualmente universales dentro de sus matrices sociales restringidas suelen ser concebidos como las formas de comportamiento, los intereses y los puntos de vista de esas formaciones parciales, es decir, de los grupos, sectores y clases sociales a que pertenecen los integrantes de una sociedad 'clasista'.

Sin embargo, nada de esto quiere decir que la reificación sea inevitable y que se tenga que concebir una clase social, por ejemplo, como sujeto de conocimiento capaz de pensar, sentir y actuar como lo hacen los individuos concretos que la integran. Cuando se dice que una determinada clase social 'gobierna', 'reacciona', 'actúa', o 'procede' de tal o cual manera dentro de la sociedad, debe sólo entenderse que miembros de ella son agentes de la acción implícita en las formas verbales arriba citadas. Pero de ninguna manera debe entenderse que esa clase cobra vida real para constituir una categoría gnoseológica y ejecutante a la que se pueden conferir los atributos que intransferiblemente pertenecen a sus integrantes individuales. Tal modo de expresión entraña riesgos y peligros evidentes y, a lo sumo, puede ser válidamente considerado como una suerte de lenguaje taquigráfico que, al descender a un plano bastante burdo de simplificación, permite para muchos visualizar el funcionamiento de procesos de alta complejidad cuya captación se facilita a través de un verdadero mecanismo de personificación que de modo inevitable, sin embargo, vulnera y distorsiona su sentido. Aquí, evidentemente, uno se encuentra ante resabios de pura y simple mitologización de la realidad. Así como a las deidades se les rodea de atributos humanos para tornarlas inteligibles, así al complejo comportamiento de grupos, sectores y clases sociales se le rodea de atributos de personalización para hacerlos accesibles a una pronta y directa comprensión. A partir de este punto se derivan generalizaciones de cuestionable carácter científico, pero de claro valor pragmático. En efecto, de ellas surgen fórmulas esquematizadas que si bien distorsionan la verdadera naturaleza de lo que pretenden representar, permiten orientar la acción de los individuos de acuerdo a una perspectiva coherente y sicológicamente satisfactoria. Nada de esto implica negar, desde luego, la existencia de grupos, sectores o clases como realidades sociológicas ni desconocer sus interrelaciones.

El fenómeno de reificación de las categorías sociales, en virtud del cual ellas cobran vida independiente y se convierten en actores autónomos del acontecer histórico, plantea seguramente uno de los más intrincados problemas sociológicos. La irracionalidad del proceso de reificación introduce un elemento emocional que nubla por completo un asunto teórico de por sí caleidoscópico y complejo. Y esta situación se torna más seria cuando se comprueba, o se recuerda, que toda la problemática aquí aludida se encuentra ya sobrecargada de consideraciones ideológicas que tienden a reforzar los ingredientes emocionales ya señalados. En este punto, precisamente, se insertan las esquematizaciones que 'aclaran' el problema a expensas de una perspectiva científica que no tiene, por definición, la virtud de ofrecer elementales recetas de inmediata aplicabilidad. Desde un punto de vista ideológico y emocional esta desventaja es muy grande. Pero rendirse ante ella implica renunciar para siempre al entendimiento racional y científico de un importante problema teórico. En otras palabras, mantener la validez de la reificación puede ser muy útil para lograr una compulsiva uniformidad ideológica capaz de garantizar superficial y transitorio acuerdo de comportamiento al nivel político inmediato, pero tal posible utilidad es virtualmente ajena al compromiso esencial de las ciencias sociales con el verdadero sentido del quehacer científico.

Nada de lo anterior supone, ni con mucho, abogar por la continuidad de una 'ciencia social' fundamentalmente neutra desde el punto de vista valorativo y fundamentalmente neutral con respecto a los grandes problemas de la sociedad. Todo lo contrario. Lo anterior supone no sólo recusar los supuestos de la 'neutralidad' científica en los dos campos mencionados líneas arriba, sino también abandonar el reclamo a la 'objetividad pura' de las ciencias sociales en nombre de un cientificismo ciego y sordo ante los muchos elementos de tragedia en la vida del hombre contemporáneo. Lo que así se sostiene es que si las ciencias sociales quieren en verdad ser disciplinas científicas de creciente rigor metodológico y teórico, tienen que admitir un doble nivel de 'compromiso': de un lado, con los seres humanos que integran las sociedades a las que la ciencia debe servir y, de otro, con los supuestos fundamentales de la propia ciencia que —como actitud, método y conjunto estructurado de principios teóricos—, son en esencia incompatibles con un simplismo irracional que reduce a perfiles elementales la compleja naturaleza de una realidad que como la social no puede ser comprendida sino respetando su carácter pluridimensional.

No se trata, pues, de hacer una ciencia social químicamente pura, en extremo objetiva, desprovista de consideraciones axiológicas y removida de los problemas concretos que afectan de manera directa el diario vivir de los seres humanos. Pero tampoco se trata de hacer una ciencia social de esquematización, de resultados implícitos en sus propios supuestos de partida, subordinada en sus enfoques y perspectivas a los dictados de una rígida predeterminación ideológica virtualmente elevada a la categoría de dogma irrecusable y, por último, puesta al servicio de una posición política que, aunque concebiblemente válida desde su propio punto de vista, no tiene por qué ser necesariamente considerada indisputable desde el punto de vista científico. Se trata, en síntesis, de construir una ciencia social que asuma y respete en todas las instancias de su quehacer el doble compromiso señalado anteriormente, es decir, el compromiso con la sociedad y el compromiso con la ciencia. Esto es, simplemente, una ciencia social que sea, en el más profundo sentido de verdad, las dos cosas a la vez: *ciencia y social*. Nada que quede corto de este ideal, alcanzable y difícil al mismo tiempo, puede garantizar satisfacción de las crecientes demandas que hoy se plantean a las disciplinas sociales contemporáneas en América Latina.

Eduardo Galeano

Los dioses y los diablos en las favelas de Río

El apasionado abrazo de la divinidad arranca aullidos de dolor y de placer a las mujeres en trance. Los dioses y los diablos poseen a sus devotos, se introducen en ellos, los cabalgan. Sacudidas violentas, rostros rígidos en el éxtasis, temblores, cuerpos que giran o se revuelcan o saltan como lanzados a manotazos por un gigante invisible: cuando las convulsiones aflojan, y una campanilla suena desde el altar, eso significa que este cuerpo ha mudado ya su identidad. El «caballo» ha sido dominado, la crisis de posesión ha cesado: esta mujer a quien colocan un casco de altas plumas de colores en la cabeza, ya no es más ella misma: ahora es Ogum Rompe-Mato, un San Jorge de la selva. Ya no sufre la violencia del trance; ahora danza suavemente, fuma un inmenso charuto, otorga bendiciones y da consejos y recetas a los fieles ávidos de consuelo, venganza, inmunidad y buena suerte. Y esta otra es Jurema, diosa de la jungla, y aquella es Xangô, joven dueña del trueno, y la de más allá es el Caboclo del Sol y de la Luna. Iemanjá, la diosa de las ondas del mar, también ha bajado, y están además aquí las divinidades *caboclas* de la Pluma Blanca y la Sierra Negra y el Manantial; las Siete Flechas, las Siete Estrellas, las Siete Encrucijadas. Otros santos indígenas y campesinos van descendiendo: Viramundo, Caboclo do Vento, Flor do Dia, y Boiadero, el tropero que mora en el desierto y con su lazo arrea, hacia allá, todos los males. Los espíritus de los primeros dueños de la tierra del Brasil vagan por el aire y por el mar. Son dioses de la naturaleza, asimilados a las divinidades africanas de Angola y el Congo, las que a su vez se han fundido con los santos católicos, o son versiones aborígenes de los habitantes del infierno.

Una vez poseída, la «filha do santo» se convierte en el instrumento de la divinidad. Muda el tono de su voz y la intensidad de su mirada; fuma, gozosa, quien siente asco del tabaco, y bebe cachaça quien solo prueba, normalmente, agua. Julia se convierte en Ogum o, mejor dicho, en su caballo. *Durante* el trance, habla Ogum: 'Yo monto en Julia y ella trota'. *Después* del trance, habla Julia: 'Cuando Ogum baja, pierdo la conciencia. Llega Ogum Rompe-Mato y es como una campana que me cubre. Yo soy el badajo de la campana, él me mueve, la música nace.'

Este es un *terreiro* abierto entre el bosque de un morro de Río de Janeiro, en la falda espesa de árboles de la Pedra Dois Irmãos. La ceremonia continúa, a la luz de la luna y de las fogatas que arden en torno. Los ecos poderosos de los tambores llegan hasta allá abajo, donde titilan las luces al borde del mar: esta trepidación es el ritmo que de costumbre acompaña el sueño de la ciudad. Desde el fondo de malezas y favelas brotan las voces y el repiqueteo de los tambores, noche a noche. Frecuentemente, los ritos se prolongan hasta el amanecer del nuevo día.

Êxu tiene dos cabezas

Ahora doña María, la sacerdotisa principal, una negra de anchas caderas, pechos amplios y brasas en los ojos, danza en el centro del *terreiro*, alrededor de un pequeño círculo de piedra. Se detiene con los brazos alzados delante de un hombre joven. El hombre cae de rodillas; el coro, desordenado y vigoroso, canta.

... todo mundo bebeu
todo mundo comeu
só eu fiquei sem nada.

Ella derrama un vaso de caña, desde lo alto, sobre la cabeza del hombre joven. Le revuelve el pelo con los dedos. Después rompe el vaso contra la piedra. El debe descalzarse y bailar sobre las astillas de vidrio. Y después ella misma baila sobre los vidrios rotos:

... abre la puerta del infierno
ahora es que quiero ver
setenta y siete diablos...

Los hombres bailan con los torsos desnudos, envueltos en hojas de palma que les hacen brotar espadas verdes de los cuerpos; los resplandores de las hogueras encienden las vastas faldas de las mujeres y el brillo de las pieles negras empapadas de transpiración. El aire huele al humo del tabaco y a los vapores del aguardiente, más fuertes que los aromas purificadores de la vegetación. Doña María lanza un alarido, brama como un toro, gime como un perro, aúlla; se arroja hacia atrás y no bien cae la envuelven por completo en

una sábana blanca. A medianoche la catacumba gimió, 'a meia-noite a catatumba gemeu: quem estava viva morreu, quem estava morto nasceu'. A medianoche, a la *hora grande,* la resurrección de los condenados: 'Se levante quien esté sentado. . .' Los condenados cantan, aúllan, danzan, tiemblan, beben, al ritmo de fiebre y trueno de los tambores; corren la caña y el vino, se ha derramado ya la sangre de los gallos y los chivos.

Entonces doña María cruza el *terreiro* lentamente, envuelta en la sábana-mortaja, arrastrándose sobre los muslos y los puños; sostiene dos velas encendidas, con las que se va quemando los brazos y la boca mientras avanza; resopla como un animal herido, pero nadie puede verle la cara. Es Omulú quien repta así. Omulú, San Roque en Bahía, San Lázaro en Río de Janeiro, en el norte señor de las heridas, las llagas y las pestes, y aquí rey de las cuevas y los cementerios. Omulú no bebe ni fuma; la espuma de su boca huele a difunto, aunque nadie la ve. La cara es una calavera: quien la mira, sella la propia sentencia de muerte.

Omulú dêêê. . .
Senhor da terra
Atotô Abaluaiê. . .

Los tambores suenan cada vez más frenéticos. Pronto llegan los Êxus, los diablos, y sus mujeres, las reinas del infierno, las Pomba-giras. Este es el éxtasis más violento de todos: los brazos, tensos como maderas, se quiebran finalmente contra el pecho; las manos quedan crispadas como garras. Es la única divinidad que no «baja»: Êxu llega desde la tierra, y entra por la planta del pie descalzo:

Pelo pé, pelo pé,
pelo pé, que êle veio.
Pelo pé, pelo pé,
pelo pé que êle vai.

En las ceremonias del *candomblé* de Bahía, se expulsa a Êxu o se lo engaña con estratagemas para que se vaya y no moleste; en la *umbanda,* "macumba" relativamente institucionalizada por la clase media, el rito se organiza como una batalla contra Êxu, el demonio, y todo suele tener el aspecto de una misa católica con epilepsias. En la *quimbanda,* en cambio, «línea negra» de la macumba, religión de los malditos, medio de autoafirmación y de venganza de los marginados que sobreviven en las favelas y en los suburbios de Río, Êxu es el invitado principal: las ceremonias se hacen en su homenaje, se clama por su presencia y sus favores. Culto del Diablo, sí. Pero curioso Diablo éste, que a la vez contiene al cielo y al infierno, que es dueño del mal pero a menudo practica también el bien y que, bicéfalo, es simultáneamente un poco Dios, a su manera:

Êxu tiene dos cabezas
y mira su banda con fe:
una es de Satanás del infierno,
la otra de Jesús de Nazareth.

Odiado y temido por la *umbanda,* en los templos de piso de baldosa donde a veces se instalan palcos para turistas, Êxu es, en cambio, venerado por la *quimbanda,* en los «terreiros» abiertos en la intemperie de los morros o en miserables chozas de lata y madera donde los turistas no llegan. Êxu usa dos colores, el rojo y el negro (que por casualidad son también los colores del cuadro de fútbol más popular de Río de Janeiro) y esos colores definen además a sus esposas, las Pomba-giras: el rojo, de la sangre de los chivos y los gallos que se sacrifican para dar vida y fortaleza a los enfermos y a los débiles; el negro, de las cuevas y cementerios, que señala la capacidad de Êxu para matar o para «amarrar» una existencia a la desdicha eterna.

Êxu mora en las encrucijadas; la higuera condenada por Cristo a no dar más frutos, es su árbol predilecto. Hay numerosos Êxus, como hay muchas Pomba-giras: Êxu Caveira, Êxu Brasa, Êxu das Sete Encruzilhadas, Êxu da Praia, Êxu Pimenta, Êxu Veludo, Exu Sete Montanhas, Êxu Tranca-Ruas:

Allá en la encrucijada tienen un Rey,
pero ese Rey es el señor Tranca-Caminos.
Allá en la higuera tienen otro Rey,
que es el señor Lucifer, y su Reina Pomba-
(gira.

Es común encontrar, en Río de Janeiro, en las esquinas de las calles, en los cruces de senderos o al pie de ciertas higueras secas, los «despachos» a Êxu. Por lo general, dentro de una vasija de barro donde se ha mezclado harina, aceite de dendê y sangre de gallo, se disponen velas rojas y negras, caña «marafo» que se derrama en cruz, cajas de fósforos con los charutos atravesados y la cabeza, las patas y las alas del gallo negro, con plumas rojas, cuya sangre se le ha ofrecido: todo se enciende para que él coma, beba y fume. Pero las ofrendas varían tanto como sus motivos: por ejemplo, se usan cuadrados de paño negro y velas

blancas para pedir a Êxu que abra algún camino que ha cerrado; se enciende una vela quebrada en dos, apuntando hacia afuera de la encrucijada, para desviar los pensamientos enemigos. Los homenajes, votos, promesas y pedidos a Êxu, se realizan en las encrucijadas femeninas, con forma de +; las ofrendas a las reinas del infierno, en cambio, en los cruces masculinos, cerrados, con forma de T.

El aullido de las voces prohibidas

Las apelaciones al infierno son cada vez más frecuentes en las populosas márgenes de Río de Janeiro. El culto de la *quimbanda*, muy a menudo enmascarado tras la *umbanda* «legal», se extiende por todas partes y gana nuevos adeptos cada día. Hay una infinita cantidad de pequeños *terreiros* suburbanos donde se invoca al Diablo y se le ofrecen sacrificios, y donde el culto pagano de los dioses afrobrasileños rompe todas las costuras de las camisas de fuerza de la disciplina que el sistema quiso imponer para «domesticar» estas peligrosas fuerzas ciegas. No es casual que después de largos períodos de persecución policial, la *umbanda* haya conquistado un *status* de cierta respetabilidad, que la *quimbanda* no obtendrá ni necesita. Algunos de los más importantes templos de *umbanda* están regidos por generales jubilados y un vasto elenco de profesionales de clase media. En estos templos, los trances están regulados, no se bebe alcohol ni se escuchan tambores, y los generales pronuncian sermones contra los hechiceros, el pecado, la inmoralidad y el mundo contemporáneo: 'En París', escuché decir, 'ya las mujeres andan completamente desnudas, con sólo un cinturón. Un cinturón y el pelo, nada más. Este mundo perverso está condenado. Sólo 144,000 personas sobrevivirán, y los demás serán aniquilados dentro de un plazo de treinta y un años. Pero puede ser hoy, o puede ser mañana. Los pecadores serán licuados por el fuego; quedarán todos derretidos, como en Hiroshima. Hay un planeta que está embistiendo sobre la tierra. No hay escapatoria para los perversos que se llaman «avanzados», como esos maridos de ahora que aceptan que la esposa no vuelva a casa porque algún otro pasó y se la llevó.' Esta es la versión textual de una parte del sermón del general retirado que está a la cabeza del templo *umbanda* de Meier, en Río.

Muy otras son las características de los *terreiros* más pobres. En estos, pertenezcan a la «línea blanca» o a la «línea negra», practiquen el culto «caboclo» de las divinidades indígenas o el de los "pretos velhos" de los esclavos de Bahía, el terrorismo moral no existe, y la obra de las fuerzas de la naturaleza se celebra con alegría. Desde lo alto del cielo o desde el fondo del infierno, los dioses llegan a *esta* tierra para bailar, comer, beber, fumar, hacer el amor y ejecutar venganzas y milagros en favor de quienes los necesitan. La «línea blanca» y la «línea negra» de la macumba suelen practicarse a la vez sin mayores interferencias, y Dios y el Diablo se han hecho tan de esta tierra que han comprendido ya que son recíprocamente necesarios: 'Quien manda en el mundo es Dios...', me dijo un sabio *pai de santo*, "pero quien manda en la tierra es Êxu".

En Río de Janeiro es visible cómo crecen las «misas negras» en la misma medida en que se hace cada vez más numerosa la población marginal. La «explosión» de las favelas adquiere rasgos dramáticos; como todas las grandes ciudades de América Latina, Río de Janeiro sufre la invasión multitudinaria de brazos provenientes de las zonas más pobres del país, cuyas expectativas de trabajo la ciudad excita y defrauda. Desde el nordeste bajan, hacia el sur, y sobre todo rumbo a San Pablo, los campesinos que ofrecen mano de obra barata y son cargados en camiones como ganado, y como ganado vendidos por los traficantes; desde el campo provienen, sin cesar, familias enteras atraídas por la esperanza de elevar su nivel de vida y conseguirse un sitio en el gran circo mágico de la civilización urbana. Una escalera mecánica es la revelación del Paraíso, pero el deslumbramiento no se come: la ciudad hace aún más pobres a los pobres, porque cruelmente les exhibe espejismos de riquezas a las que nunca tendrán acceso, automóviles, mansiones, máquinas poderosas como Dios y como el Diablo, y en cambio les niega un trabajo seguro y un techo decente bajo el cual cobijarse, platos llenos en la mesa para cada mediodía. La venerable CEPAL, de las Naciones Unidas, estima que por lo menos la cuarta parte de la población de las ciudades latinoamericanas habita 'asentamientos que escapan a las normas modernas de construcción urbana', extenso eufemismo de los técnicos para designar las «favelas» de Río de Janeiro, las «poblaciones callampas» de Santiago de Chile, los «tugurios» y «jacales» de México, los «ranchos» de Caracas, las «barriadas» de Lima, las «villas miserias» de Buenos Aires, los «cantegriles» de Montevideo. En las viviendas de lata, barro y madera, levantadas con deshechos en los cinturones de las ciudades, se acumula la población marginal expulsada a las ciudades por el latifundio y la miseria. Como los «marginales» crecen más rápidamente que los «integrados», la propia CEPAL estima que de aquí a pocos años

'los asentamientos irregulares albergarán a una mayoría de la población urbana'.

En el Brasil, los marginados no conocen la diferencia entre dictadura y democracia. De todos modos, los analfabetos no votan cuando hay elecciones, y la política ha sido desde siempre asunto de 'los demás'. Tampoco significa nada, para ellos, el hecho de que la industria brasileña haya crecido un 16 por ciento el año pasado: las estadísticas pueden sonreir, pero este «desarrollo» es un viaje con más náufragos que navegantes, y cuanto más aceleradamente progresa el progreso, menos brasileños emplea. Alta tecnología, maquinaria moderna, el *know how* de los monopolios norteamericanos; nuevas fábricas se instalan, pero menos mano de obra se necesita cada vez. El sistema no ha previsto esta pequeña molestia: lo que sobra es gente. Y la gente se multiplica. Se hace el amor con entusiasmo y sin precauciones. Son cada vez más los que quedan a la vera del camino, sin trabajo en el campo, donde el latifundio reina con sus gigantescos eriales, y sin trabajo en la ciudad, donde reinan las máquinas: el sistema vomita hombres. Las misiones norteamericanas siembran píldoras, diafragmas, tirabuzones, preservativos y almanaques marcados, pero cosechan niños; porfiadamente, los niños brasileños continúan naciendo, reivindicando su derecho natural a obtener un sitio bajo el sol en esta tierra espléndida que podría brindar a todos lo que a casi todos niega. En Río, el sistema opta por esconder la basura bajo la alfombra. Va barriendo las favelas de los morros, y a punta de ametralladora arroja a los favelados, por millares y millares, lejos de la vista. Los favelados viven de «changas» mordisqueando trabajo de a pedacitos y de cuando en cuando, o cumplen tareas sórdidas o prohibidas: son sirvientas, vendedores de limonada, picapedreros o albañiles ocasionales, ocasionales electricistas o sanitarios o pintores de paredes, mendigos, ladrones de playa, estibadores, cuidadores de autos, lustrabotas, vendedores de diarios, brazos disponibles para lo que venga —y lo que viene es siempre lo peor. Arrancados de la ciudad, se los condena a perder la tercera parte del tiempo disponible y la tercera parte del dinero que ganan en el transporte de cada día. El plan empezó a ponerse en práctica en tiempos de Lacerda. Ya varias favelas han sido trasladadas. Se anuncia la próxima remoción de las demás. Va quedando fuera del alcance de los ojos el espectáculo de la miseria que el sistema produce: pronto no se verá más que la digestión de la prosperidad, en esta ciudad de doradas arenas donde va a parar la riqueza generada por todo el Brasil, y estarán definitivamente lejos sus excrementos. (De paso, los militares hacen excelentes negocios con las valiosas tierras que quedan disponibles una vez producidos los desalojos.)

Las hermosas hogueras del infierno

La inmensa mayoría de los marginados, es de piel negra. Es negra la voz de esta populosa subsociedad de malditos que clama en los *terreiros*:

Fuerza bahiana,
fuerza africana,
fuerza divina,
ven acá.
Ven a ayudarnos.

Las raíces africanas florecen, a través de Bahía, en tierra brasileña. Los ritos y los dioses originales se transfiguran nacionalizándose: de la costa del oeste del Africa han brotado, sin duda, todas o casi todas estas divinidades del bien y del mal, pero han atravesado los siglos del Brasil y sus sucesivas realidades y se han transformado en los fantasmas vengadores de los esclavos desangrados, los indios exterminados, los campesinos perseguidos por la sequía y por el hambre, y toda la innumerable pobre gente humillada, despojada, olvidada:

... en la Calle de la Amargura
que dio su luz a Cipriano
porque trabajaba todo el día,
trabajaba todo el día,
toda la noche,
todo el año.

Son misas salvajes, fiestas populares, actos de catarsis colectiva, exasperadas expresiones de libertad en las que ferozmente se goza la danza, el canto, la bebida:

Estoy vestido de plumas, mi compadre
pero no soy pajarito.
Quien tuviera cachaça, por favor,
me da un poquito.

No sin autocompasión:

Oh, Martín Pescador,
qué vida es la suya?
O bebiendo cachaça
o cayendo por las calles.

Se habla con los dioses, la música los llama, los llaman las voces, y los dioses invaden a las mujeres y a los hombres, danzan *en* ellos, *son* ellos, en una comunión

violenta que revuelca a los hijos del cielo y del infierno por la tierra. Se apela a Jesucristo:

Oxalá, padre mío,
tenga pena de nosotros,
tenga dolor.
La vuelta del mundo es grande...

y también a las fuerzas prohibidas:

En la encrucijada hay siete espadas.
Una corta el viento en el aire,
otra corta las ondas del mar,
la otra es para quien tenga fe
y las otras cuatro del señor Lucifer.

Porque

Ay, Dios es bueno
y el Diablo no es malo.
Salve, Dios.
Salve, Diablo.
Y salve a este negro desgraciado,
encima de esta tierra fría.

Êxu es, en los ritos de los suburbios de Río, la síntesis de todas las invocaciones. Sólo Ogum, San Jorge, el santo guerrero, se considera con poderes para influir sobre sus acciones, pero lo deja hacer y lo ayuda, hasta le envía mujeres:

La campana de la iglesita
hace delén-dén-dón.
Dio medianoche
y el gallo ya cantó.
El señor Siete Encrucijadas
es el dueño de la Pomba-gira,
segura Gira que Ogum le mandó.

Se produce una reinvención de Dios, que es creado a imagen de una realidad maldita y de las innumerables maldiciones heredadas, por los condenados de esta tierra, de generación en generación. ¿Qué signos se leen en el cielo de las favelas? Estos signos son terrestres y por lo tanto pertenecen, frecuentemente, al infierno. El infierno como realidad y como destino que se asume:

Ay, qué hoguera tan linda,
la que clarea en el infierno...

Ay, mi señor de las armas.
Ay, dicen que Êxu no vale nada.
Pero él es el Rey,
el Rey de las siete encrucijadas,
mi señor.

El Dios de los parias no es el mismo que el Dios del sistema que los hace parias; al menos, no es *siempre* el mismo. A menudo es un poco Diablo, y a veces es el Diablo a secas.

¡Yo soy Êxu! ¡Yo soy Êxu!
Conmigo nadie puede,
pero yo puedo con todos.
En mi encrucijada,
soy el Rey.

Se recurre a las armas del infierno, cielo de los excluidos. Para las venganzas: el nombre del enemigo en la boca de un sapo, cosido con hilo rojo y negro. Para la protección y para la transmisión de las potencias de la vida: la sangre derramada de los animales que se sacrifican a Êxu.

El extraño culto de María Padilha

Pomba-gira, paloma que gira, la reina de los infiernos, se manifiesta a través de diversas identidades. Una de ellas es María Padilha, nacida de los bajos fondos de Río. Su culto se extiende a tal punto que es ya común encontrar, en los barrios pobres del norte, maniquíes de cera de tamaño natural que representan a María Padilha: tacos altos, medias de seda, la falda corta abierta en un tajo que muestra el muslo, los pechos saltándose de la blusa, collares y pulseras, los ojos y la boca muy pintados, cabellos de muñeca grande, una sonrisa grotesca y un cigarrillo con filtro levantado entre dos dedos de largas uñas rojas. Por supuesto, se trata de una divinización de la prostituta, elevada a la categoría más alta en la escala de los dioses malditos. Es significativo que sean habitualmente prostitutas, en la «vida real», las sacerdotisas poseídas por el espíritu de María Padilha en los *terreiros*. Sus carcajadas rajan la noche; no bien culmina el trance, la reina del infierno exige bebida y cigarrillos finos. Como las demás divinidades, durante la ceremonia atiende consultas, da consejos, resuelve dificultades; utiliza, además, sus particulares encantos, para interceder ante el Diablo en beneficio de quien lo necesite.

Curiosa venganza de los cuerpos en venta. La prostitución es, ya se sabe, un subproducto de la virtud; esta sociedad que todo lo compra y todo lo vende, hipócritamente condena los servicios de los que hace uso para mantener intactos sus tabúes y bien altos sus códigos de moral. Se fabrican prostitutas como se fabrica ropa, son bienes de consumo, la ropa usada se tira. Estas mujeres analfabetas, de vidas tan mordidas por la humillación y la miseria, ignoran la rebelión que las reivindicaría como seres humanos en una sociedad dis-

tinta sin tarifas para el amor, pero en cambio se encarnan a sí mismas, en una especie de exorcismo al revés, y se proyectan hacia el plano religioso. Encarnan la misma imagen que el sistema forjó de ellas para usarlas y despreciarlas, pero atención: este autorretrato se imprime en negativo: el objeto de desprecio pasa a ser objeto de adoración; la abominación abre paso a la devoción. La prostituta decide que es sagrada. ¿Creían que era una perra? Soy una diosa. Invulnerable:

A medianoche el cementerio se incendió.
La mujer del Diablo no murió.

¿Un extraño atajo hacia la revelación de la dignidad? Los papeles se invierten. Los últimos son los primeros, y ésta es su catarsis. Se alzan las voces, braman los tambores: 'Quien estaba vivo murió, quien estaba muerto nació. . .'

El Diablo en persona

El enfermo golpea tres veces el suelo con el pie izquierdo:

Válgame, Vovô Catarino,
por el amor de Dios y del Diablo,
en estas horas,
en este día,
desde las profundidades del infierno,
con sus siete soldados
del portón del cementerio.

Vovô Catarino está llegando. Quien lo recibe, *pai de santo* en un humilde *terreiro* en la ladera del Corcovado, viste harapos rojos y negros y tiene un tridente de hierro en la mano. Las convulsiones del cuerpo hacen temblar sus cuernos de trapo, que le caen sobre los ojos. Sólo las velas alumbran este cuarto de piso de tierra y paredes de lata; la luz enferma proyecta, gigantescas, las sombras de los santos, los talismanes y los fetiches de los dos altares: el del cielo, donde Jesucristo se alza rodeado por San Jorge, las divinidades indígenas y los «negros viejos» y el altar del infierno, en el que los Êxus y las Pomba-giras levantan sus cuernos rojos y sus «gafos» de siete dientes. El *terreiro* se llama «Nuestra Señora de la Concepción», pero esta herética Virgen María es a la vez la madre de Jesucristo y de Êxu.

Hay un montículo de vidrios rotos de botella; una mano los riega con alcohol, se enciende el fuego. Vovô Catarino ya está en la tierra. Se sienta sobre los vidrios en llamas, brinca y ríe con gozo. Las sacerdotisas, vestidas de rojo, cantan:

El sol ya viene,
ya viene, bahiano.
El sol ya va,
bahiano, ya va.
Las ondas del mar batían.
allá viene él,
el señor Catarino,
hechicero de Bahía.

La ceremonia comienza:

¿De dónde es que Catarino viene?
¿Dónde es que Catarino vive?
El vive en la orilla de la playa,
donde el gallo no canta,
el pollito no pía,
el niño no llora.

Cuando al amanecer Vovô Catarino abandone la tierra, las mismas voces cantarán:

Abran la puerta del infierno.
El señor Catarino quiere entrar.

Vovô Catarino pertenece a la línea de los «pretos velhos», esclavos de Bahía, y es a través de él que el *pai de santo* de este *terreiro* recibe a Êxu. Con su voz ronca, de garganta vencida, Vovô me cuenta que tiene más de cinco siglos en este mundo, me convida para el cumpleaños: 'Ya no me puedo parar. Por eso trabajo así, sentado, y me muevo con la ayuda de mi buen tridente. Llevo quinientos noventa y siete años trabajando en esta tierra, para cumplir las órdenes de la Nación de los Infiernos. No, de cuando era mozo no recuerdo nada, porque ya entonces tenía muuuuchos millones de años de edad.' El lenguaje es intraducible: no sólo la voz parece arrastrarse desde el fondo de los tiempos, sino que además Vovô se divierte trabucando sílabas y deshaciendo palabras. '¿Santufricar? Yo presto caridad, pero santufricar, no santufrico. Yo no soy maricón para andar santufricando. A mí me pueden llamar a cualquier lado que yo me arrastro y voy, pero a la puerta de la iglesia, nunca. Eso nunca. ¿Para qué quiero la salvación?'

Se prepara la «obrigação» para arrancar la fiebre del cuerpo del enfermo: siete velas negras, siete velas rojas, siete frascos de aceite de dendê; el gallo de plumas negras y rojas, la harina amarilla (*fubá*) de grano fino. Vovô afila el cuchillo mientras conversa, ríe, lanza bromas crueles, pincha con su tridente a los distraídos, a

lo largo de la ceremonia lentísima. Un sapo gigante vigila la buena marcha del servicio:

—Confirma meu serviço, meu sapo.

El gallo chilla, desesperado, como si supiera que le espera el sacrificio. El sapo se hincha como un globo: el servicio va bien.

—*E você, minha filha?*

—Sí, Vovô. Mejor, Vovô. Hoy hace una semana que mi marido no me pega.

Repentinamente, el sapo salta de la caja y un hombre lo atrapa, pero el sapo es helado y escurridizo y se le escapa. Alguien pega un grito. Todos ríen. La ceremonia del Diablo es la fiesta del morro. Al fin y al cabo, en la favela, la fraternidad no es una idea abstracta:

—¿El es tu hermano?

—No.

—Y ella, ¿es tu hermana?

—Tampoco.

—¿Cómo se puede saber? Nadie puede —sentencia Vovô—. Pueden no ser hermanos de la misma madre. Pero del mismo padre...

Vovô Catarino restrega el gallo contra el cuerpo del enfermo, para arriba y para abajo, por atrás y por delante. El enfermo tiene fiebre, tiembla:

—El pobre puede comerse con fiebre, igual. Cualquiera se lo come. Hay fiebre de rico, también. Pero al rico nadie se lo come.

Una vez desplumado el cuello del gallo, el cuchillo se alza para cortar:

—Salve la encrucijada.

—Salve.

—Salve mi higuera.

—Salve.

—Salve el cementerio.

—Salve.

Catarino chupa la sangre con deleite, largamente. El enfermo se concentra. Debe pensar en su enfermedad, en el hechizo de que ha sido víctima, en su salvación segura. Sólo su cuerpo ha recibido las salpicaduras de sangre.

Siete porteras, siete encrucijadas.
Catarino es de la banda pesada.
De la banda pesada,
de la banda pesada.
Siete porteras, siete encrucijadas.

Cada pequeño *terreiro* inventa la música y la letra de muchos de los «pontos» que se cantan durante la ceremonia. Y los «pontos» son innumerables, se suceden unos a otros mientras tienen lugar los sacrificios, los comentarios, los ritos destinados a batir las puertas del amor o de la muerte, a ganar corazones, vengar ofensas, reconquistar la salud perdida o alcanzar la felicidad fugazmente adivinada por entre las desdichas de cada día.

Este hombre que de noche es el Diablo en persona, de día se gana la vida, como limpiador, en un aeropuerto. Con el tridente en la mano y su gorro de cuernos de trapo, es la fuente de aliento y consuelo, el consejero sentimental, el confesor, el curandero que ocupa el lugar del médico inexistente, el profeta y el vengador de la favela. '¿Para qué quiero la salvación?' dice. 'Yo no quiero la salvación. Yo quiero quedarme allá en mi infierno, que está gustoso, meu filho. El infierno es mi casa. Y allí, yo soy el patrón. Nadie me manda.'

Vovô va dibujando, sobre el piso de tierra, un complicado diseño de tridentes entrecruzados, con tizas (*pemba*) negras y rojas. Luego echa pólvora, cuidadosamente, sobre las líneas. Los fogonazos estallan; las Pomba-giras encarnan en las *filhas do santo*:

—Allá, en la *umbanda* de los ricos, las llaman «médiums». Están vestidas de blanco y el piso es de baldosa, no se puede escupir. ¡Ah, tristeza!

Entre largos tragos, continúa su trabajo. Me anuncia una gran matanza para el Viernes Santo. Varios chivos serán sacrificados, asados y comidos en el día del ayuno obligatorio. No por mero desafío, aunque Vovô asegura que la desgracia de un hombre comienza el día en que Dios se acuerda de que existe en este mundo creado por El para que los hombres sufran. No, no sólo por eso. El Viernes Santo los chivos serán sacrificados, me anunció, *en lugar* de los hombres. Serán lentamente degollados, y los fieles beberán la sangre caliente del cuenco de la mano. Así, los chivos negros sufrirán el sufrimiento reservado a los hombres, y los hombres, todos ustedes, serán aliviados.

Y así fue. El Viernes de Pasión tuvo lugar la gran matanza. La lluvia se abatió, durante toda la noche, sobre la favela.

Uwe Johnson
Barrio neoyorkino

Upper Westside es un barrio de Manhattan, Nueva York, pero no uno definible fácilmente. Un barrio como Greenwich Village en Nueva York se anuncia al menos con su mito; también a Trastévere en Roma, Montmartre en París, Pöseldorf en Hamburgo se les identifica pronto con una leyenda, una opinión a base de recuerdos y fantasía que permiten una familiaridad aproximada. No es necesario que el barrio sea famoso. Barrios comunes y corrientes pueden ser introducidos por un rasgo característico, su reputación da una vaga referencia de su clima social. *Upper Westside* no permite tal definición. Los barrios que lo rodean son de muy diversa índole: al norte, Morningside Heights recibe su nombre de un parque y una avenida que domina a Harlem; en Morningside Heights está la Universidad de Columbia, que compra manzana tras manzana de casas y se convierte en una ciudad dentro de la ciudad, y hay iglesias afamadas y un hospital que no sólo determinan el aspecto del barrio sino también su vida. El barrio al sur de *Upper Westside* incluye el Centro Lincoln, la Opera, la Filarmónica, un teatro; los terrenos encarecen allí, la ciudad se renueva, un enorme bloque de viviendas se levanta moderno con sus muchos pisos. *Upper Westside* se conoce simplemente por su ubicación. Situado al noroeste de la isla Manhattan, entre las calles 70 y 110, limita al este con el Parque Central y al oeste con el río Hudson. Entre el sur y el norte corren la calle del Parque Central, la Columbus Avenue, la Amsterdam Avenue, la West End Avenue, el Riverside Drive, todo ello lo cruza Broadway. Las generalizaciones sobre el barrio pueden ser tan válidas como sus contrarios: en las calles laterales hay *slums*. En las calles laterales hay residencias burguesas pulidas como piedras preciosas. Desde el aire los altos edificios a lo largo del Parque Central y el río parecen cercar con diques al barrio, conglomerado desigual de torres y chozas. ¿Cuántas manzanas son? No llegan a 200. ¿Cuánta gente por manzana? Cerca de mil, más de lo común en el mundo. ¿Quienes viven aquí? ¿pertenece el barrio a un grupo más que a otro? La mayoría de blancos de diversa procedencia hace, sin contar a los judíos, la mitad, éstos un cuarto, los latinoamericanos un sexto, los negros un octavo, el resto son chinos y japoneses y otros. Todos son americanos, pero todos los grupos retienen su idioma, su cultura, no se mezclan con los otros, y la embrollada mezcolanza no es constante, sus componentes entran y salen, no se radican como en su patria. *Upper Westside* ni siquiera tiene nombre propio. Aquí fundaron los holandeses una aldea, Bloomingdale, 'valle florido', pero no queda nada de tal valle, sólo casas por doquier y la denominación se ha limitado a lo escuetamente geográfico. El habla da prueba que el barrio renuncia a una identidad, para callar la pertenencia a una comunidad; cuando sus habitantes se refieren entre sí al barrio lo llaman 'the area', la zona, como si no estuviera construido ni habitado, o sólo fuera un amontonamiento casual de casas, una agrupación casual de gentes, ningún vecindario, un lugar de diferencias.

La diferencia palpable es entre riqueza y pobreza, entre la vida amena y la plagada de dificultades. Para la vida desahogada están aquí el Parque Central. West End Avenue y Riverside Drive, con sus residencias heredadas, anticuadas, sólidas, bien conservadas. Central Park West mira sobre paisajes cuidadosamente tenidos, lagos artificiales, nubes reflejadas, montículos verdes, rocas sobresalientes, prados, caminos sinuosos, a través del cielo abierto la vista llega hasta la Quinta Avenida, de más prestigio aún.

West End Avenue, muy próxima al Hudson, es una quebrada profunda, casi lóbrega, entre colosos de ladrillo y muestra los dientes de la riqueza, los baldaquines ante los portales, los porteros de librea que con un pito llaman a los taxis para sus patrones, las bien barridas aceras, a esa tranquilidad serena agradaría se prohibiera el tráfico pesado de mercaderías. La tercera de esas vías, Riverside Drive, está considerada entre las más famosas calles del mundo, pero tampoco es característica de *Upper Westside;* ha sido añadida al barrio, no ha brotado de él.

Riverside Drive costea el Hudson; trazado por los años ochenta del siglo pasado, forma el borde interior de un extenso paraje artificial que empieza con un paseo al lado del río y que continúa tierra adentro con una vía expresa de calzadas separadas y jardines cerca de los puntos de acceso; luego con un amplio parque de lomas de cuarenta manzanas de largo (bajo el parque pasa una línea férrea), con monumentos, parques infantiles, lugares de deporte, campos de reposo y paseos provistos de bancas. Sólo entonces enmarca el parque a la misma avenida, torcida en muchos sitios, que ondula entre graciosas prominencias del terreno, y extiende pequeñas vías de salida hacia las casas entre las islas verdes, algo único en Manhattan: una arquitectura paisajista, una avenida con vista a árboles, al agua, al paisaje. Porque es cuestión precisamente de la vista, una vista de la que se han apropiado. Las casas a lo largo de Riverside Drive, casi ninguna de menos de diez pisos, la mayoría de más, fueron construidas por la nueva aristocracia del siglo XIX, para el dinero nuevo, de los ferrocarriles, las minas, el petróleo, la especulación, el dinero de la explosión industrial. Riverside Drive debía aventajar a la Quinta Avenida como lugar de residencia, con las fachadas copiosamente adornadas al estilo oriental, italiano, egipcio, siempre ostentoso, las ocho cámaras en hilera, las piezas para la servidumbre, las entradas discretas para el servicio, los vestíbulos solemnes, los empleados de uniforme... y, vista privada

a la naturaleza. En todo Riverside Drive no hay un negocio, ninguna tienda, sólo dos o tres hoteles, más bien residencias de huéspedes estables. Donde el comercio vivía quería ser noble. Aquí vivían personajes como William Randolph Hearst, el verdadero descubridor del periodismo inmundo, y ocupaba por cierto tres pisos, que más tarde convirtió en un hall alto como una iglesia: se hizo instalar ascensor particular, adquirió más pisos, compró finalmente todos los doce en 1913. Vivir en Riverside Drive significaba entonces fortuna y crédito, poder y rango principesco. Era una calle para blancos, anglosajones, protestantes. A éstos se unieron después de la primera Guerra Mundial aquellos judíos a los que no parecía ya de categoría Harlem, antes barrio exclusivo, e inmigrantes del lado sur este de la isla, cuyas entradas mientras tanto justificaban el cambio (emigrantes que habían arribado). En los años treinta vinieron los judíos de Alemania, al principio con los enseres en cajones, después sin equipaje, luego de los países ocupados por los alemanes, y terminada la guerra sobrevivientes de los campos de concentración y ciudadanos del Estado de Israel (europeos incorregibles) que no se habían acomodado a los peligros, el clima, el asedio de Israel, de modo que en Riverside Drive y West End Avenue se juntó una colonia judía ligada no sólo por la religión y la familia sino también por el recuerdo de la perdida Europa. Luego, los judíos más jóvenes y acomodados se mudaron a los suburbios al norte de la ciudad, a causa de los niños.

Pero Riverside Drive no ha superado a la Quinta Avenida como lugar de residencia, aquí no vive la viuda del presidente Kennedy con el señor Onassis. Aquí viven jubilados, gente de ingresos medianos, empleados, intelectuales, comunidades de estudiantes. La mayoría de las casas son todavía demasiado elegantes para que las alquilen ciudadanos de piel oscura; a los negros se les permite administrarlas, mantenerlas, manejar el ascensor, pulir los adornos de latón. Aún son las grandiosas construcciones plazas fuertes de la prosperidad, más venerables aun a causa de la acción del tiempo, aunque haya caído sobre ellas la vejez de la negligencia. Muchas de las magníficas mansiones han sido divididas en estrechos departamentitos, las tuberías de calefacción se han roto, suenan los conductos de agua, se multiplican los defectos, en los vestíbulos se acumula sobre paneles de mármol y mobiliario viejo esa suave piel de suciedad contra la cual ya no pueden nada el agua ni la escoba. En algunas casas los alquileres están congelados desde la guerra. Se han vuelto raros los porteros, cuya misión consiste no sólo en saludar a los inquilinos sino también en alejar a los ladrones y raptores de niños: a menudo no hay ascensorista y en el elevador automático los extraños son mirados con desconfianza. A pesar de todo, no es fácil conseguir un sitio vacante en estas casas y no siempre por razones del color de la piel o los ingresos. Los cielos rasos son altos, la disposición anticuada, las paredes retienen el ruido: los administradores deberían recurrir al basurero y al reparador. La calle es considerada casi segura. Es de las tranquilas. Cuanto más ve al año dos desfiles. De la vía expresa junto al río viene lejano el rumor casi parejo de los motores, ondas como marinas, filtrado en dos de las estaciones del año por el follaje del parque, pero fuera de los períodos de congestión (y los fines de semana antes y después de las fiestas nacionales) Riverside Drive mismo es una calle con tránsito local, vacía y silenciosa de noche hasta las seis de la mañana cuando los que acuden temprano a su trabajo y las pitadas agudas del tren bajo el parque despiertan a los de sueño ligero. La vista finalmente es invulnerable.

La vista no es más que la otra orilla, un trozo del estado de Nueva Jersey, pero la orilla se eleva escarpada y alta, y la anchura del río puede transformar la desolación arquitectónica del otro lado en el espejismo de un paisaje, de lo venerable y lejano. El río se desliza bajo el inamovible cielo hacia el cercano mar, con barcos que navegan lentamente, de noche sirenas de niebla, y colores verdes, grises, azules enmarcados por los del parque, una vista de vacaciones. Pero el río está tan emponzoñado por los desechos y lavazas industriales que los peces mueren ya muy arriba, al norte, y que para el hombre un baño puede ser mortal, no precisamente por las corrientes. El río colecta la luz del cielo y colorea con sus emanaciones las nubes sobre sí, pero el cielo está impregnado de dióxido de azufre y monóxido de carbono y las partículas sólidas de humo ayudan a colorear azarosamente el poniente. El sol temprano tiñe de rojo la otra orilla, pero la industria planta en dirección de la mirada hacia la naturaleza letras inevitables que a los soñadores de las calles de por acá machacan qué es lo más conveniente para la cocina. Los techos de Riverside Drive no responden con ningún aviso luminoso a la vocinglería de ALCOA. Sobre las terrazas de luz intermitente de Nueva Jersey, sobre la maraña de colores del campo de atracciones de las 'Palisades', sobre el río gris, una amplia puerta al norte, bombillas blancas se alinean en los chatos arcos de los cables, sobre la doble cubierta entre dos pilares del puente George Washington se mueven reflectores y luces rojas: la vista recomendada por todas las guías del mundo.

A la vista pertenece el parque, los extensos prados de colinas suaves, paseos, muros de contención, pasos a desnivel, túneles al río, viejos árboles. En los pisos inferiores colorea la luz de los cuartos. De noche las hojas retienen la luz de las lámparas formando grutas resplandecientes. El parque es utilizable porque es predilecto de la policía. Allí llevan sus autos patrulleros en las pausas, para tomar aliento e intercambiar palabras con los compañeros, y en las estaciones calurosas del año colocan los mantenedores del orden sus caballos bajo la espesa sombra de los matorrales. En verano parece el parque una feria continua. Las bancas en el malecón están repletas de visitantes procedentes de los distritos más pobres, se juega tenis, hombres con caña de pescar esperan coger peces de robusta constitución, jugadores de ajedrez se sientan a horcajadas en los bancos y dan clases a los mirones, gentes con el diario de hace dos días sobre la cara duermen como en su casa, que bien puede ser el parque, paseantes con perros se detienen un rato para cambiar impresiones sobre sus animales, los picniques se despliegan sobre el césped, niños casi desnudos saltan y chillan bajo las resplandecientes fuen-

tes frías de los campos de juego, corren tras los columpios, rodean al heladero en su carro, y los padres se dirigen la palabra desde las bancas. El cuadro parece apacible y de hecho muchos habitantes de Riverside Drive se sienten solidarios. Han recibido una educación común, sus ingresos son comparables, casi sin excepción son de piel blanca, envían a sus hijos a los mismos colegios, comparten iguales condiciones de vivienda e intervienen como grupo en las mismas asociaciones políticas y de padres de familia. Quien en la mañana espera el ómnibus con un niño de la mano, puede estar casi seguro que algún desconocido le llevará a la escuela o el *kindergarten*, de ser posible dejará subir al niño solo en el auto extraño; y el conductor del ómnibus, escapándose del agobiador tránsito de la ciudad en el rápido flujo de Riverside Drive, habla con los que aquí suben como con una familia, más decente que las otras. Pero los excursionistas de piel oscura de los domingos vienen de barrios en que no se han previsto parques, o donde los parques, no agradan tanto a la policía, y se han echado a perder, donde el césped se ha secado, las bancas están rotas, los escasos árboles estropeados, el suelo regado de vidrios quebrados allí con furia liberadora, equilibradora, de modo que a cada paso crujen. En el parque de Riverside durante la semana los niños de piel oscura son una minoría, juegan en grupos entre sí, y la negra de blusa blanca que vigila una manada de niños corriendo desbocados, no cuida de sus propios vástagos sino de los de sus patrones blanquiñosos. En los campos de *baseball* juegan los puertorriqueños entre sí, en las canchas de *basket* sólo los negros, y al fútbol se dedican los de las Indias Occidentales. Los residentes de Riverside Drive previenen a los turistas acerca de los peligros de las calles laterales y les aconsejan no llevar de noche más de ocho dólares en el bolsillo, el precio aproximado de una inyección de heroína, a fin de que el asaltante por lo menos no haga uso de la chaveta. A la vuelta de la esquina están los *slums*, vistos desde acá como país extranjero.

Slum ya es palabra aceptada que no necesita traducirse. No se conoce su origen. Primitivamente habría sido una expresión despectiva para una habitación. El equivalente en español sería barrio miserable. Pero los *slums* de *Upper Westside* no son propiamente barrios destinados a los miserables, difieren de los bloques de viviendas para trabajadores, improvisados por los especuladores en las grandes ciudades alemanas, o las *bidonvilles* de París o las aldeas de barracas para refugiados. Los *slums* de Nueva York no fueron construidos como *slums*. Estas casas de ladrillo marrón rojizo ("brownstones") eran después de la guerra civil precisamente la marca del bienestar burgués. Las espaciosas entradas fueron creadas para escenas llenas de decoro. Los cuatro pisos previstos para una sola familia con sus empleados de servicio, en el interior suntuosamente provistos de revestimientos de maderas finas, parquet de roble, chimeneas de mármol, puertas talladas, escaleras de caracol torneadas. Eran casas de lujo, y no concuerda con ellas la inmundicia en el pórtico, los muebles y colchones podridos, los tachos de basura sin tapa y los desperdicios regados, las ventanas sucias. Son casas abandonadas. Fueron construidas para blancos, anglosajones, protestantes. Los irlandeses que llegaron en bandadas por los años 70 del siglo pasado, se juntaron en casas de alquiler a lo largo de las avenidas Columbus y Amsterdam, pero muchos ahorraron para hacerse de una de esas casas a la última moda y aprovecharon la posesión para subalquilarla. Los irlandeses eran el grupo político más fuerte del barrio antes de que los judíos se trasladaran de Harlem. Después de la segunda Guerra Mundial vinieron negros en gran cantidad de los ghettos neoyorquinos, y puertorriqueños, y los inmigrantes blancos, hacía tiempo adaptados a la escala de valores que habían encontrado, cedieron calle tras calle. Sin embargo, no del todo. De una de esas casas unifamiliares puede el dueño hacer cuatro viviendas, una por piso, y compensar con la mayor entrada la baja en el valor de la finca. De estas viviendas pequeñas el casero puede sacar otras habitaciones solas. Entre tanto ha multiplicado la renta. Como sus inquilinos, procedentes de Harlem, han de considerar aun tales condiciones de habitación como una mejora, y como los de habla española no son capaces al principio de defenderse, no tiene reparo el casero en dar largas a las reparaciones, ahorrar en calefacción, prescindir del portero. La ley prevé sanciones para todas esas negligencias, pero la gente sin educación ni conocimiento suficiente de la lengua se encoge ante el aparato burocrático, y la justicia tiende a ser indulgente con el casero de los *slums*, representante del concepto de la ganancia y la propiedad. Esta capacidad de lucro hace posible el *slum:* la fealdad e insuficiencia de los tabiques de separación, los vidrios de las ventanas sin reponer, las cerraduras defectuosas, las casillas para la correspondencia rotas; la inmundicia incrustada, resbaladiza, ya en el corredor; la cocina en el armario, el estado nauseabundo de las instalaciones sanitarias, la infestación de bichos y, sobre todo, un comportamiento del habitante del *slum* que corresponde a su condición social.

Los blancos conservadores, cuando quieren mantener lejos de sus casas de departamentos a los negros, se refieren a los *slums* y creen demostrar así que los negros son incapaces de vivir civilizadamente, como si se tratara de una predisposición innata. Argumento idiota, al igual de todos los que quieren impedir una repartición proporcionada de la riqueza, pasa por alto que no todos los negros viven en *slums* y que no solamente negros viven en ellos. El prejuicio de la nación norteamericana contra una décima parte de sus miembros, antiguos residentes del país, puede ser inconcebible; los propósitos que se promueven mediante ese prejuicio son evidentes: es cuestión de los puestos de trabajo como medio de ingresos, de la educación como medio para mejorar los ingresos, de la igualdad de derechos como modo de asegurar los ingresos. Ningún grupo ha tenido que luchar durante tanto tiempo por esos derechos como los negros. Los esclavos fugitivos y liberados que el siglo pasado irrumpieron en el norte progresista fueron aislados en barrios aparte, explotados por los dueños de casas y los comerciantes blancos, excluidos de una educación y enseñanza equitativas; siempre los primeros en presentarse y los últimos en colocarse, vieron cómo grupo

tras grupo venido de fuera arraigaba, obtenía la ciudadanía completa, los irlandeses, los italianos, los judíos, en los años 50 los puertorriqueños. Ahora, como en 1960, su situación se resume en cifras clásicas: 'El niño negro... cualesquiera que sean sus dotes, tiene estadísticamente ... la mitad de probabilidades que el niño blanco de terminar la escuela superior, un tercio de terminar la Universidad, un cuarto de tener trabajo calificado, pero cuatro veces más probabilidades de estar sin ocupación' (John Kennedy en un discurso electoral). Sea cual fuera la raíz para esta exclusión traumática por los blancos, el grupo de los negros debe por tal motivo sufrir las mayores pérdidas en la lucha por el trabajo; se instala en consecuencia en los *slums* la mayoría de los ciudadanos que han renunciado a la esperanza a trabajar, los que nunca fueron capaces de tenerla y los que se abandonan. El *slum* es una prisión a la que la sociedad deporta aquellos a quienes ella misma ha mutilado. Estas son viviendas en las que las chinches no pueden ser extirpadas por más pacientes que sean los esfuerzos, en las cuales la función principal de la nevera no es mantener frescos los alimentos, sino la de caja fuerte a cubierto de las sabandijas. En los *slums* los niños aprenden a reconocer en la calle a un toxicómano, un homosexual, un alcohólico y a considerarlo como habitante cotidiano de la vecindad: los perros ladran al tipo tambaleante con su botella y es difícil apaciguarlos. Estos niños están necesitados de juego, están ociosos, como desocupados, observando, aburriéndose, hostiles. Los negros en los *slums* se sienten descuidados por la policía, sus calles raramente vigiladas, los robos en ellas son investigados con menos ahinco, en caso de riñas es más fácil que el de piel oscura caiga preso que no el de blanca; a pesar de todo, los negros desean tener más policías, estar mejor resguardados (mientras los blancos pueden permitirse un cuerpo civil de vigilancia para mantener el orden). Dos tercios de los negros en *Upper Westside* son hombres solos, tal vez no en último término porque la familia, a la que ha dejado el que la sustentaba, tiene derecho a subsidio; aunque también hay familias enteras que viven en un cuarto. Los niños que deben hacer allí sus tareas, obligados testigos de inevitables reyertas, van cansados y alterados a la escuela, no cumplen lo que se les exige, dejan tan pronto como es posible la escuela y empiezan a trabajar en empleos humildes, que han de desaparecer con el desarrollo electrónico, y son ejercitados para la miseria. El municipio procura mediante su servicio de asistencia social remediar los casos, pero con remiendos, parches y migajas; ofrece cursos vocacionales a los que abandonan prematuramente la escuela, fomenta la asistencia común a la escuela de niños blancos y negros; pero son programas decorativos, paliativos, cura de síntomas, no influyen sobre la situación económica de los grupos perjudicados, no apuntalan la estructura familiar, no suprimen el aislamiento. En donde no se puede depender ya de un orden, vuelan los desechos por la ventana y cuando caen en el patio interior de algún blanco, podrían servir de correo (en realidad, se llama a ese hecho el 'correo aéreo'). Los blancos como grupo no oyen nada; tal vez oiga algo el peatón blanco junto al cual es quebrado en la acera un frasco. Si esta realidad no tiene salida a una ciedad, por qué no arrancar los cables del teléfono público; por qué dejar la nueva dirección cuando uno se muda. La palabra *slum* se usa también como verbo en el sentido de pasear por calles arruinadas y peligrosas, y la policía de Nueva York ha ordenado precavidamente cinco mil cascos protectores para la próxima revuelta.

El comportamiento de los puertorriqueños bajo las condiciones del *slum* difiere sin duda del de los negros; también han escapado más fácilmente a ellas. Desde luego, su inmigración en masa después de la segunda Guerra Mundial complicó enormemente el alojamiento en *Upper Westside*, pero venían de la isla con la convicción de ser ciudadanos completos y su reacción a la vivienda cara y la falta de trabajo fue de defensa y no la resignación secular de los negros americanos. Se mantuvieron como grupo gracias a su cultura independiente, sus relaciones familiares estables y su religión. (Las madres puervida digna de vivirse, por qué no escaparse en las ilusiones y padecimientos de la toxicomanía. Si los blancos como grupo se rehusan a ayudar, por qué no poner a algún blanco el cuchillo sobre el corazón y quitarle su billetera, la caja, sus artefactos caseros. Si la sociedad ha puesto cerco a esta vida, por qué aceptar las normas de la sociedad, por qué considerar a la asistenta social más que como la portadora de un pago a cuenta, por qué no mandar a los niños que mendiguen, por qué vivir bajo techo. Si se han roto las relaciones con la sotorriqueñas van con sus hijos al parque). Utilizaron la influencia de la iglesia, de sus representantes, de sus asociaciones para obtener colocaciones mejores, más campos de recreo, una mayor presencia de la policía, y como los de piel más clara no estaban sujetos a discriminación racial, encontraban trabajo más fácilmente, y más estable. Constituyen ahora un grupo político fuerte dentro del barrio y han transformado también su aspecto con carteles en español, servicios religiosos en su idioma, diarios propios, un cinema que sólo da películas en español, y tiendas que no sólo tienen un rótulo en español sino que son de su propiedad.

Un ejemplo de las malas relaciones existentes entre el municipio y los pobres del barrio es el programa de saneamiento que se empezó hace diez años. Las autoridades investigaron una zona situada entre las calles 87 y 97 y entre la calle en el Parque Central y la Avenida Amsterdam, y encontraron a un costo de un cuarto de millón de dólares que allí no se había levantado edificio nuevo alguno entre 1950 y 1956; sin embargo la población había crecido en un 25 por ciento. Una sexta parte de las familias ocupaba una habitación cada una. Pero el alquiler por metro cuadrado era el doble que en una casa de departamentos bien mantenida y vigilada de West End Avenue o Riverside Drive. La renta media era mínima y las características de la zona eran miseria, criminalidad creciente y toxicomanía. La propuesta de los investigadores consistió en reparar algunos edificios y ganar así unas 3.000 viviendas de lujo, pero demoler la mayoría de las *brownstones* y casas viejas de alquiler para construir en su lugar edificios altos los cuales comprenderían 5.000 viviendas de lujo, casi 2.500 para familias de ingresos medios, y unas 400 viviendas sociales, o sea una proporción del 4 por ciento para el grupo social

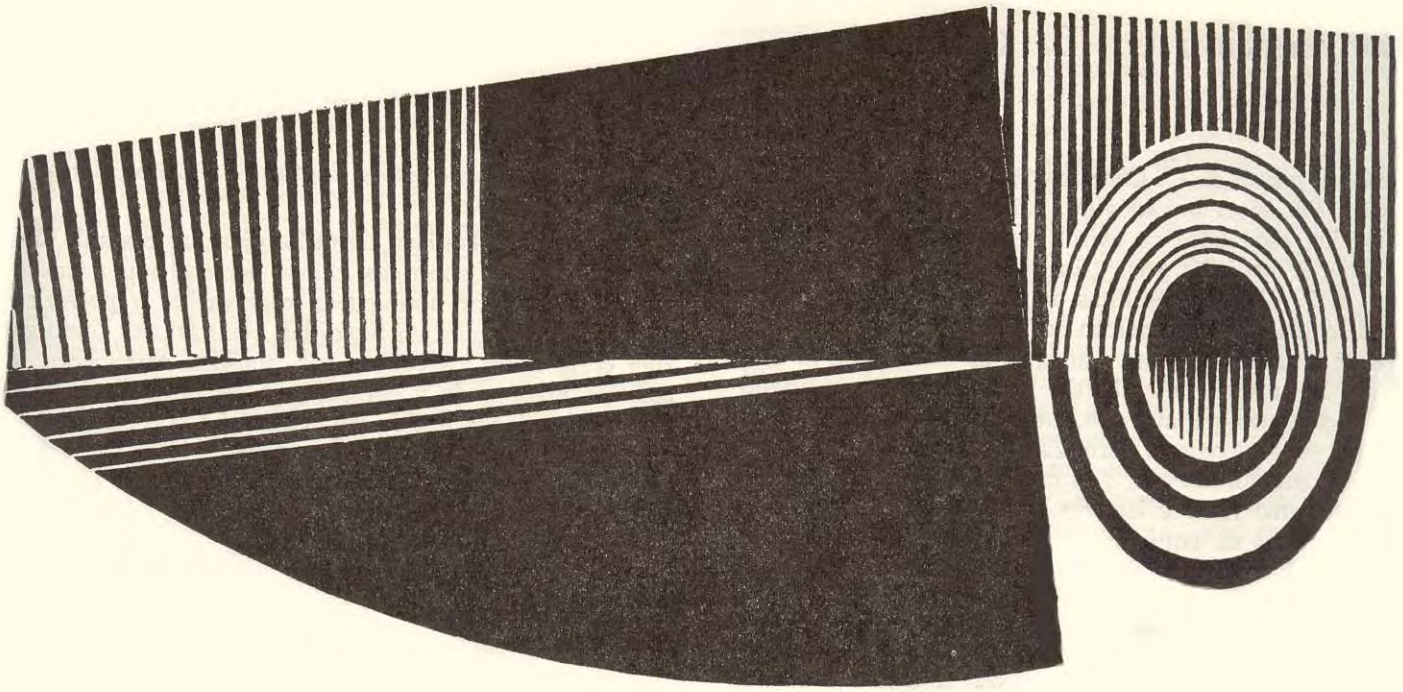
que constituye la mayoría. Las protestas de la población consiguieron aumentar posteriormente el número de estas viviendas a 2.500, pero era evidente que esas veinte manzanas de casas no serían usufructuadas por los que habitaban entonces la zona. El objetivo de las autoridades era más bien hacer subir el precio del terreno, cuadruplicar las entradas por impuestos y en lo posible hacerse también de una obra para exhibir que hiciera valer el plan de construcciones del municipio. La ciudad tomó en administración y en propiedad las casas destinadas a ser demolidas, pero para sorpresa de los inquilinos no por ello se hicieron más puntualmente las reparaciones ni se aplicaron con más rigor las disposiciones contra riesgos de incendio. Los inquilinos que mientras tanto habían hallado alojamiento en otros barrios de Nueva York recibieron ayuda para mudarse, y el resto, demasiado débiles o incapacitados por el color de la piel para tomar esas iniciativas, fueron acuartelados en casas de propiedad municipal al sur de la zona de saneamiento, a menudo en condiciones similares a las del *slum* o que propendían a ellas. Los irlandeses se resistieron hasta lo último. En realidad sus viviendas bien tenidas y espaciosas a lo largo de las avenidas Columbus y Amsterdam no hubieran podido ser reemplazadas por otras de la misma calidad y a los costos antiguos, pero la edad de una casa, por muy sólida que ésta sea, es lo que determina su sacrificio en los tratos con la administración municipal, y también sus casas cayeron bajo la acción de las grandes bolas de metal y las perforadoras. La colonia irlandesa sacó a sus niños de las escuelas, se deshizo de la mayoría de sus negocios y ahora apenas si se nota en la vida del barrio. Las obras de saneamiento tomaron un tiempo increíblemente largo desde el proyecto, el desahucio y la demolición hasta la nueva construcción; las casas condenadas, sin ventanas, sin puertas, fueron durante mucho tiempo lugar de juego para los muchachos, refugio para toxicómanos, prostitutas, vagabundos y gordas ratas grandes como gatos. La empresa originó los escándalos acostumbrados en el país. Una vez la ciudad cedió para ser demolida una manzana todavía ocupada, a una firma cuya administración cobró durante años los alquileres, en ninguna otra parte tan elevados, y no construyó nada. Otra vez aplanó una firma constructora los cimientos de una manzana demolida y la convirtió en lucrativo centro de estacionamiento; todavía hoy se ven tras setos bien dispuestos tales terrenos en ese estado desde hace años. Mientras tanto se ha erigido una buena parte de las altas construcciones, gigantescas cajas rectangulares en medio de una vecindad bajísima, pero no han resultado nunca un ejemplo del ingenio constructor de la ciudad. Aquellas que pagan todos los impuestos, importaciones de lujo, están provistas de jardineras, balcones, guardianes; las otras, en cuya edificación ha intervenido el municipio, deben contentarse con el adorno de una placa de bronce al pie, en que se anuncia la obra social con toda solemnidad, incluidos los nombres de los culpables. Los monótonos tarugos continúan rodeados de *brownstones* a medio demoler y de las casas de alquiler abandonadas en la avenida Amsterdam, de negocios, bares, merenderos, talleres abandonados, con las puertas condenadas. Las tres cuartas partes de los antiguos habitantes de estas calles querían permanecer en la zona, pero la mayoría de los negros y puertorriqueños no llenaban los requisitos para una vivienda social y han sido empujados a otros barrios pobres de Nueva York y a las calles laterales disponibles. El *slum* que se iba a desterrar para siempre ha sido trasladado a la vuelta de la esquina.

Los distintos frentes, los divididos bandos, grupos de ingresos, razas del barrio se encuentran en Broadway, la antigua carretera entre la aldea Bloomingdale y la colonia Nueva Amsterdam al sur de Manhattan. Aunque el Broadway, que atraviesa oblicuamente *Upper Westside*, tiene poco en común con su fragmento legendario más allá de Times Square, recubierto de descomunales cortinas de luces, vibrando bajo los baldaquines de los cines, los colores sucios del neón, las raudas cintas de luz con noticias, bajo los reflectores y los avisos luminosos giratorios, intermitentes, estallantes. En *Upper Westside* las luces son menos y cuelgan más bajo.

Otro Broadway empieza en la calle 72, en donde encuentra a la Avenida Amsterdam y ésta corta el parque Verdi. Aquí la divide, en dos amplios canales de circulación, una ancha faja central con bancas transversales en las intersecciones y ocasionalmente unos arbustos. A ambos lados se ven muestras del Renacimiento hacinadas en elefantiásicos edificios, y hasta muy lejos al norte aparecen las cajas, con innumerables ventanas bajo patéticas cornisas, de la febril confianza en el mercado de la construcción que empezó a galopar en Broadway en 1900 con la construcción del subterráneo. Son hoteles, edificios de departamentos, cinemas construidos en una época en que había ganancias para invertir y se 'añadía' arte en la construcción. El impulso no alcanzó para una hilera cerrada de esos monstruos decorados; entre ellos se acurrucan, con sus miserables cuatro pisos, las casas de alquiler, poco preocupadas de ocultar las escaleras para incendio, que ahora la vejez pone en evidencia. Pocos hoteles han podido conservar la clientela adinerada y la reputación que promete la fachada; albergan ahora sobre todo pensionistas, rentistas empobrecidos, personas con subsidios, y con frecuencia huéspedes que más necesitan tratamiento médico que servicios de hotel, los cuales no exceden por lo general de la cobranza. Las casas de departamento todavía se cuentan entre las más solicitadas del barrio, no tanto por la dirección cuanto por la cercanía al centro comercial y los medios de transporte. Los cinemas, con nombres como «Embassy», «Symphony», «Riviera» han sobrevivido como recuerdo de una cultura nueva majestuosamente trazada, con ornamentos *Style Nouveau* o italianos en la fachada, *foyers* de terciopelo y mármol, alfombras entre las butacas, altas bóvedas, y tenazmente defienden su pompa amenazada cobrando precios el doble más altos que en Times Square. Y el parque, en que Verdi tiene palomas sobre el cráneo, se llama ahora «Parque de las agujas» (las agujas de las inyecciones). Hace 40 años que no se construye nada nuevo en esta vía y a pesar del hormigueo de las luces al pie de las grandes fachadas envejecidas y ennegrecidas, Broadway trae al recuerdo alguna foto de la época en que por aquí los caballos jalaban coches y se hablaba del 'boulevard'.

Broadway es la feria, la calle principal del barrio. Los pisos a ras de tierra están todos repletos, en densa cadena ininterrumpida, de negocios, tiendas de ultramarinos y supermercados, locales con máquinas de lavar, peluquerías, cafeterías, verdulerías, bares, reparadoras de calzado, empresas de limpieza, asesores de contribuciones, escuelas vocacionales, agencias de viaje. El que quiera comprar su provisión semanal no tendrá aquí que caminar más de dos manzanas por más que se antoje de cerveza japonesa, cangrejos de Kamchatka, miel irlandesa, mostaza de Düsseldorf o bollos de Dresde. Aquí hay restaurantes chinos donde también comen chinos, restaurantes y bodegas israelíes, pizzerías y heladerías italianas, aquí pueden verse ejemplares de *Nowoje slowo* o de una revista alemana en la tarde del lunes de la misma fecha. Para sus compras un habitante del barrio no necesita salir de él: tiene casa de antigüedades, modas infantiles, ciruelas a la vuelta de la esquina, aunque las vitrinas estén cubiertas de polvo, las telas sean inferiores y las tiendas menos relucientes que las de la Quinta Avenida por Rockefeller Center. La lucha por el favor del cliente es agobiadora; muchos de los pequeños negocios expelen a sus arrendatarios cada dos meses y esperan luego, polvorientos y llenos de basura, que los tomen otros empresarios con más dinero.

Broadway es el lugar de paseo de *Upper Westside*, comparable a la calle mayor de una pequeña ciudad, el lugar para ver y ser visto. El peatón encuentra rostros morenos, amarillos, negros, blancos, rojos, rosados; está bastante despercudido para no darse vuelta y admirar a la matrona en *Bermuda shorts* o *blue jeans*. el negro de Harlem con vestimenta africana, el traje judío de abrigo largo y sombrero negro, los rizos bajo un pañuelo; el sari, el sombrero de legumbres exquisitas, el abrigo de cuero y el de andrajos; en el camino se cruzan amas de casa que llevan sus compras tras de sí en un carrito que arrastran sobre las lozas de cemento, y mandaderos que portan el recado de otras mujeres por la puerta de servicio, y burgueses, mendigos, dementes, estudiantes, prostitutas; y allí también los policías. Las lenguas en Broadway son múltiples, los acentos desconcertantes de todos los continentes dan sus versiones del idioma del país, se oye el español de Puerto Rico y Cuba, el francés de las Antillas, el japonés, el chino, el ruso, el yidisch y la jerga secreta de los toxicómanos, y siempre de nuevo el alemán como se hablaba hace treinta años en Prusia oriental, Berlín, Franconia, Sajonia, Hesse. Por aquí deambula un hombre con una cámara de fuelle y busca niños que se dejen fotografiar sobre un *pony* entrado en años. Aquí también los policías. Se estacionan por pares en las esquinas y hacen remolinos con el garrote a la muñeca según aprendieron en su academia; tienen la mirada abúlica y vaga del omnividente: amigos y colaboradores de los ciudadanos, el tema segundo de las conversaciones. Todos, los que viven en las calles laterales y los príncipes del Parque Central, concuerdan en que la policía no se halla donde se la necesita. Aquí están, en el centro iluminado, grandes y fuertes, con la espalda a la pared y esperan que se les necesite. El hombre que al verlos da vuelta a la esquina con su carrito de salchichas no debe haberles 'pagado'. Los habitantes del barrio creen que los policías son 'pagados' por todo el mundo, por la lavandería, el heladero en su carro, el puesto de periódicos; desde luego, sólo por boca de los propios guardianes del orden se sabría por quiénes y, evidentemente, ellos no esperan la pregunta. A un policía hay que hablarle de 'Sir'. Un policía entra a un bar y señala con el dedo enguantado en dirección de la puerta del retrete, y el tabernero sin preguntar nada aprieta el zumbador que abre el cierre. El dispositivo es para evitar atracos en los excusados. El policía pasa de vuelta ante gentes en el bar que, para cualquiera, deberían estar en una clínica, un instituto de rehabilitación, la cárcel o la cama, pero la mirada del policía apunta al juego de fútbol en el televisor, en donde las cosas tienen un sentido. En cuanto a si las relaciones podrían mejorarse con la caridad, habría que dar una respuesta muy rápida e inconfundible, porque los mendigos no son siempre corteses, no usan siempre la fórmula religiosa, y un blanquiñoso elusivo es para ellos un puerco judío. (Una vez a medianoche se acercaron afables a un transeúnte tres negritos armados de cuchillos y como ese se dirigiera a ellos solicitando ayuda haciéndose pasar por un turista de Islandia que buscaba un cuarto de hotel por sus últimos cuatro dólares, le devolvieron su billetera con los cuatro dólares, le indicaron un hotel y le dieron las buenas noches. Pero el de la conserjería en el hotel sospechó una situación apurada y exigió ocho dólares, pago adelantado.) Ahora se mueven los policías. Hombro contra hombro, el bulto del revólver en la nalga; jugando con el garrote, atraviesan el gentío, ante un niño que dormita en una caja con la cabeza contra la pared, porque ninguno de estos malditos blancos quiere lustrarse los zapatos a las once de la noche, ante una joven dama en apretados pantalones rojos, que a través del maquillaje les guiña el ojo; los policías siguen ante un viejo barbudo y andrajoso que duerme en una banca en medio de Broadway; pasan ante una matrona de piel blanca que con bondadosa mirada se inclina ante un bebé moreno en una carretilla; de la estación del subterráneo surge inesperadamente un enjambre de monjas jóvenes bajo sus capuchas, a la luz verde pasan de prisa el cruce;... y ahora han desaparecido los policías.



Luna Ercilla La Golondrina (madera 1965)

Mario Vargas Llosa

Conversación en 'La Catedral'*

Desde la puerta de LA CRÓNICA Santiago mira la avenida Tacna, sin amor: automóviles, edificios desiguales y descoloridos, esqueletos de avisos luminosos flotando en la neblina, el mediodía gris. ¿En qué momento se había jodido el Perú? Los canillitas merodean entre los vehículos detenidos por el semáforo de Wilson voceando los diarios de la tarde y él echa a andar, despacio, hacia la Colmena. Las manos en los bolsillos, cabizbajo, va escoltado por transeúntes que avanzan, también, hacia la Plaza San Martín. El era como el Perú, Zavalita, se había jodido en algún momento. Piensa: ¿en cuál? Frente al Hotel Crillón un perro viene a lamerle los pies: no vayas a estar rabioso, fuera de aquí. El Perú jodido, piensa, Carlitos jodido, todos jodidos. Piensa: no hay solución. Ve una larga cola en el paradero de los colectivos a Miraflores, cruza la Plaza y ahí está Norwin, hola hermano, en una mesa del Bar Zela, siéntate Zavalita, manoseando un chilcano y haciéndose lustrar los zapatos, le invitaba un trago. No parece borracho todavía y Santiago se sienta, indica al lustrabotas que también le lustre los zapatos a él. Listo jefe, ahoritita jefe, se los dejaría como espejos jefe.

—Siglos que no se te ve, señor editorialista —dice Norwin—. ¿Estás más contento en la página editorial que en locales?

—Se trabaja menos— alza los hombros, a lo mejor había sido ese día que el Director lo llamó, pide una Cristal helada, ¿quería reemplazar a Orgambide, Zavalita?, él había estado en la Universidad y podría escribir editoriales ¿no, Zavalita? Piensa: ahí me jodí—. Vengo temprano, me dan mi tema, me tapo la nariz y en dos o tres horas, listo, jalo la cadena y ya está.

—Yo no haría editoriales ni por todo el oro del mundo —dice Norwin—. Están lejos de la noticia y el periodismo es noticia, Zavalita, convéncete. Me moriré en policiales, nomás. A propósito, ¿se murió Carlitos?

—Sigue en la clínica, pero le darán de alta pronto —dice Santiago—. Jura que va a dejar el trago esta vez.

—¿Cierto que una noche al acostarse vio cucarachas y arañas? —dice Norwin.

—Levantó la sábana y se le vinieron encima miles de tarántulas, de ratones —dice Santiago—. Salió calato a la calle dando gritos.

Norwin se ríe y Santiago cierra los ojos: las casas de Chorrillos son cubos con rejas, cuevas agrietadas por temblores, en el interior hormiguean cachivaches y polvorientas viejillas pútridas, en zapatillas, con várices. Una figurilla corre entre los cubos, sus alaridos estremecen la aceitosa madrugada y enfurecen a las hormigas, alacranes y escorpiones que la persiguen. La consolación por el alcohol, piensa, contra la muerte lenta los diablos azules. Estaba bien, Carlitos, uno se defendía del Perú como podía.

El día menos pensado yo también me voy a encontrar a los bichitos —Norwin contempla su chilcano con curiosidad, sonríe a medias—. Pero no hay periodista abstemio, Zavalita. El trago inspira, convéncete.

El lustrabotas ha terminado con Norwin y ahora embetuna los zapatos de Santiago, silbando. ¿Cómo iban las cosas por ULTIMA HORA, qué se contaban esos bandoleros? Se quejaban de tu ingratitud, Zavalita, que viniera alguna vez a visitarlos, como antes. O sea que ahora tenías un montón de tiempo libre, Zavalita, ¿trabajabas en otro sitio?

—Leo, duermo siestas —dice Santiago—. Quizá me matricule otra vez en Derecho.

—Te alejas de la noticia y ya quieres un título —Norwin lo mira apenado—. La página editorial es el fin, Zavalita. Te recibirás de abogado, dejarás el periodismo. Ya te estoy viendo hecho un burgués.

—Acabo de cumplir treinta años —dice Santiago—. Tarde para volverme un burgués.

—¿Treinta, nada más? —Norwin queda pensativo—. Yo treintaiséis y parezco tu padre. La página policial lo muele a uno, convéncete.

Caras masculinas, ojos opacos y derrotados sobre las mesas del Bar Zela, manos que se alargan hacia ceniceros y vasos de cerveza. Qué fea era la gente aquí. Carlitos tenía razón. Piensa: ¿qué me pasa hoy? El lustrabotas espanta a manazos a dos perros que jadean entre las mesas.

—¿Hasta cuándo va a seguir la campaña de LA CRÓNICA contra la rabia? —dice Norwin—. Ya se ponen pesados, esta mañana le dedicaron otra página.

* Primer capítulo de la novela del mismo título, de próxima aparición.

—Yo he hecho todos los editoriales contra la rabia —dice Santiago—. Bah, eso me fastidia menos que escribir sobre Cuba o Vietnam. Bueno, ya no hay cola, voy a tomar el colectivo.

—Vente a almorzar conmigo, te invito —dice Norwin—. Olvídate de tu mujer, Zavalita. Vamos a resucitar los buenos tiempos.

Cuyes ardientes y cerveza helada, el *Rinconcito Cajamarquino* de Bajo el Puente y el espectáculo de las vagas aguas del Rímac escurriéndose entre rocas color moco, el café terroso del Haití, la timba en casa de Milton, los chilcanos y la ducha en casa de Norwin, la apoteosis de medianoche en el bulín con Becerrita que conseguía rebajas, el sueño ácido y los mareos y las deudas del amanecer. Los buenos tiempos, puede que ahí.

—Ana ha hecho chupe de camarones y eso no me lo pierdo —dice Santiago—. Otro día, hermano.

—Le tienes miedo a tu mujer —dice Norwin—. Uy, qué jodido estás, Zavalita.

No por lo que tú creías, hermano. Norwin se empeña en pagar la cerveza, la lustrada, y se dan la mano. Santiago regresa al paradero, el colectivo que toma es un Chevrolet y tiene la radio encendida, Inca Kola refrescaba mejor, después un vals, ríos, quebradas, la veterana voz de Jesús Vásquez, era mi Perú. Todavía hay embotellamientos en el centro, pero República y Arequipa están despejadas y el auto puede ir de prisa, un nuevo vals, las limeñas tenían alma de tradición. ¿Por qué cada vals criollo sería tan, tan huevón? Piensa: ¿qué me pasa hoy? Tiene el mentón en el pecho y los ojos entrecerrados, va como espiándose el vientre: caramba, Zavalita, te sientas y esa hinchazón en el saco. ¿Sería la primera vez que tomó cerveza? ¿Quince, veinte años atrás? Cuatro semanas sin ver a la mamá, a la Teté. Quién iba a decir que Popeye se recibiría de arquitecto, Zavalita, quién que acabarías escribiendo editoriales contra los perros de Lima. Piensa: dentro de poco seré barrigón. Iría al baño turco, jugaría tenis en el Terrazas, en seis meses quemaría la grasa y otra vez un vientre liso como a los quince. Apurarse, romper la inercia, sacudirse. Piensa: deporte, ésa es la solución. El Parque de Miraflores ya, la Quebrada, el Malecón, en la esquina de Benavides maestro. Baja, camina hacia Porta, las manos en los bolsillos, cabizbajo, ¿qué me pasa hoy? El cielo sigue nublado, la atmósfera es aún más gris, y ha comenzado la garúa: patitas de zancudos en la piel, caricias de telarañas. Ni siquiera eso, una sensación más furtiva y desganada todavía. Hasta la lluvia andaba jodida en este país. Piensa: si por lo menos lloviera a cántaros. ¿Qué darían en el Colina, en el Montecarlo, en el Marsano? Almorzaría, un capítulo de CONTRAPUNTO que iría languideciendo y lo llevaría en brazos hasta el sueño viscoso de la siesta, si dieran una policial como RIFIFI, una cowboy como RÍO GRANDE. Pero Ana tendría su dramón marcado en el periódico, qué me pasa hoy día. Piensa: si la censura prohibiera las mexicanadas pelearía menos con Ana. ¿Y después de la vermouth? Darían una vuelta por el Malecón, fumarían bajo las sombrillas de cemento del Parque Necochea sintiendo rugir el mar en la oscuridad, volverían a la Quinta de los duendes de la mano, peleamos mucho amor, discutimos mucho amor, y entre bostezos Huxley. Los dos cuartos se llenarían de humo y olor a aceite, ¿estaba con mucha hambre, amor? El despertador de la madrugada, el agua fría de la ducha, el colectivo, la caminata entre oficinistas por la Colmena, la voz del Director, ¿preferías la huelga bancaria, Zavalita, la crisis pesquera o Israel? Tal vez valdría la pena esforzarse un poco y sacar el título. Piensa: dar marcha atrás. Ve los muros ásperos color naranja, las tejas rojas, las ventanitas con rejas negras de las casas de duende de la Quinta. La puerta del departamento está abierta, pero no aparece el Batuque, chusco, brincando, ruidoso y efusivo. ¿Por qué dejas abierta la casa cuando vas al chino, amor? Pero no, ahí está Ana, que te pasa, viene con los ojos hinchados y llorosos, despeinada: se lo habían llevado al Batuque, amor.

—Me lo arrancharon de las manos —solloza Ana—. Unos negros asquerosos, amor. Lo metieron al camión. Se lo robaron, se lo robaron.

La besa en la sien, cálmate amor, le acaricia el rostro, cómo había sido, la lleva del hombro hacia la casa, no llores zoncita.

—Te llamé a LA CRÓNICA y no estabas —Ana hace pucheros—. Unos bandidos, unos negros con caras de forajidos. Yo lo llevaba con su cadena y todo. Me lo arrancharon, lo metieron al camión, se lo robaron.

—Almuerzo y voy a la perrera a sacarlo —la besa de nuevo Santiago—. No le va a pasar nada, no seas zonza.

—Se puso a patalear, a mover su colita —se limpia los ojos con el mandil, suspira—. Parecía que entendía, amor. Pobrecito, pobrecito.

—¿Te lo arrancharon de las manos? —dice Santiago—. Qué tal raza, voy a armar un lío.

Coge el saco que ha arrojado sobre una silla y da un paso hacia la puerta, pero Ana lo ataja: que almorzara primero rapidito, amor. Tiene la voz dulce, hoyuelos en las mejillas, los ojos tristes, está pálida.

—Ya se enfriaría el chupe —sonríe, le tiemblan los labios—. Me olvidé de todo con lo que pasó, corazón. Pobrecito el Batuquito.

Almuerzan sin hablar, en la mesita pegada a la ventana que da al patio de la Quinta: tierra color ladrillo, como las canchas de tenis del Terrazas, un caminito sinuoso de grava y, a la orilla, matas de geranios. El chupe se ha enfriado, una película de grasa tiñe los bordes del plato, los camarones parecen de lata. Estaba yendo al chino de San Martín a comprar una botella de vinagre, corazón, y de repente frenó a su lado un camión y se bajaron dos negros con caras de bandidos, de forajidos de lo peor, uno le dio un empujón y el otro le arranchó la cadena y antes de que ella se diera cuenta ya lo habían metido a la perrera, ya se habían ido. Pobrecito, pobre animalito. Santiago se pone de pie: esos abusivos lo iban a oir. ¿Veía, veía? Ana solloza de nuevo; también él tenía miedo de que lo mataran, amor.

—No le harán nada, corazón —besa a Ana en la mejilla, un sabor instantáneo a carne viva y a sal—. Lo traigo ahorita, vas a ver.

Trota hasta la farmacia de Porta y San Martín, pide prestado el teléfono y llama a La Crónica. Contesta Solórzano, el de judiciales; qué carajo iba a saber dónde quedaba la perrera, Zavalita.

—¿Se llevaron a su perro? —el boticario adelanta una cabeza solícita—. La perrera queda en el Puente del Ejército. Vaya rápido, a mi cuñado le mataron su chihuahua, un animalito carísimo.

Trota hasta Larco, toma un colectivo, ¿cuánto costaría la carrera desde el Paseo Colón hasta el Puente del Ejército?, cuenta en su cartera ciento ochenta soles. El domingo estarían ya sin un centavo, una lástima que Ana dejara la Clínica, mejor no iban al cine a la noche, pobre Batuque, nunca más un editorial sobre la rabia. Baja en el Paseo Colón, en la Plaza Bolognesi encuentra un taxi, el chofer no conocía la perrera señor. Un heladero de la Plaza Dos de Mayo los orienta: más adelante, un letrerito cerca del río, Depósito Municipal de Perros, era allí. Un gran canchón rodeado de un muro ruin de adobes color caca —el color de Lima, piensa, el color del Perú—, flanqueado por chozas que, a lo lejos, se van mezclando y espesando hasta convertirse en un laberinto de esteras, cañas, tejas, calaminas. Apagados, remotos gruñidos. Hay una escuálida construcción junto a la entrada, una plaquita dice Administración. En mangas de camisa, con anteojos, calvo, un hombre dormita en un escritorio lleno de papeles, y Santiago golpea la mesa: se habían robado a su perro, se lo habían arranchado a su señora de las manos, el hombre respinga asustado, carajo esto no se iba a quedar así.

—Qué es eso de entrar a la oficina echando carajos —el calvo se frota los ojos estupefactos y hace muecas—. Más respeto.

—Si le ha pasado algo a mi perro, la cosa no se va a quedar así —saca su carnet de periodista, golpea la mesa otra vez—. Y los tipos que agredieron a mi señora lo van a lamentar, le aseguro.

—Cálmese un poco —revisa el carnet, bosteza, el disgusto de su cara se disuelve en aburrimiento beatífico—. ¿Recogieron a su perrito hace un par de horas? Entonces estará entre los que trajo ahorita el camión.

Que no se pusiera así, amigo periodista, no era culpa de nadie. Su voz es desganada, soñolienta como sus ojos, amarga como los pliegues de su boca: jodido, también. A los recogedores se les pagaba por animal, a veces abusaban, qué se le iba a hacer, era la lucha por los frejoles. Unos golpes sordos en el canchón, aullidos como filtrados por muros de corcho. El calvo sonríe a medias y sin gracia, abúlicamente se pone de pie, sale de la oficina murmurando. Cruzan un descampado, entran a un galpón que huele a orines. Jaulas paralelas, atestadas de animales que se frotan unos contra otros y saltan en el sitio, olfatean los alambres, gruñen. Santiago se inclina ante cada jaula, no era ése, explora la promiscua superficie de hocicos, lomos, rabos tiesos y oscilantes, aquí tampoco. El calvo va a su lado, la mirada perdida, arrastrando los pies.

—Compruebe, ya no hay dónde meterlos —protesta, de repente—. Después nos ataca su periódico, qué injusticia. La Municipalidad afloja miserias, tenemos que hacer milagros.

—Carajo —dice Santiago—. Tampoco aquí.

—Paciencia —suspira el calvo—. Quedan cuatro galpones más.

Salen de nuevo al descampado. Tierra removida, hierbajos, excrementos, charcas pestilentes. En el segundo galpón una jaula se agita más que las otras, los alambres vibran y algo blanco y lanudo rebota, sobresale, se hunde en el oleaje: menos mal, menos mal. Medio hocico, un pedacito de rabo, dos ojos encarnados y llorosos: Batuquito. Todavía estaba con su cadena, no tenían derecho, qué tal concha, pero el calvo calma, calma, iba a hacer que se lo saquen. Se aleja a pasos morosos y, un momento después, vuelve seguido de un zambo bajito de overol azul: a ver, que se sacara el blanquiñoso ése, Pancras. El zambo abre la jaula, aparta a los animales, atrapa al Batuque del pescuezo, se lo alcanza a Santiago. Pobre, estaba temblando, pero lo suelta y da un paso atrás, sacudiéndose.

—Siempre se cagan —ríe el zambo—. Su manera de decir estamos contentos de salir de la prisión.

Santiago se arrodilla junto al Batuque, le rasca la cabeza, le da a lamer sus manos. Tiembla, gotea pis, se tambalea borracho, y sólo en el descampado comienza a brincar y a hurgar la tierra, a correr.

—Acompáñeme, vea en qué condiciones se trabaja —toma a Santiago del brazo, ácidamente le sonríe—. Escríbase algo en su periódico, pida que la Municipalidad nos aumente la partida.

Galpones malolientes y en escombros, un cielo gris acero, bocanadas de aire mojado. A cinco metros de ellos una oscura silueta, de pie junto a un costal, forcejea con un salchicha que protesta con voz demasiado fiera para su mínimo cuerpo y se retuerce histérico: ayúdalo, Pancras. El zambo bajito corre, abre el costal, el otro zambulle adentro al salchicha. Cierran el costal con una cincha, lo colocan en el suelo y el Batuque comienza a gruñir, tira de la cadena gimiendo, qué te pasa, mira espantado, ladra ronco. Los hombres tienen ya los garrotes en las manos, ya comienzan uno-dos a golpear y a rugir, y el costal danza, bota, aúlla enloquecido, uno-dos rugen los hombres y golpean. Santiago cierra los ojos, aturdido.

—En el Perú estamos en la edad de piedra, mi amigo —una sonrisa agridulce despierta la cara del calvo—. Mire en qué condiciones se trabaja, dígame si hay derecho.

El costal está quieto, los hombres lo apalean un rato más, tiran al suelo los garrotes, se secan las caras, se frotan las manos.

—Antes se los mataba como Dios manda, ahora no alcanza la plata —se queja el calvo—. Escríbase un articulito, amigo periodista.

—¿Y sabe usted lo que se gana aquí? —dice Pancras accionando; se vuelve hacia el otro—. Cuéntaselo tú, el señor es periodista, que proteste en su periódico.

Es más alto, más joven que Pancras. Da unos pasos hacia ellos y Santiago puede verle al fin la cara: ¿qué? Suelta la cadena, el Batuque echa a correr ladrando y él abre la boca y la cierra: ¿qué?

—Un sol por animal, don —dice el zambo—. Encima hay que llevarlos al basural donde los queman. Apenas un sol, don.

No era él, todos los negros se parecían, no podía ser él. Piensa: ¿por qué no va a ser él? El zambo se agacha, levanta el costal, sí era él, lo lleva hasta un rincón del descampado, lo arroja entre otros costales sanguinolentos, vuelve balanceándose sobre sus largas piernas y sobándose la frente. Era él, era él. Cumpa, le da un codazo Pancras, ándate a almorzar de una vez.

—Aquí se quejan, pero cuando salen en el camión a recoger se pasan la gran vida —gruñe el calvo—. Esta mañana se cargaron al perrito del señor que tenía correa y estaba con su ama, conchudos.

El zambo alza los brazos, era él: ellos no habían salido esta mañana en el camión, don, se las habían pasado tirando palo. Piensa: él. Su voz, su cuerpo son los de él, pero parece tener treinta años más. La misma jeta fina, la misma nariz chata, el mismo pelo crespo. Pero ahora, además, hay bolsones violáceos en los párpados, arrugas en su cuello, un sarro amarillo verdoso en los dientes de caballo. Piensa: eran blanquísimos. Qué cambiado, qué arruinado. Está más flaco, más sucio, muchísimo más viejo, pero ése es su andar rumboso y demorado, ésas sus piernas de araña. Sus manazas tienen ahora una corteza nudosa y hay un bozal de saliva alrededor de su boca. Han desandado el canchón, están en la oficina, el Batuque se refriega contra los pies de Santiago. Piensa: no sabe quién soy. No se lo iba a decir, no le iba a hablar. Qué te iba a reconocer, Zavalita, tenías ¿dieciséis, dieciocho? y ahora eras un viejo de treinta. El calvo pone papel carbón entre dos hojas, garabatea unas líneas de letra arrodillada y avara. Recostado contra el vano, el zambo se lame los labios.

—Una firmita aquí, mi amigo; y en serio, dénos un empujoncito, pida en La Crónica que nos aumenten la partida —dice el calvo y mira al zambo—. ¿No te ibas a almorzar?

—¿Se podría un adelanto? —da un paso y explica, con naturalidad—. Los fondos andan bajos, don.

—Media libra —bosteza el calvo—. No tengo más.

Guarda el billete sin mirarlo y sale junto a Santiago. Un río de camiones, ómnibus y automóviles atraviesa el Puente del Ejército, ¿qué cara pondría si?, en la neblina los montones terrosos de casuchas de Fray Martín de Porres, ¿se echaría a correr?, se divisan como en sueños. Mira al zambo a los ojos y él lo mira:

—Si me mataban a mi perro, creo que yo los mataba a ustedes —y trata de sonreir—.

No, Zavalita, no te reconoce. Escucha con atención y su mirada es turbia, distante y respetuosa. Además de envejecer se habría embrutecido también. Piensa: jodido, también.

—¿Se lo recogieron esta mañana al lanudito? —un brillo inesperado estalla un instante en sus ojos—. Sería el negro Céspedes, a ése no le importa nada. Se mete a los jardines, rompe las cadenas, cualquier cosa con tal de ganarse su sol.

Están al pie de la escalera que sube a Alfonso Ugarte; el Batuque se revuelca en la tierra y ladra al cielo ceniza.

—¿Ambrosio? —sonríe, vacila, sonríe—. ¿No eres Ambrosio?

No se echa a correr, no dice nada. Mira con expresión anonadada y estúpida y, de pronto, hay en sus ojos una especie de vértigo.

—¿Te has olvidado de mí? —vacila, sonríe, vacila—. Soy Santiago, el hijo de don Fermín.

Las manazas se alzan, ¿el niño Santiago, don?, se inmovilizan como dudando entre estrangularlo y abrazarlo, ¿el hijo de don Fermín? Tiene la voz rota de sorpresa o emoción, y parpadea, cegado. Claro, hombre ¿no lo reconocía? Santiago en cambio lo reconoció apenas lo vio en el canchón: qué decía, hombre. Las manazas se animan, pa su diablo, viajan de nuevo por el aire, cuánto había crecido Dios mío, palmean los hombros y la espalda de Santiago, y sus ojos ríen, por fin: qué alegría, niño.

—Parece mentira verlo hecho un hombre —lo palpa, lo mira, le sonríe—. Lo veo y no me lo creo, niño. Claro que lo reconozco, ahora sí. Se parece usted a su papá; también su poquito a la señora Zoila.

¿Y la niña Teté?, y las manazas van y vienen, ¿emocionadas, asustadas?, ¿y el señor Chispas?, de los brazos a los hombros a la espalda de Santiago, y sus ojos parecen tiernos y reminiscentes y su voz porfía por ser natural. ¿No eran grandes las casualidades? ¡Dónde venían a encontrarse, niño! Y después de tanto tiempo, pa su diablo.

—Este trajín me ha dado sed —dice Santiago—. Ven, vamos a tomar algo. ¿Conoces algún sitio por aquí?

—Conozco el sitio donde como —dice Ambrosio—. *La Catedral*, uno de pobres, no sé si le gustará.

—Si tienen cerveza helada me gustará —dice Santiago—. Vamos, Ambrosio.

Parecía mentira que el niño Santiago tomara ya cerveza, y Ambrosio ríe, los recios dientes amarillo verdosos al aire: el tiempo volaba, caracho. Suben la escalera, entre los corralones de la primera cuadra de Alfonso Ugarte hay un garaje blanco de la Ford, y en la bocacalle de la izquierda asoman, despintados por la grisura inexorable, los depósitos del Ferrocarril Central. Un camión cargado de cajones oculta la puerta de *La Catedral*. Adentro, bajo el techo de calamina, se apiña en bancas y mesas toscas una rumorosa muchedumbre voraz. Dos chinos en mangas de camisa vigilan desde el mostrador las caras cobrizas, las angulosas facciones que mastican y beben, y un serranito extraviado en un rotoso mandil distribuye sopas humeantes, botellas, fuentes de arroz. Mucho cariño, muchos besos, mucho amor truena una radiola multicolor, y al fondo, detrás del humo, el ruido, el sólido olor a viandas y licor y los danzantes enjambres de moscas, hay una pared agujereada —piedras, chozas, un hilo de río, el cielo plomizo—, y una mujer ancha, bañada en sudor, manipula ollas y sartenes cercada por el chisporroteo de un fogón. Hay una mesa vacía junto a la radiola, entre la constelación de cicatrices del tablero se distingue un corazón flechado, un nombre de mujer: Saturnina.

—Yo ya almorcé, pero tú pide algo de comer —dice Santiago.

—Dos Cristales bien fresquitas —grita Ambrosio, haciendo bocina con sus manos—. Una sopa de pescado, pan y menestras con arroz.

No debiste venir, no debiste hablarle, Zavalita, no estás jodido sino loco. Piensa: la pesadilla va a volver. Será tu culpa, Zavalita, pobre papá, pobre viejo.

—Choferes, obreros de las fabriquitas de por aquí —Ambrosio señala el rededor, como excusándose—. Se vienen desde la avenida Argentina porque la comida es pasable y, sobre todo, barata.

El serranito trae las cervezas, Santiago sirve los vasos y beben a su salud niño, a la tuya Ambrosio, y hay un olor compacto e indescifrable, que debilita, marea, y anega la cabeza de recuerdos.

—Qué trabajo tan fregado te has conseguido, Ambrosio. ¿Hace mucho que estás en la perrera?

—Un mes, niño, y entré gracias a la rabia, porque estaban completos. Claro que es fregado, a uno le sacan el jugo. Sólo es botado cuando se sale a recoger en el camión.

Huele a sudor, ají y cebolla, a orines y basura acumulada, y la música de la radiola se mezcla a la voz plural, a rugidos de motores y bocinazos, y llega a los oídos deformada y espesa. Rostros chamuscados, pómulos salientes, ojos adormecidos por la rutina o la indolencia vagabundean entre las mesas, forman racimos junto al mostrador, obstruyen la entrada. Ambrosio acepta el cigarrillo que Santiago le ofrece, fuma, arroja el pucho al suelo y lo entierra con el pie. Ambrosio sorbe la sopa ruidosamente, mordisquea los trozos de pescado, coge los huesos y los chupa y deja brillantes, escuchando o respondiendo o preguntando, y engulle pedacitos de pan, apura largos tragos de cerveza y se limpia con la mano el sudor: el tiempo se lo tragaba a uno sin darse cuenta, niño. Piensa: ¿por qué no me voy? Piensa: tengo que irme y pide más cerveza. Llena los vasos, atrapa el suyo y mientras habla, recuerda, sueña o piensa, observa el círculo de espuma salpicado de cráteres, bocas que silenciosamente se abren vomitando burbujas rubias y desaparecen en el líquido amarillo que su mano calienta. Bebe sin cerrar los

ojos, eructa, saca y enciende cigarrillos, se inclina para acariciar al Batuque: cosas pasadas, qué carajo. Habla y Ambrosio habla, las bolsas de sus párpados son azuladas, las ventanillas de su nariz laten como si hubiera corrido, como si se ahogara, y después de cada trago escupe, mira nostálgico las moscas, escucha, sonríe o se entristece o confunde y sus ojos, a ratos, parecen enfurecerse o asustarse o irse; a ratos tiene accesos de tos. Hay canas entre sus pelos crespos, lleva sobre el overol un saco que debió ser también azul y tener botones, y una camisa de cuello alto que se enrosca en su garganta como una cuerda. Santiago ve sus zapatones enormes: enfangados, retorcidos, jodidos por el tiempo. Su voz le llega titubeante, temerosa, se pierde, cautelosa, implorante, vuelve, respetuosa o ansiosa o compungida, siempre vencida: no treinta, cuarenta, cien más. No sólo se había desmoronado, envejecido, embrutecido; a lo mejor andaba tísico también. Mil veces más jodido que Carlitos o que tú, Zavalita. Se iba, tenía que irse y pide más cerveza. Estás borracho, Zavalita, ahorita ibas a llorar. La vida no trataba bien a la gente en este país, niño, desde que salió de su casa había vivido unas aventuras de película. A él tampoco lo había tratado bien la vida, Ambrosio, y pide más cerveza. ¿Iba a vomitar? El olor a fritura, pies y axilas revolotea, picante y envolvente, sobre las cabezas lacias o hirsutas, sobre las crestas engomadas, y las chatas nucas con caspa y brillantina, la música de la radiola calla y regresa, calla y regresa, y ahora, más intensas e irrevocables que los rostros saciados y las bocas cuadradas y las pardas mejillas lampiñas, las abyectas imágenes de la memoria están también allí: más cerveza. ¿No era una olla de grillos este país, niño, no era un rompecabezas macanudo el Perú? ¿No era increíble que los odriistas y los apristas que tanto se odiaban ahora fueran uña y carne, niño? ¿Qué diría su papá de esto, niño? Hablan y a ratos, oye tímidamente, respetuosamente a Ambrosio que se atreve a protestar: tenía que irse, niño. Está chiquito e inofensivo, allá lejos, debajo de la mesa larguísima que rebalsa de botellas y tiene los ojos ebrios y aterrados. El Batuque ladra una vez, ladra cien veces. Un remolino interior, una efervescencia en el corazón del corazón, una sensación de tiempo suspendido y tufo. ¿Hablan? La radiola deja de tronar, truena de nuevo. El corpulento río de olores parece fragmentarse en ramales de tabaco, cerveza, piel humana y restos de comida que circulan tibiamente por el aire macizo de *La Catedral*, y de pronto son absorbidos por una invencible pestilencia superior: ni tú ni yo teníamos razón papá, es el olor de la derrota papá. Gentes que entran, comen, ríen, rugen, gentes que se van, y el eterno perfil pálido de los chinos del mostrador. Hablan, callan, beben, fuman, y cuando el serranito aparece allí, inclinado sobre el tablero erizado de botellas, las otras mesas están vacías y ya no se escucha la radiola ni el crujido del fogón, sólo al Batuque ladrando, Saturnina. El serranito cuenta con sus dedos tiznados y ve la cara urgente de Ambrosio adelantándose hacia él: ¿se sentía mal, niño? Un poquito de dolor de cabeza, ya estaba pasando. Estás haciendo un papelón, piensa, he tomado mucho, Huxley, aquí lo tienes al Batuque sano y salvo, me demoré porque encontré a un amigo. Piensa: amor. Piensa: párate, Zavalita, ya basta. Ambrosio mete la mano al bolsillo y Santiago estira los brazos: ¿estaba cojudo, hombre?, él pagaba. Trastabillea y Ambrosio y el serranito lo sujetan: suéltenme, podía solo, se sentía bien. Pa su diablo, niño, no era para menos, si había tomado tanto. Avanza paso a paso entre las mesas vacías y las sillas cojas de *La Catedral*, mirando fijamente el suelo chancroso: ya está, ya pasó. El cerebro se va despejando, va huyendo la modorra de las piernas, van aclarándose los ojos. Pero las imágenes están siempre ahí. Entreverándose en sus pies, el Batuque ladra, impaciente.

—Menos mal que le alcanzó la plata, niño. ¿De veras se siente mejor?

—Estoy un poco mareado, pero no borracho, el trago no me hace nada. La cabeza me da vueltas de tanto pensar.

—Cuatro horas, niño, no sé qué voy a inventar ahora. Puedo perder mi trabajo, usted no se da cuenta. En fin, se lo agradezco. Las cervecitas, el almuerzo, la conversación. Ojalá pueda corresponderle alguna vez, niño.

Están en la vereda, el serranito acaba de cerrar el portón de madera, el camión que ocultaba la entrada ha partido, la neblina borronea las fachadas y en la luz color acero de la tarde fluye, opresivo e idéntico, el chorro de autos, camiones y ómnibus por el Puente del Ejército. No hay nadie cerca, los lejanos transeúntes son siluetas sin cara que de deslizan entre velos humosos. Nos despedimos y ya está, piensa, no lo verás más. Piensa: no lo he visto nunca, nunca he hablado con él, un duchazo, una siesta y ya está.

—¿De veras se siente bien, niño? ¿No quiere que lo acompañe?

—El que se siente mal eres tú —dice, sin mover los labios—. Toda la tarde, las cuatro horas te has sentido mal.

—Ni crea, tengo muy buena cabeza para el trago —dice Ambrosio, y un instante, ríe. Queda con la boca entreabierta, la mano petrificada en el mentón. Está inmóvil, a un metro de Santiago, con las solapas levantadas, y el Batuque, las orejas tiesas, los colmillos fuera, mira a Santiago, mira a Ambrosio, y escarba el suelo, sorprendido o

inquieto o asustado. En el interior de *La Catedral* arrastran sillas y parece que baldearan el piso.

—Sabes de sobra de qué estoy hablando —dice Santiago—. Por favor, deja de hacerte el cojudo.

No quiere o no puede entender, Zavalita: no se ha movido y en sus pupilas hay siempre la misma porfiada ceguera, esa atroz oscuridad tenaz.

—Por si quería que lo acompañe, niño —tartamudea y baja los ojos, la voz—. ¿Quiere que le busque un taxi, es decir?

—En La Crónica necesitan un portero —y él también baja la voz—. Es un trabajo menos fregado que la perrera. Yo haré que te tomen sin papeles. Estarías mucho mejor. Pero, por favor, deja un ratito de hacerte el cojudo.

—Está bien, está bien —hay un malestar creciente en sus ojos, parece que su voz fuera a rasgarse en chillidos—. Qué le pasa, niño, por qué se pone así.

—Te daré todo mi sueldo de este mes —y su voz se entorpece bruscamente, pero no solloza; está rígido, los ojos muy abiertos—. Tres mil quinientos soles. ¿No es cierto que con esa plata puedes?

Calla, baja la cabeza, y automáticamente, como si el silencio hubiera desatado un inflexible mecanismo, el cuerpo de Ambrosio da un paso atrás y se encoge y sus manos se adelantan, a la altura del estómago, como para defenderse o atacar. El Batuque gruñe.

—¿Se le ha subido el trago? —ronca, la voz descompuesta—. Qué le pasa, qué es lo que quiere.

—Que dejes de hacerte el cojudo —cierra los ojos y toma aire—. Que hablemos con franqueza de la Musa, de mi papá. ¿El te mandó? Ya no importa, quiero saber. ¿Fue mi papá?

Se le corta la voz y Ambrosio da otro paso atrás y Santiago lo divisa, agazapado y tenso, los ojos desorbitados por el espanto o la cólera: no te vayas, ven. No se ha embrutecido, no eres un cojudo, piensa ven, ven. Ambrosio ladea el cuerpo, agita un puño, como amenazando o despidiéndose.

—Me voy para que no se arrepienta de lo que está diciendo —ronca, la voz lastimada—. No necesito trabajo, sépase que no le acepto ningún favor, ni menos su plata. Sépase que no se merecía el padre que tuvo, sépaselo. Váyase a la mierda, niño.

—Ya está, ya está, no me importa —dice Santiago—. Ven, no te vayas, ven.

Hay un rugido breve a sus pies, el Batuque mira también: la figurilla oscura se aleja pegada a las paredes de los corralones, destaca contra los ventanales lucientes del garaje de la Ford, se hunde en la escalerilla del Puente.

—Ya está —solloza Santiago, inclinándose, acariñando la colita tiesa, el hocico ansioso—. Ya nos vamos, Batuquito.

Se incorpora, solloza de nuevo, saca un pañuelo y se limpia los ojos. Unos segundos permanece inmóvil, su espalda apoyada contra el portón de *La Catedral*, recibiendo la garúa en la cara llena de lágrimas de nuevo. El Batuque se frota contra sus tobillos, le lame los zapatos, gruñe bajito mirándolo. Echa a andar, despacio, las manos en los bolsillos, hacia la Plaza Dos de Mayo, y el Batuque va trotando a su lado. Hay hombres tumbados al pie del monumento, y a su alrededor un muladar de colillas, cáscaras y papeles; en las esquinas la gente toma por asalto los ómnibus maltrechos que se pierden envueltos en terrales en dirección a la barriada; un policía discute con un vendedor ambulante y las caras de ambos son odiosas y desalentadas y sus voces están como crispadas por una exasperación vacía. Da la vuelta a la Plaza, al entrar a la Colmena detiene un taxi: ¿su perrito no iría a ensuciar el asiento? No, maestro, no lo iba a ensuciar: a Miraflores, a la calle Porta. Entra, pone al Batuque en sus rodillas, esa hinchazón en el saco. Jugar tenis, nadar, hacer pesas, aturdirse, alcoholizarse como Carlitos. Cierra los ojos, tiene la cabeza contra el espaldar, su mano acaricia el lomo, las orejas, el hocico frío, el vientre tembloroso. Te salvaste de la perrera, Batuquito, pero a ti nadie vendrá a sacarte nunca de la perrera, Zavalita, mañana iría a visitar a Carlitos a la Clínica y le llevaría un libro, no Huxley. El taxi avanza por ciegas calles ruidosas, en la oscuridad oye motores, silbatos, voces fugitivas. Lástima no haberle aceptado a Norwin el almuerzo, Zavalita. Piensa: él los mata a palos y tú a editoriales. El era mejor que tú, Zavalita. Había pagado más, se había jodido más. Piensa: pobre papá. El taxi disminuye la velocidad y él abre los ojos: la Diagonal está ahí, atrapada en los cristales delanteros del taxi, oblicua, plateada, hirviendo de autos, sus avisos luminosos titilando ya. La neblina blanquea los árboles del Parque, las torres de la iglesia se desvanecen en la grisura, las copas de los ficus oscilan: pare aquí. Paga la carrera y el Batuque comienza a ladrar. Lo suelta, lo ve cruzar la entrada de la Quinta como un bólido. Oye adentro los ladridos, se acomoda el saco, la corbata, oye el grito de Ana, imagina su cara. Entra al patio, las casitas de duende tienen iluminadas las ventanas, la silueta de Ana que

abraza al Batuque y viene hacia él, por qué te demoraste tanto amor, qué nerviosa había estado, qué asustada amor.

—Entremos, este animal va a enloquecer a toda la Quinta —y la besa apenas—. Calla, Batuque.

Va al baño y mientras orina y se lava la cara, oye a Ana, qué había pasado corazón, por qué se había tardado así, jugando con el Batuque, menos mal que lo encontraste amor, y oye los dichosos ladridos. Sale y Ana está sentada en la salita, el Batuque en sus brazos. Se sienta a su lado, la besa en la sien.

—Has estado tomando —lo tiene cogido del saco, lo mira medio risueña, medio enojada—. Hueles a cerveza, amor. No me digas que no, has estado tomando, ¿no?

—Me encontré con un tipo que no veía hacía siglos. Fuimos a tomarnos un trago. No pude librarme, amor.

—Y yo aquí, medio loca de angustia —oye su voz quejumbrosa, mimosa, cariñosa—. Y tú tomando cerveza con tus amigotes. ¿Por qué al menos no me llamaste donde la alemana, amor?

—No había teléfono, nos metimos a una cantina de mala muerte —bostezando, desperezándose, sonriendo—. Y además no me gusta molestar a la loca de la alemana todo el tiempo. Me siento pésimo, me duele una barbaridad la cabeza.

Bien hecho, por haberla tenido con los nervios rotos toda la tarde, y le pasa la mano por la frente y lo mira y le sonríe y le habla bajito y le pellizca una oreja: bien hecho que duela cabecita, amor, y él la besa. ¿Quería dormir un ratito, le cerraba la cortina, corazón? Sí, se pone de pie, un ratito, se tumba en la cama, y las sombras de Ana y del Batuque trajinan a su alrededor, buscándose.

—Lo peor es que me gasté toda la plata, amor. No sé cómo vamos a llegar hasta el lunes.

—Bah, qué importa. Menos mal que el chino de San Martín me fía siempre, menos mal que es el chino más bueno que hay.

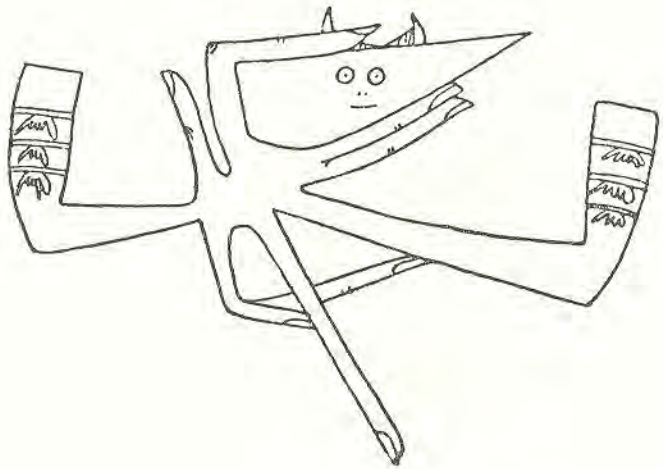
—Lo peor es que nos quedamos sin cine. ¿Daban algo bueno, hoy?

—Una con Marlon Brando, en el *Colina* —y la voz de Ana, lejanísima, llega como a través del agua—. Una policial de ésas que te gustan, amor. Si quieres, me presto plata de la alemana.

Está contenta, Zavalita, te perdona todo porque le trajiste al Batuque. Piensa: en este momento es feliz.

—Me presto y vamos al cine, pero me prometes que nunca más te vas a tomar cerveza con tus amigotes sin avisarme —se ríe Ana, cada vez más lejos.

Piensa: te prometo. La cortina tiene una esquina plegada y Santiago puede ver un retazo de cielo casi oscuro, y adivinar, afuera, encima, cayendo sobre la Quinta de los duendes, Miraflores, Lima, la miserable garúa de siempre.



Carlos Martínez Moreno

Vladimir

Sí, ya sé que usted quiere que le hable un poco más de Vladimir, ya me ha dicho que le parece la parte luminosa de toda esta historia... ¿de toda mi vida? A lo mejor es así, usted no lo dice por miedo de humillarme. Si lo acepto, créame que lo acepto. ¿Por qué habría de ofenderme, con el sentimiento que le tuve y con el fin que llevó? Pero le digo una cosa: si usted alguna vez escribe una novela, le aconsejo que tome a un personaje misterioso y lo mate al salir de la niñez. Sacrifíquelo en el umbral de la adolescencia —sí, en la piedra de sacrificios de la adolescencia, si le gusta más así— y será infaliblemente patético. Pero Vladimir murió más tarde y más gastado. El no uso de uno por nadie, antes del uso que la muerte le dé, esa especie de horrible virginidad para la muerte es lo que hace la aureola. Y Vladimir no la tuvo.

Claro, le llamo Vladimir y no Le Monomaque, como a usted le gusta. Porque Le Monomaque suena muy bien en francés, aparte de ser una palabra enigmática que en español ya no es; suena mejor en francés porque no se presta a juegos de palabras que lo puerilicen, como decir el Mono Mac o el Mono Max; como una amiga mía, chilena, que le decía el Potomac al traste y me impedía pensar en el río con orillas de cerezos floridos, que yo había visto *en las postales de Wáshington.*

Lo primero que le digo es que no conservo ninguna foto de Vladimir, pero sí en la memoria su imagen, de un modo muy vivo. Me expreso mal: nunca tuve una foto de Vladimir, no estaba en edad de haberle sacado las que nadie le tomó y hoy me gustaría tener. Porque si digo que no conservo tal foto o cual otra, pienso en fotos que estaban en casa y yo no traje conmigo. Acuérdese de que cuando nos fuimos a Bruselas, Marcel me había hecho creer que volveríamos a Perpignan antes de seguir para el Brasil; y después me engañó y me embarcó en Marsella, sin dejarme despedir de nadie. Y ahí sí que quedaron fotos que ahora me gustaría tener conmigo: una de mi padre muy joven, en una edad en la que no lo conocí aunque tal vez haya sido ya mi padre o, por lo menos, el padre de Jacques. Mi padre con grandes bigotes y el borde de los pantalones entubado en aros de ciclista, de pie al lado de una bicicleta de carrera. Y después nos reíamos, en casa, y decíamos que los manubrios de la bicicleta habían sido torneados ex profeso, para que siquieran la misma curva que los mostachos de Papá. Y mi madre, del tiempo en que hablaba y hasta cantaba, con un ceñido traje largo y un abanico en la mano, un gran canasto de flores al pie, con motivo de una fiesta de beneficencia. Frente a esta foto bromeaba Papá, decía que en ese tiempo eran novios y que Mamá había cantado horriblemente en la velada y que el canasto de flores que lucía a sus pies lo había mandado él, y quién si no él podría haberlo mandado... Y otra en que estoy yo, sobre borrosos fondos de arboleda, con un quitasol (la foto era en sepia, el quitasol era de un hermoso y brillante color rojo oscuro, que siempre parecía tener los brillos de otro rojo embebido en agua), un quitasol abierto y muy empinado sobre mi pequeña silueta y una banderita francesa en la otra mano.

Bueno, ésas son las fotos que no he conservado. Pero con Vladimir pasa otra cosa: nunca tuve una foto de Vladimir, nunca en la vida. Y son fotos de Vladimir cuando niño las que quisiera tener. Porque del último Vladimir, destruido, roto, como excavado por la vida, de ese quiero olvidarme. Fotos de un niño que después, viendo en el tiempo otras fotos, encuentro parecido al niño Arthur Rimbaud. Un parecido de estampa y de actitud, le aclaro, no un parecido facial. Más bien un parecido psicológico, *diría yo. O no, era un niño todavía más misterioso, con* su fondo legendario de estepa, de niño ruso, de todo lo que nosotros nos imaginamos de los rusos y después resulta que los rusos no tienen. Una figura fantástica y como en los aires, un zagal ruso del ruso Chagall, oiga qué juego de palabras más tonto... pero ayuda al mismo misterio.

Eso, todo eso. Era, para empezar, un niño muy vestido a la antigua, o muy vestido a la moda de otro país. Cuando miro en las revistas y en los álbumes fotos de niños franceses en 1939, al comienzo de la guerra, no puedo encontrar ninguno que esté vestido como Vladimir: todos muestran piernas desnudas, zapatitos bajos, cabezas despeinadas y francas, caras desfachatadas. Vladimir no: Vladimir usaba extraños levitones de paño, o unas redingotes apenas más livianas. Yo creo que se las fabricaba su madre, a la moda de los rusos. Eso y unas botitas altas y, en lo peor del invierno, unos gorros de piel que recuerdo como suavísimos, como hermosos al tacto de mi mano: él se los sacaba y me los dejaba utilizar como manguitos,

para calentarme las manos moradas de frío. Y también tenía unos pantalones de sarga más largos que los que usaban los otros niños, unos pantalones cuyo borde le rozaba las rodillas, esas rodillas que eran su único pedazo de pierna descubierta, entre las altas medias que subían y el largo pantalón que bajaba.

Tengo un par de escenas con mi Vladimir predilecto de ese tiempo, y voy a tratar de decírselas.

Antes, déjeme agregarle algo: me gustaría saber dibujar para darle (en la memoria tengo todos los detalles) la cara del Vladimir que yo quise, no la del último Vladimir casi fantasmal que encontré cerca de su muerte, una cara triste y trabajada por el dolor, que no diferencio en mucho de la de Humberto Sánchez. No, ésa no. La cara del Vladimir niño: chata, lisa, angulosa en lo alto de sus altos pómulos que luego se volvían de un rosado fuerte, casi con estrías rojizas, como en las caras de Soutine, o se ponían blancos, muy blancos, como los del pastorcito de Chagall que le digo. Y desde ese ancho a la altura de los ojos, unos ojos claritos, entre verdes y grises, la cara iba luego estrechándose y pasaba alrededor de una nariz fina y erguida, no respingona, recta, y de unos labios angostos y horizontales, sin una sola morbidez de trazado, unos labios que rara vez reían pero eran dulces y sensibles cuando bromeaban sin reir, y seguía bajando hasta rematar en un mentón ligeramente insinuado hacia adelante, al mismo tiempo con un pequeño filo de proa y una carnosidad de rabadilla de gallina, no sé cómo decirle, algo que daba ganas de besarlo allí. Ese es el Vladimir que yo prefiero, el que quisiera dibujar, de tan fresco que lo tengo en el recuerdo; pero la mano no me da.

Bueno; ahora le cuento, una por una, las dos escenas. En la primera no sé si es una tarde de sábado o domingo, un día en que no hay colegio... no, la rabona no, en aquel colegio tan chiquito en seguida se habría sabido, o nosotros debemos haber pensado que se habría sabido y habríamos temido que fueran a buscarnos a casa o llamaran a nuestros padres... no, eso no. Una tarde de sábado o domingo, en un pradito que Vladimir prefería, a unos trescientos metros detrás de la escuela, un sitio al que se podía llegar caminando desde casa... un sitio sin la memoria odiosa del bosquecillo de Monsieur Vincent... Todo lo contrario, todo lo contrario. Bueno, debe ser una tarde de primavera o de otoño, mejor de primavera, un aire quieto y como dorado, cantan pájaros en un borde de árboles... pero allí es puro pasto, una pendiente de césped con sus pequeños hoyos como lechos para tirarse y extenderse, con esos declives jugosos y tiernos y como de redondeces de mujer que con los años he reconocido en las canchas de golf... Pero no era una cancha de golf, de eso estoy segura. Era un campito, nada más, un campito, como dicen ustedes y a mí se me pega. Un pequeño prado, con un césped o un pasto que brota unas flores minúsculas, muy tenues, que de lejos se ven como una ilusión y luego apenas como flores... Mire, los impresionistas han pintado alguna vez esos prados con esa floración como de barbas en la hierba... Ve que en todos estos recuerdos voy y vuelvo sobre pintores. No sé, es que es una memoria de colores, y a veces también de olores y de un sonido como de percusión aguda y solitaria, el cantito metálico de un pájaro, que parece crudamente desesperado o insensible y mecánico, un quejoso puesto por la organización del paisaje, si es que Dios organiza estas cosas...

Y allí, en ese césped donde hemos elegido que es primavera, Vladimir está echado de espaldas, su cabeza de un rubio casi blanco, su cuerpo enfundado en algo azul, una tela, un paño, un traje a piezas, esto lo tengo como borroso, no sé bien. Está tirado en el pasto y toca una armónica, sin que el contragolpe del pájaro machacón parezca molestarlo. Solitario a pesar de mi compañía casi servil —no del todo servil, como en el segundo recuerdo que en seguida le digo— solitario y abstraído en su instrumento, una armónica que corre horizontalmente por sus labios horizontales y no sensuales, unos labios para sacarle cosas tristes y nostálgicas a la armónica, Vladimir toca. Toca melodías que yo no he vuelto a oir después, él dice que canciones rusas, él dice que aprendidas de sus padres, pero yo pienso que (como años después supe que ocurre con los grandes del jazz) a veces improvisadas a partir de recuerdos, a partir de frustraciones mezcladas a recuerdos, todo eso. El toca sin preocuparse por mí y yo, sentada y con las piernas cruzadas y un regazo amplio que podría contener la cabeza de Vladimir pero no la contiene, juego en su pelo, hago rulos en los rulos deshechos de su pelo, dejo deslizarse las guedejas sedosas por mi mano, las miro, veo a Vladimir en ellas y en la pálida majestad de su frente y en el arco irisado de pelitos rubios casi blancos que vela mi visión de sus ojos, las cejas ralas de Vladimir tocadas por un rayo de sol, me parece, o simplemente por la simpatía del aire o por algo sutil y como de aureola, así como lo veo. Y yo estoy falsamente abstraída y a ratos verdaderamente distraída y como ensimismada en él, porque sé —tengo diez años y ya sé— sé que lo amo, sé que quiero casarme con él, pido que los rusos sus padres nunca se vayan de Perpignan y allí crezcamos Vladimir y yo juntos, y todo esto lo pienso a pesar de que son tiempos de guerra y cada día se sabe de alguien que ha muerto, el hijo de una familia vecina, cualquiera, de alguien que ha muerto o

está preso, y la guerra puede durar y Vladimir ser un día llamado a filas, como no pasó, o preso y secuestrado, como sí pasó. Es la guerra, pero la armónica de Vladimir y el contracanto estúpido del pájaro y el dorado con peso de la tarde y el pasto, ese pasto brillante que está mezclado a las imágenes de felicidad de mi vida —porque ya le conté lo del pasto de Hurlingham y la fusta del Capitán con su mango de plata y la camisa kaki del Capitán cuando en verdad nos prometimos compañía— todo eso crea una estampa quieta y como dormida y maravillosa, sin que haya nada de maravilla propia y verdadera. Porque Vladimir simplemente toca canciones rusas y de pronto retira la armónica de sus labios y vuelve la cabeza hacia mí, la vuelve tan suavemente que ni siquiera cambia el sitio de mi mano en su pelo, y entonces —con ese ligero dibujo de su boca entreabierta que no es sonrisa pero es gracia y es cariño y es broma, todo a la vez— me dice que ahora va a tocar algo que es de tal región o tal villorrio, nombres rusos y largos que apenas escucho, que ya no retengo, que no sé si no fueron inventados, porque Vladimir tenía un país imaginario, del que me hacía las historias, y ese país era calcado de la Rusia que sabía por los padres pero no era Rusia, sino algo habitado por él, visitado por él, a veces ofrecido para que yo lo visitara un ratito sin romperlo. Me dice que va a tocar algo que es de aquí o de allá, de tal parte del Cáucaso o de los Urales, pongo ahora más que recuerde de entonces estos nombres, y en seguida vuelve a sumergirse y toca, toca de un modo tan suave y melancólico e irreal que jamás desgarra el aire, el aire es como un cristal intacto que nos rodea, como si fuera una caja que el odioso pico del pájaro golpea en vano, para agujerear y llegar hasta nosotros. Esa es la primera de las dos imágenes, el juego más quieto de los dos: él tirado de espaldas en el césped, tocando su armónica, y yo revolviéndole lentamente los cabellos, como si quisiera amasar algo, y sólo podía ser un sueño, un sueño amasado con ellos.

La segunda imagen es la de un juego más rebuscado y pomposo, un juego en que Vladimir ponía todo y yo simplemente lo ayudaba, como a un actor que monologa suelen ayudarlo un sillón, una revista o una pipa.

La segunda imagen son los juegos del balconcillo del ferrocarril. Vladimir había descubierto, en alguno de sus paseos, que en la estación, sobre una vía de maniobras que nadie usaba había un viejo vagón descalabrado, que había sido coche de pasajeros. Y entonces inventó el pequeño drama, con argumento mínimo, y me invitó a jugarlo con él.

Esto ya era a otra hora de la tarde que la escena del prado, era más hacia la caída de la tarde, porque la hora más indefinida y vaga convenía mejor a la ilusión del asunto que mimábamos.

Vladimir se subía entonces al balconcillo del vagón, ese vagón quieto y con pasto entre sus ejes, y desde allí se despedía, agitando un pañuelo. Yo, entonces, debería ir retrocediendo de espaldas, sin dejar de mirarlo, sin dejar de saludarlo, y él iba adelgazando las voces de adiós y esa voz que bajaba y la forma en que yo me distanciaba hacían la comedia triste de la partida y del viaje. Me imagino que él pensaba en un viaje a Rusia, que lo alejase para siempre de todos, de mí en primer lugar, y aquello me contagiaba una indecible tristeza, una tristeza hasta el estrangulamiento de la garganta, una tristeza como crispada y sin lágrimas. De una a otra vez, en las oportunidades en que él hacía de viajero y yo de niña que lo despedía (¿de mujer, de amante, de madre?, no sé), Vladimir cambiaba los pañuelos. No me mostraba ese cambio hasta el momento del viaje, y hacía bien, por más que yo en el camino lo mortificase insistiéndole, "Muéstrame el pañuelo que trajiste hoy". No quería. Pero subía al balconcillo del vagón, me daba con la mano la orden de que fuese retrocediendo, y sacaba —recién entonces— la llamativa novedad del pañuelo. Traía pañuelos increíbles, hermosos y fascinantes en aquel momento, hermosos y fascinantes en el recuerdo que tengo de sus dibujos y de sus colores, de un tipo de pañuelos que yo nunca había visto. Robados por unas horas a su madre, tal vez, y después de terminado el juego —y aunque quedaba siempre descontento de mí, porque yo no sabía retroceder graduando la quietud del cuerpo en la pausa, para dar la doble ilusión de mi fijeza y de su distancia— me dejaba tocarlos, envolvérmelos alrededor de mis trenzas levantadas, sentir una clase de suavidad emparentable con la del pelo de Vladimir y no con el mío. Y entonces, cuando me veía frotarme en sus pañuelos, hundir en ellos las mejillas y hasta la boca, Vladimir separaba un poquito sus labios, de una manera lánguida, blanda y dolorosa, que hacía las veces de toda su sonrisa.

En otras ocasiones, además de su gorro de piel, solía conseguir un buen sombrero inverosímil (supongo que esta vez robado a su padre) y ese sombrero renovaba y acrecentaba la pretensión de su historia.

El juego era permutativo: a él le gustaba ser quien viajara y despidiese, porque eso afinaba seguramente mejor con sus sueños infantiles de ojos abiertos, pero yo hacía mejor el papel simple de pasajera que se despide, sobre todo si había un buen pañuelo robado a su madre, y él hacía maravillosamente bien el papel del andén, el papel de la figura que se va distanciando y achicando. Lo que entonces también cambiaba era el adiós. Cuando él

se iba, era el viajero quien lo decía. Cuando él se quedaba, era la persona del andén. O sea, era siempre él. Porque él, músico como era, acostumbrado a soplar agudos y graves en su armónica como estaba, lo hacía mucho mejor que yo, disminuía en gradaciones insensibles, sin saltos. Y aquella voz menguante y el virtuosismo de su desplazamiento hacían mucho mejor que cuando yo asumía el papel del que se queda, la ilusión del movimiento y de la marcha. El se alejaba lentamente, deslizándose hacia la lejanía con el cuerpo hierático y los pies juntos, en un retroceso insensible y rígido, creando la sensación de una figura inmóvil y de un vagón en marcha; en vano trataba de que yo lo aprendiese (porque las veces en que él hacía la figura del andén me pedía que yo pusiese atención y lo aprendiese), poniendo en el empeño de enseñarme, una vez y otra vez, siempre sin el éxito refinado e irreprochable que buscaba, una clase de dulce paciencia martirizada que ahora me gustaría poder describir, porque la imagen de pequeños sacrificios silenciosos e inesperados es la que mejor cuadra a Vladimir, la que mejor dice la nostalgia como marchita y frágil de su condición de criatura y de ruso, de su condición infantil de desterrado que no encuentra la causa, de desterrado en el acto mismo de nacer... porque Vladimir había nacido en Francia.

El misterioso rito del vagón de ferrocarril mezclaba —pienso ahora— su gusto por la fantasía del pensamiento y por los objetos fantásticos y peregrinos, que en unas horas restituiría seguramente a ese otro pontón de viajes imaginarios, el arcón o el baúl de su madre que, no sé por qué, me lo imagino arrumbado al fondo de un granero, visitado a veces por el sueño frugal de las gallinas, manchado por sus líquidos excrementos blancos... Mezclaba tal vez todo eso con el gusto prenatal de un viaje que había hecho en el vientre de su madre (había nacido a los cuatro meses de que sus padres llegaran a Francia) y que en esos simulacros del vagón soñaba con emprender de regreso.

La verdad es que yo, al revés de lo que sucedía con la escena de la armónica y el pelo, me prestaba porque sí, por darle gusto. Pero el juego no era mío, yo no ponía nada de mí ni de la forma de mis ilusiones, que se limitaban a querer estar con él por siempre y no verlo irse solo, eso me disgustaba... No sé, yo ponía en ese juego una extraña condición de participar sin sentirlo, que empieza haciendo la generosidad y hasta una forma del amor de nuestra infancia y termina siendo la hipocresía y la antipática pasividad en nuestra vida de adultos... Porque pienso que, de entonces a hoy, he seguido del mismo modo otros sueños que no eran míos, y que no han sido siquiera tan inocentes como el de Vladimir y su viaje... y he trabajado en escenarios que yo no he elegido y me he prestado a gestos, movimientos y palabras que imperceptiblemente me han sido dictados por un apuntador egoísta y monstruoso, o dictados no por una determinada persona sino por todas, por las circunstancias, por el instinto femenino de avenirme a otros gustos como si fuesen los míos...

En la escena de la armónica —Vladimir tirado en el pasto, los ojos entornados y perdidos en lo alto, arrancando de la armónica viejas canciones rusas, con una musicalidad que aún hoy, en mi recuerdo de persona mayor, sigue pareciéndome portentosa— yo participo, sí, yo participo aunque sólo haga el gesto repetido, mecánico, abstraído de revolverle los cabellos casi blancos contra un borrón luminoso de sol de media tarde. Yo participo, aunque sea en la sola medida de ser su oyente y de no estorbarlo demasiado. Y en la escena del vagón, en cambio, yo finjo, yo actuó pero no participo, la quimera no es mía, el sueño no es mío, el drama no es mío, la credulidad de toda esa ficción, ¿cómo le diré?, la rechazo, la odio, no la comparto...

Usted me ha escuchado con mucha paciencia, ¿tal vez le gusta? Se lo he contado, creo, para pedirle su absolución, aunque usted no sea mi confesor. Porque hay otra cosa más y tengo que decírsela: la última vez, sí, la última vez del encuentro en el café y los relatos de las torturas de la Gestapo y la historia de la impotencia, yo me di cuenta de que Vladimir iba a matarse. ¿Debí impedirlo?, ¿tenía cómo impedirlo? Y sobre todo, esto es lo que me mortifica algunas veces, cuando pienso en Vladimir como en el hijo que no tuve en Río,... ¿quise impedirlo? ¿No hice yo con Vladimir lo que le he dicho que hay que hacer con el personaje de la novela, sacrificarlo a cierta altura verde de la vida, para que sea más patético? No sé, a veces pienso monstruosamente, con un masoquismo que no voy a ocultarle, que yo dejé que Vladimir se matase porque quería al Vladimir de los levitones anticuados, al Vladimir de la armónica y ahora sí —cuando lo vi destruido y aún con vida— al Vladimir del balconcillo del vagón, despidiéndome con el pañuelo robado que fuera más hermoso, más alegre, más colorinche. Y entonces no hice el gesto de frenarlo, de convencerlo de que siguiera viviendo como la ruina en que había quedado convertido... ¿Alguien podrá condenarme porque no lo haya hecho?

Raúl Deustua

Poemas

L A P A R T I D A

Jugué, Lorenzo, mi última partida
en Roma.
Amanecía en el Trastévere
tiempo de amor en esta parda luz
de Roma.
Cielo helado, en cada vía
un rostro que la noche ha desollado.

Perdí la reina entonces; los bufones
escalaban una ardua perspectiva,
y el aire matinal y puro hablaba
de una precisa geometría.
(Guerra
del tiempo contra Italia; sus campañas
tienen hoy la ceniza del otoño,
quizás un último rescoldo.)
Torres,
batallas del Ucello : los jinetes
son la danza del oro, condotieros
de un tiempo corroído por la usura.

Puro marfil de mis obispos. Presa
tenaz que se defiende del ataque
proletario.
La tierra gira alegre,
libre en el corazón de Galileo.
Es magnífico el pulso de este tiempo,
la lentitud de cada juego, pulso
sereno del guerrero que alimenta
su derrota, su vida, su misterio.
¡Como este rey que muere en el silencio!

P O E M A

Un poema, la ruta del milagro
nocturno, la misma metáfora, algas
de un mar cansado, palpitante apenas,
gastado por el hombre, por la técnica
violada, rota por el incesante
conocer, recordar un alba ciega.
¿Adónde me conducen esas huellas?
Unas y otras son ecos lejanísimos,
trenes cargados, vías también ciegas.

O T O Ñ O

El viento ha establecido en el otoño
un largo mar de ramas
un horizonte en vísperas del hielo
un camino que el Ródano supera.
En esta tarde suspendida en vano
percibimos un rostro que en la niebla
es piedra blanda, es nada apenas, roce
del tiempo, del amor quizás fortuito,
es gesto puro, caminar inútil,
ala flotante que ensombrece al río.

I L L E S C A S

¿Por qué Castilla
cuando hoy la piedra es áspera,
es palma de una mano estéril, cruda
por esa voluntad del hombre?
La imagen es la misma, un pueblo, gozo
en el terral, la plaza como un libro
abandonado, estéril
(Illescas, polvareda de la tarde).

Día de reyes —viento en la mejilla
helada de los niños—, no el tambor
antiguo, la pirámide de gritos,
las armas transparentes; sólo voces
roídas por el tiempo, por el gesto
inaudito y crujiente de la mano
(Illescas, humareda de la guerra).

La sabia pluma detenida, el rostro
rasgado en pura luz, flotante el cuadro,
el tiempo por el Greco estremecido,
inútil contemplar lo ya mirado.
Y de nuevo el terral, la historia seca,
Castilla en vilo de la tarde, hiedra
recogida inútilmente.
(Illescas, pozo ardido del invierno).

T O L E D O

Han hablado en la curva de mi espalda
los toros sepultados
el esquilmado frío de la plaza
el sordomudo matinal que rasca
el fango de mis botas.
Insólita apariencia de la piedra
desnuda contra el cielo,
insólita toda esta piedra humana
esta herrumbre que azoga las paredes
—el dorso de la noche vuelto a oriente—,
mi sombra en el Zocodover, entera
como un puño en el rostro de los muertos
¡tantos y tan inútil su presencia!
El Tajo es también herida de la piedra.

C A S I N A D A

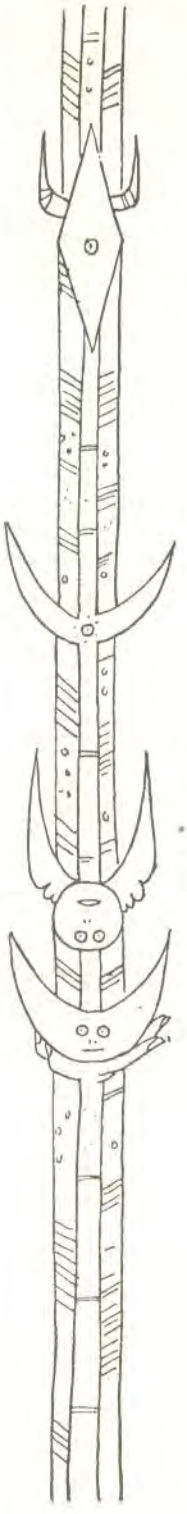
Ver la mano y la arena, mi conciencia
humana y esta voz que se agiganta.
Una primera ruta, un campo solo,
una pirámide de luz me ciega.
El poema comienza con la nada.
El templo frente al mar, palabras, ecos
del vacío sonoro, la medalla
gastada por los años. ¿Dónde, cuándo,
qué vida mineral late en la máscara
del hombre? El agitado mar sucumbe
sin reproches. Mi lámpara destruye
esta nocturna vigilancia, el ave
desprendida del ala y de la noche.
Nada, sólo una piedra calcinada.

Rodolfo Hinostroza

Celebración de Lysistrata

I

War, he sung, is toil and trouble
honour but an empty bubble
y ese verano estábamos tendidas en las playas de España
incandescencia de ojos
tomé un caracol y lo puse sobre mi sexo
quieto ahí dije y a mi amiga esa luz Turner
que nos borra nos saca del planeta
breve humo azul
y me desentumecí entre tres muros blanqueados
blanco de cal pensé
y me revolví una vez más en el lecho
él dormía
y ví
botas kepí correhuelas
en algún sitio un arma
un manojo de flechas atravesando el cuarto
pero su cuerpo era como un arcoiris
podrido por la violencia
no sabrá qué es lo que ha dormido con él
haz el amor no la guerra
hazme el amor
no la guerra
repetí en su oído
él prometió y juró
pero no sabe y duerme indefinidamente.



II

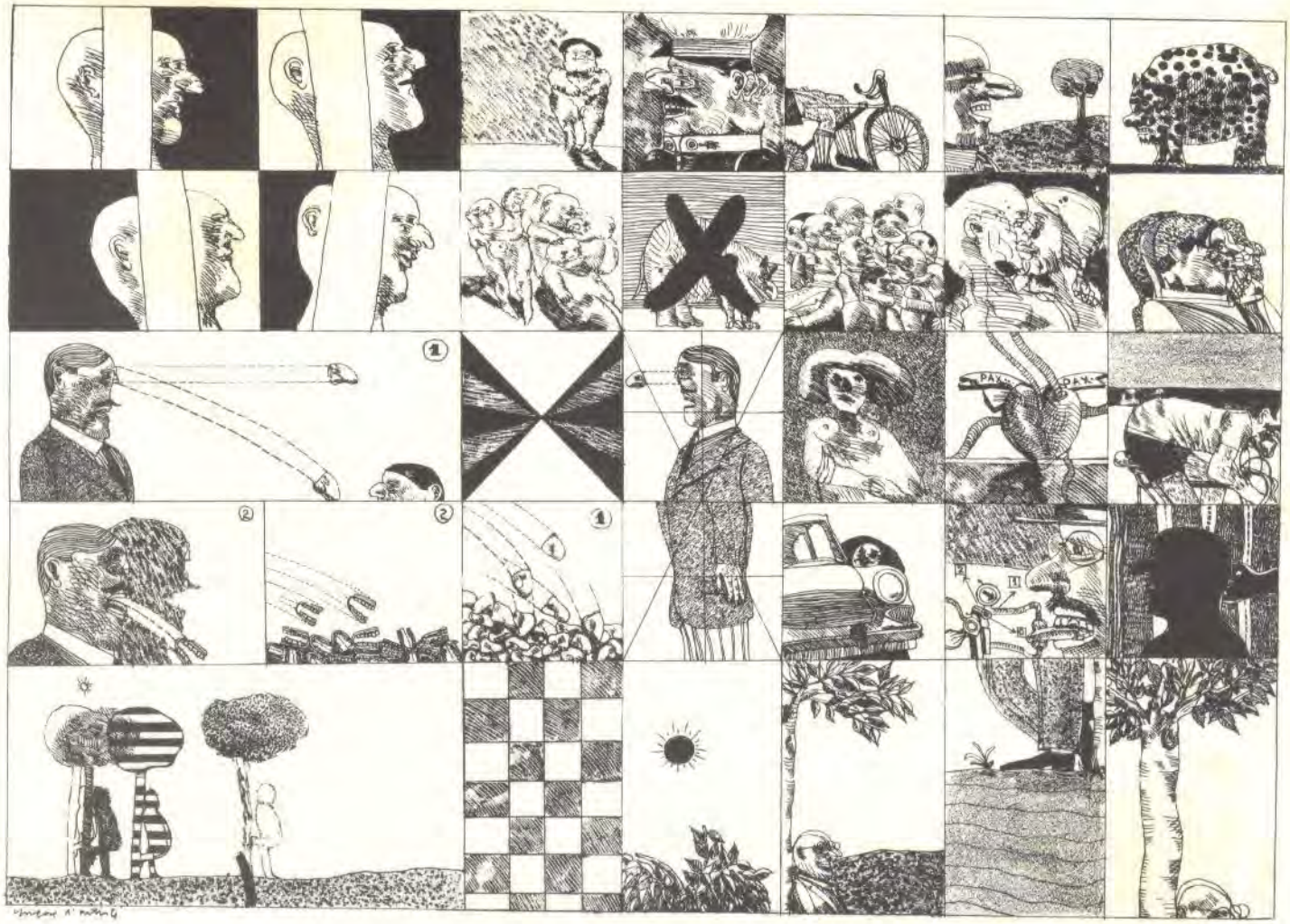
Never ending
still beginning
fighting still and still destroying
Le advertí y dije No es heroísmo
no amo a esa clase de héroes
1.83 m. 21 años sano cree en los *Hell's Angels*
escribió y dijo : "Marga, la vida del ejército es la mía; hay un tesoro
de compañerismo. Me siento más hombre que en tus brazos — etc."
Hice el amor con un hindú; sus brazos eran
frescos y su lengua dulcísima
rodamos entre el heno
nos rodearon cantando
los pájaros salvajes y él habló de las constelaciones
again
y en Silver Street nos insultaron : le abrí la camisa y besé
su pecho hundido : "Ponme encinta" murmuré "antes de que él regrese
& le espera una larga noche de llanto
llamándome ramera y arrastrada
o la ficha U. S. Army : "A las 23 h. A 10 Km. de Danang. . ."

III

If the world be worth thy winning
think, O think it worth enjoying
& varias de esas luces de magnesio se balancearon sobre la playa
y vi : eramos como 5000 que dormíamos o hacíamos el amor
o fumábamos en silencio
sólo el oleaje plac roar plac roar
y Antoine : "Es mejor que te vistas no tardan en llegar"
Envolví el Oro de Acapulco y lo escondí en mi slip
reí : sombras reptantes : reí
& estrépito / furia / camiones / jeeps / soldados / gases
y un imbécil gritaba :
"¿Quién es Russell? ¡Agarren a Russell!"
Les entregamos flores y sonrisas
y el puro canto de la Giovinetta
deslumbrados mirando caer las bengalas
entre dos me arrastraron & sentí el temblor de su mano en mis muslos
"¿Quieres?" dije
"No ahora" dijo sudando
reí : "No nunca" y me golpeó con el dorso de la mano.

IV

Lovely Thais sits beside thee
take the good the gods provide thee
pero la primavera no ha terminado
the Youth aún sin astucia
Don't trust anyone over 30
ojos agua azul
y los veleros eran de cristal
aéreas praderas de Marte & Etoile
la tomé de la cintura y dije nuestros cuerpos son jardines
tomemos del mundo la belleza
usemos de esta dialéctica inmisericorde
sorprendidos por los deportes de invierno
ese blanco estuvo en las flores y las bugambilias eran sangrientas
corza frágil teme la tierra
y te acercaste a las puertas de la Cité
los guardias te desnudaron & preguntaste han visto
a mi amante
desplazándonos entre paréntesis de aire
creamos belleza donde había miseria
así : amor *au lieu* del odio
verdad y no exterminio
en Dachau crecen lilas
oh ves oh ves
y no más arrinconarse a meditar
alguien musitaba la canción de Fergus en la noche
desertores
U. S. Army
War is good business $ *invest your son*
no callaré por más que con el dedo
O my Youz!



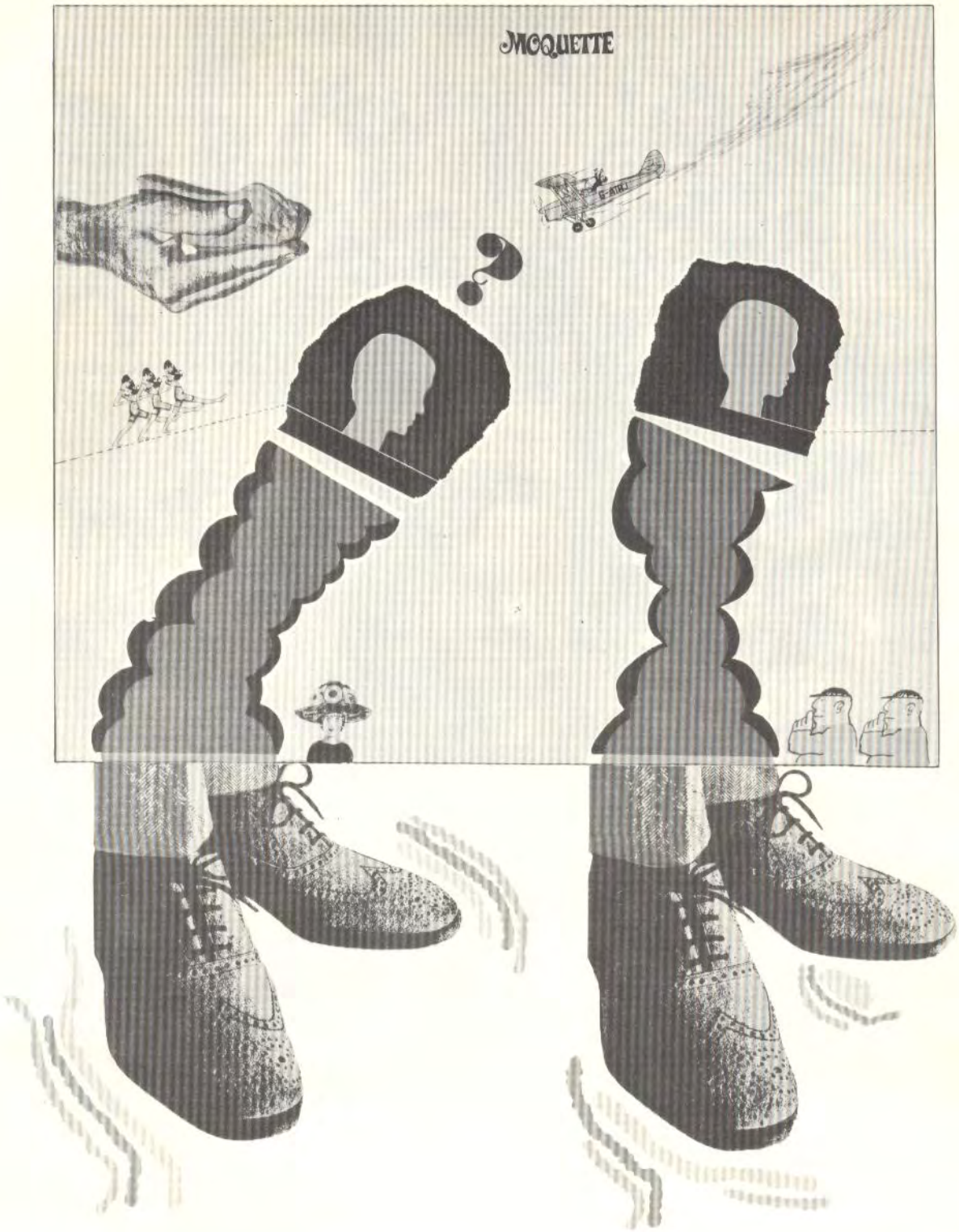
Litografías de Seguí

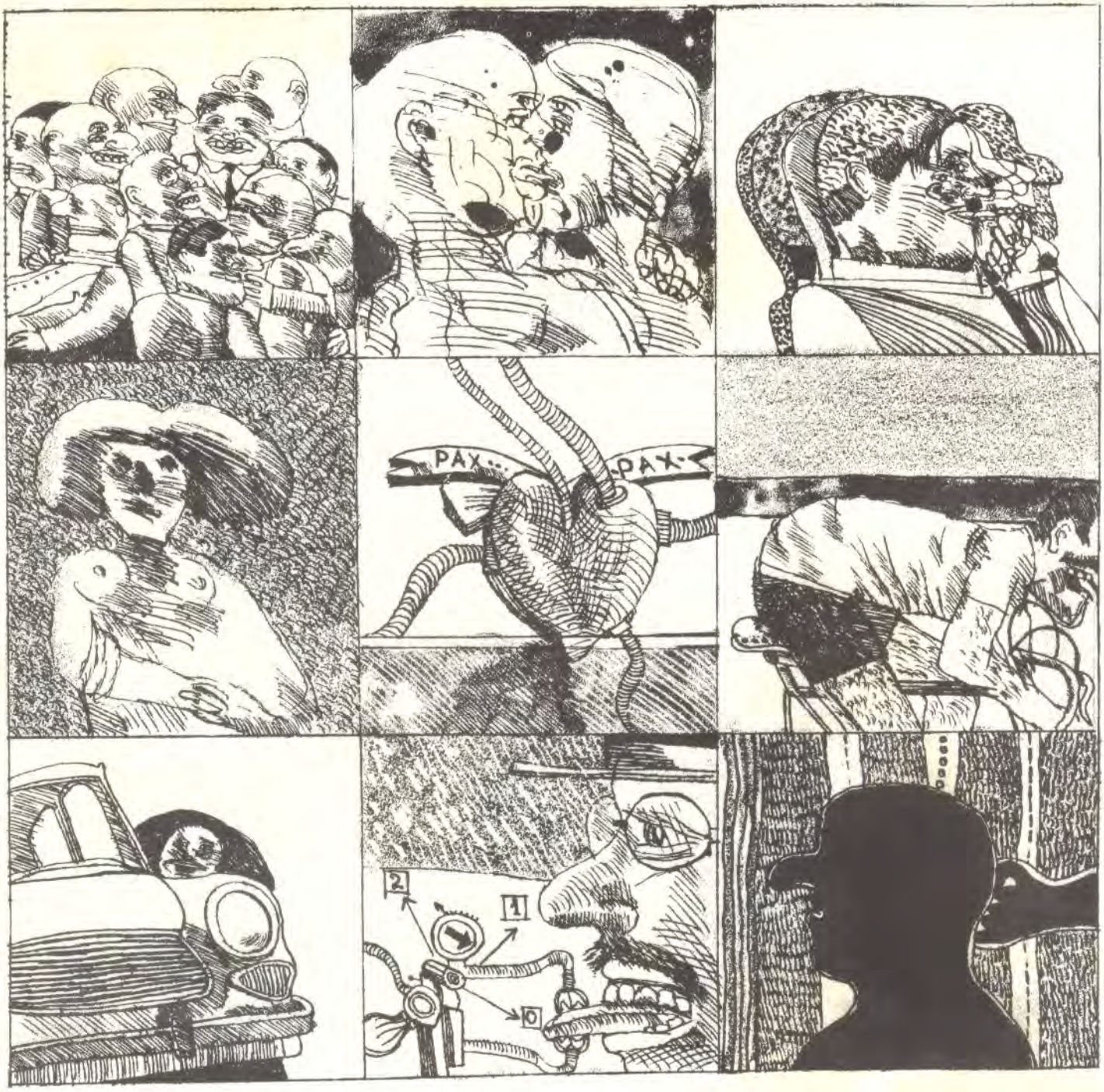
Usted hace la Historia *(litografía en blanco y negro - 1964)* p. 63

Interrupción *(litografía en colores - 1967)* p. 64

Una alfombra para Alicia *(litografía en colores - 1969)* p. 65

Detalle de Usted hace la Historia - p. 66


MCQUETTE


PAX
PAX
2
1
0

dar uno por uno

dar uno por uno
los mismos pasos
que aquí trajeron
este cuerpo achacoso

cuerpo de hombre muerto

mirar una tras otra
las mismas cosas
los mismos ojos
que nos han mirado

cuerpo de hombre vivo

resoñar sueño y sueño
hasta los olvidados
mirarse en el espejo
llegar hasta el pasado

cuerpo oh cuerpo
vivo o muerto

dando los mismos pasos
pisando huellas
que han dejado
cuerpos de hombre
vivo o muerto

mil años se quedó esperando
que la luz entrara en sus adentros
y viento y luz lo bañan
y tañen en sus huesos

cuerpo oh cuerpo

será para más tarde

será para más tarde
cuando el mar se detenga
y todos duerman
cuando cierre los ojos
dentro de unos minutos

cuánto aliento perdido
estás tragando hija
cuánto inútil esfuerzo
cuánto aferro a la vida

será para más tarde
dentro de unos minutos
cuando duerma y olvide
que también yo me apego

para más tarde
que venga y me cobije
contra el rigor del tiempo
dentro de unos segundos

Arturo Corcuera

Fábulas

FABULA DEL RICO MAC PATO, TIO DE DONALD

Pato pata amarilla,
pato coupé,
pato Ford
de acornetado claxon
prepotente.

Non el pato de Pekín,
non el pato golondrino,
non la oca silvestre.

Es Rico Mac Pato,
tío de Donald
sombrero texano,
líder
pato de occidente.

Ala que alardea,
nada urraqueando,
de yate en yate
zambulléndose en agua ajena.

Pato de disneylandia,
pato rico, de ruidosa
bocina : Mac Pa-to,
Mac Pa-to, Mac. . .

Pato mentecato,
presto ansiamos verte
guisado en el plato.

FABULA DEL SUPER RATON MICKEY, TENEBROSO AGENTE DE LA CIA

Mickey, núbil, candoroso
y giratorio ratón
manejado a control remoto,
cibernético digitígrado
con alas plateadas
de helicóptero.

Cinta magnetofónica y ojo
mágico en la cabina
del Jet, en
los armarios, en
los teléfonos, con cámara
fotográfica, Mickey,
en el cajón, merodeando
en el tejado.

En este ratón ¡miau! ¡miau!
hay super gato encerrado.

FABULA DEL STRIP TEASE EN EL SUPER MARKET

Presume de sirena
cuando no de rosa,
con escamas y espinas,
la alcachofa.

Asisten
la zanahoria, el nabo,
la lechuga.

Y nadie se sonroja
viendo que se desnuda
la alcachofa.

FABULA Y METAFORA DEL GALLO

Reloj despertador,
hijo apócrifo del papagayo.

No anuncia la madrugada
el tornasol clarinero.

— ¿Qué tiene el gallo
que se ha callado?

— Hay que llevarlo al relojero.

Julio Ramón Ribeyro
Del espejo de Stendhal al espejo de Proust

Tanto Stendhal como Proust recurren, en circunstancias muy concretas, a la metáfora del espejo para explicar su concepción de la novela. La comparación de Stendhal —*un roman est un miroir qui se promène sur une grande route*— ha sido citada hasta la saciedad, pero siempre en forma incompleta y fuera de su contexto, de modo que sin las ramificaciones que la matizan y enriquecen, queda convertida en una fórmula rígida, *à sens unique*. La frase de Proust ha sido menos comentada y mucho menos citada debido a la longitud y complejidad del período donde está inserta. Comparar ambas definiciones invita a reflexionar acerca de la ecuación novela-espejo y a las derivaciones de la misma desde ROJO Y NEGRO (1830) hasta A LA RECHERCHE (1918 - 1926), es decir al cabo de un siglo.

La frase de Stendhal (ROJO Y NEGRO, libro II, capítulo XIII) se encuentra en uno de esos paréntesis, acompañados o no del correspondiente signo ortográfico, que abundan en sus novelas y que él utiliza para hacer una aclaración adicional, presentar una excusa o interpelar directamente al lector. En el presente caso su paréntesis, larguísimo, cumple además una función justificatoria. Acaba de criticar con acritud a los jóvenes de la aristocracia francesa, de los que Matilde de la Mole aparenta estar enamorada, pero luego, analizando el estado de ánimo de Matilde, añade que de quien está realmente enamorada hasta el paroxismo es del plebeyo Julián Sorel, al extremo que le da fiebre y considera ésta como un castigo a su desmedido amor. De inmediato Stendhal abre un paréntesis para decir que Matilde es un "personaje imaginario" y que al describir sus extravagancias el autor "no injuria a las muchachas que brillan en los salones de París. . .". Como esta excusa no le basta busca otra y la encuentra en el célebre párrafo del espejo :

Eh, monsieur, un roman est un miroir qui se promène sur une grande route. Tantôt il reflète à vos yeux l'azur des cieux, tantôt la fange des bourbiers de la route. Et l'homme qui porte le miroir dans sa hotte sera par vous accusé d'être immoral! Son miroir montre la fange, et vous accusez le miroir! Accusez bien plutôt le grand chemin où est le bourbier, et plus encore l'inspecteur des routes qui laise l'eau croupir et le bourbier se former.

Como podrá verse, dentro de su contexto y sin amputaciones, la definición stendheliana es muchísimo más compleja. Lo que primero cabe observar es que está en contradicción flagrante con la excusa dada al comienzo de su paréntesis, cuando invoca el carácter "imaginario" de sus personajes para justificar la rareza de su conducta. Un espejo, evidentemente, no puede reflejar lo imaginario. Al recurrir a la imagen del espejo el razonamiento de Stendhal da un salto lógico y sitúa el problema de la novela en un plano no sólo estético sino moral.

Desde el punto de vista estético su definición equivale a la formulación de una regla, al considerar que la novela no es invención sino reproducción de la realidad. De este modo se anticipa a los naturalistas, brindándoles una definición de su arte y enlaza con la concepción latina, especialmente horaciana, del "arte imitación de la naturaleza", que se mantiene como un dogma del clasicismo hasta Boileau.

Desde el punto de vista moral formula implícitamente la premisa de la irresponsabilidad del artista frente a la fealdad del mundo, del cual su obra no es más que un reflejo objetivo. Pero, moralista a su manera, no se contenta con absolver al artista sino que trata de buscar un responsable. Su primera reacción es acusar simplemente al mundo, *le grand chemin où est le bourbier*, pero luego pone en tela de juicio a los que hacen o están encargados del mundo, *l'inspecteur des routes qui laisse l'eau croupir et le bourbier se former*. De este modo, a través de un razonamiento impecable, Stendhal llega a la conclusión de que la novela es no solamente un espejo sino espejo que denuncia y más aún espejo en el cual el lector puede reconocer al culpable.

No está demás insistir en que la definición stendhaliana es una definición ocasional, motivada por las

razones que hemos expuesto, y que no se ajusta a la imagen que tenemos de sus novelas. No puede negarse que en ellas hay un contenido realista, documental —especialmente en LUCIEN LEUWEN—, pero en su época el realismo aún no ha surgido como procedimiento literario ni el naturalismo como escuela. Las novelas de Stendhal pueden muy bien ser un espejo, para utilizar su metáfora, pero no un espejo que el novelista lleva irresponsablemente en su mochila para que quienes vengan por detrás vean el reflejo del mundo, sino un espejo que el autor lleva en la mano y que dirige intencional y concienzudamente sobre lugares predilectos y elegidos y que muchas veces escamotea para no dejar brillar otra cosa que su fantasía.

La alusión de Proust al espejo está también contenida en una de esas interminables digresiones caras al autor, al lado de las cuales las de Stendhal parecen las de un ancestro timorato. ¿Proust utilizó intencionalmente como un homenaje a Stendhal la referencia al espejo? Las menciones a Stendhal en A LA RECHERCHE son numerosas y a través de ellas se puede reconstituir el interés creciente de Proust por el autor de ARMANCE. Si en A L'OMBRE DES JEUNES FILLES EN FLEUR permite impunemente que un personaje diga de Stendhal que era de "una vulgaridad horrible", en LA PRISONNIERE el Narrador-Proust le habla a Albertina de Stendhal con la misma admiración que de Dostoiewsky y Tolstoi. Se sabe también que Proust estaba orgulloso de una carta que le envió Henry James en la que éste comparaba UN AMOUR DE SWANN a LA CHARTREUSE DE PARME.

Volviendo a la referencia de Proust al espejo, ella figura después de un extenso análisis de la personalidad del escritor Bergotte (Segundo libro, primera parte). El Narrador-Proust alude al medio familiar de Bergotte y a los chistes "moitié prétentieux, moitié bêta" que hacía con sus hermanos. Pero enseguida, considerando esto como superfluo, pasa a una definición del genio literario, en los términos siguientes :

De igual modo, aquellos que producen las obras geniales no son los que viven en el medio más delicado, que tienen la conversación más brillante, la cultura más extensa, sino aquellos que tienen el poder, dejando bruscamente de vivir para ellos mismos, de volver su personalidad semejante a un espejo, de tal modo que su vida, por mediocre que pueda ser mundanamente y en cierto modo intelectualmente hablando, se refleje en él, pues el genio consiste en el poder reflectante y no en la calidad intrínseca del espectáculo reflejado.

Salta a la vista que la alusión de Proust al espejo plantea una problemática totalmente diferente. No se trata *stricto sensu* de una definición de la novela, como en el caso de Stendhal, sino de una explicación de la creación artística en el campo literario. De ella están excluidas además las consideraciones morales que preocupaban a Stendhal. En ningún momento Proust se plantea el problema de la veracidad de lo narrado y de la responsabilidad del narrador. Su apreciación es puramente estética.

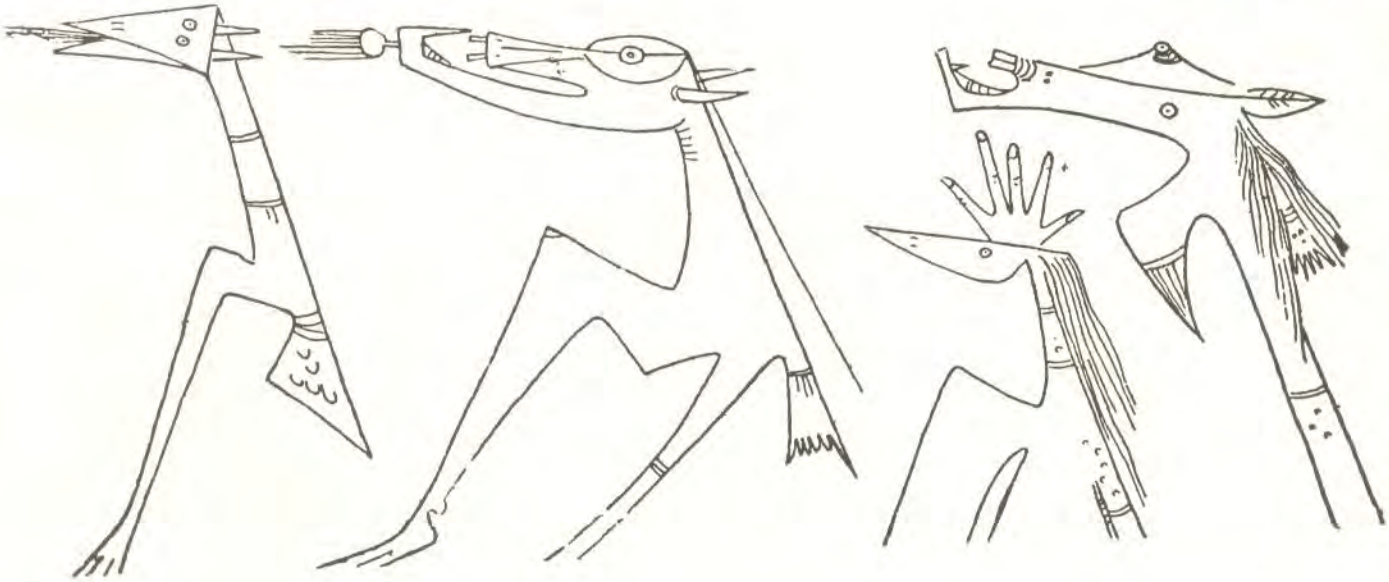
Analizando de más cerca su digresión acerca del genio literario como espejo reflectante, puede notarse que el término *espejo* ha sido utilizado por Proust en un sentido impropio, pues contradice todo el desarrollo de su argumentación. Un espejo refleja la realidad tal como es y en consecuencia es imposible que un escritor-espejo pueda convertir, como pretende Proust, una realidad intelectual y mundanamente mediocre en una obra artística. De todo el contexto del párrafo se desprende que el término que debió haber empleado es *prisma* y el verbo *refractar* en lugar de *reflejar*.

Es importante destacar la noción de prisma —implícitamente contenida en la definición proustiana— porque ella es uno de los elementos esenciales de la novela moderna, impensable un siglo antes. El principio stendhaliano de la novela-espejo, que tanta fortuna tuvo en el siglo XIX, es sustituido por Proust por el de autor-volumen refractante. Esta sustitución supone un grado más de conciencia del quehacer novelesco. En los autores más importantes de nuestro siglo encontramos esa visión prismática de la realidad, se ponga el acento sobre la deformación de su imagen, la descomposición de sus elementos o la multiplicación de sus perspectivas. La noción de prisma permite además superar la dicotomía invención-reproducción, origen de debates tan largos como estériles, y remplazarla por la noción de transformación. El novelista no se limita a jugar con elementos imaginarios o a reproducir elementos reales, sino que se sirve de ambos para fundirlos en una entidad diferente, la entidad literaria, mundo paralelo al nuestro que lo resume, lo ordena, lo corrige, lo interpreta, lo comenta, lo explica, lo enriquece y en ciertos casos lo suplanta.

Además de la noción de prisma, el citado párrafo de Proust contiene tres apreciaciones que ilustran su concepción de la tarea creadora. La primera de ellas es que para el artista no existen temas privilegiados. La concepción del *beau sujet à traiter*, que fue la pesadilla de los clásicos y supervivió en los románticos, queda definitivamente descartada. La cualidad intrínseca del tema no interesa, pues el autor-prisma puede convertir no importa qué espectáculo en materia literaria. Otra apreciación es que el genio literario no depende de la educación, de la cultura ni del medio social del autor. Por este motivo es que Proust censuró en CONTRE SAINT-BEUVE el método crítico-biográfico, consistente en explicar la obra por la vida. Proust, sin enunciarlo explícitamente, considera el genio literario como un don, capaz de coexistir con una personalidad vulgar, inculta o corrompida. Pero como un don que es necesario descubrir mediante el esfuerzo y afinar con fanatismo, al precio de inmolarle nuestra vida. Y todo ello sólo es posible mediante un acto volitivo, una elección que presupone la *mise en jeu* de toda nuestra existencia y la renuncia —como en el caso de Proust— "a vivir para sí mismo" a fin de convertirse en el cuerpo refractante de su vida y del mundo.

Es obvio que la alternativa espejo-prisma, útil para elucidar ciertos aspectos de la evolución de la novela, ha sido superada en obras más recientes, especialmente francesas. Dicho criterio no es aplicable a las novelas de Robbe-Grillet o de Jean Ricardou, porque en ellas ha desaparecido uno de los elementos de la ecuación realidad-obra literaria. Abolida la realidad como modelo o referencia por reflejar o refractar, la obra literaria se convierte en un objeto lingüístico autosignificante, opaco, que no remite a otro mundo que al de su propia estructura.

WIFREDO LAM *Dibujo*



Ernesto Mejía Sánchez
Camino de paciencia

ME SORPRENDE Beatriz con las españolitas y francesas de la Facultad, en el café, durante estos días de *teaching-in*, de asueto involuntario, impropicios a la cordura. Y como siempre trae proyectos literarios y editoriales de corto alcance, es decir, para pronto. La esquivez, el rechazo, la negación, producen la esperada iracundia, muy a tono con el ambiente, pero alimentada de antes por los reclamos y acechanzas de costumbre. Ahora se trata de tentar mi paciencia, porque Beatriz se ha dado a reunir las ocultas (o escasas) virtudes de los hombres, arrepentida quizá de haber proclamado, poco ha, los pecados capitales más ostentosos. Como ya no le queda víctima propicia para la serie virtuosa, me endilga la aguantadora, transigente y mansa triaca de la ira, la mansedumbre. Seré puesto, será puesta mi letra al fin, venciendo la tolerancia del *hypocrite* que, en el foyer y las exposiciones, declara sin empacho que lo ha leído todo. Estoy casi dispuesto a dar el sí, como un reto al mal gratuito, por sólo perfeccionar la debilidad. Ya imagino el ensayito para salir del paso; acaso las páginas no sean pasto de bochorno por la negligencia o cautela de los buenos sabidores. Pero tengo que soportar otra imprevista agresión. El texto debe ser un cuento y de tal longitud. Ya no sabes qué mejilla poner o mejor las dos. Ya no sabes más que resignarte, decir que sí en silencio y salir empujado por el rock a los prados.

Al subir la cuesta de la carretera, van las españolitas y sus amigas apretujadas en un fotingo; acogedoras, quieren hacerme sitio para evitar al pedestre las molestias del regreso. Me disculpo, las disculpo como puedo; esta clase de rebeliones no es mi fuerte, pero la ira me ha ganado y apenas supo cubrirme la cortesía. Voy, pues, soportando mi cuerpo y el camino, sobrellevando la falta de entereza, que se va convirtiendo en franca irritación a cada paso cansino. El Ripalda está muy lejos y el Doctor Angélico más lejos aún : Contra ira, paciencia, recuerdo brumosamente. Vuelta al tema; sé que no me dejará. Memorizo un grabado alemán del mil 414 : figura la ira en cabeza de lobo rabioso y lenguaraz, saliendo del vientre de un arcángel maligno, el Mundo, persona de los Siete Pecados. De finales del siglo XV, otra representación, que hoy consta en la Colección Albertina de Viena, nos ofrece a la rica dama iracunda, jinete amazona sobre un asno, doblegado el pobre al soberbio peso, y con engallada banderola en la mano izquierda. ¿Qué porta la altiva dama en la derecha? La memoria, Nemósine, madre de las Musas, está por la existencia; suele omitir o rechazar lo que no conviene. Hay que repasar el grabado en casa. Y aquí está : Sin crisparse, sin el menor dolor, la mano diestra con decidido ademán hurga en el vientre de su propia y noble dueña, que no se doblega. Aquí la ira es

más hija del orgullo que de la cólera; se imagina el mundo a sus pies y como no lo consigue prefiere la autodestrucción. La ira, en este camino, no conoce self-pity posible; puede ser Hitler, puede ser Getulio Vargas o Marilyn Monroe. La parte inferior del grabado nos da la otra cara de la moneda, el asno paciente, incluso mal ejecutado por el artista anónimo : los trazos torpes de los cascos semejan aletas de foca o morsa. A veces todo el animal parece una humilde oveja. Aquí conviene fijar la atención.

Piensa el animal, y todos lo llevamos de alguna suerte dentro, que la ira ajena o la propia lleva al suicidio por varios modos. El iracundo puede ser muerto por la Ira Divina a manos de otro iracundo; el iracundo puede matar o matarse, como la dama del grabado, y liberar así al asno o a la oveja; el iracundo muere el primero por afanoso, presuroso y presuntuoso. De ahí el infarto cordial, la úlcera digestiva, el insomnio o rondador de almohadas, que premian al premioso servidor de la ira. El manso animal quedará libre; podrá suponerse castigado justamente por justo; quizá llegue a una utópica beatitud longeva y sonriente. Exonerado del peso de la ira podrá ejercitar el bien sin temor, no esa pasiva conformidad que es disfraz de la pereza.

En esto suena el teléfono. Es Carmen, mujer fuerte y dulce a la vez, que trata de convencerme de la errónea imposición temática de estas páginas. A ella le han asignado con anterioridad la virtud de la paciencia y a mí la diligencia. Y en verdad que ella se lo merece. Ha mostrado y demostrado paciencia la vida toda, y a mí, por el contrario, me han creado fama de diligente, querrán decir de impaciente. No hay argumentos que valgan. La paciencia es de Carmen, con anticipación, quizá desde antes del nacimiento. Sólo queda un recurso : demostrarle y demostrarme a mí mismo que lo hasta ahora escrito por nosotros no se contradice, que la paciencia verdadera es diligente, que la diligencia es paciente en grado sumo, etc. Carmen, pacientemente, acepta escribir con la mayor diligencia contra la pereza. Podría recordarle que alguien dijo que el genio es a menudo la perseverancia enmascarada, pero temo abusar de su bondad. Mientras tanto el suscrito ha perdido el hilo de su discurso, de su cuento que te cuento, y lo invade una mansedumbre rayana en la nada.

Despierto entre sueños. Olas de duermevela me traen noticias de ciertos franceses que en mi adolescencia escribieron un libro de moda sobre los pecados capitales, muy franceses desde luego, y un grupo de españoles contradictores, habrían de serlo, publicaron otro sobre las virtudes, que por supuesto serían españolas, según ellos. Y no hace mucho algunos ingleses editaron The Seven Deadly Sins. Me esfuerzo en repasar las firmas que me alienten : la señora Sitwell, Cyril Connolly, Evelyn Waugh, Auden. Auden, precisamente, escribió sobre la ira. Estamos, pues, en campos contrarios; es mi enemigo. No, no es cierto; en una ocasión pude estrechar la punta de sus dedos en un atiborrado cocktail party, allá en el Village (gracias a Emilio Adolfo Westphalen). De nuevo el sueño me vence. Y hay que levantarse al alba, comenzar el día con paciencia y recomenzar este relato de la misma manera.

Ya en plena vigilia, al amanecer, repaso la Biblia con desgana. Conozco bastante bien el fiero Dios de Israel, padre de santas iras y castigos tremendos. Para quienes no quieran conformarse con esta idea sobada y pueril me complazco en presentar a este Yavé del Exodo, paciente y magnánimo: "Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira, rico en misericordia y fiel, que mantiene su gracia por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado". El Libro de la Sabiduría lo llama "bondadoso y veraz, paciente y que todo lo gobierna con misericordia". El profeta Joel nos asegura que Yavé "es clemente y misericordioso, tardo a la ira, grande en su misericordia y se arrepiente de castigar". La Nueva Ley nos dice por todas partes que Dios es Amor, y ya sabemos que Amor no admite cuerdas reflexiones. Amor quiere muchas veces mucha paciencia, no pasiva conformidad. Dejemos para la ira del prójimo la paciencia de Job en pleno. Para la ira nuestra, la paciencia de cada día, llena de entereza, perseverante, diligente y activa. Es lo que he pretendido decir en estas páginas, o en el cuento de estas páginas, mis amigas Beatriz y Carmen, armarme de la paciencia de mi modo, aunque no suelo dar mi canción sino a quien conmigo va. Sin embargo, quiero hacer un presente final a los que me hayan acompañado hasta aquí, siquiera con los ojos, una simple lección sin pretensiones: Nuestro tiempo, contaminado de progreso y de maquinismo, se ha vuelto impaciente de corazón y aún hay ortodoxos que hablan de la impaciencia como de la misma santidad. Una obra española se titula El divino impaciente, como halagando o ponderando a un santo, y un hispanoamericano, por no quedarse atrás nombró una suya Nuestro divino impaciente, para enaltecer a un virtuoso de por aquí. La paciencia, pues, no lucha ya en nosotros contra la ira, sino contra la santidad, que no tiene tiempo ni lugar en nuestra época. Al descansar por la noche, al adormecernos, encuentro unas palabras de Niko Kazantzakis, concomitantes y confortantes: "Nosotros hemos nacido en una época importante, llena de intentos cambiantes, de aventuras y conflictos. Y estos conflictos ya no oponen, como antes, las virtudes y los vicios, sino —y allí está lo más trágico— las propias virtudes entre sí. Las antiguas virtudes reconocidas comienzan a perder su fuerza, ya no pueden responder a las exigencias religiosas, morales y sociales del alma contemporánea... Por eso todo hombre que vive hoy está desgarrado por el destino dramático de nuestro tiempo. Y más que todos el creador... Debemos adoptar heroicamente nuestro partido: la alegría apacible y despreocupada, eso que se llama felicidad, pertenece a otras épocas, pasadas o futuras, pero no a la nuestra. Nosotros hemos entrado en la constelación de la angustia." De acuerdo, pero yo agregaría: al mal tiempo, buena cara. Paciencia vigilante, osada y sin confusiones. Esto pudieron oir las españolitas y sus amigas en el café, pero estaban muy impacientes por aprender lo que rápidamente han de olvidar.

José Bianco

Piñera, narrador*

Mucho se ha hablado en los últimos tiempos, a propósito de Alejo Carpentier y de José Lezama Lima, del predominio de lo barroco en la moderna literatura cubana. Virgilio Piñera no es menos barroco que sus dos compatriotas. A diferencia de Carpentier, no espera descifrar a través del lenguaje la realidad hispanoamericana, ni se propone como Lezama Lima, valiéndose de la imagen y de la metáfora, crear un universo poético que prefigure el sobrenatural. Escasas o nulas sugerencias históricas, geográficas o locales encontramos en las fábulas de Piñera. Su barroquismo no proviene del estilo, simple, despojado, y a la vez cadencioso, coloquial, ni del ambiente que ese estilo refleja, sino de la acción misma de sus cuentos, de un conflicto que en casi todos ellos se plantea y resuelve de modo parejo. Los personajes de estos cuentos pertenecen a la raza inextinguible de los marginados sociales. Observan con malicia el mundo en que viven —un escenario escueto, un poco desmantelado— y no se dejan engañar por su apariencia tranquilizadora. Están sujetos a sus leyes, acatan de buen grado sus convenciones, pero se mantienen fieles a su íntimo sentir. Son una mezcla de civilidad y de independencia, de irreductible independencia. Como al Charlie Chaplin de ARMAS AL HOMBRO, no se les ocurre entrar directamente a una casa maltrecha, con las paredes derruidas, en que aún subsiste el portón de la verja; abrirán el portón, subirán con cuidado los escalones del porche. Pero en ese respeto a las convenciones de un mundo que en una u otra forma los excluye proyectan el respeto a sus propias singularidades por las que fueron excluidos. Con el mundo, necesariamente, habrán de sostener una lucha denodada y cortés en la cual llevarán sus actos a las últimas consecuencias. Quevedo en la literatura, Goya en la plástica (por citar dos antecedentes españoles) nos han familiarizado con las visiones barrocas que abundan en los cuentos de Piñera: mujeres que no pueden besarse porque antes se comieron los labios, hombres que se prestan a devorarse entre sí, en cadena, haciendo las veces de Acteón y los perros, o que no vacilan en saltarse los ojos para evitar la perniciosa seducción de una cara. A pesar de todo, los personajes de Piñera imponen su voluntad. Salen vencedores —a costa de sí mismos—. De igual modo que reemplazan la falta de carne por una antropofagia *sui generis*, transforman sus pestilencias en el olor de las viandas que apetecen, o su ceguera en un jovial Miércoles de ceniza.

Al parecer, nada menos apto para la lucha que estos seres delicados, medrosos, que hacen de necesidad virtud, o en último término, cuando las circunstancias aprietan, se disponen a ofrecer la cabeza al primer llegado con vocación de verdugo. No obstante, a poco de mirarlos más de cerca, comprobamos que se han revestido de una falsa humildad. Si bien conservan su aspecto desvalido, exacerban lo que hay en ellos de peculiar, de anómalo, actuando en el vasto cuerpo social a la manera de un virus que lo corroe. Es como si el mundo estuviera enfermo de cordura y ellos se empeñaran en devolverle la salud ponderando hasta el delirio ese rigor lógico que permite a los hombres entenderse y buscar el camino de la verdad. Encuentran la incomunicación, la anarquía y el absurdo.

Los actores de estos cuentos traslucen las obsesiones de Piñera. A diferencia de los niños que no comprenden ni se detienen a pensar en ciertas crueldades de la vida, Piñera se interroga sobre ellas una y otra vez. Son ideas fijas, o favorecidas, como diría Valéry; sacan provecho de todo, todo provoca su regreso a la conciencia. Otro tanto le sucede con el mundo. Lo considera despiadado, inhóspito; por eso lo examina, lo registra minuciosamente. Detrás de sus fábulas irreverentes o lastimeras, percibimos el miedo, el asombro, la curiosidad, la fascinación que le causan las desventuras humanas.

'Yo diría que el barroco —ha escrito Borges— es aquel estilo que deliberadamente agota (o quiere agotar) sus posibilidades y que linda con su propia caricatura.' Agrega: 'El barroquismo es intelectual y Bernard Shaw ha declarado que toda labor intelectual es humorística.'

Cabría afirmar que el barroco se obstina en el propósito de ampliar y no salirse de sus límites. El cuentista barroco trataría de zafarse de los cánones bastante arbitrarios de la narrativa tradicional, gozando de una libertad que se parece al vértigo: se detiene en el preciso instante en que podría conquistarla por completo, o sea

* Prólogo a los cuentos de Virgilio Piñera que aparecerán en París, Editions Denoël (colección *Les Lettres Nouvelles*) y en Buenos Aires (Editorial Sudamericana) con el título de EL QUE VINO A SALVARME.

perderla para siempre. Juega con las ideas hasta que sus últimas prolongaciones dan la impresión de abolir las ideas que manejó al principio; se adelanta al tiempo: ve ruinas en las cosas; en los seres humanos, anticipaciones de caducidad. En suma, llega a la desfiguración o a la transfiguración, como quiera llamársele, es decir hasta el umbral de su propia caricatura, pero no lo franquea. ¿Necesito agregar que este límite que se impone el barroquismo es fiel al modelo elegido? Fiel, e irrisorio, deformante, «expresionista», en la medida en que sobrelleva la carga psíquica de su autor. Piñera, hombre barroco, siente el consabido desengaño barroco ante el destino del hombre; escritor barroco, lo manifiesta intelectualmente. Al absurdo del mundo responde con el humorismo.

Estamos sujetos a las miserias del cuerpo: hambre, y hambre sexual, enfermedad, vejez, muerte segura. Aunque impermeable a cualquier forma positiva o negativa de ascetismo religioso, Piñera se desquita con el cuerpo de los tormentos que éste le hace padecer. Metáforas de su aversión al cuerpo, o de su amor contrariado, son las ingeniosas y burlonas mutilaciones a que lo somete en sus relatos, las antropofagias individuales o recíprocas. Antes de consumar su memorable noche carnal en la sepultura, los amantes aceptan complacidos perder los ojos y la lengua; en ocasiones, la aventura humana pasa a convertirse en un prodigio inútil y deslumbrador: el hombre se vuelve pura ausencia, o mero residuo. También Piñera imagina situaciones opuestas: defectos opacos, virtudes no menos opacas que los secundan, ascienden al rango de agentes misteriosos de la especie. Una doble pareja de inválidos, del mismo pie y de diferente sexo, no persigue otra cosa que ahorrarse un zapato; fracasa en su modesta ambición, pero la Providencia se muestra benévola con ellos: utilizando la parsimonia y la tenacidad, asegura la estirpe de los cojos y les otorga su merecida porción de dicha. Sea cual fuere el punto de partida, vemos que el resultado ha sido el mismo: todo ese afán de comunión y trascendencia que mueve a los hombres termina en contactos falaces o casuales.

Las desventuras humanas ocurren en el tiempo: el hombre, a la par que lo devora, es devorado por él. En uno de sus relatos Piñera se encarniza con el tiempo que lo arrastra a la muerte; de nada le sirve burlar la acción de lo ineluctable, demostrar que la vida, 'esa duración que se enamora', es una 'escandalosa y monótona cronicidad', es decir una serie de reiteraciones que desmienten toda idea de finitud: sólo destruye el tiempo para crearnos la duda de que el tiempo se ha destruido. El personaje de Piñera quiere impedir que los hechos se consumen, detenerlos en 'su punto de máxima saturación'. Demora la fuga de su hogar, persuade al oficial que habrá de ejecutarlo para que demore su fusilamiento. Ambos designios inciden uno en el otro y se devuelven sus etapas sucesivas como entre dos espejos colocados frente a frente: *a*) un condenado se niega a evadirse de la cárcel; *b*) el fusilamiento se aproxima; *c*) el fusilamiento ya se produce; *d*) el fusilamiento se produce; *e*) el fusilamiento es el sueño de un loco que está a punto de huir de su casa; *f*) la locura es el sueño de un condenado a muerte, etc. El relato adopta una forma circular, y la intención que encierra es circular también porque se vuelve contra sí misma y se anula.

Retroceder en el tiempo: tan ilusorio como detenerlo. El pasado vuelve, la historia se repite. Es fácil decirlo. Ya hemos visto que a los personajes de Piñera no los engaña el apacible más o menos de los lugares comunes. Antes de afirmar que vuelve o se repite, ¿cómo era ese pasado, cómo esa historia? Hay que saberlo, y saberlo exactamente. Piñera elige dos hechos cualesquiera: dar un baile, exhibir un álbum de fotografías. El baile no llega a realizarse porque debe ser la copia fidedigna de uno celebrado hace cien años, y este baile remoto prolifera un número siempre creciente de nuevas conjeturas; el álbum se muestra todos los años, pero las sesiones periódicas son tan impares y caóticas como si entre cada una de ellas hubiese transcurrido un siglo. Sin embargo, aunque no logren coincidir en el pasado y el presente, existen el fenómeno «baile» y el fenómeno «álbum de fotografías», fuera del tiempo e iguales a sí mismos, preservados como figuras platónicas de la diversidad de lo real. ¿Y no proceden acaso de lo real? ¿Acaso no consiste en sustraer diferencias el sistema de precauciones y olvidos deliberados que hace posible el pensamiento y nos permite ascender de lo individual a lo genérico? Llevado por un afán de esta índole, Piñera prescinde de la anécdota o la reduce al mínimo en muchos de sus relatos. Y en estos relatos habitados por figuras casi abstractas, por arquetipos, diríamos, discernimos en sus detalles precisos la realidad de una situación o de un lugar determinado donde convergen infinitas situaciones o lugares semejantes. como si fuera un espectáculo en el cual no participamos y que la costumbre hubiera borrado de nuestros ojos. A la vez, nos parece contemplarlo *sub specie aeternitatis*. Lo viejo y lo nuevo, todo nos asombra. Una batalla no es menos insólita y trivial que un parque, una boda, una locomotora, una tienda de sombreros, un hombre que no puede dormir. A este ir y venir de seres humanos encerrados en sí mismos, sordos los unos a los otros como los objetos que los rodean, suele mezclarse

algún personaje característico de Piñera. A primera vista, no se distingue de los demás. Está sometido a una voluntad que por arriba de su cabeza tira de los hilos y gobierna sus movimientos. No obstante, ha conseguido evadirse del espectáculo sin turbar su diseño general, ha conseguido hallarse y no hallarse en él, simultáneamente, para juzgarlo desde un reducto que no tiene salida posible al exterior. En ese reducto es dueño y señor de sus actos. Allí su independencia no conoce restricciones, allí no lucha con el hambre, los deseos frustrados, el curso del tiempo. Y cuando por una especie de hastío no se digna interpretar a su antojo el drama que representa, vuelve transitoriamente a la nada o al vientre de su madre con la certeza de que al despertar de ese sueño sin sueños no le faltarán energías para supeditar el mundo en que vive a los dictados de su imaginación. Los hombres ignoran su designio, o lo compadecen. Pero la incomprensión misma de los hombres le da la medida de su libertad. Lo miran y no lo ven. Vaciados de toda connotación subjetiva, impenetrables, enigmáticos, existen y lo obseden a igual título que las cosas sobre las cuales ejerce sin violencia su *libido dominandi*. Porque no le basta (siempre en secreto) poseer a sus compañeras e inspirar el temor de sus compañeros de trabajo, o proseguir sus especulaciones, ahora inofensivas, cuando el nuevo régimen social lo prohibe: también devora montañas y no provoca catástrofes geológicas, o encuentra en una escalera la apoteosis de su destino. Pero al pronunciarse 'en favor de las cosas' (¿no está, en cierto modo, cosificando a los hombres?) se cuida de utilizarlas o de prestarles conductas humanas. De una locomotora que avanza por un terraplén —la mayor del mundo— sólo le preocupan sus laberínticas correspondencias con el tamaño de ese mismo mundo y de las locomotoras anteriores; de la montaña sólo nos dice que desde muy temprano se echa boca abajo sobre ella para masticar lo primero que le sale al paso, pero que le consta que pierde redondez y altura contra la lejanía azul; como buen enamorado nos confía las múltiples bellezas que va descubriendo en la escalera: el diferente aspecto de los peldaños al subirlos o bajarlos, la sensación de que se acaba por ignorar si los pasos suben por los peldaños o los peldaños por los pasos, las sorprendentes perspectivas que ofrecen sus rellanos (uno de ellos, inclusive, logra hacerla desaparecer) y la engañosa promiscuidad que le permite entregarse a todos y continuar siendo y no siendo la misma para quienes la frecuentan por diversos motivos: ni siquiera faltan el suicida que se ha despeñado por ella, el loco que ha defecado sobre sus mármoles. Tampoco es una escalera, sino la escalera: sábados y domingos, el personaje del relato la sustituye por una rival modesta, que fatiga menos sus piernas, y no descarta la idea de que puedan echarla abajo: entonces piensa recurrir a una escalera todavía virgen para él, una escalera monumental, de mármoles jaspeados, que le depara otro edificio público de la ciudad.

Pero en algunos cuentos de Piñera este reiterado personaje enajena deliberadamente su voluntad. Busca lo absoluto en las desventuras de su condición de hombre (las organiza, las perfecciona) y si tiene algún remordimiento es el de olvidar por un instante la magnitud y el número de infortunios que padece. El anciano pone en guardia a su hijo para que lleve la cuenta exacta de los pasos inútiles que dará en la vida hasta caer rendido, y desde que aquel cumple quince años lo condecora con la gran orden del fracaso. El habitante del infierno rechaza con energía el ofrecimiento de abandonarlo. '¿Quién renuncia, se pregunta, a una querida costumbre?' Interrogan a la enferma de parálisis progresiva: '¿Cree usted en Dios?' 'No, creo en la piedra.' '¿Reza usted?' 'Sí, a la piedra, para que no me invada con tanta furia.' Su interlocutor insiste: '¿Qué es lo que más anhelaría poseer?' 'Uno no anhela nada; sólo recibe sentencias.' '¿De muerte?' 'O de vida'. El hombre ya maduro, en cuanto vislumbra el clásico umbral de la vejez, no ignora que por el hecho de vivir está empezando a morirse, y sólo ansía conocer la hora y el minuto en que habrá cumplido la sentencia. 'Gracias por haber venido', le dice al asesino que lo degüella, y hay en su voz el acento del triunfo. Esta vez, sin abdicar de su pesimismo, y limitándose a cambiar las reglas del juego, el personaje de Piñera realiza su mayor proeza: ha conseguido ganar la partida imponiendo al mundo su propia derrota.

Borges, en 1947, fue el primero en publicar en la Argentina un cuento de Piñera [1]. Yo faltaba del país desde hacía casi un año; a mi vuelta, en 1948, leí *El señor ministro*, de Piñera, hojeando la colección de aquella revista dirigida por Borges que tuvieron la gentileza de mandarme y que por entonces, si mal no recuerdo, había dejado de aparecer. No conocía a Piñera escritor, aunque había visto su nombre en los sumarios de publicaciones cubanas; ocho años después, cuando tuve oportunidad de conocerlo personalmente, era ya un admirador de su obra literaria: aquel breve relato me había inducido a leer su novela, La carne de René, y sus farsas dramáticas, sus cuentos y sus crónicas incluidos en las entregas de dos excelentes revistas que durante quince años aparecieron en Cuba gracias al esfuerzo y la generosidad de José Ro-

[1] Anales de Buenos Aires, Nos. 15 y 16, mayo y junio de 1947.

dríguez Feo: ORÍGENES y CICLÓN. ORÍGENES dejó de publicarse en 1954; al año siguiente Rodríguez Feo fundó CICLÓN, cuyo secretario era Virgilio Piñera. Y una tarde de abril de 1956 Piñera se presentó en la redacción de SUR donde yo trabajaba por entonces. Al verlo entrar con un sobretodo de pelo de camello, bufanda, guantes y anteojos de cristales oscuros, lo creí recién llegado de Cuba, preparado a desafiar el otoño apacible de Buenos Aires con una indumentaria propia de Shackleton. Luego de cambiar con él unas pocas palabras me enteré de que vivía en Buenos Aires, con algunas interrupciones, desde 1946; tampoco me visitaba para traerme una colaboración sino para anunciarme la inminente llegada de Rodríguez Feo con quien yo estaba ligado por una vieja amistad epistolar. Como le insinuara algún reproche por acercarse a SUR al cabo de tanto tiempo, y con ese exclusivo propósito, se limitó a quitarse los anteojos y a sonreir, enarcando las cejas, fijando en mí la mirada clara y bondadosa, abstraída, de sus ojos de miope. Llevaba, me dijo, una vida muy solitaria; apenas frecuentaba los círculos literarios de Buenos Aires; por lo común, enviaba a CICLÓN sus originales. En su actitud no había desdén, afectación, orgullo. La prueba es que accedió de buena gana a escribir en SUR, y mientras yo fui Jefe de Redacción aparecieron en sus páginas, además de reseñas críticas firmadas por Piñera, varios de los cuentos que integran este volumen. Ese año Piñera hizo un corto viaje a su país, y en 1958 volvió a Cuba para radicarse allí definitivamente. Recuerdo que estando yo en La Habana, en febrero de 1961, comentamos la publicación de algunos de sus cuentos en TEMPS MODERNES bajo el título general de *Goyescas*. Lo noté a Piñera un poco desconcertado. '¿Por qué *Goyescas*?' me preguntó. Lo sorprendía (conjeturo) la intromisión del refulgente genio de Goya en esos relatos de tono neutro, abstractos, tan ajenos al mundo visible como a toda preocupación psicológica, por descriptivos y subjetivos que sean, y en los que buscaríamos en vano una denuncia explícita de orden moral o social. También es posible que vinculara el nombre de Goya a ciertas palabras como «caprichos», o «disparates», y daba la casualidad de que tales palabras estaban reñidas con el dibujo racionalista de las fábulas traducidas en TEMPS MODERNES. Pero si es *irrelevant* asociar a Piñera con Goya *(mea culpa)* no sucede lo mismo con Franz Kafka, a cuyo mundo gris e irredento suele aproximarnos en algunos de sus relatos. Señalemos que su estilo no se parece al de Kafka. La prosa de Piñera está regida por un humorismo sarcástico, melancólico, voluble, que no se confunde ni aspira a confundirse con la inocencia. Lo que no impide percibir, en Kafka y en Piñera, algo común, entrañable, un parentesco espiritual y vital que va más allá de cualquier influencia literaria. Kafka, por su condición de judío, no podía conseguir en Praga un empleo público que le dejara las tardes libres para escribir; hasta el final de sus días tuvo que sufrir la constante humillación de un padre tiránico. Piñera, hijo de un hombre indulgente y modesto, no es un judío de Praga, pero era un joven escritor cubano en tiempos de Batista [1]. Le tocó en suerte nacer en uno de los países subdesarrollados más corrompidos de Latinoamérica. Las sucesivas dictaduras fomentaban, la crueldad, la venalidad, el servilismo, el pauperismo, la ignorancia, la estupidez. La mera vocación literaria, ejercida con algún decoro, marginaba necesariamente a un escritor. Y los pocos relatos de Piñera que por su argumento recuerdan a los de Kafka, aunque sean, lo repito, de entonación muy diferente, y dejando de lado en ellos sus implicaciones metafísicas, siempre declaran el fracaso material del hombre en el sentido estricto de la palabra. En una de sus historias, por ejemplo, el personaje no se transforma en insecto como Gregorio Samsa: tal es su pobreza que las cucarachas lo rodean por todas partes; al principio trata de exterminarlas, después se acostumbra a ellas, después admite que son en este mundo sus mejores compañeros y los testigos mudos de su vida. Y cuando está a punto de morir, extenuado por el hambre, las falanges de cucarachas avanzan y envuelven su cuerpo como en un sudario hasta darle la apariencia de una cucaracha gigantesca. En otra de sus historias, donde nos muestra la soledad del escritor y el menosprecio que suscita, Piñera nos presenta a un hombre cuyo peor enemigo es el sentimiento de una culpa ignota. Para olvidarla recurre al sueño, a meterse largas horas en la bañadera, a masturbarse. Al fin cree encontrar en la literatura un escudo que lo defienda de la culpa. Pero todo lo que escribe es odioso y odiado. ¿No será su culpa la literatura? En los últimos párrafos de la historia —ha cumplido cuarenta años— comprende que sólo le queda ofrecer la cabeza al verdugo. Entonces no vienen a buscarlo dos señores de levita

[1] También en febrero de 1961 conocí al padre de Piñera, un señor de mucha edad, frágil, de facciones acusadas, como las de Virgilio, y anteojos con montura de plata. Me contó que había sido agrimensor y que después de casado (la madre de Virgilio era maestra) encaró la posibilidad de vivir en la Argentina. Me llamaron la atención sus ojos apagados, su aspecto tenue, casi fantasmal, que contrastaba con la voz nítida, segura, y los dientes fuertes, irregulares, de implantación defectuosa, con tendencia a apretujarse en el medio de las encías. Cuando nos fuimos, Piñera se refirió a su padre con tristeza: 'No ha hecho sino luchar en la vida como todos nosotros. A los ochenta y pico está ciego, o casi ciego'. Después sonriendo: 'No tiene un solo diente postizo'.

y sombrero de copa, como a Josef K., sino el carro de la basura. Se llevan la cama, la bañadera, el escudo. El personaje suplica que lo lleven a él también. Le contestan que aún tiene que esperar: otro carro pasará a buscarlo en el momento oportuno.

Hay muchas historias semejantes cuyo tema principal o lateral es la miseria. Pero creo que las dos citadas bastan para explicar que Piñera, asediado por la indiferencia y la indigencia, se desterrara voluntariamente de Cuba. Sin embargo, más que la verdad, acaso explican una parte de la verdad. Me pregunto si los factores externos y las circunstancias históricas son decisivas en todo un linaje de escritores ilustres al cual pertenece Virgilio Piñera. ¿Es que no están destinados al aislamiento y el rechazo por el carácter peculiar de su obra? No buscan halagar al lector dándole del mundo y de su propia fuerza una visión optimista, reconfortante. Dejan de la vida un testimonio que el lector acepta, a la larga, rendido por la fascinación del talento literario, pero esa fascinación consiste en mostrarle los aspectos implacables de su condición de hombre que por comodidad o pusilanimidad trataba de ignorar o soslayar. Ni siquiera le procuran el equívoco placer del *suave mari magno* porque también se siente acosado por las olas y arrastrado al vórtice del torbellino. La habilidad narrativa, el humorismo, el tacto, la sorpresa, la gracia, lo han llevado a enfrentar y asumir su realidad con esa especie de extraña locura que es una forma de la lucidez. Ahora, como en los versos de Pablo Neruda, el lector del admirable Piñera puede decir de sí mismo:

> *como un párpado atrozmente levantado a la fuerza*
> *estoy mirando.*

CHAGALL *El Circo* (dibujo)

Reflexiones elementales acerca del 'Cruce sobre el Niágara'

No debemos dudar que el proceso de cambio que se está operando en las sociedades de América Latina va a operar igualmente un cambio en su teatro. Es indudable que de todos los elementos que integran el complejo escénico, la parte autoral sigue siendo aún la más débil. Y ello se explica fácilmente: no existe casi demanda de textos porque no hay demanda de teatro; el consumo escénico es alarmantemente exiguo. Aquí rigen también las implacables leyes de la economía: si no hay consumo mal puede existir la producción. Y la magra cantidad de espectáculos se apoya sobre alguna premisa que da cierta seguridad de éxito: aquellas obras que el consenso universal las ha proclamado como probadamente buenas. Tal es el caso de MARAT-SADE, de Peter Weiss. Por otra parte su propio suceso avala la propaganda entre el minúsculo público que en nuestras latitudes se interesa por el teatro. Todo esto no es más que una especie de reflejo condicionado de nuestro subdesarrollo. Sin embargo alienta, intermitentemente, el afán de nuestros creadores potenciales. Estos responden a preguntas que no se les ha formulado todavía. Así con EL CRUCE SOBRE EL NIÁGARA, de Alonso Alegría [1], que en un caso poco común ha obtenido el triunfo en dos certámenes: uno nacional, en el oncurso organizado por el Teatro Universitario de San Marcos, y otro continental, en el cada vez más prestigioso concurso anual de CASA DE LAS AMÉRICAS. Todo esto tiene un significado altamente honroso para el joven autor y para el teatro peruano.

La obra, como se explicita en el prólogo, parte de un hecho real: *Blondin: 1824-1897; equilibrista y acróbata francés, nacido en Saint Omer, Francia, el 28 de febrero de 1824, y muerto en Londres el 19 de febrero de 1897. Verdadero nombre: Jean François Gravelet. Debió especialmente su fama y fortuna a su idea de cruzar las cataratas del Niágara sobre un alambre de 330 metros de largo a una altura de 48 metros sobre las aguas.*

Este es el hecho objetivo. De ahí arranca el proceso de subjetividad para alcanzar el desarrollo integral de la pieza. Y lo hará con una gran economía de recursos y con sólo dos personajes: el ya nombrado Blondin y Carlo, joven de 18 años. Pasemos entonces a esbozar aquellas posibles motivaciones que pudieran plantearse a los actores para la conceptuación de esta puesta. Aunque seguros estamos que otras, mucho más importantes, habrá esgrimido Alegría en su doble carácter de autor y director para la versión que encaró con el Teatro Universitario de San Marcos.

En una instancia inicial consideraríamos la oposición Carlo-Blondin. Carlo llega a Blondin con una proposición que es un desafío y un acicate para el equilibrista: volar. Casi se lo exige. Al principio Blondin puede suponer que se trata de un soñador, un fantasioso. Pero no. Carlo viene inspirado por una concepción científica de la peripecia: el hombre no vuela aún porque no ha perfeccionado la técnica de su intento. Carlo le trae a Blondin un libro con una diversidad de ejercicios para adiestrar el cuerpo humano, dominar la función de cada músculo y la sabia coordinación de los movimientos. También ejercicios de concentración. Hasta hace una referencia al sistema Yoga. Pero Blondin sabe que todavía el hombre no ha superado la ley de la gravedad de los cuerpos. No es que deje de atraerle la idea. ¡Sería magnífico! Pero la considera irrealizable. En realidad, Blondin cree que ha tocado el límite en posibilidades de equilibrio. Para Carlo, en cambio, Blondin sólo ha tocado su propio límite, el del conocimiento que él domina. Intuye el joven, con criterio científico, que el límite de un ser no es el límite de las posibilidades. Hay que investigar, que experimentar, que descubrir nuevos factores en la ley de la gravedad, y aun de la estática. Carlo tiene una actitud que es en cierto modo la de nuestra época: la de grandes revoluciones en la esfera del conocimiento. Con el dominio de la física y de la química el hombre ha penetrado ya las distancias cósmicas. Lo científico, entonces, es decir: "no se puede... todavía. Mañana quizás. Es posible". El conocimiento de las ciencias no tiene límite. Sólo son limitados los conceptos de algunos hombres de ciencia. La situación de estos personajes podría establecer un paradigma sobre las concepciones cognoscitivas idealista y materialista. En una especie de proposición dialéctica, Carlo le sugiere a Blondin crear una síntesis de ambas personalidades para efectuar el cruce sobre el Niágara, llevando Blondin a Carlo sobre sus hombros. Se lograría entre ambos una simbiosis perfecta de reacciones. Se fundirían ambos para integrar una tercera persona: Icarón, el ingrávido, el que puede volar... El drama aparece cuando a raíz del intento surge la duda sobre la integración perfecta de ambas personalidades: la dicotomía de las reacciones sicofísicas está a punto de hacer fracasar la empresa. Esa falla crea el suspenso de la obra en el momento de la hazaña. Los factores humanos —y los imprevisibles del azar— pueden frustrar el acontecimiento. La posibilidad de riesgo no ha sido superada todavía, y esto puede resultar fatal para ambos. Pero al final se restablece el equilibrio y la peripecia culmina exitosamente. Si bien el hombre no ha logrado caminar por los aires, ha avanzado. Desde luego que los Blondin seguirán pensando: "¡Imposible!"; los Carlo, en cambio: "No es posible, todavía; mañana, quizás." Y así avanza el conocimiento, así se cambia la vida: a través de los riesgos y las hazañas del hombre, de su fe, de su terquedad frente a las dificultades.

1 Pieza en seis escenas y un prólogo, representada por el Teatro Universitario de San Marcos bajo la dirección del propio autor. El texto de la obra ha sido publicado por la Casa de las Américas en su **Colección Premio.** (La Habana, 1969).

Llegado a este punto convendría detenerse, como lo hubiera deseado Stanislavski, a analizar la vida anterior de los personajes: Ellos existían antes del tiempo que involucra la pieza. Cuando llegan a ésta alientan ya un pasado. ¿Cómo fue ese pasado? ¿De qué modo infiere en la profesión que han adoptado o se han visto obligados a adoptar? Blondin, en la obra, según propia confesión, fue abandonado por sus padres cuando contaba cuatro meses. Lo recoge el empresario de una compañía circense. Pasa a integrar el grupo de los equilibristas, quienes se encargan de su adiestramiento. Resultó así un hijo del circo. "Tuve muchos padres —dice—, año tras año; ya no me acuerdo cuántos. Un matrimonio sin hijos trató de adoptarme. El director —que estaba ganando millones— no quiso. Es natural. A los doce años yo era una mina de oro." Se le impuso, pues, una profesión. Allí descubrió el carácter dramático del trabajo: la diferencia entre profesión y vocación. Para él, como para tantos a través de los tiempos, el trabajo ha sido una dura forma de esclavitud. Blondin vivió en el siglo XIX. Pero lo unían lazos de hermandad con el remoto antepasado que pobló el valle del Tigris y el Eufrates, en la Mesopotamia, y con el de la legendaria China o la India, así como con el de la Grecia de los siglos VIII a VI antes de Cristo, y el de la antigua Roma, sin descontar el de los estados esclavistas de América. El trabajo —lo fue comprendiendo Blondin desde su más tierna infancia— tanto como esclavitud se convierte en un castigo. Así ha sido también para innúmeros seres desde los tiempos bíblicos. Así lo es hoy, en gran parte, desde que muy pocos pueden elegir su trabajo; desde que muy pocos trabajan en lo que realmente aman. Y sólo el trabajo creador o consciente da satisfacción al hombre. A Blondin se le impuso un trabajo penoso: un mínimo error podía costarle la vida. Y ese riesgo que, en el fondo, es lo que atrae al público, cuenta fundamentalmente en su profesión de equilibrista: la exigencia de vivir peligrosamente. Y detrás, al acecho, está ese monstruo de la explotación, ese ente tristemente histórico que se llama empresario. Este, como Blondin, depende también del público. Hay, pues, que hacer cualquier cosa para atraerlo. Ya se sabe: cuanto más riesgo, más atracción. De ahí que el empresario estimulará y, si es necesario, demandará más riesgos. Desde luego que el empresario también arriesga: sólo sus ganancias; Blondin, en cambio, su vida. Siempre será el artista quien más pierda. Bien que lo sabe Blondin: "Llevo cuarenta años haciendo equilibrio y todavía no me parece un paseo. A veces, sí; por momentos sí, ya te lo he contado (habla con Carlo). Pero casi siempre es trabajo y sudor, y preguntarse si no será la última vez."

Además de los riesgos intrínsecos, inherentes a tan temeraria profesión, existen los extrínsecos, los que surgen por los intereses que crea la deformación moral. Esto se produce, exorbitantemente, en los países de gran concentración industrial y comercial. Así como en aquellos de abortado desarrollo, donde prolifera esa excrecencia social que es el tahur en su más diversificada acepción. La obra hace al respecto una referencia ejemplar:

> CARLO: (LEYENDO RECORTES DE PERIODICOS) "Momentos en que Blondin, con las manos destrozadas por el cable, llega al punto inicial después de haber sufrido una caída casi a la mitad de su recorrido. Se vio imposibilitado de recuperar el equilibrio sobre el cable a causa de"
>
> BLONDIN: Del canalla que me cortó el templador. Tú estuviste ahí, ¿no? Me querían cortar el otro también.
>
> CARLO: No se cayó, ¿verdad? Yo lo vi bajarse, con el catalejo.
>
> BLONDIN: Claro. Son mentiras de los periódicos. Comencé de repente a bambolearme de un lado al otro. Yo había revisado todo antes de subir, pero de pronto yo me sentía parado sobre una hamaca, sobre un columpio a cincuenta metros! No, no sufrí una caída, como dijo ése. Yo me bajé. Me prendí del cable esperando irme al fondo con todo en cualquier momento. Ya sospechaba lo del sabotaje. No podía ser otra cosa. Menos mal que la policía ahuyentó al tipo ese que tú viste, el patilludo; si no me cortaba el otro templador, y ahí sí... Todo por las apuestas."

Bien. Para que unos ganaran, otro debía perder la vida. Algunos, en las sociedades que debemos padecer, organizan ese tipo de "accidente"; en término más ajustado: "siniestro"...

El actor necesita la mayor carga de elementos conceptuales y de imágenes con el fin de enriquecer sus vivencias. Se puede, por ende, recurrir a los más variados materiales del conocimiento intelectual, además de los que la propia vida ofrece copiosamente. Tal el suceso inserto en el prólogo del Zaratustra, de Nietzsche, que homologa sobre el particular:

> "En aquel momento sucedió algo que hizo enmudecer todas las bocas y que atrajo todas las miradas. Durante ese tiempo el volatinero había comenzado su trabajo; había salido de una pequeña poterna y marchaba sobre la cuerda tendida entre dos torres, por encima de la plaza pública y de la multitud. Cuando se hallaba precisamente a mitad de camino, se abrió nuevamente la puertecilla, y un muchacho vestido charramente, que tenía el aire de bufón, saltó fuera y siguió con paso rápido al primero. "¡Adelante, cojo —gritó con horrible voz—; adelante holgazán, cazurro, rostro pálido! ¡Que no te haga cosquillas con mi talón! ¿Qué haces, ahí, entre estas torres? Debías estar encerrado en una de ellas. ¡Obstruyes el camino a uno mejor que tú!"
>
> Y, a medida que avanzaba, se aproximaba más; pero cuando estuvo a un solo paso del volatinero, sucedió algo terrible, que fue lo que hizo enmudecer a todas las bocas y que atrajo todas las miradas: el bufón lanzó un grito diabólico y saltó por encima del que obstruía el paso. Pero el volatinero, al ver la victoria de su rival, perdió la cabeza y la cuerda; arrojó su balancín y, todavía más rápidamente, se lanzó al abismo, como un torbellino de brazos y piernas.
>
> La plaza pública y la multitud se semejaban al mar cuando sobreviene la tormenta. Todos huían en desorden, sobre todo del lugar en que el cuerpo debía caer. Sin embargo Zaratustra no se movió, y justamente a su lado cayó el cuerpo, desgarrado, pero

vivo todavía. Al cabo de cierto tiempo volvió al herido la conciencia, y vió a Zaratustra arrodillado cerca de él: "¿Qué haces ahí? —dijo al fin.— Sabía hace mucho tiempo que el diablo me echaría la zancadilla. Ahora me arrastra al infierno: ¿quieres tú impedirlo?"

"Por mi honor, amigo —respondió Zaratustra—, todo eso de que hablas no existe. No hay ni diablo ni infierno. Tu alma estará muerta todavía más pronto que tu cuerpo: ¡no temas, pues, ya nada!"

El hombre elevó los ojos con desconfianza. "Si dices la verdad —respondió enseguida— nada pierdo al perder la vida. No soy apenas más que un animal a quien se ha hecho trabajar a fuerza de golpes y de hambre". "No tal —dijo Zaratustra—: tú has hecho del peligro tu oficio; no hay en ello nada de censurable; ahora tu oficio te ha hecho perecer. Por ello te enterraré con mis manos."

Zaratustra le arrojó ese consuelo. ¿Qué iba a hacer frente a un moribundo? Pero es tremendo para los que aún viven de ese oficio donde el peligro puede conducirlos al mismo fin.

Es ya tiempo que nos refiramos al otro circunstante: Carlo. Este, a diferencia del otro, no tiene una biografía que parta de un ser real, que ha existido. A Carlo hay que crearle una biografía. Aquí el autor se maneja con más libertad o, si se prefiere, lo crea o elige como antagonista del precedente. De él se vale como antítesis de Blondin para, en un proceso dialéctico de oposición, derivar la síntesis mental que será Icarón cuando se produzca el intento de cruzar ambos, encimado Carlo en Blondin, por sobre el Niágara.

Dejemos que el mismo autor nos explicite a su criatura:

> CARLO: Mi padre murió. Mi madre se casó con otro. Yo vivo solo.
>
> BLONDIN: Te escapaste de tu casa.
>
> CARLO: No. Me pusieron un departamento cuando cumplí los dieciocho. Para que me hiciera hombre, dijeron.
>
> BLONDIN: ¿Y antes?
>
> CARLO: Interno en un colegio.
>
> BLONDIN: ¿Estás contento viviendo solo?
>
> CARLO: Claro. Me pasan una pensión.

Si bien esa falta de una estable relación hogareña le da una actitud aparentemente fría, en el fondo está ansioso de comunicación. Y no deja de advertirse en él la ahincada persistencia del científico. Vemos que posee recursos económicos; tiene una base cultural. Puede, por lo mismo, determinar más fácilmente su propia vida. No padece la antinomia —tan extendida entre los jóvenes latinoamericanos— entre profesión y vocación: casi nadie trabaja en lo que quiere y debe, sino en lo que puede. La vocación de Carlo es la ciencia; él mismo lo proclama:

> BLONDIN: ¿Quieres ser equilibrista?
>
> CARLO: No. Yo soy científico.
>
> BLONDIN: (SIN NINGUNA BURLA) Sí. Se nota.
>
> CARLO: (UN POQUITO DE ORGULLO) Por eso le digo que si usted no trata de cruzar el Niágara sin alambre, es porque no quiere. No quiere o no me cree lo que le digo.
>
> BLONDIN: Perdón, pero no te creo. A la ley de la gravedad no hay vuelta que darle.
>
> CARLO: Todas las leyes tienen excepciones que las confirman.

Es posible, además, que Carlo configure un símbolo de la época actual, de sesgo eminentemente científico. Frente a Blondin, sobrio, maduro, consciente, que representa el sentido de la praxis, él, Carlo, sin desconocer los atributos de su oponente, le sugiere nuevas posibilidades para establecer así los grandes cambios que todo proceso creador lleva en su entraña.

Convendría, llegado aquí, recurrir a Brecht, quien, tratándose de exponer el sentido de nuestro tiempo, lo hace con autoridad sin par:

> "Es un goce particular de nuestra era, que ha realizado tantas y tan diversas transformaciones de la naturaleza, el concebir cada cosa de modo que se la pueda transformar. En el hombre hay potencias dormidas —decimos—; por eso se podrá hacer mucho del hombre. El hombre no debe seguir tal como es, es necesario verlo también cómo podría ser. No hay que partir del hombre sino ir hacia él. Vale decir que no basta con que yo me ponga en su lugar: debo ponerme frente a él, en representación de todos nosotros. He aquí por qué el teatro debe extrañar lo que muestra." (*B. Brecht*: BREVIARIO DE ESTÉTICA TEATRAL)

Cabría aún hacer una reflexión final: extraer una enseñanza más, no ya de la obra en sí, sino de la representación. De quienes la tuvieron a su cargo.

Ahí estaba Luis Alvarez, el prestigioso actor de tantas jornadas memorables en pro del teatro peruano, encarnando a Blondin. Por momentos, cuando hablaba por boca del personaje, uno creía estar oyendo palabras del propio Alvarez: las que puede decir un intérprete que ha entregado gran parte de su vida —lo mejor de ella, quizás— a su arte. Y que sabe, por dura y probada experiencia, lo difícil e inestable que es esta profesión en países como los nuestros. Cómo, aquí, por el hecho de ser hombre de teatro está obligado a vivir riesgosamente. A veces, sólo subsistir. Casi siempre, sobreviviendo. Hay que poseer en verdad un carácter fuerte y un elevado sentido de la misión del artista —su docencia humana, su actitud profesante, en la acepción de apostolado laico— para adoptar esta difícil profesión.

Cuando veíamos a Alvarez encarar con indudable convicción su Blondin: sereno, sobrio o intenso, con la seguridad que da una larga experiencia, pero consciente de los riesgos y vicisitudes que asedian a esta profesión, no podíamos olvidar que este esforzado paladín intentó llevar —y llevó— el teatro por el interior del Perú, en un afán de popularizar esta forma de arte, una de las más antiguas y atrayentes que conoce la humanidad. Y cómo tuvo al fin que resignar tal iniciativa porque las condiciones sociales, objetivas, hacían imposible tal empresa. Como en el mito de Icaro, quemó sus alas en el intento. De ahí que al hablar de los riesgos de la travesía sobre el Niágara, hablaba también, con conocimiento de causa, de los riesgos de una pro-

La visión del hombre en dos escritores latinoamericanos: Alejo Carpentier y Julio Cortázar

Durante mi estadía en Pekín hace algunos años como profesor en el Instituto de Lenguas Extranjeras, aparte de la gran experiencia que significó conocer esa cultura y esa revolución con todos sus avances y contradicciones, tuve también otra gran experiencia, aunque enteramente distinta: la lectura del libro de Martin Heidegger EL SER Y EL TIEMPO. Este libro me descubrió, como ningún otro hasta entonces, el hecho de que tanto la filosofía como nuestra moral occidental habían devenido en una mera repetición de conceptos que día a día nos oscurecían más los grandes problemas del hombre y la naturaleza. Esta obra, desde entonces, ha sido para mí un poderoso lente que me ha servido para iluminar e interpretar un gran sector del ensayo y la novela contemporáneas. Soy consciente de que no es el único que ha visto este fenómeno. Antes Nietzsche, Spengler y Ortega y Gasset, entre otros, dedicaron páginas importantes a la discusión de los valores de nuestra cultura. En cuanto a la novela Kafka, Robert Musil y recientemente Günter Grass son claros ejemplos en Europa de este fenómeno que en casi todos los países, especialmente los más tecnificados, viene preocupando a los artistas e intelectuales.

En Latinoamérica, donde la literatura ha alcanzado ya su plena madurez y universalidad, y en donde esa misma cultura occidental ha derivado en algo aún más ineficaz y de segunda mano: mera repetición de fórmulas y principios, no podían nuestros escritores pasar de largo ante un hecho tan importante para el futuro del hombre en general, y para nuestros países en particular.

Dos son los escritores que me parecen los más importantes por la claridad con que han abordado la crisis de la cultura y del hombre actuales, y los límites de la razón como instrumento para guiar la vida y el conocimiento: el argentino residente hace años en París, Julio Cortázar, y el cubano Alejo Carpentier que también viviera durante largos años en dicha ciudad. Tanto el uno como el otro, aunque a partir de bases distintas, comienzan por percatarse de la radical inautenticidad de ideas e instituciones de sus propios países. En Julio Cortázar esto se ve claro ya en su primera novela, LOS PREMIOS:

"Operamos secretamente una renuncia al tiempo histórico, nos metemos en ropas ajenas y en discursos vacíos que enguantan las manos del saludo del caudillo y el festejo de las efemérides, y de tanta realidad inexplorada elegimos el antagónico fantasma, la antimateria del antiespíritu, de la antiargentinidad, por resuelta negativa a padecer como se debe un destino en el tiempo, una carrera con sus vencedores y vencidos" (LOS PREMIOS p. 320).

Las ideas aparecen expuestas por boca de Persio, que viene a ser la voz de la superconciencia argentina. La novela con pasajes muy herméticos y un lenguaje fuertemente simbólico y de una trama que recuerda a Kafka, anuncia lo que en su próxima obra RAYUELA será su preocupación fundamental: La crisis de la razón dialéctica y de la moral tradicional.

Alejo Carpentier desde su relato EL REINO DE ESTE MUNDO y los reunidos en LA GUERRA DEL TIEMPO, se mostró preocupado por lo que hay en el hombre y en la cultura de más permanente y genuino: las magias, leyendas y supersticiones afroamericanas de las islas del Caribe; y ciertas respuestas fundamentales del hombre a través de los tiempos más allá de los cambios externos. Pero es en LOS PASOS PERDIDOS donde aparecen con mayor claridad y hondura sus ideas acerca de la inautenticidad y falsedad de nuestra

---

fesión a la que él se entregó por entero. Y cómo, a pesar de todo, igual que Blondin, él, Alvarez, estaba allí en el escenario cumpliendo noblemente la tarea que se asignó por propia determinación. Y dispuesto, como el personaje —si los inconvenientes de la travesía lo exigieren—, a trepar sobre su propia cabeza.

Y a su lado aparecía un jovencito que recién se inicia en estas lides, apoyándose en la experiencia del veterano actor. Y ese joven —Luis Merino— parecía establecer junto a su tocayo Luis Alvarez, una promisoria parábola sobre la perspectiva escénica del Perú de hoy: la actual generación, plena de inquietudes y a la búsqueda de nuevas formas expresivas, proponiéndole a la experiencia de los consagrados unir sus esfuerzos para darle a la cultura artística del país el teatro que el pueblo espera y desea, aunque todavía lo ignore. Que es hoy misión fundamental del teatro en nuestras patrias americanas ofrecer una imagen del hombre actual y de su tiempo, para que las gentes aprendan —como lo dice un ilustre mexicano— a reconocerse en la realidad tangible de los escenarios. Que importa mucho eso de reconocer la propia imagen y el sentido de la época, aunque estén teñidos de miseria, de dolor y de muerte. Después de todo será tarea de los propios hombres mejorar su imagen: así en el teatro como en la vida *.

ATAHUALPA DEL CIOPPO

* Sin querer, o por deformación profesional, estas parcas reflexiones se han convertido en una serie de apuntes que el director suele ir incorporando a su diario de ensayos. Quizás ofrezcan menguado interés al espectador o al lector de la obra. Pero mis flacas posibilidades no han servido, al parecer, para otra cosa.
Como al final de las viejas comedias, me apresuro a pedir excusas al respetable, sin que eche en olvido para el caso su extremada clemencia.

civilización y de ciertos intelectuales latinoamericanos que desdeñan los valores de sus propios países y ponen los ojos en blanco ante las últimas novedades de los círculos de París:

"El tema era uno solo: París. Y yo observaba ahora que estos jóvenes interrogaban a mi amiga como los cristianos del Medioevo podían interrogar al peregrino que regresa de los Santos Lugares" (Los Pasos... p. 76)

Pero no se detiene aquí la búsqueda y el análisis de los anteriores novelistas: ambos ven en la cultura occidental ya "objetivada" e "institucionalizada", en una moral gastada y una civilización tecnológica que se ha desvinculado del hombre y a la vez lo ha dominado, el gran problema de nuestra época. Carpentier más interesado en la acción, en la conducta, ve la salida a esta encrucijada en una vuelta al pasado, a formas de vida más primitivas; Cortázar, en cambio, más interesado en los problemas ontológicos, busca la salida hacia adelante en nuevas formas de la razón y la conciencia, en lo que llama la antropofanía, el nuevo hombre que habrá superado las limitaciones del pensamiento dialéctico, binario, provisto de un nuevo órgano, "novum organum":

"Qué *epifanía* podemos esperar si nos estamos ahogando en la más falsa de las libertades, la dialéctica judeocristiana? Nos hace falta un Novum Organum de verdad, hay que abrir de par en par las ventanas y tirar todo a la calle, pero sobre todo hay que tirar también la ventana y nosotros con ella." (Rayuela, p. 616)

Pretende, como se ve, una renovación total del hombre. Además, advierte en la insuficiencia de la razón el verdadero absurdo de la existencia:

"Lo absurdo es creer que podemos aprehender la totalidad de lo que nos constituye en este momento, o en cualquier momento, e intuirlo como algo coherente, algo aceptable si quieres. Cada vez que entramos en una crisis es el absurdo total, comprende que la dialéctica sólo puede ordenar los armarios en los momentos de calma. Sabes muy bien que en el punto culminante de una crisis procedemos siempre por impulso, al revés de lo previsible, haciendo la barbaridad más inesperada. Y en ese momento precisamente se podía decir que había como una saturación de realidad" (Rayuela p. 195).

No es extraño que sea un latinoamericano quien insista con mayor vigor en esta incapacidad de la razón para resolver las crisis de la existencia. Tal vez una característica de nosotros los latinoamericanos sea, precisamente, el vivir con un exceso de emociones y sentimientos que nos sobrepasan dejándonos la mayoría de las veces en la perplejidad y el vacío. Por eso nuestra nota distintiva sea una cierta melancolía, una cierta tristeza en medio de una gran fuerza vital. Bastaría con revisar nuestra poesía para advertir este tono. Cortázar con una gran sutileza describe en una parte a Oliveira "fumando y ya perdidamente borracho, con una cara sudamericana resentida y amarga" (p. 67).

El personaje de Carpentier en Los Pasos Perdidos emprende un doble viaje: en el tiempo y en el espacio. El músico que se interna en lo más hondo de la selva venezolana en busca de instrumentos primitivos, descubre al poco una vida y una moral más auténticas. Carpentier en la línea de D. H. Lawrence, considera que el hombre moderno, occidental ha traicionado su destino. Hay que volver entonces a colocar la vida en una relación directa, orgánica con la naturaleza y los objetos que lo rodean: allí donde las palabras y los símbolos tienen una vinculación inmediata, concreta con lo mencionado y simbolizado:

"Si algo me estaba maravillando en este viaje era el descubrimiento de que aún quedaban inmensos territorios en el mundo cuyos habitantes vivían ajenos a las fiebres del día y que aquí, si bien muchísimos individuos se contentaban con un techo de fibra, una alcarraza, un budare, una hamaca y una guitarra, pervivía en ellos un cierto animismo, una conciencia de muy viejas tradiciones, un recuerdo vivo de ciertos mitos que eran, en suma, presencia de una cultura más honrada y válida, probablemente, que la que se nos había quedado allá" (Los Pasos...).

Horacio Oliveira el personaje en quien Cortázar encarna la aventura intelectual es un argentino que durante un tiempo hace su experiencia en París en compañía de otros artistas y diletantes. Horacio busca angustiosamente desprenderse de su pasado y trata de vivir la existencia a partir de otras fórmulas morales y espirituales. Para esto no trepida en ser cruel, indiferente hasta el punto de abandonar a su amante en un momento en el que se le muere su hijo en un departamento miserable de París. Más tarde es expulsado de esta ciudad y deportado a Buenos Aires como consecuencia de haber sido descubierto por la policía en una aventura sexual en plena vía pública con una *clochard*. Quería Oliveira ir más allá de todo lo comúnmente permisible, atravesar todas las barreras morales. Y se lanza en esta aventura repulsiva, conscientemente, analíticamente, pensando en Heráclito cuando el filósofo para curarse la hidropesía se hunde en el estiércol. Pero esta experiencia no cura a Oliveira ni lo hace inmune a los recuerdos y al sentimiento. Desde entonces, lo persigue la imagen de la Maga y, como en París, lo persigue la nostalgia de la vida de los seres comunes:

"Sentía como si estuviese yéndose de sí mismo, abandonándose para echarse —hijo pródigo— en los brazos de la fácil reconciliación, y de ahí la vuelta todavía más fácil al mundo, a la vida posible, al tiempo de sus años, a la razón que guía las acciones de los argentinos buenos y del bicho humano en general." (Rayuela)

En esta peripecia intelectual de Horacio volvimos a recordar muchas de las ideas que Heidegger tan agudamente exponía en El Ser y el Tiempo; su análisis del *uno*, del hombre masa que repite mecánicamente las acciones que le impone el medio, que no son sino una manera de ocultarle su destino, ese mismo destino que es capaz de vivir en forma más pura el asesino o el parricida en un acto en el cual la decisión y la valentía restituyen lo que hay de más auténtico y moral en la conducta humana. Es el mismo principio que adopta Jean-Paul Sartre cuando afirma la santidad de la vida de Jean Genet, el famoso escritor delincuente.

Pero la obsesión de Morelli es sobre todo ontológica, cognoscitiva, es la misma obsesión que ya acicatea a Persio en Los Premios:

"Sentir crecer en mi cuerpo la tercera mano, esa que espera para asir el tiempo y darlo vuelta, porque en alguna parte ha de estar esa tercera mano que

a veces fulminante se insinúa en una instancia de poesía, en un golpe de pincel, en un suicidio, en una santidad y que el prestigio y la fama mutilan inmediatamente y sustituyen por vistosas razones, esa tarea de picapedreros leprosos que llaman explicar y fundamentar." (p. 251)

Pero es fundamentalmente en RAYUELA donde Cortázar intenta su empresa de renovación total del hombre. Esta obra representa, creemos, uno de los intentos más serios en la novelística contemporánea por descubrir esas fórmulas de renovación, para lo cual no sólo se vale de sus personajes, del diario de un novelista, Morelli, que intenta un replanteo total del género en una aventura paralela a la de Joyce, sino también (y en esto, creemos, reside su auténtica originalidad) del lector mismo a quien hace participar en el juego. Intercalando capítulos sin conexión aparente, rompiendo el clímax narrativo con un chiste o un exabrupto, escribiendo con *h* todas las palabras que empiezan con vocal, pretende trizar la atención del lector, mantenerlo despierto, comprometerlo en la historia, transformándolo en otro personaje más. Creo necesario destacar la gran importancia que el humor tiene en esta obra, hasta el punto de que se convierte en parte de su filosofía renovadora, y que está destinado a romper con toda una tradición de pedantería, de tono magistral y declamatorio tan común entre nuestros escritores, políticos y académicos. El autor a través de Morelli explica la propia novela que escribe:

"Provocar, asumir un texto desaliñado, desanudado, incongruente, minuciosamente antinovelístico (aunque no antinovelesco). Sin vedarse los grandes efectos del género cuando la situación lo requiera, pero recordando el consejo gidiano *ne jamais profiter de l'élan acquis*. Como todas las criaturas de elección de Occidente, la novela se contenta con un orden cerrado. Resueltamente en contra, buscar también aquí la apertura y para eso cortar de raíz toda construcción sistemática de caracteres y situaciones. Método: la ironía, la autocrítica incesante, la incongruencia, la imaginación al servicio de nadie" (RAYUELA p. 452).

Tal vez muchos se inclinen a concluir que tanto Carpentier como Cortázar fracasan en cuanto sus personajes no logran sus propósitos. Horacio termina en una semilocura al cabo de unos días de trabajo en un manicomio; el personaje sin nombre de Carpentier no logra regresar a la selva: en ambos el peso de la herencia y de la civilización vivida es incontrarrestable. Pero tampoco era la intención de ellos escribir obras optimistas, dar soluciones a la crisis del hombre. Las dos novelas significan un magnífico intento y una madurez y soltura intelectuales sin precedentes en nuestra lengua en los últimos tiempos. Carpentier lo hace con un mayor optimismo en la acción, en los valores morales de un mundo no mediatizado y deformado por la tecnología. También lleva a su personaje a situaciones límites, enfrentándolo a la soledad y al terror de la muerte en medio de los nuevos y desconocidos peligros de la selva. Pero estas pruebas, a diferencia de la de Oliveira, ejercen sobre él un efecto de limpieza, y en cada uno de estos sacudimientos va desprendiéndose del hombre anterior y descubriendo, en su lugar, uno nuevo. Por un tiempo, siente restituido el sentido de la existencia, viviendo con máxima plenitud; pero es por poco tiempo: el demonio de la creación, los hábitos adquiridos en la ciudad comienzan paulatinamente a pugnar, y desde el fondo el hombre civilizado golpea en su conciencia. Finalmente, con el objeto de buscar material para escribir música deja la selva, ese mundo sujeto aún a los primeros estadios de la vida humana y vuelve a la ciudad donde todo es fraude y desilusión. Trata de regresar: los pasos, la entrada a la selva, a la existencia pura y verdadera, se habían "perdido" definitivamente:

"... nada de esto se ha destinado a mí, porque la única raza humana que está impedida de desligarse de las fechas es la raza de quienes hacen arte, y no sólo tienen que adelantarse a un ayer inmediato, representado en testimonios tangibles, sino que se anticipan al canto y forma de otros que vendrán después, creando nuevos testimonios tangibles en plena conciencia de lo hecho hasta hoy. Marcos y Rosario ignoran la historia. El Adelantado se sitúa en su primer capítulo, y yo hubiera debido permanecer a su lado si mi oficio hubiera sido cualquier otro que el de componer música —oficio de cabo de raza" (LOS PASOS..., p. 286).

El final de RAYUELA es aún más sombrío. Para un lector superficial es el escepticismo, el nihilismo total. Nada queda, aparentemente, en pie en esta novela; el escritor parecería empeñarse en destruirlo todo por medio de su refinada y punzante dialéctica. Horacio en su aventura destruye a los demás y se destruye a sí mismo. Conclusión: no se puede ir más allá que los límites de la azón conocida. Pero es el caso que esta novela no termina en el personaje, sino en el lector que sí ha vivido una experiencia moral y ontológica profunda, vislumbrando la posibilidad de otra forma de conocimiento, tal como en ciertos cuentos de Jorge Luis Borges donde se presiente la existencia de universos distintos regidos por otras leyes físicas y sicológicas. En el personaje de Cortázar se intuye al mutante, al hombre nuevo que vivirá y se aproximará al mundo con nuevos órganos de conocimiento y entre los cuales tal vez Horacio es la primera víctima experimental, simbolizado en su locura que, como él mismo lo dice, es una manera de fijar los sueños.

Finalmente es interesante observar cómo ambos escritores han simbolizado en la mujer los valores más puros y trascendentes. Cortázar en la Maga, personaje ingenuo, inocente que desde su ignorancia acertaba con las palabras y las acciones con más precisión que los más inteligentes y leídos. Lo mismo sucedía con la esposa de su amigo, Talita, que a veces era Talita y a veces la Maga. Carpentier materializa en Mouche y en Rosario la falsedad, la ignorancia; y la sabiduría y la verdad, respectivamente. No está demás recordar que en su última novela EL SIGLO DE LAS LUCES, Sofía representa, como su nombre, la sabiduría. En el caso de Cortázar, siempre lleno de signos polivalentes es posible que la Maga como instrumento último, signifique también la reversión total de su teoría y la trampa definitiva para el lector. Quizás la Maga que es la cordura, el personaje común, sea la solución definitiva para Horacio que hasta el final vive obsesionado por el recuerdo y la nostalgia de la Maga; es decir, anhelando la simplicidad de los seres sencillos, un poco de reposo para su mente y

A propósito del libro de Germán de Granda sobre Puerto Rico*

Lo que mejor revela la importancia del libro de Granda para Puerto Rico y lo oportuno de su publicación es el tipo de reacción que ha provocado. En general, lo primero que se percibe, al leer cualquier reseña escrita por un puertorriqueño, es la posición política del autor ante nuestro *status* político. El libro se enjuicia desde el punto de vista de la solución que favorece: la independencia, la estadidad o el llamado estado libre asociado. El hecho muestra, una vez más, que Puerto Rico vive obsesionado —como debe vivir para no morir— por el angustioso problema de su destino político. Prueba cuán cierta es la observación de Bernard Shaw en el Prólogo a JOHN BULL OTHER ISLAND sobre la condición espiritual de un pueblo sometido a otro: 'Una nación conquistada es como un hombre con cáncer: no puede pensar en otra cosa... Todas las demostraciones sobre la virtud de un gobierno extranjero son tan inútiles como las demostraciones en cuanto a la superioridad de los dientes postizos, los ojos de vidrio, las tráqueas de plata o las piernas de palo sobre los productos naturales.' Puerto Rico padece de la angustia que provoca la supresión del sentimiento nacional. El tema de este libro, *la interferencia lingüística del inglés sobre el español*, o sea el bilingüismo, es el problema que con más claridad refleja la sorda, tenaz y pasiva lucha del puertorriqueño por sobrevivir. Porque sabe que en la conservación de la lengua española le va la vida como pueblo.

El sociólogo uruguayo Carlos Rama apunta, en un excelente juicio sobre el libro: [1] 'Tal vez ha faltado una valoración crítica más que la exaltación o la detracción... un examen que parta de un punto de vista independiente, no comprometido políticamente en el inmediato plano puertorriqueño'. Tiene razón. Pero un puertorriqueño no puede enjuiciar el libro fuera de la posición política que asume ante el problema vital de la liquidación de la colonia. Los partidarios de la independencia seguirán defendiéndolo y los partidarios de la estadidad y del estado libre asociado —que no es ni estado, ni libre, ni asociado— continuarán atacándolo. Y es porque Granda, sin proponérselo, ha escrito un alegato a favor de la independencia. Sus conclusiones revelan que si Puerto Rico no se libera pronto del régimen colonial, morirá como pueblo.

Es de interés señalar —hecho que merecería un comentario aparte— que algunos de los trabajos más penetrantes sobre la realidad puertorriqueña publicados en los últimos años son de extranjeros: PUERTO RICO: FREEDOM AND POWER IN THE CARIBBEAN, Gordon Lewis, 1963; PARTY POLITICS IN PUERTO RICO, Robert Anderson, 1965; PUERTO RICO: A LAND ROBBED OF ITSELF, M. S. Arnoni, 1966; LA VIDA, Oscar Lewis, 1966 [2]. Ahora, TRANSCULTURACIÓN E INTERFERENCIA LINGÜÍSTICA EN EL PUERTO RICO CONTEMPORÁNEO, el más importante. Por dos razones: está escrito en español, lo que le permite llegar a mayor número de puertorriqueños que los otros, y analiza, según apuntamos ya, el problema que de modo más obvio delata la tragedia colonial de nuestro país: el bilingüismo, la posible pérdida o deformación del español y la desaparición, como resultado, de la cultura puertorriqueña.

Desde que Puerto Rico pasó a ser posesión de Estados Unidos se inició el experimento de convertir en pueblo bilingüe al pueblo puertorriqueño. Se percibe, según apunta Granda, a través de todo el sistema de instrucción impuesto a la isla, el designio de, por medio de la educación masiva en inglés, formar la población puertorriqueña como *good american citizens*. No ha habido tregua en la larga batalla entre el español y el inglés. Puerto Rico, que vive en la indecisión en cuanto a tantas cosas fundamentales para su supervivencia, ha sabido luchar, hasta ahora, por la conservación de su lengua. La lucha ha sido en todos los frentes. Una infortunada decisión del Tribunal Supremo de Puerto Rico en 1948 no permitió poner en vigor la ley de 1945 de la Legislatura Insular decretando el uso exclusivo del español en las escuelas públicas incluyendo la Universidad. La decisión de usar el español tuvo que hacerse a nivel administrativo por el Departamento de Educación. —Ya en 1942 el Consejo Superior de Enseñanza había recomendado la enseñanza en español en la Universidad—. A pesar del establecimiento de esta norma dos facultades de la Universidad —Medicina y Odontología— y gran número de las escuelas privadas, laicas y religiosas, utilizan el inglés como vehículo de enseñanza. No se exagera al afirmar que en Puerto Rico hay dos sistemas educativos: el que fija el gobierno insular y el que fijan, por su cuenta, las escue-

* **Transculturación e interferencia lingüística en el Puerto Rico contemporáneo (1898 - 1968).** Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1968.

1 **La Escalera**, Vol. III, Nº IV, marzo 1969. Río Piedras, Puerto Rico.

2 Joaquín Mortiz acaba de publicarlo en español.

---

sus huesos cansados de tanta búsqueda e interrogación.

Creo que no podría dar término a las referencias a este libro tan rico y casi inasible en su complejidad sin decir algo de ese otro personaje tan importante como Oliveira, el lector, es decir, yo en este caso. Como personaje de este libro, he vivido una de las experiencias más fascinantes, tironeado por innumerables estímulos, sintiéndome en la inminencia, como nunca antes, de estar en la víspera de cambios fundamentales en la naturaleza humana. No hay vuelta, hemos comenzado otra nueva etapa cartesiana, hay que partir otra vez clavando al insecto "todo-lo-conocido" con una aguja en los pies y otra en mitad de la frente.

JAIME VALDIVIESO

las privadas. Los de menos recursos económicos son los que están obligados a seguir la política oficial. Los que disfrutan de mejor posición económica pueden educarse al margen y en contra de la política oficial. Hay que recalcar que el Departamento de Educación trabaja bajo la presión constante de numerosos grupos que insisten en que no se da al inglés la atención que merece como *segunda lengua* del puertorriqueño. Por este enjuiciamiento continuo del uso del español y el aprendizaje del inglés la escuela puertorriqueña ha centrado su mayor esfuerzo en el bilingüismo, desatendiendo aspectos vitales de la educación. No hay filosofía educativa. No puede haberla bajo la colonia. La escuela no sabe para qué educa al niño: si para ser puertorriqueño o para ser norteamericano. Dos lealtades contradictorias no pueden provocar más que confusión —Dos constituciones, dos himnos, dos banderas, dos sistemas jurídicos, dos lenguas—. El bilingüismo es el cuco de la educación puertorriqueña, la más grave, peligrosa y obvia de las manifestaciones de la colonia. Un país en que se pone en tela de juicio el uso de la lengua vernácula como vehículo de enseñanza es un país en peligro de perecer.

En 1956, en otra decisión infortunada, el Tribunal Supremo de Puerto Rico declaró —al ordenar la inscripción en el Registro de la Propiedad de un documento en inglés— que en Puerto Rico hay dos lenguas oficiales: el español y el inglés. Sólo en 1965 se percató el Tribunal de la importancia de la lengua española como medio vital para conservar la personalidad puertorriqueña. Cuando un abogado norteamericano solicitó —basándose en la misma ley en que se apoyó la decisión de 1956— la tramitación en los tribunales insulares de los procesos en inglés[3] el Tribunal decretó, por unanimidad, en una histórica sentencia que sorprendió hasta a los más optimistas: 'Es un hecho no sujeto a rectificaciones históricas que el vehículo de expresión, el idioma del pueblo puertorriqueño —parte integral de nuestro origen y nuestra cultura hispánica— ha sido y sigue siendo el español [...] el medio de expresión de nuestro pueblo es el español y ésa es una realidad que no puede ser cambiada por ninguna ley.'

Los antecedentes históricos que señalo explican por qué el autor, al estudiar la lengua de Puerto Rico, se ve obligado a señalar las circunstancias que provocan el problema y le mantienen vivo. Por qué uno de los mejores medios para comprender la historia de nuestro país en lo que va de siglo es el estudio, en orden cronológico, de los planes del Departamento de Educación. Estos antecedentes también explican la violenta reacción que ha producido el libro.

Granda hace una síntesis de los problemas que constantemente se plantean los puertorriqueños conscientes de que en la lucha que sostenemos está en juego nuestra supervivencia. Según acertada frase del prologuista Rafael Lapesa: 'Nos hace asistir a la infiltración de ideas, hábitos mentales, formas de vida y estructuras propias de una sociedad, que desfiguran la personalidad de otra y que penetran hasta lo más revelador de su alma: la lengua.' Para el estudio del propósito que persigue divide la historia de Puerto Rico, a partir de la dominación norteamericana, en dos períodos: 1898-1940 y 1940-actualidad. En el primero queda incluido el país en la órbita económica de Estados Unidos, se inicia la política de asimilación cultural: imposición del inglés en el sistema educativo, transformación del sistema legal, etc. En el segundo. con el Nuevo Trato, el triunfo del Partido Popular, y la industrialización, 'aumenta la dependencia existencial y psicológica del puertorriqueño respecto a los Estados Unidos, se asienta definitivamente la mentalidad norteamericana y el país adopta, en general, una actitud conservadora por temor a alterar el *status quo*'. Estima que el proceso de transculturación fue lento de 1898 a 1940 y acelerado a partir de 1940. 'La profundidad, amplitud y velocidad de la transculturación posterior a 1940 han producido un estado de desintegración social y de atonía psicológica cuyas manifestaciones son cada vez más perceptibles.' Manejando una bibliografía impresionante —que demuestra cuánto nos preocupa el problema— el autor discute, entre otras cosas: el cambio de valores que ha sufrido nuestra sociedad bajo el imperio de la cultura extraña de la nación poderosa que la domina; la hostilidad a la inteligencia y su posición marginal porque se percata y hace frente al proceso de asimilación, cada vez más intenso; la condición de los medios de comunicación que sirven, cada vez menos, a los intereses puertorriqueños ... Considera que la actitud predominante frente al español, en casi todos los estratos y agrupaciones, salvo grupos marginales, como los intelectuales y los campesinos de la zona cafetalera, es de 'franca minusvaloración, considerándose en cambio prestigioso, por diferentes pero coincidentes motivos, el inglés.'

Uno de los aspectos más interesantes del libro de Granda es su juicio sobre los medios de comunicación: 'Desgraciadamente y exceptuando pocos casos, la prensa, radio, T.V. y cinematografía de la Isla presentan un exponente tristemente perfecto de las cualidades más mediocres de estos mismos productos en su versión metropolitana estadounidense'. Dice de los cuatro periódicos principales, tres en español, El Mundo, El Imparcial y El Dia, y uno en inglés, The San Juan Star: 'Todos ellos participan (San Juan Star en menor proporción) de caracteres comunes como son la adulación, publicitariamente orientada, a las cualidades y aptitudes más abiertamente mediocres ... premeditada ignorancia de temas como literatura, arte, filosofía ... predominio de temas centrados sobre la vida norteamericana, frecuentemente en sus aspectos más superficiales'. Considera El Mundo "el órgano representativo de la actitud conservadora y oligárquica insular, caracterizada, como es natural, por sus sentimientos de identificación con los Estados Unidos y todo lo que ellos representan desde el punto de vista de la extrema derecha". Descalifica El Dia como órgano informativo por ser exclusivamente órgano del asimilismo insular. Ve a The San Juan Star como portavoz de la sociedad «liberal» e «ilustrada» señalando su actitud 'paternalista frente a los asuntos insulares, medidos y juzgados siempre por criterios exclusivamente norteamericanos'. No puede ser de otro modo. El

3 Vale señalar que hay dos clases de tribunales en Puerto Rico: el insular y el federal. En este último, donde se celebran, entre otros, los procesos por negarse a cumplir la ley del servicio militar obligatorio, se usa la lengua inglesa exclusivamente.

MUNDO y THE SAN JUAN STAR pertenecen a cadenas de periódicos norteamericanos y EL DIA es propiedad del líder estadista Luis A. Ferré, electo Gobernador en las últimas elecciones. Granda sólo salva, en algunos aspectos, EL IMPARCIAL. Desgraciadamente su juicio ya no tiene vigencia. Después de escrito el libro una reorganización eliminó al mejor comentarista político, César Andreu Iglesias, independentista radical, y designó Administrador Ejecutivo a un norteamericano. Tampoco es ya válido lo que dice de la WIPR-Radio y WIPR-TV: "Felices excepciones en este panorama desolador cuya calidad artística, selección de material e imparcialidad informativa son admirables..." Desde la elección reciente de un Gobernador estadista se están convirtiendo en órganos de propaganda de la estadidad. Se han suprimido los programas de discusión —*Ante la Prensa, Puntos de Vista.* Se censuran los programas y se ha prescindido de los servicios de los independentistas y los disidentes.

La prensa puertorriqueña adolece de todos los males de la prensa desde que se convirtió en gran empresa (*big business*) y de los males adicionales inherentes a la condición política de la colonia que es Puerto Rico. El problema de todo periódico en una democracia, cómo armonizar la libertad de prensa con la responsabilidad, se agudiza en la colonia, que es, por su propia naturaleza, la negación de la democracia. La prensa en Puerto Rico no puede cumplir ninguna de las dos funciones principales de la prensa: informar y educar, porque está totalmente del lado del *establishment* y sólo recibe noticias de agencias norteamericanas. Es hostil a los que expresan puntos de vista minoritarios. No da importancia y tergiversa o menosprecia la opinión de los disidentes, de las ideologías que implican críticas al *status quo.*

La prensa en Puerto Rico no es leal a los valores puertorriqueños. No puede serlo. Es leal al régimen colonial, a las instituciones que le permiten continuar siendo gran empresa. Teme a la inteligencia, soslaya la discusión, simplifica todos los temas para evitar controversias. No tolera la crítica. Ve al inconforme como enemigo de la sociedad. Uno de los factores que más han contribuido a la 'progresiva marginación de la *intelligentsia* literaria, cada vez menos influyente', según apunta Granda, es que la prensa ha desterrado, con contadísimas excepciones, al escritor puertorriqueño. El escritor nuestro, como el de todas partes, sobre todo hoy, y en una colonia, es un crítico de la sociedad, un disidente, un hombre que no confunde la ley con la justicia —la ley es el *estado libre asociado*, pero no es la justicia—. Es un vocero de la libertad. Sabe y lo dice que Puerto Rico no puede sobrevivir como pueblo si sigue sometido a la presión continua del país poderoso que le domina, el más poderoso que conoce la historia. Sabe que la cultura de un pueblo se forja día a día, que su calidad y fortaleza dependen de la calidad y fortaleza del espíritu de los que la viven y forman, y que la colonia tiende a destruir el poder creativo de los que la padecen, les hace sentirse inferiores. Sabe que para ser puertorriqueño hay que ser políticamente libre.

La prensa de Puerto Rico no es puertorriqueña. O es abiertamente norteamericana, por su lengua y su actitud, como THE SAN JUAN STAR, o es norteamericana disfrazada de puertorriqueña, como EL MUNDO, EL IMPARCIAL y EL DÍA. Vale aclarar que el mejor de los periódicos es THE SAN JUAN STAR. No sólo porque está mejor hecho como periódico sino también porque su posición de auténtico norteamericanismo le permite ser más liberal. Sabe que es norteamericano. No pretende ser puertorriqueño. Una prensa colonial o colonizada no tiene interés en dar a conocer la opinión de las minorías. No puede permitir el uso de la palabra escrita para ayudar a destruir la colonia. Porque aunque abogar por la independencia es permisible en Puerto Rico como cuestión de ley, no lo es como cuestión de hecho. El independentista es visto como un subversivo, un perturbador del orden social. La palabra «separatista», que usan ya muchos periódicos para designar al puertorriqueño que no acepta ni el llamado estado libre asociado ni la estadidad, delata el verdadero concepto que hoy se tiene del que defiende la independencia: un traidor que quiere separarse de su «nación», como si Puerto Rico fuera parte integrante de Estados Unidos y el puertorriqueño un norteamericano auténtico. ¿Cómo puede «separarse» de Estados Unidos un país que no es un estado de Estados Unidos? (Es elocuente esta confusión entre *separatista* e *independentista*).

La prensa en Puerto Rico no puede contribuir a formar opinión pública, ni ayudar a nuestro pueblo a tomar conciencia de su destino. La opinión pública nace del diálogo de las voces más conscientes y representativas de un país, y aquí, a la mayoría de los que se atreven a pensar con su cabeza, se les niega acceso al periódico. Mal puede ayudar a nuestro pueblo una prensa que va siendo cada vez menos representativa de lo que es Puerto Rico. No puede hablar por un pueblo una prensa que le niega el derecho a la libertad. Como la radio y la televisión están bajo el dominio de las autoridades federales, no se exagera al decir que el verdadero Puerto Rico, el que sólo parece ser visible a los que desean que sobreviva como pueblo, el Puerto Rico que puede ser sujeto de la historia, tiene cada día menos probabilidades de dejar oír su voz, una voz angustiada, la voz de un pueblo que no quiere morir. Sólo se oye en algunos periódicos pequeños de vida precaria y poca circulación.

La prensa está tan al margen de la auténtica realidad puertorriqueña que en el mañana el historiador, al utilizarla como fuente para el estudio de la época, lo primero que ha de tomar en cuenta es que no representa los intereses puertorriqueños, no sabe separar los intereses de Puerto Rico de los de Estados Unidos. Es una apologista de la colonia.

Granda concluye: 'Como consecuencia de todos estos factores: psicológicos, socio-económicos y culturales, creo factible colocar a Puerto Rico en la categoría de «zona histórica periférica" por su aislamiento cultural del resto de los países hispánicos y su sometimiento en el interior a un proceso de transculturación intensísimo, provocado por la presión de una sociedad tan poderosa e influyente como la norteamericana y orientado hacia la eliminación de su personalidad cultural'.

Puerto Rico sufre la crisis más grave de su historia, agravada, después de la publicación del libro de Granda, por la elección de un gobernador estadista que ya se ha dirigido en inglés a una asociación puertorriqueña. Nunca han tenido aquí las minorías una respon-

El cronista don Felipe Guaman Poma y los manuscritos hallados en el pueblo de Chiara

En 1948, Raúl Porras Barrenechea publicó un brillante estudio sobre el cronista don Felipe Guaman Poma de Ayala en el cual, después de haber analizado hechos y confrontado fuentes contemporáneas, formuló serias observaciones que ponían en tela de juicio su presunta genealogía y su condición social.

Según Porras, había que disipar las dudas razonables que se cernían sobre las afirmaciones autobiográficas del cronista y revisar más detalladamente el contenido de su obra para establecer su verdadero valor histórico y moral separándolo de las referencias anecdóticas [1].

Ante los planteamientos deducidos, el autor de este artículo se abocó principalmente a verificar las huellas biográficas del cronista, para establecer si realmente nació en el pueblo de Sondondo y si tuvo cargos, como afirma, en la provincia de Lucanas y también para averiguar su condición social: si fue hombre común o realmente un aristocrático descendiente de los Yarovilca Allauca Guanuco, entroncado con la elite incaica. Pero en estas investigaciones se avanzó poco; en los pueblos que afirma haber recorrido el cronista no se guardaba memoria de él. Guamán Poma debió ser uno más de aquella gente trashumante que recorría los pueblos, sin más incidencias que los pleitos aldeanos e intrascendentes.

Posteriormente, cuando en busca de nuevos datos visitó la ciudad de Ayacucho, revisó allí dos importantes publicaciones, verdaderamente de carácter sensacional sobre la vida del cronista; que por su circulación local no habían llegado al conocimiento de los estudiosos del resto del país.

Ahora que el JOURNAL DE LA SOCIETÉ DES AMERICANISTES prepara una reedición facsimilar de la obra del cronista, hemos creído oportuno reproducir parte de estas publicaciones y aventurar algunos comentarios sobre la importancia de las mismas.

En 1954, el ilustre canónigo Elías Prado Tello, actual Obispo Coadjutor del Arzobispado del Cuzco, en el quincenario EL ESTANDARTE CATÓLICO de Ayacucho [2] publicó tres curiosos dibujos, con sus respectivas leyendas, según él tomados de un "manuscrito Antiguo"; evidentemente vinculado a los problemas legales que tuvo el cronista Guaman Poma en el pueblo de Chiara. Posteriormente, en 1955, el distinguido franciscano Fray Pedro Mañaricúa publicó a su vez, en la Revista HUAMANGA [3] la parte final de otro manuscrito, el cual contenía una sentencia contra el mal afortunado cronista que daba por tierra con sus pretensiones nobiliarias y lo situaba entre la gente común y corriente del pueblo de Chiara.

En la publicación hecha por el Obispo Prado Tello, el primer dibujo corresponde a la fundación de la "ciudad de Guamanga", el segundo a la persona de don Martín Guaman Mallqui de Ayala, y el tercero a la de don Juan Tingo copropietario de las "moyas y alisos" del valle de Chupas. El valor de estos documentos está precisamente en que guardan estrecha relación con el contenido de la Nueva Coronica y Buen Gobierno escrita por el cronista.

El primer dibujo casi indescifrable, representa un croquis de la antigua ciudad de "Guamanga" con la siguiente leyenda:

La ciudad de Guamanga cuadrada y amojonada por los vecinos primeros fundadores que tomó de las tierras de D. Juan Tingo y D. Martín de Ayala amojonados de los ingas y quedó todo el valle de Chupas para ellos hasta hoy [4].

1 **El Cronista indio Felipe Huaman Poma de Ayala.** Lima, 1948.

2 30 de abril de 1954. En el mismo quincenario, publicó un pedimento de Guaman Poma y otros el 15 de octubre de 1952.

3 Año XX, Nº 85, Ayacucho, abril de 1955. Esta publicación está suscrita por "Minimus" seudónimo del indicado franciscano.

4 Monseñor Prado Tello dice que: "El número 9 que aparece en el manuscrito se confunde con el 4, por esto algunos peritos (?) que examinaron el documento histórico que venimos refiriendo opinan... que Martín Guamán padre del cronista ayacuchano Felipe Guamán Poma de Ayala, haya delineado primero los perfiles de nuestra ciudad en 1534, que éste fue el que recibió a los españoles en Cajamarca y presenció la fundación de las ciudades primeras del Perú" (**El Estandarte Católico.** 30.IV.1954 Nº 1331).

---

sabilidad histórica tan grande ni menos recursos para hacerle frente. De lo que esta minoría pueda hacer y de la resistencia del pueblo al llamado bilingüismo, de su lucha pasiva para conservar el español, depende nuestra supervivencia como pueblo. El hecho que más ha contribuido a mantenerlo vivo es la lengua. No es accidental que el libro que en los últimos años ha provocado las más apasionadas discusiones, sea un estudio de los problemas que confronta el español en Puerto Rico.

Hay que buscar los medios de crear una prensa puertorriqueña, una prensa que hable por Puerto Rico, que ayude a nuestro pueblo a tomar conciencia plena de la situación. Una prensa que pueda llevar nuestra angustiada voz, clamando, como Unamuno, *mi yo, que me arrebatan mi yo'*, a todos los países de América Latina, comunidad espiritual a que pertenecemos, para que nos ayuden en la *colosal tarea* —frase de Carlos Rama— de salvarnos.

NILITA VIENTOS GASTON

En el manuscrito de Guaman Poma, se lee a su vez en la reseña que hace de esta ciudad lo que sigue:

"Guamanga lo fundó el capitán Capac Apo don Martín de Ayala y don Hernando Cacyamarca y tuvieron casas y chácaras estancias en Santa Catalina de Chupas don Martín de Ayala y Juan Tingo" (1080).

El segundo dibujo publicado representa a don Martín de Ayala de cuerpo entero, con la misma indumentaria que el cronista le atribuye en su obra al Capitán Capac Apo Guaman Chava (165).

Martín de Ayala aparece con la indicada indumentaria en varios pasajes de la obra del cronista. Recibiendo a Pizarro en Tumbes (375), al lado del príncipe Atao Wallpa en Cajamarca (384) y, después, venciendo al rebelde español Francisco Hernández Girón (432).

Ahora bien ¿Qué relación hay entre ambos dibujos? ¿Cuál es la cronología de los mismos? ¿Son ambos de la misma mano del cronista? Dejamos a los estudiosos especular sobre estas cuestiones y a los artistas que estudien la técnica de ambos modelos.

Al pie del dibujo, el obispo ayacuchano trascribe la siguiente leyenda,

Don Martín de Ayala señor y gobernador fue el primer conquistador y poblador de Guamanga y fue hijo y nieto de mayores señores de estos reinos y señor del valle de Chupas y de los primeros que recibió a los cristianos en Caxamarca y el primero que recibió la nuestra santa fé católica y [el] primero que se bautizó y se casó y recibió el cuerpo de nuestro Señor ha cincuenta años y [el] primer hermano en la Cofradía y hermano de la Limpia Concepción y sirvió a su magestad en las guerras cuando se rebeló contra la Corona real de su magestad Jerónimo Pizarro con don Diego Centeno en Guarinapampa en el Collao de la batalla de Francisco Girón con los Oidores de Pucará en el Collao de Hernando Pizarro con don Diego Almagro el viejo en Jaxaguana la batalla de Francisco Hernández con el Mariscal don Alonso Alvarado de Chuquinga la batalla de Vaca de Castro con don Diego de Almagro el mestizo ha servido en todas estas guerras que están declaradas a su magestad y sirvió y fue por Capitán General a la entrada de Vilcabamba [y] conquista de los ingas por mandato de don Francisco de Toledo Visorrey de estos reinos y despues sirvió a Dios nuestro Señor en su santa casa más de treinta años sin el interés en el hospital de los naturales y dejó por señor y heredero legítimo a su hijo legítimo don Felipe Guaman Poma y a don Diego de Ayala y a todos sus nietos indios hijos de Guaman Poma.

Guaman Poma confirma las referencias contenidas en esta leyenda. En su crónica dice: que efectivamente, su padre don Martín Guaman Mallqui de Ayala fue uno de los fundadores de la ciudad de Guamanga (1080) y que sirviendo siempre a la causa realista participó en las batallas de "Chupaspampa uaraco urco", contra Almagro el Mozo (413, 736); en Guarinapampa contra Gonzalo Pizarro (16), en Chuquinga contra Hernández Girón (433) y posteriormente contra el heroico reducto Inca de Vilcabamba (460, 903). Después de estas épicas aventuras, refiere el cronista que su padre sirvió humildemente en el hospital de los naturales en el Cuzco y Guamanga (75, 1078), muriendo a los "ciento cincuenta años de edad", dejando como heredero a su hijo legítimo Felipe Guaman Poma y a sus demás hijos Melchor, Diego y Martín de Ayala (76).

El tercer dibujo que no es posible reproducir por ser muy oscuro, presenta de cuerpo entero a la persona del curaca don Juan Tingo, con la reseña siguiente:

D. Juan Tingo nieto de los principales indio Caviña Conga Churi indios del capitán Peña ahora de su magestad y señor del Valle y pueblo de Chupas de enmedio con D. Martín de Ayala el primer su abuelo el que ganó el valle de Chupas fue Apo Gualpa Sauñi y sucedió después Apo Turu Gualpa sucedió después Apo Riccrique Gualpa sucedió Apo D. Juan Guaman Llapa segunda persona en la conquista de este monte con don Martín de Ayala y sucedió su hijo legítimo Apo D. Juan Tingo segunda persona con don Felipe Guaman Poma y sucedió la hija legítima de D. Juan Apo doña Inés Coca con D. Diego de Ayala y señor los dos señores del pueblo de Santa Catalina de Chupas y de todo el Valle y tierras y árboles y montes y mojones del Valle de Chupas tienen de medio y ha estado en posesión desde los ingas y desde la conquista Apo Tincaquimbo fue muy valeroso capitán y ganó las tierras de todo el Valle de Chupas con su fuerza y armas peleando diez años con los indios Angareas... D. Juan Guaman Llapa y su hijo legítimo D. Juan Tingo han servido a Dios y a su magestad en lo que se ha ofrecido y fue cacique y segunda persona y Alcance Mayor y Alcalde Ordinario y otros oficios en servicio de su magestad en la guerra de Chupas que se rebeló contra la corona real de su magestad D. Diego de Almagro mestizo con Vaca de Castro en Guaraco en sus tierras juntamente con don Martín de Ayala subiendo con sus haciendas y comidas a su costa y cararicos y mitas servicios de sus personas y de ello quedaron pobres y murió de ochenta años don Juan Guaman Llapa y don Juan Tingo murió de sesenta años y dejó por heredera y legítima y señora a su hija doña Inés Coca y a don Felipe Guaman Poma...

En su crónica, Guaman Poma confirma la existencia de este personaje y ratifica el hecho que don Juan Tingo era "Caviña inga" y que también había peleado por la causa realista en la batalla de Chupaspama y que con su padre don Martín Guaman Mallqui eran poseedores de las estancias y chácaras del valle de Santa Catalina de Chupas (413).

Ahora bien, después de las reseñas expuestas, cabe la pregunta, ¿qué grado de confiabilidad merece el manuscrito utilizado por el Obispo Prado Tello? Para nosotros, después de la confrontación que hemos hecho con el manuscrito del cronista, estamos seguros que se trata de un documento auténtico. Por otra parte, ¿cuál es la extensión del indicado manuscrito y su respectivo contenido? No lo sabemos. Unicamente podrá salirse de esta duda, cuando el distinguido Obispo ayacuchano que lo posee, resuelva publicarlo o donarlo a una institución científica para su correspondiente análisis y estudio.

Mientras tanto, pensamos que este manuscrito forma parte de los papeles de la Comunidad del pueblo de Chiara, que debió guardarlo para acreditar su derecho a las tierras del importante Valle de Chupas, sobre cuya propiedad el cronista litigó tenazmente, sosteniendo que estas tierras le pertenecían por "justo título y posesión" desde "que Dios fundo la tierra" (904).

El cronista afirma que ganó el juicio sobre la posesión de estas tierras y que el Licenciado Montalvo lo estableció en ellas dentro de los mismos límites que había tenido en tiempo de Topa Inga; pero que después el corregidor don Pedro de Rivera, sin "obedecer esta ejecutoria" envió a dos escribanos para que discutieran su derecho. Lo que ocurrió después el cronista no lo dice, pero su amarga frase si "esto se hizo conmigo ¿qué se hará con los otros pobres?" revela que aquella "justicia de palo" que tanto critica, debió haber dado al tras-

te con el derecho que tenía a las tierras del Valle de Chupas.

La publicación que hizo el ilustre franciscano Mañaricúa en la Revista indicada, parece darnos la respuesta a este lamento del cronista.

El citado investigador refiere que inesperadamente cuando buscaba nuevos datos sobre la vida de este autor, llegó a sus manos "un legajo de 20 fojas ilustrado con multitud de dibujos", todo él muy "mal cuidado y emborronado por la humedad" que habría sufrido en "alguna choza del pueblo de Chiara".[5]

Este documento, también auténtico, en su última parte contenía una "sentencia" contra el cronista. Afirmaba que era hombre "pobre y fugitivo" que no le pertenecían las "lomas de Chiara", que era "embustero" y se hacía pasar por "cacique", que llamándose "Lázaro" usaba el nombre supuesto de "Felipe", por cuyas razones y otras, fue condenado al ostracismo del pueblo de Chiara y al pago de una multa de doscientos pesos.

Siendo este documento de singular importancia para el estudio biográfico del cronista, lo transcribimos a continuación e íntegramente tal como fue descifrado por el erudito franciscano.

5 Este legajo, se ha perdido nuevamente. No obstante las arduas pesquisas en Ayacucho, no ha sido posible hallarlo.

El Capitán Capac Apo Guaman Chava. (NUEVA CORONICA Y BUEN GOBIERNO, 165 (1613-1615?)

Don Martín de Ayala. "Cacique principal y gobernador del pueblo de Santa Catalina de Chupas y sus mojones y alisos..." (MANUSCRITO DE CHIARA. (1595-1599?)

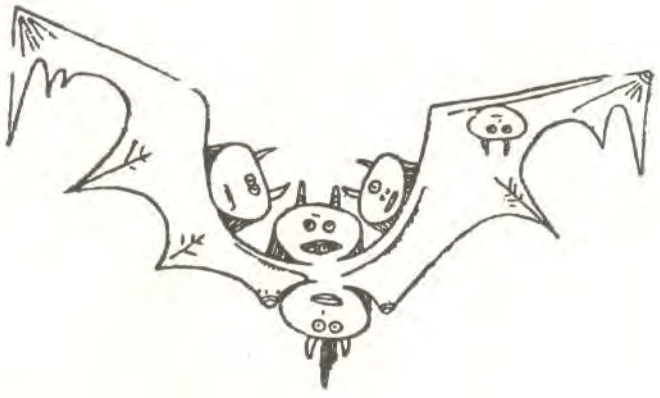
"Visto este proceso, fecho sobre las tierras del Valle de Chupas, llamadas Chiara entre partes don Felipe Huamán Poma actos y reos los Indios Chachapoyas en lo tocante a las dichas tierras... etc. Fallo que atento a los autos y méritos de este proceso debo declarar y declaro que dicho don Felipe Huamán Poma, que por otro nombre estaba, averiguado llamarse Lázaro. Y que el dicho don Domingo Yaules Cacique de los Chachapoyas, probado bien y cumplidamente lo que probarle convino, en cuya consecuencia, debo adjudicar y adjudico todas las dichas tierras de la dicha loma de Chiara que le fueron repartidas conforme la ejecutoria por su parte en esta causa presentada, las cuales goce y posea él y los demás indios Chachapoyas a él sujetos, sin que ninguna persona les inquiete so pena de ser castigados por todo rigor de derecho, los cuales dichas tierras las poseen conforme a la posesión que de ellas tienen tomadas de bajo de los linderos que en ella se declaran y porque el dicho Lázaro, Indio pobre y fugitivo condenó en las costas al dicho don Domingo y demás indios las paguen como Cacique y Comunidad, conforme arancel de España, y por esta mi sentencia juzgando así lo pronunció y mando al Licenciado Gaspar Alonso Rivero. Pronunciación. — Dada y pronunciada fué esta sentencia por el licenciado Gaspar Alfonso Rivero, Teniente Corregidor y Justicia Mayor en esta ciudad de Guamanga estando en Audiencia Pública en diez y ocho días del mes de Diciembre de mil seiscientos años, siendo testigos Pedro Jerónimo de Cárdenas y Juan Pacheco. Juan Teruel.— Ante mi.— Juan Sánchez, escribano de su Majestad y Público.— En Guamanga en diez y nueve días del mes de febrero, digo.— de Diciembre de mil seiscientos años.— Yo el Teniente Escribano leí y notifiqué esta sentencia a Pascual Sánchez, Protector General de los Naturales de esta ciudad y su jurisdicción en nombre de Felipe Huamán Poma, siendo testigos Juan Alonso Torres Fernández y Pedro Jerónimo Cárdenas y de ello doy fe.— Juan Sánchez Escribano de su Majestad y Público.

En la ciudad de Guamanga en diez y ocho días del mes de Diciembre de mil seiscientos años, el Licenciado Gaspar Alonso Rivero, Teniente de Corregidor y Justicia Mayor en esta dicha ciudad y su Jurisdicción, dijo: que por cuanto de dicha sentencia en esta causa dada. Don Felipe Huamán Poma, que por otro nombre esta averiguado llamarse Lázaro, está declarado por no parte en ella y por la información: que criminalmente contra él esta hecha a pedimento de los Indios Chachapoyas, consta y está probado ser Indio humilde, y por enbustero se intitula Cacique, y sin ser Cacique ni principal sujeta algunos indios a que siempre ha procedido, ha pretendido oficios y ser indio de mala inclinación y todo lo demas que (aqui una o dos palabras ilegibles).— Dijo que por este su autor condena y condenó a el dicho Lázaro Indio en doscientos pesos los que se dieron publicamente, advirtiendo saber los delitos este Pregón, para que a él sea su castigo y a otro ejemplo y más le condena en dos años de destierro de esta Ciudad y seis leguas a la redonda y no los quebrante so pena de cumplirlos doblados, demás de ser castigado con rigor y así lo pronunció y mandó por este su auto definitivamente juzgado y en cuanto a las costas y fechas en los tocantes los autos y así lo determinó, condenando las costa a él dicho Indio Lázaro y firmóle el siete de Diciembre, el Licenciado Gaspar Alfonso Rivero.— Ante mí, Juan Sánchez, escribano de su Majestad y Público.— En la ciudad de Guamanga en diez y nueve días del mes de Diciembre mil seiscientos años.— Yo el pte. y escribano leí y notifiqué el auto, contenido de esta parte a Pascual Sánchez, Protector de los Indios Naturales de esta ciudad y su jurisdicción, siendo testigos Juan Alonso Fresno y Francisco Martínez y Pedro Jerónimo Cárdenas".

Ahora bien, ¿qué confianza histórica merecen los términos de esta sentencia? El proceso, ¿no séra todo él un amaño para silenciar al cronista? No lo sabemos. Pero la queja permanente y la cáustica crítica a la justicia española parece revelar que el cronista fue víctima de aquellos procesos fruto de la envidia y las rivalidades pueblerinas o de aquellos otros, donde por presiones políticas se usa la justicia como instrumento de represalia para mancillar honras. Algo de esto se sospecha en el indicado proceso, porque de otro modo no se explica tanto ensañamiento en sus términos para condenar al altivo cronista.

Tal vez si en esta afrentosa sentencia, debe buscarse la razón del códice escrito y dibujado por el cronista, porque todo él trashuma lamento, alegato y burla; en sus centenares de páginas se torna risueña revancha del escarnio legal que le hicieran en el pueblo de Chiara. ¿El "indio" pobre y humilde? No. El es don Felipe Guaman Poma de Ayala: príncipe y señor, "hijo y nieto de grandes señores y reyes" que fueron del Perú... y no hay remedio.

EDMUNDO GUILLEN



La aparición de lo invisible

Digamos en primer lugar que estas pocas líneas no son sino un somero y apresurado comentario a un libro que, sin duda, merece o ya ha tenido y tendrá mejores y más amplias críticas de quienes dominen o crean dominar mejor su asunto. A nosotros nos ha bastado leer las primeras páginas de LA APARICIÓN DE LO INVISIBLE[1], de Juan García Ponce, para darnos cuenta de que el autor no se ha empeñado en escribir un libro más sobre pintura, sino que, nos atrevemos a suponer, se ha lanzado a una singular y osada aventura dedicada a desmontar el más misterioso de los mecanismos; a explorar el otro lado del muro, la región donde se pierde o se gana la partida contra nada.

Esta aventura de Juan García Ponce tiene ciertamente la apariencia de un libro formal, trazado con auténtico orden y equilibrio. Cada uno de los ensayos allí reunidos tiene una razón y una manera de ser y estar; corresponden a diferentes pasos y tanteos en pos de una presa mayor. ¿La pintura en la realidad o la realidad en la pintura? Juan García Ponce está convencido y convence de la existencia y supervivencia de la pintura; morada y apoteosis de la mayor de las ambigüedades: la realidad, para él, de «lo invisible», 'una última y alada verdad que permanece oculta en la densidad de la materia'.

Desde el ensayo inicial, *El Arte y el Público*, reflexiona sobre la pintura —el arte en general— como ser trascendente, sobrecogedoramente libre y solitario y, sin embargo, necesitado de la mirada ajena, amorosa u hostil, que le confirme su diferencia y su intención, su rebeldía y su drama. La fe que manifiesta García Ponce en la pintura, lo hace verla salir siempre incólume y airosa de la trampa temporal. Desnuda, vapuleada, a veces prostituida; o en las catacumbas que proponía Duchamp, la pintura, aún en estos veloces y caóticos tiempos, continúa siendo la pintura; oscuridad o luz, materia o espíritu, matrimonio de lo visible con lo invisible, obra, materia, *cosa mentale*.

Nos parece que entre sus muchos y diversos méritos, este libro tiene la capacidad, o tal vez el propósito, de inquietarnos, de inducirnos a probar alas propias, de lanzarnos a la misma azarosa aventura. Nos propone descifrar un eterno acertijo, el de la vida y sus inconfesadas razones para persistir y desconcertarnos sin tregua. Así, el arte, esta misteriosa manifestación de lo mismo, se nos abre como un campo ilimitado para la conjetura y el vértigo; nos ofrece sus frutos, todos prohibidos; cuadros, poemas, sonidos; lo invisible convertido en alimento de los sentidos, en despojo sacralizado, se hace parte del destino de quienes lo conjuran.

A la larga finalmente poco importan las verdaderas motivaciones del arte, que a lo mejor son infinitas, tantas como artistas han sido, son y serán. Lo que interesa es su existencia. García Ponce se muestra infatigable en darnos pruebas de tal cosa. Ha mirado, ha leído, ha pensado gravemente el asunto. No se ha conformado con mirar la pintura por el estrechísimo y deformante agujero de la crítica plástica. No tiene el gesto del *connaisseur* y su información al respecto, por cierto muy amplia, nada tiene que hacer con la moda o la frivolidad erudita de algunos escritores que «también» saben de pintura. Es más vasto y más honesto su esfuerzo y todo, o casi todo, le parece útil para cumplir con su cometido. Heidegger y Rilke, Merleau Ponty y Pavese, Bataille y Goethe, y muchísimos otros, han sido revisados minuciosa, interesadamente; en la contradicción o en el concierto le dan asidero para cimentar sus ideas.

Ya en el plano de la pintura propiamente dicha, o sea en el de los pintores; sus obras y pensamientos —estos últimos siempre de muy diversa fisonomía y motivación que los de los críticos—, la selección es sumamente acertada y orientada. Obras tan dispares como las de Picasso y Albers lo conducen a lo mismo, aunque por diferentes caminos. La sombra espléndida de Klee lo protege y alienta. En ningún momento se habla de pintura como de un objeto propio de museos o galerías; se le mira, no obstante su irreductible individualidad, como un asunto prodigiosamente activo dentro del mundo. El concepto tradicional de verla como algo opuesto, corrector o antagónico de la realidad, no tiene cabida. No se trata de un espejo ni de un disfraz; es la verdad o lo que es; el otro lado, lo invisible que la voluntad creadora invoca y que en forma desgarrada o sumisa acude al campo de lo visible; la esencia de la materia, por vías de la materia —hombre, pintor, ojos, cuerpo, manos— convertida en materia, en pintura, 'en sombra, en polvo, en nada'.

En la pintura mexicana encuentra excelentes razones para llenarse de razones. Su estudio sobre Tamayo es excelente. Felguérez, Juan Soriano, Fernando García Ponce y otros artistas de su país, cuyas obras lo han preocupado por sus méritos y significado, son sujetos imprescindibles en un libro que pretende ir más allá de lo que corrientemente se acostumbra a asignar a la pintura.

Dicho esto cabe una tentación final, parafrasear a Octavio Paz y decir algo que nos parece que Juan García Ponce ha dicho plenamente en su libro: 'en pintura no hay *más allá* ni *más acá*'.

BLANCA VARELA

1 Siglo XXI Editores, S.A. Primera edición, 1968. México.

El Dr. GEORG PETERSEN G., catedrático emérito de la UNI, es autor de numerosos estudios aparecidos en publicaciones científicas del Perú y el extranjero. □ Uno de los más prestigiosos naturalistas contemporáneos, ADOLF PORTMANN ha sido rector de la Universidad de Basilea, su ciudad natal. El texto traducido corresponde a la primera parte del librito SINNVOLLE LEBENSFÜHRUNG (Rhein-Verlag, Zurich). □ Durante una reciente estada en Chile, RAUL VARGAS, periodista peruano, tuvo oportunidad para estudiar las teorías y prácticas pedagógicas de Paulo Freire. □ De CARLOS DELGADO hemos ofrecido en el Nº 4 su ensayo 'Para una sicología del arribismo en el Perú', recientemente traducido al inglés y publicado en *Human Organization*, órgano de la Sociedad de Antropología Aplicada de los EUA. CD es profesor principal en la Universidad Peruana Cayetano Heredia. □ Ex jefe de redacción de *Marcha* y ex director del diario *Epoca*, EDUARDO GALEANO nació en Montevideo en 1940. Dos de sus libros son de ficción y tres sobre temas políticos; el último GUATEMALA, PAÍS OCUPADO (ediciones en México y Uruguay) ha sido traducido al inglés, francés e italiano y están anunciadas sus versiones alemana y brasileña. □ De UWE JOHNSON, joven novelista alemán nacido en Pommern, Alemania Oriental, 1934, acaba de aparecer en Seix-Barral, la traducción al español de su novela Dos OPINIONES. Su descripción de un barrio neoyorquino ha silo tomada de *Neue Rundschau*, Zweites Heft, 1969. □ La nueva novela de MARIO VARGAS LLOSA, *Conversación en 'La Catedral'*, debe salir este año en Barcelona bajo el sello de Seix-Barral. □ 'Vladimir' es un capítulo de la novela COCA, que tiene terminada CARLOS MARTINEZ MORENO, corresponsal de AMARU en Montevideo. □ Aunque su último libro ARQUITECTURA DEL POEMA data de 1955, RAUL DEUSTUA no ha cesado de escribir poesía. Ausente desde hace varios años del Perú radica actualmente en Ginebra. □ CONSEJERO DEL LOBO (publicado en Lima y La Habana, 1965) fue el primer libro de poesía de RODOLFO HINOSTROZA, que también figura en la antología 'Los nuevos' (Ed. Universitaria, Lima 1967) □ El Poeta colombiano NICOLAS SUESCUN es jefe de redacción de Eco, Revista de la Cultura de Occidente, que aparece en Bogotá. □ Las 'Fábulas' de ARTURO CORCUERA corresponden a un libro inédito de próxima aparición. Sus títulos más recientes han sido NOÉ DELIRANTE, LAS SIRENAS Y LAS ESTACIONES, y POESÍA DE CLASE. □ De la edición mexicana de LOS GENIECILLOS DOMINICALES de JULIO RAMON RIBEYRO se ocupó en el Nº anterior de AMARU M. Mejía Valera. JRR ha dado los últimos toques a una nueva novela. □ ERNESTO MEJIA SANCHEZ ha colaborado en los Nos. 7 y 9 de AMARU. □ Entre las obras de JOSE BIANCO, narrador y crítico, redactor de SUR durante muchos años, traductor, pueden citarse un libro de cuentos LA PEQUEÑA GYAROS (1932) y una novela LAS RATAS (1943). Recientemente la Casa de las Américas ha reeditado en su colección 'La Honda' su relato SOMBRAS SUELE VESTIR. □ ATAHUALPA DEL CIOPPO, notable hombre de teatro uruguayo, fundador y director de EL GALPÓN de Montevideo, estuvo un año en Lima contratado para dirigir el teatro de la UNI. Su última puesta en escena con ese conjunto fue el UBU REY de Jarry. □ PAÍS SIN NOMBRE es el título del libro de cuentos de JAIME VALDIVIESO que ha editado Monte Avila en Caracas. JV, nacido en Valparaiso, es además autor de tres novelas, un libro de relatos y otro de poesía; enseña actualmente en la Universidad de Houston, Texas. □ Profesora de la Universidad de Puerto Rico y directora de *Asomante*, NILITA VIENTOS GASTON, autora entre otras libros de una INTRODUCCIÓN A HENRY JAMES, presidió durante 15 años el Ateneo Puertorriqueño. □ El antropólogo EDMUNDO GUILLEN GUILLEN, es profesor en la Universidad Nacional de Huánuco. □ El pintor y grabador argentino ANTONIO SEGUI (nacido en Córdoba 1934) ha tenido exposiciones personales en Argentina, México, Brasil, Venezuela, Francia, Holanda, Alemania, Puerto Rico, EUA, Polonia, etc; también ha participadi en innumerables exposiciones colectivas, entre otras: XXXII Bienale de Venezia, III Bienal de Jeunes (París), Pittsburgh International, Bienal de Tokio, Bienal de Cracovia, etc. Recientemente fue premiado en la Exposición Internacional de Ljubljana, Yugoeslavia. Hemos podido reproducir sus litografías por cortesía del Instituto de Arte Contemporáneo, Lima, donde expondrá una serie de grabados. □ El grabador argentino JORGE LUNA ERCILLA acaba de exponer en la Galería Carlos Rodríguez de Lima un conjunto de obras en metal bajo el título de *Troquel-reflejos*. El grabado en madera que se reproduce en este Nº ha sido proporcionado gentilmente por la galería mencionada. □

Revista CASA DE LAS AMERICAS

Director : ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

Comité de Colaboración : Mario Benedetti / Emmanuel Carballo / Julio Cortázar / Roque Dalton / René Depestre / Edmundo Desnoes / Ambrosio Fornet / Manuel Galich / Lisandro Otero / Graziela Pogolotti / Angel Rama / Mario Vargas Llosa / David Viñas / Jorge Zalamea.

Suscripción anual : correo ordinario : 3 dólares canadienses / por vía aérea : 8 dólares canadienses

Redación : G. y Tercera, Vedado — La Habana, Cuba

E C O

REVISTA DE LA CULTURA DE OCCIDENTE

CONTENIDO NUMERO 112

Robert Walser, **Dos textos**

Josef Weinheber, **Al punto final**

Marta Traba, **Dos líneas extremas de la pintura colombiana**

Marvel Moreno, **El muñeco**

Amílcar Osorio, **El caudatario**

Víctor Chklovski, **Tres artículos**

Peter Bichsel, **El cuchillo**

Del historicismo al humanismo marxista

Redactor : NICOLAS SUESCUN

Editores : LIBRERIA BUCHHOLZ, BOGOTA

EDITORIAL
LOSADA PERUANA

Contumazá 1050, Lima
Telfs. 28-9722 - 28-9160

AL SERVICIO DE LA CULTURA EN EL PAIS

— OBRAS PEDAGOGICAS

— FILOSOFICAS

— TEATRO

— NOVELAS

— POESIA

— ENSAYOS

SUSCRIBASE A amaru

revista de artes y ciencias
Casilla 1301 — LIMA

En el Perú S/. 200.000 En el extranjero US$ 6.00